





MB-0

19(6)

DICCIONARIO FILOSÓFICO

R. 12517

M.C.D. 2018

VOLTAIRE



Diccionario Filosófico

Voltaire es un precursor.
Es el portaantorcha del si-
glo XVIII que precede y
anuncia la Revolución. Es
la estrella de esa gran ma-
ñana. Los sacerdotes tie-
nen razón para llamarle
Lucifer.

Victor Hugo

TOMO SEXTO

F. SEMPERE, EDITOR

PINTOR SOBOLLA, 30 Y 32

VALENCIA

Imprenta de EL PUEBLO.—Pascual y Genís, 3, Valencia.

Diccionario Filosófico



OBISPO

Samuel Ornik, hijo de Basilea, era un joven muy amable que sabía de memoria el Nuevo Testamento en griego y en alemán. Sus padres le hicieron viajar á la edad de veinte años. Le encargaron que llevara libros al coadjutor de París en la época de la Fronda (1). Se presentó en la puerta del arzobispado y el suizo que la vigilaba le dijo que monseñor no recibía á nadie. «Camarada, le replicó Ornik, sois muy rudo para vuestros compatriotas; los apóstoles dejaban que se les acercase todo el mundo, y Jesucristo quería que fueran á él todos los niños. No vengo á pedir nada á vuestro señor; antes por el contrario, vengo á traerle.—Entrad pues, le contestó el suizo.»

Estuvo una hora haciendo antesala en la primera antecámara. Como era muy ingenuo, trabó conversación con un doméstico que era parlanchín y tenía afán por decir todo lo que sabía de su señor. «Debe ser poderosamente rico, murmuró Ornik, para tener tantos pajes y dependientes como veo en esta casa.—Ignoro la renta que tendrá, respondió el doméstico; pero me han dicho Joly y el abad Charier que tiene dos millones de deudas.—Buena renta ha de tener para pagarlas... ¿pero quién es aquella dama que sale de aquel gabinete y que se va?—Madama de Pomereu, una de sus queridas.—Verdaderamente es muy hermosa; pero no he leído en ninguna parte que los apóstoles tuvieran semejante compañía por las mañanas en su cuarto de dormir... creo que viene monseñor y me va á dar audiencia.—Dadle el tratamiento de Su Grandeza.—No lo sabía; pero no tengo inconveniente. Ornik saluda á Su Grandeza, que le recibe

(1) El coadjutor de París era entonces el cardenal de Retz.

con graciosa sonrisa, y el suizo le entrega los libros de que era portador. El coadjutor le dice cuatro palabras, y en seguida entró en su carroza, á la que escoltaban cincuenta caballeros. Al subir al carruaje se le cae un estuche á monseñor. Ornik queda sorprendido de ver que el obispo lleva un tintero en su faltriquera. «¿No comprendéis que eso es su puñal? Le dijo el doméstico; todos van ordinariamente con ese puñal al Parlamento.— ¡Extraño modo de oficiar! le contestó Ornik;» y salió de allí sorprendido.

Recorrió la Francia, y de ciudad en ciudad quedó cada vez más edificado. Después pasó á Italia; cuando llegó al territorio del Papa encontró uno de esos obispos que tienen mil escudos de renta, que iba á pie. Ornik era un hombre compasivo, y le instó para que ocupara un sitio en su carruaje.—«Venid conmigo, monseñor, ya que sin duda iréis á consolar algún enfermo.—No; iba á casa de mi señor.— ¡Vuestro señor! Vuestro señor es Jesucristo.—Es el cardenal Azolín, porque yo soy su limosnero. Me da pocas ganancias; pero me ha prometido colocarme en el palacio de doña Olimpia, que es la cuñada favorita *di nostro signore il Papa*.— ¡Vivís á expensas de un cardenal! ¿No sabéis que no había cardenales en la época de Jesucristo y de San Juan?— ¡Es posible! exclamó el prelado italiano.—Es cierto; y vos lo habréis leído en el Evangelio.—Nunca lo he leído, replicó el obispo; no sé más que el oficio de Nuestra Señora.—Pues os repito que en aquella época no había cardenales ni obispos; y cuando se crearon los obispos, fueron casi iguales á los demás sacerdotes, como San Gerónimo asegura en muchas partes — ¡Virgen santa! volvió á exclamar el italiano; no sabía nada de eso; ¿y había Papas?—Tampoco.» El buen obispo se persignó, y creyendo que estaba hablando con el espíritu maligno, saltó del carruaje y echó á correr.

ONÁN, ONANISMO

Prometimos en el artículo titulado *Amor socrático* (hablar de Onán y del onanismo, aunque esto no tenga nada de común con el amor socrático, siendo como es un efecto desordenado del amor propio.

La raza de Onán fué muy singular. El patriarca Judá, su padre, se acostó como sabemos con su nuera Tamar la Fenicia en un camino real. Jacob, padre de Judá, había sido al mismo tiempo marido de dos hermanas, hijas de un idólatra, y engañó á su padre y á su suegro. Lot, hermano del abuelo de Jacob, se había acostado con sus dos hijas. Salomón, descendiente de Jacob y de Judá, se casó con Rahab la cananea, que

era prostituta. Booz, hijo de Salomón y de Rahab, admitió en su lecho á Ruth la Madianita, y fué bisabuelo de David. David robó á Bethsabé al capitán Urias que era su marido, mandándolo asesinar para gozar con más libertad de sus amores. En las dos genealogías de Nuestro Señor Jesucristo que difieren en otros puntos, pero que son iguales en éstos, se encuentra que el salvador nació de esta multitud de fornicaciones, de adulterios y de incestos. Estas singularidades bastan para anonadar á la razón humana, para humillar nuestra inteligencia limitada y para convencernos de que son inexcrutables los designios de la Providencia.

El reverendo padre Calmet hace la siguiente reflexión á propósito del incesto que cometió Judá con Thamar y del pecado de Onán: «La *Biblia*, dice, nos detalla una historia que en su sentido literal choca á nuestra inteligencia y le parece poco edificante; pero el sentido oculto y misterioso que encierra, es tan elevado como parece rastrero el literal á los ojos de la carne. Sin tener poderosas razones para ello, no hubiera permitido el Espíritu Santo que la historia de Thamar, de Rahab, de Ruth y de Bethsabé se encontraran mezcladas en la genealogía de Jesucristo.»

Sería de desear que Calmet hubiera explicado esas poderosas razones para desvanecer las dudas y los escrúpulos de los hombres honrados y timoratos que desean comprender por qué el Sér eterno, creador de los mundos, nació en una aldea judía y de una raza de ladrones y de prostitutas. Este misterio, que es uno de los más inconcebibles, merecía que algún sabio comentarista lo explicara. Ocupémonos ahora del onanismo.

Averiguado está cuál fué el crimen del patriarca Judá, así como se conoce el crimen de los patriarcas Simón y Leví, sus hermanos, cometidos en Sichem, y el crimen de los otros patriarcas cometidos contra su hermano Josef; pero es difícil precisamente averiguar cuál fué el pecado de Onán: Judá había casado á su hijo primogénito Her con Thamar la Fenicia. Her murió *por haber sido perverso*. El patriarca quiso entonces que su segundo hijo Onán se casara con la viuda del primogénito, obedeciendo la antigua ley de los egipcios y de los fenicios; esto se llamaba *hacer* salir hijos á su hermano. El primer hijo del segundo matrimonio tenía que llevar el nombre del marido difunto de la mujer, y esto es lo que Onán no quería. Odiaba á su hermano; y por no tener un hijo que llevase el nombre de Her, dicese que *echaba el semen en el suelo*.

Falta saber si era en el acto de la cópula con su mujer cuando engañaba de ese modo á la naturaleza ó si por medio de la masturbación eludía los deberes conyugales: el *Génesis* no nos lo dice. Actualmente se llama *pecado de Onán* al abuso que hace

el hombre de sí mismo, forzando la naturaleza con su propia mano, vicio bastante común en los mancebos y en las jóvenes de temperamento demasiado ardiente. Se ha notado que sólo esa especie de hombres y la especie de los monos, son los únicos animales que incurren en ese defecto que contraría el propósito de la naturaleza.

Un médico escribió en Inglaterra contra ese vicio un pequeño volumen titulado *Del onanismo*, del que se hicieron veinticuatro ediciones en poco tiempo, dando por supuesto que eso no fuera una treta del librero para atraerse lectores, lo que no sería un caso nuevo. M. Tissot, famoso médico de Lausania, también publicó otro libro sobre el onanismo, más profundo y más metódico que el de Inglaterra. Estas dos obras ponen de manifiesto las consecuencias funestas de esa perniciosa práctica, que originan la pérdida de las fuerzas, la impotencia, la depravación del estómago y de las vísceras, los temblores, los vértigos, el embrutecimiento, y muchas veces la muerte prematura. M. Tissot sabe por experiencia que la quinina es el mejor remedio para curar esas enfermedades, si se abandona por completo ese hábito vergonzoso y funesto que tan extendido está entre los estudiantes, los pajes y los frailes jóvenes; pero se convenció de que era más fácil tomar la quinina que sobreponerse á lo que se convierte en una segunda naturaleza. Añadid las consecuencias del onanismo á las consecuencias de la sífilis, y os convenceréis de lo ridícula y de lo desgraciada que es la especie humana. Para consolarla, M. Tissot refiere tantos ejemplos de enfermos de repleción de humores como enfermos de emisión de humores, encontrando unos y otros lo mismo en los hombres que en las mujeres. No puede oponerse argumento más fuerte contra los votos temerarios de castidad. Efectivamente; ¿en qué se ha de convertir el líquido precioso que nos dió la naturaleza para propagar el género humano? Si lo prodigamos indiscretamente, puede matarnos; si lo retenemos, también nos puede causar la muerte. Se ha observado que las poluciones nocturnas son frecuentes en las personas de ambos sexos que no se han casado; pero lo son mucho más en los jóvenes religiosos que en las monjas, porque el temperamento del hombre es mucho más dominante. De esto debe sacarse la consecuencia de que es locura condenarnos nosotros mismos á estas deshonestidades, y que es una especie de sacrilegio en las personas sanas prostituir ese don que recibieron del Creador y renunciar al matrimonio que el mismo Dios ordena. Así lo creen los protestantes, los judíos, los musulmanes y otros pueblos; pero los católicos patrocinan los conventos. Respecto á los católicos, les aplicaré las palabras que el profundo dom Calmet dice del Espíritu Santo: sin duda tuvieron buenas razones para creerlo así.

OPINIÓN

¿Qué opinión tienen las naciones del Norte de América y las que costean el estrecho de la Sonda sobre el mejor de los gobiernos, sobre la mejor religión, sobre el derecho público eclesiástico, sobre el modo de escribir historia, sobre la naturaleza de la tragedia, de la comedia, de la ópera, de la égloga, del poema épico, sobre las ideas innatas, la gracia concomitante y los milagros del diácono Paris? Claro es que ninguno de esos pueblos tienen opinión alguna sobre cosas de las que no tienen ideas. Tienen un conocimiento confuso de sus costumbres, y no van más allá de esa especie de instinto. Así son todos los pueblos que habitan las costas del mar glacial en una extensión de quinientas leguas; así son los habitantes de las tres cuartas partes de Africa, casi todos los de las islas del Asia, veinte hordas de tártaros, y todos los hombres que se ocupan únicamente del trabajo penoso y siempre renaciente de proporcionarse la subsistencia.

Cuando una nación empieza á civilizarse, empieza á tener algunas opiniones, pero casi todas falsas: cree en los aparecidos, en los hechiceros, en el encantamiento de las serpientes, en la inmortalidad de éstas, en los poseídos del diablo, en los exorcismos y en los arúspices. Cree además que los granos han de pudrirse en la tierra para germinar y que los cuartos de la luna son la causa de los accesos de la fiebre.

El talapuino persuade á sus devotos que el dios Sammonocodom estuvo viviendo algún tiempo en Siam y que taló todos los árboles de un bosque, porque le impedían jugar bien al volante que era su juego favorito. Esta opinión va arraigando en todos los cerebros de tal modo, que si andando el tiempo hubiera algún habitante del país que se atreviera á dudar de la referida aventura de Sammonocodom se arriesgaría á que le apedrearán. Se necesita el transcurso de siglos para destruir una opinión popular.

Llaman á la opinión *reina del mundo*: y lo es de tal modo, que cuando la razón pelea contra ella para destruirla, la razón queda sentenciada á muerte: necesita renacer veinte veces de sus propias cenizas para expulsar blandamente á la usurpadora.

ORACIÓN

Quedan muy pocas fórmulas de los rezos públicos de los pueblos antiguos. Sólo conservamos el hermoso himno de Ho-

racio, escrito para los juegos seculares de los antiguos romanos. Dicha plegaria tiene un ritmo y una medida que los romanos más modernos imitaron mucho tiempo después en el himno *Ut queant laxis resonare fibris*. El *Pervigilium Veneris* es un himno de peor gusto literario, quizás indigno de la noble sencillez del reinado de Augusto. Quizás el himno á Venus se cantara en las fiestas de esta diosa; pero sabemos cierto que se cantaba el poema de Horacio con la mayor solemnidad.

Debemos confesar que el poema secular de Horacio es uno de los más hermosos fragmentos de la antigüedad, y que el himno *Ut queant laxis* es una de las obras más triviales que se escribieron en los tiempos bárbaros de la decadencia de la lengua latina. La Iglesia católica en aquella época cultivaba mal la elocuencia y la poesía. Sabido es que Dios prefiere los versos malos recitados por un corazón puro, á los versos más hermosos del mundo cantados por impíos; pero en fin, los buenos versos nunca han perjudicado en igualdad de circunstancias.

Nada hay que se asemeje completamente entre nosotros á los juegos seculares que celebraban los romanos cada ciento diez años; nuestro jubileo sólo es una endeble copia de ellos. Erigían tres altares magníficos en las orillas del Tíber. Roma entera estaba iluminada durante tres noches; quince sacerdotes distribuían el agua lustral y los cirios entre los romanos y las romanas que habían de cantar las preces. Empezaban por hacer sacrificios á Júpiter, que era el señor de los dioses, y luego sacrificaban á Juno, á Apolo, á Latona, á Diana, á Ceres, á Plutón, á Proserpina y á las Parcas, que consideraban como potencias subalternas. A cada una de esas divinidades dirigían un himno y les tributaban sus ceremonias. Se reunían dos coros, uno de veintisiete mancebos y otro de veintisiete doncellas para cada uno de los dioses, y el último día de los juegos los mancebos y las doncellas, coronadas de flores, cantaban la oda de Horacio.

Verdad es que en las casas particulares cantaban, estando en la mesa, otras odas á Ligurius, á Lyseicus y á otros bribones que no les inspiraban la mayor devoción, pero había tiempo para todo. En cuanto á fórmulas de rezos sólo nos queda un corto fragmento del que se recitaba en los misterios de Isis. Lo citamos ya en otra parte, pero lo volveremos á referir, porque es bello y es corto:

«Las potencias celestes te sirven, los infiernos se te someten, tu mano mueve el universo, tus pies pisan el Tártaro, los astros contestan á tu voz, las estaciones aparecen por orden tuya, los elementos te obedecen.»

Repetiremos también la fórmula que se atribuye al antiguo Orfeo, y que nos parece superior á la de Isis:

«Caminad por el sendero de la justicia, adorad al único señor del universo; es uno y único por sí mismo; todos los seres le deben la existencia, obra en ellos y por ellos; lo ve todo, y jamás ojos mortales le vieron.»

Es extraordinario que en el *Levítico* y en el *Deuteronomio* no se encuentre ningún rezo público, ni una sola fórmula. Parece que los levitas sólo se ocupaban en repartirse la carne que se les ofrecía. No instituyeron los judíos ni una sola plegaria para pronunciarla ó cantarla en la celebración de sus fiestas de la pascua, de la pentecostés, de los tabernáculos y de la expiación general.

Convienen unánimemente los sabios en que los judíos no tuvieran rezos reglamentados hasta que estuvieron esclavos en Babilonia, donde tomaron algo de las costumbres de dicho país, empezando á instruirse en algunas ciencias de las que poseía pueblo tan civilizado y tan poderoso. Tomaron prestado de los caldeos persas sus caracteres, sus cifras, hasta su lengua; y mezclando algunas costumbres nuevas con sus antiguos ritos egipcios, se convirtieron en un nuevo pueblo, tanto más supersticioso, cuanto que al salir de su larga esclavitud continuaron dependiendo de los babilónicos.

Las diez tribus que anteriormente fueron dispersadas, es de creer que no tuvieron rezos públicos, como no los tenían las otras dos, y que la religión que profesaban no era en ellos muy fija y determinada, ya que la olvidaron con facilidad, olvidándose hasta de su nombre; lo que no hizo el escaso número de desventurados que fueron á reedificar Jerusalén.

Desde entonces fué cuando esas dos tribus, ó hablando con más propiedad, esas dos tribus y media, se ligaron á ritos invariables, los escribieron y tuvieron rezos reglamentados. Desde entonces conocemos en ellos las fórmulas de las plegarias. Esdras mandó que se rezara dos veces cada día, añadiendo un tercer rezo para los sábados. Dícese que escribió dieciocho plegarias para que pudieran escoger, y que la primera de ellas empieza de este modo:

«Bendito seas, Señor Dios de nuestros padres, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el poderoso, el terrible, el supremo, que distribuyes liberalmente los bienes, que creaste y que posees el mundo, que recuerdas las acciones buenas y que envías un libertador á los descendientes de dichos patriarcas por amor á los humanos; ¡bendito seas siempre!»

Asegúrase que Gamaliel, que vivió en la época de Jesucristo y que tuvo varias refriegas con San Pablo, instituyó la plegaria diecinueve, que es la siguiente:

«Concedenos la paz, los beneficios, la bendición y la gracia á nosotros y á tu pueblo Israel. ¡Bendícenos, Padre nuestro!»

Bendícenos á todos por la luz de tu faz, porque por ella nos diste la ley de la vida, el amor, la paz y la benignidad. Bendito seas, Señor, que bendices á tu pueblo Israel. Amen.»

Es importante observar que en muchísimas plegarias cada pueblo pedía siempre lo contrario de lo que pedía el pueblo inmediato. Los judíos rogaban á Dios que exterminara á los syrios, á los egipcios y á los babilónicos; y estos tres pueblos rogaban á Dios que exterminara á los judíos, como realmente fueron exterminadas las diez tribus, que se confundieron con las demás naciones, siendo siempre los judíos desgraciados por su obstinación en querer vivir separados de los demás pueblos y por no poder disfrutar de ninguna de las ventajas de la sociedad humana.

En nuestros días, en las guerras que tuvieron los alemanes y los españoles contra los franceses, cuando aquellos eran sus enemigos rogaban á la Virgen que hiciera derrotar á los welches y á los gabachos; y los franceses rogaban también á la Santa Virgen que destruyera á los teutones y á los marranos. En Inglaterra los partidarios de la Rosa roja suplicaban á San Jorge que hiciera de modo que pudieran arrojar al fondo del mar á los partidarios de la Rosa blanca y viceversa: de modo, que San Jorge debió verse muy comprometido, no saliendo por quienes decidirse; y si Enrique VII no hubiera ido á socorrerle, Jorge no hubiera sabido qué hacer.

ORÁCULOS

I

Desde que la secta de los fariseos del pueblo judío trabó relaciones con el diablo, algunas personas de las que entre ellos discurrían empezaron á creer que el diablo y sus compañeros inspiraban en las demás naciones á los sacerdotes y á las estatuas que pronunciaban el oráculo. Los saduceos no creían en ángeles ni en demonios; eran más filósofos que los fariseos y por consecuencia menos á propósito para adquirir fama entre el pueblo.

El diablo intervenía en todo para el populacho judío en la época de Gamaliel, de Juan el *Bautizador*, de Santiago Oblía y de su hermano Jesús, que fué nuestro salvador Jesucristo. Por eso vemos que el diablo se lleva á Jesús al desierto, y unas veces lo transporta á la cúspide del templo y otras veces á una colina inmediata, desde la que se distinguen todos los reinos del mundo; por eso vemos que el diablo entra en el cuerpo de los mancebos, de las doncellas y de los animales.

Los cristianos, aunque eran enemigos mortales de los fariseos, adoptaron todo lo que éstos creían respecto al diablo, así como los judíos antiguamente introdujeron en su país las costumbres y las ceremonias de los egipcios. Es bastante común imitar á nuestros enemigos y emplear sus armas.

Casi en seguida los padres de la Iglesia atribuyeron también al diablo las religiones que se repartieron por el mundo, los supuestos prodigios, los grandes acontecimientos, los cometas, las pestes, etc., etc. El pobre diablo, que decían que estaba friéndose en un agujero debajo de tierra, quedó asombrado al saber que era de pronto el señor del mundo. Aumentó maravillosamente su poder la institución de los frailes; la divisa de los recién venidos era: Dadme dinero y os libraré del diablo; pero el poder celestial y terrestre de éste recibió un golpe mortal en la mano de su cofrade Lutero que, riñendo con los frailes por el interés de su propia pobreza, descubrió todos los misterios.

Hondorf, que fué testigo ocular, refiere que habiendo expulsado los reformistas á los frailes de un convento de Eisenach, allí encontraron una estatua de la Virgen María y del Niño Jesús, construída con tal arte, que cuando ponían ofrendas sobre el altar, la Virgen y el Niño bajaban la cabeza en señal de gratitud, y volvían la espalda á los que se presentaban allí con las manos vacías. Sucedió otra cosa peor en Inglaterra: cuando por orden de Enrique VIII se hizo la visita jurídica á todos los conventos, encontraron en ellos que la mitad de las monjas estaban embarazadas, lo que sin duda no sucedería por influencia del diablo. El obispo Burnet cuenta que en ciento cuarenta y cuatro conventos los procesos verbales que formaron los comisarios del rey prueban que se cometieron abominaciones que nada tenían que envidiar á las de Sodoma y de Gomorra. Efectivamente, los frailes de Inglaterra debieron ser más disolutos que los sodomitas, porque eran más ricos; poseían las mejores tierras del reino. El territorio de Sodoma y de Gomorra era pobre, no produciendo trigo, ni frutas, ni legumbres, careciendo de agua potable; sólo podía ser un horrible desierto, en el que moraban gentes infelices, demasiado preocupadas en proporcionarse la subsistencia para pensar en voluptuosidades.

Al fin suprimió el Parlamento esos soberbios asilos de la holgazanería, mandando exponer en la plaza pública los instrumentos de sus fraudes religiosos: el famoso crucifijo de Boksley, que se movía y andaba como un polichinela; las ampollas de líquido rojo que hacían creer que era sangre que derramaban de vez en cuando las estatuas de los santos; los moldes de hoja de lata en los que continuamente metían velas encendidas para hacer creer al pueblo que era una misma vela que no se apagaba nunca; las cerbatanas, que saliendo de la sacristía iban á parar á

la bóveda de la iglesia, por cuyo canuto hacían oír algunas veces voces celestes á las devotas que pagaban para oírlas; en una palabra, expusieron en la plaza pública todo lo que la bribonería había inventado para subyugar á la imbecilidad.

Entonces algunos sabios de Europa, convencidos hasta la evidencia de que los frailes y no los diablos habían usado esas religiosas estratagemas, empezaron á creer que había sucedido lo mismo que en las antiguas religiones; que los oráculos y los milagros, tan elogiados en la antigüedad, no fueron más que prestidigitaciones de charlatanes, y que los sacerdotes griegos, romanos, syrios y egipcios, fueron todavía más hábiles que los frailes.

El diablo perdió, pues, casi toda su fama, hasta que al fin el buen hombre Bekker, cuyo artículo pueden consultar nuestros lectores, escribió su famoso libro contra el diablo y probó con cien argumentos que no existía. El diablo no le contestó, pero los ministros del Santo Evangelio sí que le contestaron como ya sabemos, castigándole por haber divulgado su secreto y quitándole el curato. De modo que Bekker fué víctima de Belzebú.

Fué destino de Holanda servir de cuna á los mayores enemigos del diablo. El médico Van Dale, filósofo y sabio profundo, ciudadano caritativo, audaz, pero fundando su audacia en la virtud, acometió la empresa de ilustrar á los hombres esclavizados por errores antiguos y empeñándose siempre en hacer más densa la venda que les tapa los ojos, hasta que un brillante rayo de luz les descubre parte de la verdad. Probó dicho autor en un libro erudito que los diablos no pronunciaron nunca ningún oráculo ni realizado ningún prodigio, que no se entrometían en nada de esto; y que no hay más verdaderos demonios que los bribones que han engañado á los hombres. Van Dale probó con muchos documentos, no sólo que los oráculos de los paganos fueron juegos de manos de los sacerdotes, sino que esas bribonerías consagradas en todo el universo seguían haciéndose en la época de Juan el *Bautizador* y de Jesucristo. Lo demostró de un modo tan palpable, que actualmente no hay hombre sensato que no lo crea.

Quizás no tiene buen método el libro de Van Dale; pero es quizás el libro más curioso que se ha escrito. Se encuentran en él las bellaquerías groseras del supuesto Hystaspo y de las sibilas, la historia apócrifa del viaje de Simón Barjona á Roma, los cumplimientos que le envió Simón el Mago por medio de su perro, los milagros de San Gregorio Taumaturgo, la carta que este santo mandó al diablo y que llegó á su dirección, los milagros que hicieron los reverendos padres jesuitas y los reverendos padres capuchinos; en una palabra, se encuentra en este libro todo lo antiguo y todo lo moderno referente á esta mate-

ria. Arranca el velo á todas las imposturas, que quedan descubiertas para todos los hombres que saben leer, aunque por desgracia éstos están en minoría.

Pero el imperio de la impostura no quedó destruído entonces en Italia, en Francia, en España, en los Estados austriacos, ni en Polonia, en cuyas naciones los jesuítas dominaban. Los poseídos del diablo y los milagros falsos inundaban aún la mitad embrutecida de la Europa. He aquí lo que Van Dale refiere respecto á un oráculo singular que se pronunció en su época en Terni, perteneciente á los Estados del Papa, el año 1650, y cuya relación se imprimió en Venecia.

Un ermitaño que se llamaba Pascual, habiendo oído decir que Jacovello, vecino de Terni, era muy avaro y muy rico, fué á rezar en dicha población á la iglesia que frecuentaba Jacovello, se hizo amigo de él, alabó la pasión que le dominaba y le convenció de que era muy grato para Dios que cada mortal sacara lo que pudiese de su dinero; que así lo recomienda el Evangelio, cuando dice que el servidor negligente que no saca el cinco por ciento del dinero de su señor, es arrojado á las tinieblas exteriores.

En las conversaciones que el ermitaño tenía con Jacovello le echaba hermosos discursos sobre crucifijos y sobre santos, y gracias á su elocuencia, Jacovello llegó á convencerse de que las estatuas de los santos dirigían la palabra á los mortales algunas veces, añadiendo que se creería ser predestinado si conseguía que la imagen de algún santo le hablara. El ermitaño le respondió que creía poderle dar esa satisfacción dentro de poco; que estaba esperando recibir de Roma una cabeza de muerto que el Papa regalaba á un compañero suyo; y que esa cabeza hablaba como los árboles de Dodona y como la burra de Balaam. Cuatro días después le enseñó la susodicha cabeza, y pidió á Jacovello la llave de una pequeña cueva que tenía éste en su casa y la del cuarto que estaba encima, con la idea de que nadie se enterara de este misterio. El ermitaño Pascual hizo pasar un tubo que se introducía en la cabeza, y preparándolo todo para conseguir el objeto que se proponía, se puso á rezar con su amigo Jacovello: la cabeza entonces dijo estas palabras: «Jacovello, Dios trata de recompensar tu celo; te participo que se encuentra escondido un tesoro de cien mil escudos debajo del tejo que tienes en la entrada de tu jardín. Morirás de muerte repentina si buscas ese tesoro sin haber puesto ante mí una marmita llena de diez marcos de oro en monedas de poco valor.»

Jacovello se fué en seguida, abrió su cofre y puso delante del oráculo la marmita llena de dinero. El buen ermitaño había tenido la precaución de llevar una marmita igual llena de arena: la cambió en cuanto Jacovello volvió las espaldas, y salió de allí

dejando al imbécil con una cabeza de muerto y con diez marcos de oro menos. Poco más ó menos de ese modo se hacían los oráculos en la antigüedad, empezando por el de Júpiter-Ammón y concluyendo por el de Trophonius.

Uno de los secretos, tanto de los sacerdotes de la antigüedad como de los nuestros, era la confesión en los misterios. En ellos aprendían toda la historia privada de las familias y adquirían datos para poder contestar á la mayoría de los que iban á preguntarles. A esto se refiere una frase que Plutarco hizo célebre. Queriendo un sacerdote confesar á un iniciado, éste le preguntó:—«¿A quién he de confesarme; á tí ó á Dios?—A Dios,—respondió el sacerdote.—Pues ya que no eres más que un hombre, sal de aquí, y déjame con Dios.»

II

Algunas historias sorprendentes de oráculos, que se creyó que sólo podían atribuirse á los genios, hicieron opinar á los cristianos que las habían referido los demonios y que cesaron de contarlas cuando vino Jesucristo al mundo; de este modo evitaban entrar en la discusión de los hechos, que hubiera sido larga y difícil, y parecía que confirmaban la religión, que nos enseña que existen los demonios, achacándoles esos acontecimientos.

Esto no obstante, las historias que relatan respecto á los oráculos deben ser sospechosas. La de Thamus, que Eusebio cree, y que únicamente Plutarco refiere, trae á continuación en el mismo historiador un cuento tan ridículo que es bastante para desacreditarla; y mucho más cuando ella misma es poco razonable. ¿Si el gran Pan era un demonio, los demonios no podían saber la muerte de éste comunicándosela unos á otros, sin encargarse esta comisión á Thamus? ¿Si el gran Pan era Jesucristo, cómo nadie cayó en ese error en el paganismo, y no creyó que fuese Jesucristo muerto en Judea, siendo el mismo Dios el que obligó á los demonios á que anunciaran esa muerte á los paganos?

La historia de Thulis, cuyo oráculo sobre la Trinidad es positivo, sólo la refiere Suidas, Dicho Thulis, rey de Egipto, no era indudablemente uno de los Ptolomeos. ¿Qué crédito debemos dar al oráculo de Sérapis sabiendo cierto que Herodoto no habla de ese dios, mientras que Tácito refiere detalladamente cómo y por qué uno de los Ptolomeos hizo venir del Ponto al dios Sérapis, que entonces sólo era allí conocido?

Tampoco podemos admitir el oráculo pronunciado respecto al niño hebreo, á quien todos los dioses obedecen. Cedrenus tomó de Eusebio ese oráculo, y hoy no se encuentra en ninguna

parte. No es imposible que Cedrenus pusiera una cita falsa, ó citara alguna obra falsamente atribuída á Eusebio: ¿pero en qué consiste que los primitivos apologistas del cristianismo guardan todos silencio respecto á un oráculo que tan favorable es á la religión? Los oráculos que Eusebio saca de Porphiro, afiliado al paganismo, son tan difíciles de creer como los anteriores. Nos los presenta Eusebio despojados de todo lo que los acompañaba en los escritos de Porphiro; ¿pero sabemos acaso si este pagano los refutaba? Debía hacerlo para defender su causa; si no lo hizo, seguramente tenía alguna intención oculta, como la de ofrecerlos á los cristianos con el designio de burlarse de su credulidad si los consideraban verdaderos y si fundaban su religión sobre semejantes cimientos.

Por otra parte, algunos de los cristianos primitivos decían á los paganos que se burlaban de ellos sus sacerdotes. Hé aquí cómo habla de ellos Clemente de Alejandría. «Elogiemos, dice, cuanto quieras esos oráculos locos é impertinentes; y añade á ellos los augurios y las interpretaciones de los sueños y de los prodigios. Haz que aparezcan delante del Apolo Pitio esas gentes que adivinan por medio de la harina ó de la cebada, y las que merecen tanto aprecio porque hablan por el vientre. Los secretos de los templos de los egipcios y la nigromancia de los etruscos, deben permanecer en las tinieblas; porque sólo son imposturas extravagantes y engaños parecidos á los del juego de los dados. Las cabras destinadas á la adivinación, los cuervos enseñados á pronunciar oráculos, sólo son, por decirlo así, asociados de los charlatanes que engañan á los hombres.»

Eusebio expone á su vez excelentes razones para probar que los oráculos pudieron muy bien ser imposturas, y si se los atribuye á los demonios es por dar crédito á una lamentable preocupación y por respetar la opinión general. Los paganos no se cuidaban de averiguar si sus oráculos fueron un artificio de sus sacerdotes; y por la falsa manera de argumentar creyeron conseguir alguna ventaja en esta discusión concediéndoles que si había algo de sobrenatural en sus oráculos, no era por influencia de la Divinidad, sino por influencia de los demonios.

Llegó por fin un tiempo en el que se descubrieron en todo el mundo las bellaquerías de los sacerdotes; y esto sucedió cuando la religión cristiana derrotó completamente al paganismo en los tiempos de los emperadores cristianos. Theodoret dice que Theófilo, obispo de Alejandría, hizo reconocer á los habitantes de dicha ciudad las estatuas huecas, dentro de las que se escondían los sacerdotes para hacerles pronunciar los oráculos, llegando hasta ellas por caminos subterráneos. Cuando por orden de Constantino se derribó el templo de Esculapio, situado en Cilicia, según dice Eusebio, expulsaron de allí, no á

un dios ni á un demonio, sino al bribón que se impuso durante mucho tiempo á la credulidad de los pueblos.

Quedó vencida la mayor dificultad que ofrecían los oráculos desde que hemos reconocido que los demonios no podían tener parte en ellos, y desde que no hay interés en hacer cesar su influencia, desde que Jesucristo vino al mundo. Por otra parte podemos presentar varias pruebas de que los oráculos continuaron lo menos cuatrocientos años después de la venida de Jesucristo, y que sólo quedaron completamente mudos cuando se destruyó el paganismo por completo.

Suetonio, en la *Vida de Nerón*, dice que el oráculo de Delfos aconsejó á dicho emperador que se guardara de los setenta y tres años. Nerón creyó que no debía morir hasta esa edad y no se le ocurrió nunca que el viejo Galba, que tenía setenta y tres años, le había de robar el imperio.

Philostrato nos dice que Apollonius, en la época de Domiciano, visitó los oráculos de Grecia, el de Dodona y el de Delfos. Plutarco, que vivía en el reinado de Trajano, nos refiere que el oráculo de Delfos existía aún, aunque sólo tenía una sola sacerdotisa, cuando en tiempos anteriores tuvo dos ó tres. En la época de Adriano, Dión Crisóstomo relata que consultó al oráculo de Delfos.

En la época de los Antoninos, asegura Luciano que un sacerdote de Tyana fué á preguntar al falso profeta Alejandro si los oráculos que se pronunciaban entonces en Didyma, en Clarós y en Delfos, eran verdaderamente contestaciones de Apolo, ó eran imposturas. Alejandro guardó consideraciones á dichos oráculos, que eran de la misma naturaleza que el suyo, y respondió al sacerdote que eso no era permitido saberlo. Pero cuando ese hábil sacerdote le preguntó qué le sucedería cuando muriera, el oráculo le respondió audazmente: «Primero serás camello, en seguida caballo, luego filósofo y últimamente profeta tan grande como Alejandro.»

Cuando murieron los Antoninos, tres emperadores se disputaban el imperio. Consultaron al oráculo de Delfos para averiguar cuál de los tres sería mejor para la nación. El oráculo dió la siguiente contestación en verso: «El negro es el mejor; el africano es bueno; el blanco es el peor.» El negro aludía á Pescennius Niger; el africano á Severus Séptimus, que era hijo de Africa; y el blanco á Claudio Albinus.

Dion, que no terminó de escribir su historia hasta el año octavo del imperio de Alejandro Severo, ó sea el año 230, refiere que en aquella época Amphilocus pronunciaba todavía oráculos. Nos cuenta también que había en la ciudad de Apolonia un oráculo que predecía el porvenir.

Refiere Sozomeno que Licinius, deseando mover la guerra

á Constantino, consultó el oráculo de Apolo, que le contestó dos versos de Homero, que vienen á decir: «Desventurado viejo, no estás para pelear contra jóvenes; te falta fuerza y la edad te abate.» Macrobo, que vivía en la época de Arcadio y de Honorio hijo de Theodosio, se ocupa de un dios de Heliópolis, que pertenecía á la Syria, y de su oráculo, de un modo que no puede dudarse que entonces aún los había.

Constantino echó al suelo algunos templos, realizando esto con el pretexto de que en ellos se cometían crímenes. Con ese pretexto derribó los templos de Venus y de Esculapio, en los que había oráculos; y además prohibiendo que se hicieran sacrificios á los dioses, empezó á inutilizar los otros templos paganos. Quedaban todavía muchos oráculos cuando Juliano ascendió al imperio, restableció algunos que estaban ruinosos, y hasta él mismo quiso profetizar. Jobino, su sucesor, empezó con gran celo la destrucción del paganismo, pero como sólo reinó siete meses, poco pudo hacer. Theodosio, para conseguirlo, mandó cerrar todos los templos paganos; y más tarde prohibieron la práctica de dicha religión, bajo pena de muerte, los emperadores Valentiniano y Marciano, el año 451 de la era vulgar; y el paganismo necesariamente envolvió los oráculos en su ruina.

Este modo de terminar no debe sorprender á nadie, era la consecuencia natural del establecimiento del nuevo culto. Los hechos milagrosos disminuyen en una religión falsa en cuanto se afirma, porque ya no los necesita, ó cuando se extingue, porque ya no se encuentra nadie que los crea. El deseo tan vehemente como inútil de conocer el porvenir dió origen á los oráculos; la impostura los acreditó y el fanatismo puso el sello á su fama. La pobreza de los pueblos, que ya nada podían dar, la farsa de los sacerdotes que se descubrió en muchos oráculos y los edictos de los emperadores cristianos, fueron las causas verdaderas de la extinción de ese género de imposturas.

OSEAS

Repasando ayer el Antiguo Testamento, me llamó la atención el pasaje de Oseas, que se encuentra en el capítulo XIV, y que dice: «¡Que Samaria perezca porque volvió á sumir á Dios en la amargura! ¡Que los samaritanos mueran heridos por la espada! ¡Que sus niños perezcan estrellados y que hiendan el vientre á las mujeres embarazadas!»

Como me parecían muy duras esas palabras, fui á consultarlas con un doctor de la universidad de Praga, el cual me habló del modo siguiente: «No deben sorprenderos: los samaritanos eran cismáticos que querían hacer sacrificios en su país, pero no

enviar el dinero á Jerusalén; y merecían padecer los suplicios á los que el profeta Oseas los condenó. La ciudad de Jericó, que fué tratada del mismo modo, después que sus murallas cayeron al son de las trompetas, era menos culpable. Los treinta y un reyes que Josué mandó ahorcar no eran cismáticos. Los cuarenta mil ephraimitas que murieron asesinados porque para pronunciar la palabra *siboleth*, decían *schiboleth*, no habían caído en el abismo del cisma. Sabed, amigo mío, que nada hay tan execrable en el mundo como el cisma. Los jesuítas hicieron ahorcar en Thorn, el año 1724, á algunos jóvenes estudiantes sólo porque eran cismáticos. No tengáis duda que nosotros, que somos católicos, apostólicos, romanos y bohemios, no nos abstendríamos de pasar á cuchillo á todos los rusos que encontráramos desarmados, de estrellar sus niños contra las piedras, de abrir el vientre á sus mujeres embarazadas, ni de sacar de su matriz sangrienta los fetos á medio formar. Digo esto porque los rusos pertenecen á la religión griega, que es cismática, y se niegan á llevar su dinero á Roma: luego debemos exterminarlos ya que está demostrado que los jerosolimitas debían exterminar á los samaritanos.»

Me tomé la libertad de contradecir al doctor de la universidad de Praga, que se incomodó conmigo; y la disputa continuó durante tanto tiempo, que me ví obligado á cenar con él; y aunque me envenenó, tuve la suerte de no morir.

OVIDIO

Los sabios han escrito algunos volúmenes para averiguar con certeza el rincón del mundo en el que Octavio Augusto desterró á Ovidio Nason. Lo único cierto que sabemos de él es que nació en Sulmona, que se educó en Roma, y que pasó diez años de su vida en la ribera derecha del Danubio en las inmediaciones del mar Negro. Aunque á esa nación la llaman bárbara, no hay que creer que era salvaje. En ella escribían versos. Cotys, reyezuelo de una parte de la Thracia, componía versos dedicados á Ovidio en la lengua de los dacios, que aprendió el poeta latino de tal modo, que versificaba en dicho idioma. Parece que se debían escribir versos griegos en la antigua patria de Orfeo; pero poblaban entonces aquellos países las naciones del Norte, que probablemente hablarían un dialecto tártaro, parecido al antiguo slavo. Ovidio no había nacido para escribir versos tártaros. El territorio de los tomitas, donde lo desterraron, pertenecía á la Mesia, provincia romana, y estaba situado entre el monte Hemus y el Danubio, en el grado cuarenta y cuatro, como los más hermosos climas de Francia; pero las montañas que

tiene el Sur y los vientos del Norte y del Este que recibe del Ponto-Euxino, el frío y la humedad que le dan los bosques y el Danubio, hacen insoportable esa región para el hombre que nació en Italia: por eso Ovidio no vivió allí mucho tiempo, y murió á la edad de sesenta años. En sus elegías se queja del clima, pero no de sus habitantes. Aunque lo coronaron de laureles y le concedieron privilegios, no podía olvidar que estaba desterrado de Roma.

Lo que sucedió á Ovidio es una prueba de la esclavitud en que vivían los romanos. El poco caso que los emperadores hacían de la observancia de las leyes lo comprueba el ver que Octavio, faltando á ellas, desterró á un hijo de una familia ecuestre. Antes de aquella época se necesitaba la aprobación de un plebiscito, de una ley nacional, para privar á un romano de su patria. Aunque una cábala desterró á Cicerón, fué desterrado sin embargo con arreglo á las leyes.

El delito que cometió Ovidio fué sin duda haber presenciado algo vergonzoso en la familia de Octavio. Los doctos no han podido saber á punto fijo si encontró á Augusto cometiendo deshonestidades con un mancebo ó si sorprendió algún escudero en brazos de la emperatriz Livia, con la que Octavio se casó estando embarazada de otro; ó si vió á Augusto ocupado con su hija ó con su nieta, ó haciendo otra cosa peor. Lo más probable es que Ovidio sorprendió á Augusto en un incesto. Un autor casi contemporáneo, Miuntianus Apuleius, dice: «Pulsum quoque in exilium quod Augusti incestum vidisset.»

Octavio Augusto tomó para desterrarle el pretexto de haber publicado un libro inocente, *El Arte de amar*, escrito con decencia, en el que no se encuentra una palabra obscena. El pretexto fué ridículo. ¿Cómo era posible que Augusto, de quien todavía conservamos versos deshonestos, desterrara á Ovidio, por haber facilitado á sus amigos algunos años antes copias de *El Arte de amar*? ¿Cómo podía afear á Ovidio una obra decorosamente escrita, al mismo tiempo que aprobaba versos de Horacio, en los que este poeta prodigaba las frases más infames de la prostitución? Era indudablemente impudencia vituperar á Ovidio y tolerar á Horacio. Es claro, pues, que Octavio alegaba una mala razón, no atreviéndose á declarar la razón verdadera. La prueba de que el motivo del destierro de Ovidio fué haber presenciado algún estupro, algún incesto, alguna infame aventura secreta de la sagrada familia imperial, es que Tiberio, ese monstruo hipócrita y lascivo, cuando ascendió al trono, no levantó el destierro á Ovidio, que en vano lo suplicó al autor de las proscripciones, al envenenador de Germánicus, que fué sordo á las súplicas del desventurado poeta, que continuó viviendo en las orillas del Danubio.

Podemos hacer á Ovidio un cargo casi tan grande como á Augusto y como á Tiberio; el de elogiar á esos dos emperadores. Las alabanzas que les prodiga son tan exageradas, que excitarían la indignación si las hubiera dedicado á príncipes bienhechores; pero él se las dirigió á los tiranos. Puede perdonarse el elogio excesivo dirigido á un príncipe que nos mimaba; pero no merece perdón tratar como á un dios al príncipe que nos persigue. Hubiera sido más decoroso para Ovidio embarcarse cien veces en el mar Negro y refugiarse en la Persia, que componer su libro *De los Tristes*. Extrañas fueron esas alabanzas de Ovidio, que deseaba en el fondo de su corazón que otro Bruto librara á Roma de Octavio, mientras públicamente y en verso deseaba á ese tirano la inmortalidad.

P

PABLO

I

Cuestiones sobre San Pablo.

¿Fué Pablo ciudadano romano como se jacta de haberlo sido? Si nació en Tarsis, que pertenece á la Fenicia, Tarsis no fué colonia romana hasta cien años después de la muerte del apóstol; y en esto están acordes los anticuarios. Si nació en la pequeña ciudad ó aldea de Giscala, como cree San Jerónimo, esa ciudad pertenece á Galilea; y los galileos no eran ciudadanos romanos.

¿Es cierto que Pablo ingresó en la sociedad naciente de los cristianos, que entonces eran semi-judíos, porque Gamaliel, que fué su maestro, se negó á casarlo con su hija? Esta acusación sólo se encuentra en las *Actas de los apóstoles*, que admiten los ebionitas y que copia y refuta el obispo San Epifanio.

¿Es verdad que Santa Tecla fué á buscar á San Pablo disfrazada de hombre? ¿Las actas de Santa Tecla son canónicas? Tertuliano, en el libro que escribió sobre el bautismo, y en el capítulo XVII, cree que escribió esa historia un sacerdote entusiasta de Pablo; pero Jerónimo y Cipriano, aunque refutan la fábula

del león que bautizó Santa Tecla, afirman la veracidad de esas actas. En éstas se encuentra este singular retrato de Pablo: «Era grueso, de baja estatura, ancho de hombros; sus cejas negras se juntaban sobre su nariz aguileña; tenía las piernas torcidas, la cabeza calva y estaba lleno de la gracia del Señor.» Así también lo retrata Luciano, aunque no dice que estaba lleno de la gracia del Señor, porque Luciano no le conocía.

¿Puede perdonarse á Pablo de que reprendiera á Pedro porque judaizaba, cuando él mismo estuvo judaizando ocho días en el templo de Jerusalén? ¿Cuando Pablo fué presentado por los judíos ante el gobernador de Judea por introducir extranjeros en el templo, obró bien diciendo al gobernador que le procesaban por haber resucitado muertos, cuando no se trataba de semejante resurrección?

¿Hizo bien Pablo en circuncidar á su discípulo Timoteo, después de haber escrito á los galateos: «Si os dejáis circuncidar, Jesús no servirá de nada?» ¿Hizo bien en escribir á los corintios: «No tenemos acaso derecho de vivir á vuestras expensas y de tener una mujer?» ¿Hizo bien de escribir á los mismos en otra epístola: «No perdonaré á ninguno de los que han pecado, ni á los otros?» ¿Qué idea tendríamos hoy del hombre que quisiera vivir él y su mujer á nuestras expensas, juzgarnos, castigarnos, midiendo con la misma vara al culpable y al inocente?

¿Qué quiere decir que Pablo fué arrebatado al tercer cielo? ¿Qué quiere decir tercer cielo?

¿Qué es en fin más verosímil, humanamente hablando, que San Pablo se hiciera cristiano por haberle derribado del caballo una luz extraordinaria en pleno medio día, y porque una voz celeste le preguntara á voz en grito: Saúl, Saúl, por qué me persigues; ó que se hiciera cristiano por odio á los fariseos, por negarse Gamaliel á entregarle su hija ó por cualquier otro motivo?

¿En cualquier otra historia que no fuera religiosa, la negativa de Gamaliel no parecería más natural que haber oído una voz celeste, sino estuviéramos obligados á creer ese milagro? Sólo presento estas cuestiones para instruirme, como exijo del que quiera instruirme que me hable siempre con arreglo á la razón.

II.

Las epístolas de San Pablo son tan sublimes que es muy difícil comprenderlas. Muchos jóvenes bachilleres preguntan cual es el sentido preciso de estas palabras: «Todo hombre que reza y que profetiza, con un dedo sobre su cabeza, la mancha» (1).

(1) Primera epístola á los corintios, cap. XI, ver. 4.

Qué significan estas otras: «Supe por el Señor, que la misma noche que le prendieron, había tomado pan» (1).

¿Cómo pudo saber eso por Jesucristo, con quien nunca habló, y del que fué cruel enemigo sin haberle visto nunca? ¿fué por inspiración? ¿fué por el relato de sus discípulos? ¿fué cuando la luz celeste le hizo caer del caballo? No nos lo dice.

Qué quiere decir (2): «La mujer se salvará si tiene hijos.»

Esto es indudablemente tratar de aumentar la población; y no da á entender que Pablo haya fundado conventos de religiosos.

Trata de impíos, de impostores, de diabólicos, de conciencias gangrenadas á los que predicán el celibato y la abstinencia de comer carne.

¿Qué hemos de decir respecto á los pasajes en los que recomienda á los obispos que no tengan más que una mujer (3)? Esto es positivo: nunca permitió que un obispo tuviera dos mujeres, cuando los grandes pontífices judíos podían tener muchas.

Dice positivamente que «el juicio final llegará en su época, que Jesús descenderá de las nubes como lo anuncia San Lucas, que él, Pablo, se remontará en los aires para ir delante de Jesús con los habitantes de Thesalónica.» ¿Fué eso acaso una figura alegórica? ¿creyó efectivamente que haría semejante viaje? ¿llegaría acaso al tercer cielo?

«Que el Dios Nuestro Señor Jesucristo, el padre de la gloria, os conceda el espíritu de la sabiduría.» ¿Decir esto es acaso reconocer á Jesús por el mismo Dios que el Padre?

«Manifestó el poder que tenía sobre Jesús, resucitándolo y colocándolo á su derecha.» ¿Dice esto para probar la divinidad de Jesús?

Hicisteis á Jesús algo inferior á los ángeles coronándolo de gloria. Si es inferior á los ángeles, ¿cómo es Dios?

«Si por el delito de uno solo murieron muchísimos, la gracia y el don de Dios abundaron por la gracia de un solo hombre, que es Jesucristo.» ¿Por qué le llama siempre hombre, y nunca Dios?

«Somos hijos de Dios y coherederos de Jesucristo.» ¿No es esto considerar á Jesús como á uno de nosotros, aunque superior á nosotros por la gracia de Dios? ¿Cómo hemos de entender esos pasajes al pie de la letra sin temer ofender á Jesucristo, y cómo hemos de interpretarlos en sentido más elevado sin temer ofender al Dios Padre? Tiene San Pablo muchos pasajes de esa índole que han hecho trabajar la inteligencia de los sabios; los comentaristas se han combatido unos á otros, y nosotros no tene-

(1) Primera epístola á los corintios, cap. XI, ver. 23.

(2) *Timoteo*, capítulo II.

(3) *Timoteo*, capítulo III.

mos la pretensión de aclarar la obscuridad que ellos han dejado, por lo que nos sometemos á la decisión de la Iglesia.

También nos ha costado gran trabajo descifrar los pasajes siguientes:

«La circuncisión os aprovecha si observáis la ley judía; pero si sois prevaricadores de la ley, vuestra circuncisión se convierte en prepucio (1).

«Sabemos que todo lo que la ley dijo á todos los que están dentro de la ley, lo dijo con el fin de que toda boca quede obstruída (2) y de que todo el mundo se someta á Dios, porque toda carne sólo se justificará ante El por las obras de la ley, porque por la ley viene el conocimiento del pecado. Porque un solo Dios justifica la circuncisión por la fe y el prepucio por la fe. No quiera Dios que destruyamos la ley por la fe.»

Nos atrevemos á decir que ni aun el ingenioso y profundo dom Calmet, respecto á estos pasajes oscuros, nos ha podido dar una luz que disipara nuestras tinieblas. Sin duda es culpa nuestra por no haber comprendido á los comentaristas y por estar privados de la inteligencia completa del texto, que sólo debe haberse concedido á las almas privilegiadas; pero cuando la explicación nazca de la cátedra de la verdad, lo entenderemos todo perfectamente.

III

Es preferible leer las cartas de dicho apóstol á consumir la paciencia pretendiendo inútilmente averiguar la fecha en que se escribieron. También los sabios buscan en vano el año y el día en que San Pablo mandó apedrear á San Esteban y en que guardó los mantos de los verdugos. Disputan también sobre el año en que la luz brillante le hizo caer del caballo en pleno medio día y sobre la época en que fué transportado al tercer cielo. No están acordes en que le llevaron prisionero á Roma ni en el año en que murió. No es conocida la fecha de ninguna de sus epístolas.

Créese que no es suya la epístola dirigida á los hebreos, lo mismo que la dedicada á los laodicenses, aunque ésta la hayan admitido por los mismos motivos que las otras.

No se sabe por qué cambió el nombre de Saúl por el de Pablo, ni qué significaba este nombre. San Gerónimo, en sus comentarios, dice que Pablo significaba la embocadura de la flauta.

La correspondencia de San Pablo con Séneca y de Séneca

(1) *Epístola á los romanos*, cap. II.

(2) *Epístola á los romanos*, cap. III.]

con San Pablo, fué para la primitiva Iglesia tan auténtica como los escritos de los demás cristianos. San Gerónimo lo asegura; en su catálogo cita pasajes de dichas cartas. San Agustín tampoco lo duda. Se conservan trece cartas de Pablo y de Séneca, que estuvieron ligados por estrecha amistad en la corte de Nerón. La séptima carta que Séneca dirigió á San Pablo, es curiosísima: en ella le dice que los judíos y los cristianos se ven condenados con frecuencia al último suplicio por incendiarios de Roma. Es verosímil efectivamente que los judíos y los cristianos, que se aborrecían con ceguedad, se acusaran recíprocamente unos á otros de haber incendiado la capital del imperio romano, y que el desprecio y el horror con que miraban á los judíos, lo mismo que á los cristianos, los entregaran á unos y á otros á la venganza pública.

No podemos dejar de confesar que la correspondencia epistolar de Séneca y de Pablo está escrita en latín bárbaro y ridículo; que los asuntos de las cartas son tan impertinentes como el estilo, y que hoy se les consideran falsas. ¿Pero cómo se atreven á contradecir el testimonio de San Gerónimo y el de San Agustín? Si éstos aseguran que son verdaderas cuando son falsificadas, qué seguridad podemos tener de que son auténticos otros muchos escritos respetables? Esta es la objeción que presentan algunos sabios. ¿Si nos han engañado indignamente, dicen, queriendo hacer pasar por verdaderas las cartas de Pablo y de Séneca, las constituciones apostólicas y las actas de San Pedro, por qué no nos han podido engañar también respecto á las *Actas de los apóstoles*?

No se sabe en qué se fundaba Abdías, primer obispo de Babilonia, para decir en su *Historia de los apóstoles*, que San Pablo hizo que el pueblo apedreara á Santiago el Menor; pero antes de que se convirtiera al cristianismo, pudo muy bien perseguir á Santiago, como persiguió á San Esteban. Pablo era muy violento; y dicen las *Actas de los apóstoles* que le gustaba el olor de la sangre y el de la carnicería (1). Abdías tiene cuidado de observar que «el autor de la sedición, que tan cruelmente maltrató á Santiago, era el mismo Pablo, que luego Dios designó para ejercer el ministerio del apostolado (2).»

Ese libro que se atribuye al obispo Abdías, no lo admiten los cánones; sin embargo, Julio Africano, que lo tradujo al latín, lo cree auténtico; pero si la Iglesia no lo admite, tampoco nosotros debemos admitirle, limitándonos á bendecir á la Providencia y á desear que todos los perseguidores lleguen á convertirse en apóstoles caritativos.

(1) Capítulo IX, versículo 1.

(2) *Historia apostólica*, libro VI, del *Código de Fabricio*.

PARAÍSO

La palabra *paraíso* es una de las que más se han separado de su etimología. Sabemos que originariamente significaba un sitio plantado de árboles frutales; luego se llamó paraíso á los jardines que tenían árboles que hacían sombra. Así se llamaron en la antigüedad los jardines de Sahara hacia Edén de la Arabia Feliz, que fueron conocidos mucho tiempo antes que las hordas de los hebreos invadieran parte de la Palestina.

La palabra *paraíso* sólo es célebre para los judíos en el *Génesis*. Algunos autores judíos hablan de jardines, pero ninguno de ellos dijo una palabra del jardín que se llamaba paraíso terrestre. ¿En qué consiste que ni los escritores ni los profetas judíos citaron nunca el paraíso terrestre, del que nos ocupamos nosotros todos los días? Como esto casi es incomprensible, hizo creer á sabios audaces que el *Génesis* se escribió mucho más tarde.

Los judíos no tomaron nunca ese verjel, esa plantación de árboles, ese jardín por cielo. San Lucas es el primero que designó el cielo con la palabra paraíso, cuando Jesucristo dijo al buen ladrón: «Tú estarás conmigo hoy en el paraíso.» Los antiguos dieron el nombre de cielo á las nubes: esa denominación era impropia, porque las nubes tocan en la tierra por medio de los vapores que las forman, y cielo es una palabra vaga que significa el espacio inmenso en el que giran multitud de soles, de planetas y de cometas; de ningún modo se parece á un jardín.

Santo Tomás dice que hay tres paraísos: el terrestre, el celeste y el espiritual. No alcanzo á comprender la diferencia que haya entre el espiritual y el celeste. El verjel espiritual, según Santo Tomás, es la visión beatífica; pero eso es precisamente lo que constituye el paraíso celeste, el goce del mismo Dios. No me tomaré la libertad de disputar con el ángel de la escuela, y me concretaré á decir: ¡Dichoso el que pueda estar eternamente en uno de los tres paraísos!

Algunos sabios curiosos creen que el jardín de las Hespérides, que vigilaba un dragón, era una imitación del jardín del Edén, que tenía por guardián un buey con alas ó un querubín. Otros sabios más temerarios todavía se han atrevido á decir que el buey era una mala copia del dragón, y que los judíos fueron siempre rústicos plagiarios; pero esto es blasfemar, y esa idea no puede defenderse.

¿Por qué se ha dado el nombre de paraíso al último piso de los teatros? ¿Se les ha dado este nombre por ser el sitio más ba-

rato y donde mejor pueden ir los pobres, por creer que en el otro paraíso hay muchos más pobres que ricos? ¿Se les ha dado ese nombre por ser el sitio más alto, como para significar que es el cielo? Hay sin embargo mucha diferencia entre subir al cielo y subir al paraíso de un teatro.

PATRIA

I

Nos limitaremos en este artículo, insistiendo en nuestro método, á proponer algunas cuestiones que nos es imposible resolver.

¿El judío tiene patria? Sí, nació en Coimbra, nació entre una multitud de ignorantes absurdos que presentarán muchos argumentos contra él, y á los que dará contestaciones absurdas si se atreve á contestar. Le vigilarán los inquisidores y lo quemarán vivo si averiguan que no come tocino, y después se apoderarán de sus bienes. ¿Puede decirse que Coimbra es su patria, puede acaso amarla? ¿Su patria es Jerusalén? Oyó decir vagamente que en la antigüedad sus antepasados habitaron en aquel territorio pedregoso y estéril, rodeado por un desierto abominable, y que los turcos son hoy dueños de aquel país. Jerusalén no es hoy su patria: no tiene patria; no hay en el mundo un pie cuadrado de tierra que le pertenezca.

¿El guebro, que es más antiguo y más respetable que el judío y hoy vive esclavo de los turcos, ó de los persas, ó del Gran Mogol, puede contar como patria los pireos que eleva en secreto en la cumbre de las montañas? El baniano y el armenio, que pasan toda la vida recorriendo el Oriente dedicados á ejercer el oficio de corredores, ¿pueden decir que éste es su querida patria? No tienen más patria que su bolsa y su libro de cuentas.

¿En las naciones de Europa, todos esos mercenarios que alquilan sus servicios y que venden su sangre al primer rey que les paga, tienen patria? Mucho menos que el ave de rapiña que vuelve todas las noches al hueco de la peña donde su madre hizo el nido. ¿Se atreven los frailes á decir que tienen patria? Dicen que su patria es el cielo; de ese modo se lo concedo, pero en el mundo yo no sé que tengan patria.

¿La palabra *patria* es propia y conveniente pronunciada por el griego moderno, que ignora que existieron Milciades y Agesilao, que sólo sabe que es esclavo de un janissaire, y éste esclavo de un agá, y éste esclavo de un bajá, y éste esclavo de un visir, y éste esclavo del padisha, que los europeos llamamos el Gran Turco?

¿Qué es, pues, la patria? ¿Será acaso un buen campo, cuyo poseedor, viviendo cómodamente en una casa surtida de todo, pueda decir: este campo que yo cultivo, esta casa que yo he edificado son míos, y vivo en ellos bajo la protección de las leyes que ningún tirano puede violar? Cuando los que posean campos y casas como yo se reúnan para tratar de sus intereses comunes, tendré yo voto en esa asamblea, porque constituyo parte del todo: una parte de la comunidad, una parte de la soberanía; he aquí mi patria.

II

Un joven mancebo de una pastelería que había estudiado en el colegio y recordaba aún algunas frases de Cicerón, se jactaba un día de amar con entusiasmo á la patria. «¿Qué entiendes tú por patria?—le preguntó un concurrente á la pastelería;—¿es el horno donde trabajas? ¿es la aldea donde naciste y que no has vuelto á ver? ¿es la calle donde vivían tu padre y tu madre, que se arruinaron, obligándote á pasar la vida haciendo pasteles? ¿es la iglesia de Nuestra Señora, en la que no conseguiste ser acólito, mientras que un hombre absurdo llega á ser arzobispo y duque y á disfrutar de veinte mil luses de oro de renta?» El mancebo de la pastelería no supo qué contestar, y un filósofo, que estaba oyendo la conversación, sacó por consecuencia que en la patria que es algo extensa se encuentran frecuentemente millones de hombres que no tienen patria.

El voluptuoso parisiense, que nunca hizo más viaje que el de París á Dieppe para comer allí pescado fresco, que sólo conoce la suntuosa casa que tiene en la ciudad y su linda casa de campo, que habla bastante bien la lengua francesa, porque no sabe hacer otra cosa más que hablar, está enamorado de todo eso y de las jóvenes que entretiene y del vino de Champagne; y dice sin embargo que ama á su patria.

¿Puede decirse en conciencia que el hacendista ama cordialmente á su patria? ¿El oficial y el soldado, que devastarían el distrito donde tienen el cuartel de invierno si tuvieran permiso para obrar así, profesan acaso afecto tierno á los paisanos, que ellos arruinarían? ¿Cuál era la patria del duque de Guisa, que tenía por apodo el *Acuchillado*? ¿Era Nancy, París, Madrid ó Roma? ¿Qué patria tuvieron los cardenales de La Balue, Duprat, de Lorena y Mazarino? ¿Cuál fué la patria de Atila y de los héroes de esa clase que lo recorrieron todo y no pararon nunca? Quisiera que me dijieran cuál fué la patria de Abraham. Creo que fué Eurípides el primero que dijo que la patria es el sitio donde nos encontramos bien; pero el primer hombre que salió del

sitio de su nacimiento para buscar el bienestar en otra parte, sin duda lo diría antes que Eurípides.

III

Patria es la reunión de muchas familias; y así como ordinariamente sostenemos á la familia por amor propio, cuando no media un interés contrario, por ese mismo amor propio sostiene cada individuo la ciudad ó la aldea de su nacimiento, que llamamos su patria. Cuanto más grande llega á ser la patria, menos la amamos, porque el amor dividido se debilita. Es imposible amar tiernamente á una familia muy numerosa que apenas conocemos.

El que siente la ardiente ambición de ser edil, tribuno, pretor, cónsul ó dictador, se esfuerza por pregonar que ama á su patria; pero sólo se ama á sí mismo. Cada ciudadano desea estar seguro de poderse acostar por la noche en su casa sin que otro hombre se abrogue el poder de mandarle que se acueste en otra parte: cada ciudadano quiere estar seguro de su fortuna y de su vida. Teniendo todos los ciudadanos los mismos deseos, sucede que el interés particular se convierte en interés general; cuando se hacen votos en favor de la República, en realidad cada cual los hace en beneficio propio.

Es imposible que haya en la tierra ningún Estado que al principio no se haya gobernado por la república, porque esta es la marcha natural de la naturaleza humana. Algunas familias empiezan á reunirse al principio para defenderse de los osos y de los lobos; las que sólo tienen granos los cambian con las que sólo tienen leña. Cuando descubrimos la América encontramos todas sus poblaciones divididas en repúblicas; sólo había dos monarquías en toda aquella parte del mundo: entre mil naciones sólo encontramos dos que estuvieran subyugadas.

Lo mismo sucedía en el mundo antiguo; todo eran repúblicas en Europa antes de conocerse los reyezuelos de Etruria y de Roma. Existieron durante muchos siglos las repúblicas de Asia, de Trípoli, de Túnez y de Argel; y hacia la parte septentrional eran repúblicas de bandidos. Los hotentotes, situados en el Mediodía, viven aún como vivían en las primeras edades del mundo, libres, todos iguales, sin señores ni vasallos, sin dinero y casi sin necesidades. La carne de sus corderos les alimenta, con sus pieles se visten; cuevas de madera y de tierra son sus viviendas; son más fétidos que los demás hombres, aunque ellos no lo conocen; viven y mueren con más lentitud que nosotros.

Quedan en Europa ocho repúblicas, Venecia, Holanda, Sui-

za, Ginebra, Lucca, Ragusa, Génova y San Marino (1). Pueden considerarse la Polonia, la Suecia y la Inglaterra como repúblicas gobernadas por un rey.

Ahora vamos á preguntar: ¿qué es preferible, que vuestra patria sea un Estado monárquico ó un Estado republicano? Hace cuatro mil años que se agita esta cuestión. Si la han de resolver los ricos, dirán que prefieren la aristocracia; si la ha de resolver el pueblo, dirá que prefiere la democracia; sólo los reyes preferirán la monarquía. ¿Cómo, pues, es posible que en casi todo el mundo gobiernen monarcas? Preguntádselo á los ratones, que propusieron colgar una campanilla al cuello del gato, y nadie se atrevió á ponérsela (2). Pero la verdadera razón consiste en que los hombres rara vez son dignos de gobernarse por sí mismos. Es triste que muchas veces, para ser buen patriota, sea preciso ser enemigo del resto de los hombres. El antiguo Catón, que era un buen ciudadano, decía en voz alta en el Senado: «Esta es mi opinión y quede arruinada Cartago.» Ser buen patriota es desear que la ciudad donde hemos nacido se enriquezca por medio del comercio y sea poderosa por medio de las armas; pero es evidente que un país no puede ganar sin que otro país pierda, y que no se puede vencer sin causar muchas víctimas. Tal es la condición humana, que desear la grandeza de nuestro país, es desear la decadencia de otros países; el que deseara que su patria no fuese nunca ni más grande ni más pequeña, ni más rica ni más pobre ese sería el verdadero ciudadano del universo.

PEDRO

¿Por qué los sucesores de San Pedro tuvieron mucho poder en Occidente y ningún poder en Oriente? Esto equivale á preguntar por qué los obispos de Vurtzburg y de Saltzburg se atribuyeron los derechos de regalía en los tiempos de anarquía, mientras que los obispos griegos permanecieron siempre siendo vasallos. Las circunstancias, la ocasión, la ambición de unos y la debilidad de otros, lo hicieron y lo harán todo en el mundo. Es inútil que repitamos que hablando de este modo hacemos siempre abstracción de lo que es divino. Semejante anarquía la autorizó la opinión pública, y la opinión es la reina de los hombres; no porque ésta sea determinada en ellos, sino porque su soberanía pasa muchas veces por opinión.

«Yo te daré las llaves del reino de los cielos.» Estas palabras

(1) Hay que tener presente que este artículo lo escribió Voltaire el año 1764. (*N. del T.*)

(2) La Fontaine, fábula 2.^a del libro II.

que atribuyen á Jesús dirigidas á Pedro, dieron pie á los partidarios acérrimos del obispo de Roma para sostener, en el siglo XI, que el que da lo más da lo menos; que como los cielos rodean al mundo y Pedro tenía las llaves del continente, debía tener también las llaves del contenido. Si se entiende por cielo las estrellas y todos los planetas, es evidente, según opina Tomasius, que las llaves dadas á Simón Barjona, apellidado Pedro, eran unas llaves maestras. Si se entienden por cielos las nubes, la atmósfera, el éter, el espacio en el que ruedan los planetas, según opina Meursins, no hay cerrajero capaz de hacer llave para semejantes puertas. Pero los chistes no son razones.

Las llaves en Palestina eran una clavija de madera que ataban con una correa. Jesús dijo á Pedro: «Lo que tú atarás en el mundo, atado estará en el cielo.» De esas palabras los teólogos del Papa dedujeron que á los papas se les había concedido el derecho de atar y de desatar á los pueblos del juramento de fidelidad que habían prestado á sus reyes y de disponer según su voluntad de todos los reinos. Esto es sacar magníficas conclusiones. Los comunes, en los estados generales celebrados en Francia en 1302, decían en una exposición dirigida al rey, que «Bonifacio VIII era un bobalicón que creía que Dios ataba y encarcelaba en el cielo todo lo que él ataba en la tierra.» El famoso luterano de Alemania Melancton no podía oír que Jesús hubiera dicho á Simón Barjona: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Asamblea, mi Iglesia.» No podía concebir que Dios usara de ese juego de palabras, de agudeza tan extraordinaria y que el poder del Papa se fundara sobre un equívoco. Esta idea solo puede permitirse á un protestante.

Es tradicional la creencia de que Pedro fué obispo de Roma; pero está ya averiguado que ni en su época ni mucho después, hubo allí ningún obispado particular. La sociedad cristiana no tomó forma hasta la mitad del siglo II. Puede ser que Pedro hiciera el viaje á Roma; puede ser que le crucificaran cabeza abajo, aunque no era esa la costumbre; pero no tenemos ninguna prueba de nada de esto. Conservamos una carta firmada por él, en la que dice que está en Babilonia, y juiciosos canonistas sostienen que donde dice Babilonia debe entenderse Roma. De modo, que suponiendo que la hubiera firmado en Roma, hubieran también podido deducir que la carta había sido escrita en Babilonia. Durante mucho tiempo se han sacado consecuencias como estas; y así es como el mundo se ha gobernado.

Hubo en Roma un santo varón al que hicieron pagar muy caro un beneficio en dicha ciudad, lo cual se llama simonía; le preguntaron si creía que Simón Pedro había estado allí, y respondió: «No sé que Pedro haya estado en Roma, pero estoy seguro de que sí que estuvo Simón.»

En cuanto á la persona de San Pedro, es preciso confesar que Pablo no fué el único á quien escandalizó su conducta; fueron varios los que lo echaron en cara á él y á sus sucesores. San Pablo le reprendió severamente porque comía carnes prohibidas, como la de cerdo, de liebre, y otras: Pedro se defendía diciendo que vió el cielo abierto á la hora sexta y que descendía de sus cuatro ángulos un gran mantel lleno de anguilas, de cuadrúpedos y de aves, y que la voz de un ángel le dijo: «Mata y come.» Sin duda es la misma voz que dijo á muchos pontífices: «Matad y comeos la substancia del pueblo;» este reproche de Wollaston me parece demasiado fuerte.

Casambón critica el modo como San Pedro trató á Ananías y á Saphira su mujer. ¿Con qué derecho, dice Casambón, un judío, que era esclavo de los romanos, mandaba que todos los que creyeran en Jesús vendieran sus bienes y pusieran á sus pies el valor de las ventas? Si en Londres algún anabaptista mandara que le trajeran todo el dinero de sus hermanos, le prenderían por seductor, por sedicioso y por ladrón y le encerrarían en Tiburn. ¿No es un hecho horrible hacer morir á Ananías, porque habiendo vendido sus fondos y no dando dinero á Pedro, se quedó para él y para su mujer algunos escudos para satisfacer sus necesidades sin decírselo? En cuanto muere Ananías, muere su mujer; y Pedro, en vez de avisarla caritativamente que acaba de matar á su marido una apoplejía por haberse guardado algunos óbolos, la hace caer en las mismas redes. Le pregunta si su marido ha entregado todo el dinero á los santos; la buena mujer le responde que sí, y muere súbitamente. Esto también es muy duro.

Conringius pregunta por qué Pedro, que mataba en el acto á los que le hacían limosna, no iba á matar á los doctores que crucificaron á Jesucristo y que á él mismo le azotaron más de una vez.

En los tiempos de Enrique IV y de Luis XIII, el abogado general del Parlamento de Provenza, Doraison de Torame, en el libro que lleva por título *La Iglesia militante*, dedicado á Enrique IV, llena un capítulo entero con la sentencia que pronunció San Pedro en materia criminal. Dice que el decreto que dió contra Ananías y Saphira lo ejecutó el mismo Dios *en los términos y casos de la jurisdicción espiritual*. Todo el libro está escrito en ese estilo. Como acabamos de ver, Coringius pensaba de otro modo que el abogado provenzal, y es indudable que en su país no había inquisición cuando se aventuraba á hacer preguntas tan atrevidas.

Erasmus, ocupándose de Pedro, hace una observación singular: dice que el jefe de la religión cristiana empezó su apostolado renegando de Jesucristo, y que el primer pontífice de los ju-

dios comenzó su ministerio construyendo un becerro de oro y adorándole.

De todos modos nos describen á Pedro como un pobre que catequizaba á los pobres y que se parecía á los fundadores de órdenes que vivieron en la indigencia, cuyos sucesores se convirtieron en grandes señores. El Papa, sucesor de San Pedro, unas veces ha ganado y otras ha perdido; pero le quedan todavía en el mundo cerca de cincuenta millones de hombres sujetos á las leyes religiosas, sin contar sus vasallos inmediatos.

Reconocer la autoridad del Papa, es sujetarse á un señor que está á trescientas ó á cuatrocientas leguas de nosotros; esperar-nos á pensar lo que ese hombre piense; no atreverse á juzgar en última instancia el proceso que medie entre algunos conciudadanos, sino por medio de comisarios que nombre ese señor extranjero; no atreverse á tomar posesión de las tierras que nos concede nuestro rey sin pagar antes una suma considerable á ese señor extranjero; faltar á las leyes del país que nos prohíben casarnos con nuestra sobrina, casándonos legítimamente con ella pagando una cantidad de consideración á dicho señor extranjero; estas son las libertades de la Iglesia galicana, según dice Dumarsais.

Hay algunos pueblos que llevan mucho más lejos su sumisión al Papa. En nuestros días hemos presenciado que un soberano pidió permiso al Papa para que su tribunal real pudiera juzgar á frailes acusados de parricidio, y dicho rey no obtuvo este permiso y no se atrevió á juzgarlos. (1)

Sabido es que antiguamente eran extraordinariamente extensos los derechos de los papas; eran superiores á los dioses de la antigüedad, porque los dioses sólo aparentemente disponían de los imperios y los papas disponían de ellos realmente.

Sturbinos dice que merecen perdón los que dudan de la divinidad y de la infalibilidad del Papa cuando se hacen las siguientes reflexiones:

Que cuarenta cismas han profanado la cátedra de San Pedro y veintisiete de ellos la han ensangrentado;

Que Esteban VII, que era hijo de un sacerdote, desenterró el cuerpo de Formoso, su predecesor, y mandó cortar la cabeza al cadáver;

Que Sergio III, convicto y confeso de asesinatos, tuvo un hijo de Marozia, cuyo hijo heredó el papado;

Que Juan X, amante de Theodora, fué estrangulado en su lecho;

Que Juan IX hijo de Sergio III, se distinguió por su vida crapulosa;

(1) El rey de Portugal José II.

Que Juan XII fué asesinado en casa de su querida;
 Que Benedicto IX compró y revendió el pontificado;
 Que Gregorio VII fué el promovedor de quinientos años de guerras civiles que sostuvieron sus sucesores;

Que, en fin, entre tantos papas disolutos, ambiciosos y sanguinarios sobresalió Alejandro VII, cuyo nombre causa tanto horror á la humanidad como los nombres de Nerón y de Calígula.

Dícese que prueba la divinidad del carácter del Papa que haya subsistido á pesar de tantos crímenes; pero si los califas hubieran obrado de un modo más horrible, según ese raciocinio, serían más divinos.

PEDRO EL GRANDE Y J. J. ROUSSEAU

I

«El czar Pedro no estaba dotado del verdadero genio, que es el que crea y lo hace todo de nada. Algunas de las cosas que hizo estaban bien, pero muchas de ellas eran estemporáneas. Conoció que su pueblo era bárbaro, pero no conoció que no estaba maduro para educarle, y quiso civilizarlo cuando únicamente lo había de haber aguerrido. Quiso que sus súbditos fueran alemanes ó ingleses, cuando debía haber empezado por hacerlos rusos; impidió que fueran nunca lo que podían ser convenciéndolos de que eran lo que no son. De ese modo el preceptor francés educa á su discípulo para que brille un momento durante la infancia y para que más tarde no sea nada. El imperio de Rusia querrá subyugar la Europa, y será él el subyugado. Los tártaros, sus vasallos ó sus vecinos, llegarán á ser sus señores y los nuestros: esa revolución me parece infalible; y todos los reyes de Europa trabajan de común acuerdo para acelerarla.» (*Contrato social*, libro II, cap. VIII.)

Las anteriores palabras las copiamos del *Contrato social* ó insocial, del poco sociable Juan Jacobo Rousseau. No debe sorprendernos que, haciendo milagros en Venecia, haga profecías sobre Moscou; pero como él sabe que pasó el tiempo de los milagros y de las profecías, debe también persuadirse de que lo que predice á Rusia no es tan infalible como le pareció en su primer acceso. Es agradable anunciar la caída de los grandes imperios, porque esto parece que nos consuele de nuestra pequeñez. Será una gran victoria para la filosofía llegar á ver que los tártaros Nogais, que pueden poner en pie de guerra hasta doce mil hombres, subyuguen la Rusia, la Alemania, la Italia y la Francia. Aunque sospecho que el emperador de la China no la

ha de consentir; está por conseguir la paz perpetua, y como ya no tiene jesuitas en su imperio, no perturbará la Europa. Juan Jacobo, que sin duda está dotado del verdadero genio, cree que no lo tenía Pedro el Grande.

Los rusos, dice Juan Jacobo, no estarán nunca civilizados, pero yo he tratado á muchos que lo estaban, que tenían ingenio agradable, justo y cultivado, lo que á Juan Jacobo le parecerá muy extraordinario. Como es muy galante, no dejará de contestar que se habrán formado en la corte de la emperatriz Catalina, cuyo ejemplo ha influído en ello; pero esto no impide que él tenga razón y que dicho imperio quedará destruído dentro de poco.

El buen hombre nos asegura en una de sus modestas obras que deben erigirle una estatua; pero no será probablemente en Moscou ni en San Petersburgo donde esculpirán á Juan Jacobo.

Hablando en tesis general, quisiera que el que juzga á las naciones desde la ventana de su granero fuera más honrado y más circunspecto al emitir su juicio. Cualquier pobre diablo puede decir lo que le parezca de los atenienses, de los romanos y de los antiguos persas; puede equivocarse impunemente ocupándose de los tribunos, de los comicios y de la dictadura; puede gobernar en su imaginación dos ó tres mil leguas de territorio, siendo incapaz de gobernar á una criada. Puede en una novela recibir un beso acre de su Julia y aconsejar á un principe que se case con la hija del verdugo. Estas son tonterías sin consecuencia; pero hay otras que pueden traerlas muy graves.

Los bufones que tenían los reyes eran locos muy sensatos; no insultaban más que á los débiles y respetaban á los poderosos; los locos de las aldeas son hoy mucho más atrevidos. Se me contestará que toleraban á Diógenes y al Aretino, estamos de acuerdo; pero viendo la mosca un día á una golondrina que volando llevaba una tela de araña, quiso hacer lo mismo, y en ella se quedó presa la pobre mosca (1).

II

Puede decirse de esos legisladores que dirigen el universo

(1) Se escribió este artículo en 1765 cuando Voltaire acababa de reñir con Juan Jacobo; pero lo que sacó de sus casillas á Voltaire, fué que al verse Rousseau perseguido y condenado por *El Emilio*, éste dijo que aquél era el autor del *Sermón de los cincuenta*, en la quinta carta que escribió desde la montaña. Esto equivalía á denunciarle: «Esto era decir—escribía Voltaire—que me quieren quemar, pues que le quemén también á él.»

cobrando dos sueldos por hoja y que desde su desván dictan leyes á los monarcas, lo que Homero dice de Calcas: «Conoce el pasado, el presente y el porvenir.» Es lástima que el autor del párrafo que hemos copiado no conociera ninguno de los tres tiempos que cita Homero.

De Pedro el Grande dice: «No estaba dotado del genio que lo hace todo de nada.» Lo creo sin gran esfuerzo, porque sólo Dios tiene la prerrogativa de hacer algo de la nada; «no conoció que su pueblo no estaba maduro para ilustrarse;» en ese caso debemos admirar al czar, que consiguió madurarlo. Me parece que Juan Jacobo es el que no conoció que necesitaba el emperador valerse de alemanes y de ingleses para proporcionarse rusos.

«Impidió que sus vasallos llegaran á ser todo lo que podían.» Esto no obstante, los rusos vencieron á los turcos y á los tártaros, fueron los conquistadores y los legisladores de la Crimea y de otros varios pueblos y su soberano dictó leyes á naciones que la Europa ignoraba que existieran.

Respecto á la profecía de Juan Jacobo, diré que puede ser que haya exaltado su alma hasta el punto de poder leer en el porvenir; tiene todo lo que se necesita para ser profeta; pero respecto al pasado y respecto al presente, hay que confesar que no entiende una palabra. Creo que en la antigüedad no hay nada comparable al atrevimiento de enviar cuatro escuadras desde el fondo del mar Báltico hasta los mares de la Grecia, de dominar al mismo tiempo en el Egeo y en el Ponto Euxinio, de aterrorizar la Cólquida y los Dardanelos, de subyugar la Táuride y de obligar al visir Azem á huir desde las orillas del Danubio hasta el puerto de Andrinópolis.

Si Juan Jacobo cree que son insignificantes esas hazañas que sorprendieron al mundo, debe conceder al menos que fué muy generoso el conde de Orloff, que después de apoderarse de un buque que conducía la familia del bajá y todos sus tesoros, envió á éste sus tesoros y su familia.

Si los rusos no estaban maduros para la civilización en la época de Pedro el Grande, convengamos en que están maduros hoy para tener grandeza de alma y en que Juan Jacobo no está muy maduro para la verdad y para el raciocinio.

Respecto al porvenir podríamos columbrarle si tuviéramos algún Ezequiel, algún Isaías ó algún Habacuc; pero pasó el tiempo de los profetas, y me atrevo á decir que no es de temer que vuelva.

Confieso que las mentiras que se imprimen relativas al tiempo presente me sorprenden siempre que las leo. Si los que las escriben se toman esta libertad en un siglo en el que mil volúmenes, mil gacetas y mil diarios pueden continuamente desmen-

tirles, ¿qué fe podemos tener en los historiadores de los tiempos antiguos, que recogían todas las voces vagas, que no consultaban archivos, que escribían lo que en su infancia habían oído decir á sus abuelas, con la seguridad de que ningún crítico revelaría sus errores?

Durante mucho tiempo tuvimos nueve musas; la sana crítica, que es la décima, apareció muy tarde; no existía ni en los tiempos de Creops, del primer Baco, de Sanchoniatón, de Thaut, de Brama, etc., etc. Entonces se escribía impunemente todo lo que se quería; hoy es preciso ser más prudentes

PERRO

Parece que la naturaleza concediera el perro al hombre para su defensa y para su recreo. Es el más fiel de todos los animales; es el mejor amigo que puede tener el hombre.

Los hay de muchas especies, muy diferentes unas de otras. ¿Quién puede sospechar que el lebel proviene originariamente del perro de aguas? No tiene el pelo de éste, ni las piernas, ni la cabeza, ni las orejas, ni la voz, ni el olfato, ni el instinto. El hombre que en materia de perros sólo haya visto perros de agua y falderos, cuando por primera vez vea un lebel, le tomará más pronto por un caballo pequeño que por un animal de la raza de los falderos. Es verosímil que cada raza haya sido siempre como es, exceptuando la mezcla de algunas en número insignificante.

Es chocante que la ley judía declarara inmundo al perro, como al ixión, al grifo, á la liebre, al cerdo y á la anguila; sin duda tuvieron alguna razón física ó moral que nosotros no hemos podido descubrir.

Todo cuanto se refiere de la sagacidad, de la obediencia, de la amistad y del valor de los perros, es prodigioso y debe ser creído. El filósofo militar Ulloa asegura que en el Perú los perros españoles reconocen á los hombres de la raza india, los persiguen y los despedazan; y que los perros peruvianos hacen lo mismo con los españoles (1). Este hecho prueba que una y otra especie de perros conservan todavía el odio que les inspiraron en la época del descubrimiento de América y que cada una de esas dos razas pelea por sus señores con la misma fidelidad y con el mismo valor que entonces. ¿Por qué la palabra *perro* se ha convertido en injuria? Se dice, manifestando ternura, *pichonchito mío*, *palomita mía*, y cuando estamos incomodados, llamamos *perros* á los que nos molestan. Los turcos, sin estar coléricos, dicen siempre con cierto horror

(1) *Viaje de Ulloa al Perú*, libro VI.

despreciativo: *los perros cristianos*. El populacho inglés, al ver pasar á un hombre que por su facha y por su aspecto indica haber nacido en las orillas del Sena ó del Loira, le llama comunmente *French dog*, perro francés. Esta figura retórica es poco cortés y hasta injusta. El delicado Homero introduce al divino Aquiles, diciéndole al divino Agamenón, que *es imprudente como un perro*. Esto podía justificar al populacho inglés.

Los más celosos partidarios del perro deben confesar que este animal tiene audacia en las miradas, que hay muchos que son ariscos, que muerden algunas veces á los desconocidos, tomándolos por enemigos de sus señores, como los centinelas hacen fuego á los transeuntes que se acercan demasiado á la contraescarpa.

¿Por qué los egipcios reverenciaron y adoraron al perro? Lo hicieron así, según se dice, porque avisa al hombre. Plutarco nos refiere (1) que en cuanto Cambises mató al buey Apis, lo hizo asar y se lo comieron los convidados; ningún animal se atrevió á comerse los restos del convite, porque era profundo el respeto que tenían al buey Apis; pero el perro no fué tan escrupuloso, y comió carne y huesos del dios asado. De esto se escandalizaron los egipcios, y el perro Anubis perdió entonces parte de su fama. A pesar de esto, el perro continuó teniendo el honor de figurar en el cielo antiguo con las denominaciones de *grande* y de *pequeño perro*.

De todos los perros fué el Cervero el que gozó de más reputación; tenía tres bocas. Hemos notado ya la predilección que tenían los antiguos por el número tres: Isis, Osiris y Orus fueron las tres divinidades de Egipto; tres fueron los hermanos dioses del mundo griego, Júpiter, Neptuno y Plutón; tres eran las parcas, tres las furias, tres los jueces del infierno y tres las bocas del perro que lo guardaba.

Notamos en este momento que hemos omitido escribir un artículo sobre los gatos, cuya letra ya hemos pasado en este diccionario; pero nos consuela de esta omisión poder indicar á nuestros lectores que pueden leer la historia de éstos que escribió Moncrif, miembro de la Academia francesa. Sólo notaremos que no hay gatos en el cielo, como hay cabras, cangrejos, toros, becerros, águilas, leones, peces, liebres y perros. En cambio el gato fué consagrado, reverenciado ó adorado con el culto de *dulia* en algunas ciudades y quizás con el culto de *latria* por algunas mujeres (2).

(1) *Plutarco*, cap. de Isis y de Osiris.

(2) *Culto de dulia*: el que se tributa á los santos en oposición al culto de *latria*, que es el que se tributa exclusivamente á Dios.

PLAGIO

Dícese que trae su etimología de la palabra latina *plaga*, que significaba condenar á la pena de azotes á los que habían vendido hombres libres por esclavos. Esto no tiene nada que ver con el plagio de los autores, los que no venden hombres esclavos ni libres, y sólo se venden algunas veces á sí mismos por exigua cantidad de dinero.

Cuando un autor vende los pensamientos de otros por suyos, se llama plagio ese hurto. Podrán, pues, llamarse *plagiarios* todos los compiladores, todos los que escriben diccionarios, si no hacen más que repetir las opiniones, los errores, las imposturas, las verdades que estaban ya impresas en diccionarios precedentes; pero al menos éstos son plagiarios de buena fe, que no se atribuyen el mérito de la invención. Ni siquiera pretenden haber desenterrado de monumentos antiguos los materiales que reúnen; no han hecho otra cosa que copiar á los laboriosos compiladores del siglo XVI. Nos venden en un volumen en cuarto lo que ya teníamos impreso en un volumen en folio. Pueden llamarse libreros mejor que autores; y mejor pueden colocarse en la clase de ropavejeros que en la de plagiarios.

El verdadero plagio consiste en publicar como nuestras las obras de otros; en coser en ellas trozos largos de un buen libro, cambiando algunas palabras; pero el lector ilustrado, al conocer un pedazo de paño de oro entre otros muchos de paño burdo, reconoce en seguida al ladrón torpe.

PLATÓN

I]

Los padres de la Iglesia de los cuatro primeros siglos fueron todos griegos y platónicos; no hay uno solo romano que escribiera sobre el cristianismo, ni que tuviera el más ligero tinte de filosofía. Observaré de paso que la Iglesia de Roma, que en nada contribuyó al establecimiento de la religión verdadera, fué la que recogió todas sus ventajas. En esa revolución sucedió como en todas las que nacen de las guerras civiles: los primeros que perturban el Estado trabajan, sin saberlo, para otros.

La escuela de Alejandría, que fundó Marc, al que sucedieron Athenágoras, Clemente y Orígenes, fué el centro de la filosofía cristiana. Consideraban todos los griegos de Alejandría á Platón.

como el maestro de la sabiduría, como el intérprete de la Divinidad. Si los primitivos cristianos no hubieran adoptado los dogmas de Platón, no hubieran tenido nunca en su partido ningún filósofo, ningún hombre de ingenio. Dejo aparte la inspiración y la gracia que están por encima de la filosofía, y sólo me ocupo de la marcha ordinaria de las cosas humanas. Asegúrase que en el *Timeo* de Platón fué donde se instruyeron principalmente los padres griegos. El *Timeo* pasa por ser la obra más sublime de toda la filosofía antigua, y es casi la única que Dacier no ha traducido, sin duda porque no la entendía y temía presentar á los lectores ilustrados el rostro de esa divinidad griega que adoramos porque está cubierta con un velo.

Platón, en ese hermoso diálogo, empieza por introducir un sacerdote egipcio que enseña á Solón la historia antigua de la ciudad de Atenas, que se conservaba fielmente desde nueve mil años atrás en los archivos de Egipto.

Atenas, dice el sacerdote, era entonces la ciudad más hermosa de la Grecia, la más célebre en el mundo por las artes de la guerra y de la paz; ella sola pudo resistir á los guerreros de la famosa isla Atlántida, que vinieron en innumerables buques á subyugar gran parte de Europa y de Asia. Atenas tuvo la gloria de emancipar muchos pueblos vencidos y de preservar al Egipto de la servidumbre que los amenazaba; pero después de esta ilustre victoria y de este servicio prestado al género humano, un terremoto espantoso se tragó en veinticuatro horas el territorio de Atenas y toda la gran Atlántida. Esa isla en la actualidad sólo es un vasto mar, al que las ruinas del antiguo mundo y el lodo mezclado con sus aguas lo hacen innavegable.

He aquí lo que ese sacerdote cuenta á Solón; he aquí cómo Platón empieza por explicarnos en seguida la formación del alma, las operaciones del Verbo y su Trinidad. No es físicamente imposible que hubiera una isla Atlántida que existiera desde nueve mil años atrás, y que la destruyera un terremoto, porque eso mismo sucedió á Herculano y á otras ciudades; pero ese sacerdote, al añadir que el mar que baña el monte Atlas es inaccesible para los buques, nos hace sospechosa la verdad de esa historia. Pudo suceder, después de todo, que desde Solón, esto es, desde tres mil años á esta parte, las olas limpiaran el lodo de la antigua Atlántida, haciendo el mar navegable; pero siempre será sorprendente que Platón empiece por ocuparse de esta isla para hablar del Verbo.

Quizás Platón, al referir ese cuento de sacerdote ó de vieja, sólo trató de insinuar las vicisitudes que varias veces cambiaron la faz del globo; quizás sólo quiso decir lo que Pitágoras y *Timeo* de Locres refirieron mucho tiempo antes que él y lo que nuestros ojos nos dicen todos los días: que todo se renueva en

la naturaleza. La historia de Deucalión y de Pirra, la caída de Faetón, son fábulas; pero las inundaciones y los cambios del universo son verdades.

Platón parte de su isla imaginaria para exponer ideas, que el mejor de los filósofos modernos no se desdeñaría de aceptar, por ejemplo: «Todo producto tiene necesariamente una causa, un autor; es difícil encontrar el autor de este mundo, y cuando se le encuentra, es peligroso decírselo al pueblo.»

Actualmente se reconoce esta verdad. Si un sabio, al pasar por Nuestra Señora de Loreto, se atreve á decir á otro sabio amigo suyo que Nuestra Señora de Loreto no gobierna el universo entero, y una buena mujer oye esas palabras y las refiere á otras mujeres de la Marca de Ancona, correrá peligro el sabio de ser apedreado como Morfeo. Este es precisamente el caso en que se encontraron los primeros cristianos que hablaban mal de Cibeles y de Diana. Esto solo debía afiliarles á la doctrina de Platón, y las ideas ininteligibles que expone luego no debieron disgustarles.

No reprocharé á Platón que diga que *el mundo es un animal*, porque sin duda quiere significar que los elementos en movimiento animan el mundo, y que no clasifique como animal al perro y al hombre, que andan, que sienten, que comen, que duermen y que engendran. Debemos siempre interpretar á un autor en el sentido que le sea más favorable; y sólo cuando se acusa á las gentes de herejes, ó cuando denuncian sus libros, tenemos derecho á interpretar malignamente todas las palabras y hasta á torturarlas; pero esto no debe hacerse con Platón.

Desde luego encontramos en él una especie de trinidad que es el alma de la materia; he aquí sus palabras: «De la substancia invisible, que es siempre semejante á sí misma, y de la substancia divisible, compuso una tercera substancia que participa de la una y de la otra.» En seguida coloca infinidad de números al estilo pitagórico, que dificultan todavía más la inteligencia de lo que trata de explicar, pero que por eso mismo hace respetable lo que no se entiende.

Casi en seguida dice: «Cuando Dios creó el alma del mundo de estas tres substancias, esa alma se lanzó desde el centro del universo hasta las extremidades del sér, difundiéndose por todas partes en el exterior y replegándose sobre sí misma; de este modo formó en todos los tiempos el origen divino de la sabiduría eterna. De este modo la naturaleza del animal inmenso, que se llama mundo, es eterna.»

Platón, siguiendo la doctrina de sus predecesores, considera al Sér Supremo artífice del mundo, creándolo antes que el tiempo; de modo que Dios no podía existir sin el mundo, ni el mundo sin Dios, como el sol no puede existir sin derramar su luz en

el espacio, ni difundirse la luz en el espacio sin que exista el sol.

Pasaré en silencio muchas de sus ideas griegas, ó mejor dicho, orientales, como son decir que existen cuatro especies de animales: los dioses celestes, los pájaros, los peces y los animales terrestres, entre los que teníamos el honor de contarnos.

Me ocuparé en seguida de hablar de su segunda trinidad: «El sér engendrado, el sér que engendra y el sér que se parece al engendrado y al engendrador.» A esta trinidad sigue una teoría muy singular sobre los cuatro elementos. La tierra se funda en un triángulo equilátero, el agua en un triángulo rectángulo, el aire en un triángulo escaleno y el fuego en un triángulo isocelano. Después de esto, prueba demostrativamente que no pueden existir más que cinco mundos, porque no existen más que cinco cuerpos sólidos regulares, y que esto no obstante, no hay más que un mundo que es redondo.

Confieso que no hay filósofo que pueda razonar mejor en las casas de locos. Sin duda esperan mis lectores que les hable de otra famosa trinidad de Platón, que tanto han elogiado sus comentaristas; trinidad que la componen el Sér eterno, creador perpetuo del mundo; su verbo, ó sea su inteligencia ó su idea, y lo bueno que de todo esto resulta; pero aseguro á mis lectores que la he buscado en el *Timeo* y que no la he podido encontrar; quizá esté en el *totidem litteris*, pero no está allí *totidem verbis*, ó yo estoy muy engañado.

Después de leer completamente á Platón, percibo con pesadumbre alguna sombra de la trinidad, que le honra, según los comentaristas. La percibo en el libro sexto de su *República quimérica*, cuando dice: «Hablemos del Hijo, producción maravillosa del bueno, y su perfecta imagen;» pero por desgracia esta perfecta imagen de Dios es el sol. Hay, pues, que sacar la consecuencia de que el sol, el verbo y el padre, componían la trinidad platónica.

Encuéntanse en la *Epinomis* de Platón, galimatías muy curiosos, y voy á traducir uno de ellos del modo más claro que pueda para comodidad del lector.

«Sabed que existen ocho virtudes en el cielo; yo las he observado y es fácil que las observe todo el mundo. El sol es una de esas virtudes, otra de ellas es la luna y la reunión de las estrellas constituye la tercera. Y los cinco planetas, con las tres virtudes indicadas, suman las ocho. No creáis que esas virtudes, ó los que están en ellas y las animan, ya anden por sí mismos, ya los arrastren vehículos; no creáis repito que unos de ellos sean dioses y los otros no lo sean; que unos sean dignos de adoración y otros indignos; son todos hermanos, y á todos ellos les debemos los mismos honores, y cumplen las funciones que el verbo les designó cuando creó el universo visible.

Hé aquí, que ya hemos encontrado el verbo; vamos á ver si encontramos las tres personas que aparecen en la segunda carta que Platón escribió á Dionisio. Estas cartas indudablemente son auténticas; están escritas con el mismo estilo que los *Diálogos*. Con frecuencia Platón dice á Dionisio y á Dión cosas tan difíciles de comprender, que parecen escritas en cifras. Pero les dice otras tan claras, que han pasado por verdades muchos años después de su vida. Hé aquí cómo se expresa en la séptima carta dirigida á Dión.

«Estoy convencido de que gobiernan muy mal los Estados en los que no hay institución buena ni buena administración. Puede decirse que viven al día, y que todo lo dirige el capricho de la fortuna y no la sabiduría humana.»

Después de esta corta digresión, que hace referencia á los asuntos temporales, ocupémonos otra vez de los espirituales, de la trinidad. Platón dice á Dionisio:

«El rey del universo está rodeado de sus obras, y todo en él es efecto de su gracia. Las cosas más hermosas tienen en él su causa primera; las segundas en perfección tienen en él una segunda causa, y es también la tercera causa de las otras que están en tercer lugar.»

Podrá reconocerse en dicha carta la trinidad, no como nosotros la comprendemos; pero es suficiente garantía de los dogmas de la Iglesia naciente encontrar esas ideas en un autor griego. Toda la Iglesia griega fué platónica, como toda la Iglesia latina fué peripatética desde el principio del siglo XIII. De modo, que dos griegos casi ininteligibles nos enseñaron á pensar, hasta los tiempos en que los hombres se han decidido á pensar por sí mismos al cabo de dos mil años.

II

Cuando Platón repitió á los griegos lo que los filósofos de otras naciones dijeron antes que él, que existía una inteligencia suprema que organizó el universo, ¿creyó que la inteligencia suprema residía en un sitio determinado, como los reyes del Oriente en su serrallo, ó creyó que esa poderosa inteligencia se difundía por todas partes como la luz ó como un sér mas sutil todavía, más activo y más penetrante que la luz? En una palabra: ¿el dios de Platón existía en la materia ó separado de ella? Vosotros, los que habéis leído atentamente á Platón, esto es, siete ú ocho visionarios que vivís desconocidos en algunas boardillas de Europa; si llega hasta vosotros esta cuestión, os suplico que la decidáis.

La isla bárbara de Cassitérides que hoy es Inglaterra, en la que los hombres vivían en los bosques en los tiempos de Platón,

produjo mucho más tarde filósofos tan superiores á Platón, como éste fué superior á sus contemporáneos, que no raciocinaban. Entre estos filósofos quizás Clarke es el más profundo, claro y metódico de todos los que se han ocupado del Sér Supremo. En cuanto publicó su excelente libro, se le apareció un joven gentil hombre de la provincia de Gloucester que con el mayor candor le presentó objeciones tan contundentes como sus demostraciones. Esas objeciones se encuentran al final del primer volumen de Clarke y no contradicen la existencia necesaria del Sér Supremo, sino su infinitud y su inmensidad. Efectivamente, Clarke no demostró que exista un sér que penetre íntimamente en todo lo que existe, y que este sér, del que no podemos concebir las propiedades, goce de la facultad de extenderse más allá de los límites imaginables.

El grande Newton demostró que en la naturaleza existe el vacío. ¿Pero qué filósofo es capaz de demostrarme que Dios está en ese vacío y que lo llena? ¿Cómo siendo tan limitados hemos de poder sondear esas profundidades? Debe satisfacer nos haber probado que existe un Sér Supremo, ya que nos es imposible averiguar lo que es, ni cómo es.

Parece que Locke y Clarke fueron dueños de las llaves del mundo inteligible. Locke abrió todos los departamentos donde se puede entrar; pero Clarke quiso penetrar demasiado más allá del edificio. ¿Cómo Benito Spinoza, dotado de tan profunda inteligencia como Clarke, elevándose hasta la metafísica más sublime, no pudo comprender que una inteligencia suprema creó las obras tan maravillosamente organizadas? ¿Cómo Newton, el más grande de los hombres, pudo comentar el *Apocalipsis* del modo que hemos referido en otra parte? (1). ¿Cómo Locke, después de desarrollar muy bien el entendimiento humano degradó su entendimiento, escribiendo el libro titulado *Cristianismo razonable*? Esos grandes hombres me parecen águilas que, descendiendo de las nubes, van á pararse sobre un estercolero.

PLEGARIAS

No conocemos ninguna religión que no tenga sus rezos; los conocieron hasta los judíos, aunque no adquirieron fórmula pública hasta los tiempos en que entonaron los cánticos en sus sinagogas, lo que sucedió muy tarde.

Todos los nombres, desde los tiempos más antiguos, según sus deseos ó según sus temores, invocaron la protección de al-

(1) Véase el artículo titulado *Newton y Descartes*.

guna divinidad. Algunos filósofos, más respetuosos con el Sér Supremo y menos condescendientes con la divinidad humana, no admitieron más plegaria que la resignación. Esta es, pues, efectivamente la correlación que parece que debe existir entre la criatura y el creador; pero la filosofía no es la ciencia de gobernar el mundo. Es superior al vulgo, y habla un lenguaje que éste no puede entender. Creo que entre los filósofos únicamente Máximo de Tyro se ocupó de esta materia. Hé aquí la substancia de lo que dice:

«El Eterno tiene sus designios durante toda la eternidad; si la plegaria está acorde con su voluntad inmutable, es inútil que le pidamos lo que está resuelto á hacer. Si le rogamos que haga lo contrario de lo que está resuelto á hacer, es suplicarle que sea débil, ligero ó inconstante; es burlarse de él. Si le pedís una cosa justa, la concederá sin que se le ruegue; si le pedís una cosa injusta, le ultrajáis. Sois dignos ó indignos de la gracia que imploráis: si sois dignos, lo sabe mejor que vosotros, y si sois indignos, obráis mal pidiéndole que os conceda lo que no merecéis. En una palabra; sólo rezamos á Dios, porque le hemos hecho á nuestra imagen, y le tratamos como á un bajá ó como á un sultán, al que podemos calmar ó poner furioso. En todas las naciones rezan á Dios; los sabios se resignan y le obedecen. Recemos como el pueblo y resignémonos como los sabios.»

Nos ocupamos de las plegarias públicas de muchas naciones y de las de los judíos en el artículo titulado *Oración*. Este pueblo tuvo una plegaria desde tiempo inmemorial, que debemos referir por estar completamente en armonía con el rezo que enseñó el mismo Jesucristo. Dicha oración judía se llama el Kadish, y empieza por estas palabras: «¡Oh Dios! magnificado y santificado sea vuestro nombre; haced reinar vuestro reinado, florecer la redención y que el Mesías aparezca pronto.»

Esta oración que recitan en caldeo, hace suponer que era tan antigua como la cautividad de los judíos, y que entonces fué cuando empezaron á esperar un Mesías, que siempre han reclamado desde los tiempos de sus calamidades.

La palabra Mesías, que se encuentra en esa antigua plegaria, dió origen á muchas disputas sobre la historia del referido pueblo. Si esa plegaria es de la época de la transmigración á Babilonia, es evidente que los judíos debieron desear y esperar un libertador; ¿pero en qué consiste que en tiempos más funestos todavía, después que Tito destruyó Jerusalén, no hablan de que esperaban un Mesías Flavio Josefo ni Filón? Se encuentran obscuridades en la historia de todos los pueblos; pero la de los judíos es un caos perpetuo. Es lástima para las gentes que desean instruirse que los caldeos y los egipcios hayan perdido sus archivos y que sólo los judíos los conservaran.

POETAS

El joven en cuanto sale del colegio delibera consigo mismo si se dedicará á ser abogado, médico, teólogo ó poeta. Nos ocupamos ya de los abogados y de los médicos, y ahora diremos algo de la fortuna prodigiosa que consigue alcanzar algunas veces el teólogo.

El teólogo que llega á ascender á la dignidad de Papa, tiene á sus órdenes no sólo criados teológicos, cocineros, coperos, barrenderos, médicos, cirujanos, confiteros y predicadores, sino también un poeta. Ignoro qué loco sería el poeta de León X, como David fue durante algún tiempo el poeta de Saúl.

De todos los empleos que se pueden tener en una casa grande, indudablemente este es el más inútil. Los reyes de Inglaterra, que conservan en su isla muchos de los antiguos usos que se han perdido en el continente, tienen como es sabido, su poeta oficial, que tiene la obligación de describir todos los años una oda en elogio de santa Cecilia, que antiguamente tocaba tan admirablemente el clavicordio, que un ángel descendió del cielo para oírlo de más cerca.

Moisés es el primer poeta que conocemos. Debemos suponer que mucho antes de su época los egipcios, los caldeos, los syrios y los indios, conocían la poesía, ya que conocían la música. El hermoso cántico que entonó Moisés con su hermana María cuando salieron del mar Rojo, es el primer monumento poético escrito en versos exámetros que ha llegado hasta nosotros. No participo de la opinión de Newton, de Leclerc y de otros que prueban que fué escrito unos ochocientos años después del acontecimiento, que aseguran que Moisés no pudo escribir en hebreo, porque la lengua hebrea no es más que un dialecto sacado de la lengua fenicia, y que Moisés no la podía saber. Tampoco participo de la opinión del sabio Gnet que dice que Moisés no podía cantar por ser tartamudo y no poder pronunciar bien. Si creemos á los autores indicados, Moisés es menos antiguo que Orfeo, Museo, Homero y Hesiodo. Al primer golpe de vista se comprende que esta opinión es absurda. Tampoco pienso contestar á otros impertinentes que suponen que Moisés no es más que un personaje imaginario, una imitación de la fábula del antiguo Baco, y que cantaban en las orgías todos los prodigios que realizó Baco, atribuyéndoselos después á Moisés, antes que se supiera que habían judíos en el mundo. Semejante idea se refuta por sí misma.

También hubo un excelente poeta judío, que realmente fué anterior á Horacio, y este poeta es el rey David, y está probado

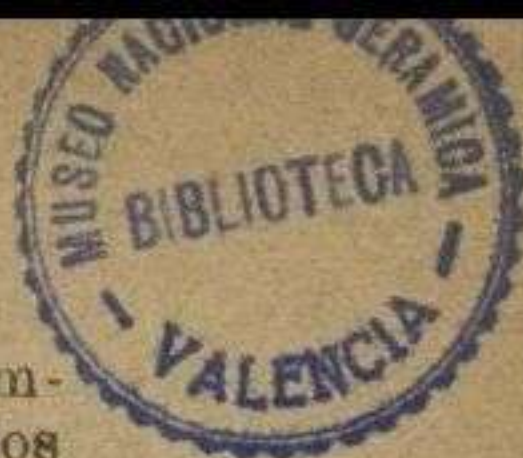
que el *Miserere* es infinitamente superior al *Justum ac tenacem propositi virum*.

Es cosa sorprendente que los primitivos poetas fueran legisladores y reyes, cuando en la actualidad se encuentran gentes bastante bondadosas para querer ser poetas de los reyes. Virgilio no ejercía verdaderamente este cargo en el imperio de Augusto, ni Lucano el de poeta de Nerón; pero confieso que envilecieron algo la profesión considerando como á dioses al uno y al otro.

Puede preguntarse en qué consiste que siendo la poesía tan poco necesaria en el mundo, ocupe un sitio tan elevado en las bellas artes; lo mismo puede preguntarse respecto á la música. La poesía es la música del alma, sobre todo la de las almas grandes y sensibles. Uno de los méritos de la poesía, que todos reconocen, es que dice más que la prosa y con menos palabras. No me ocuparé de otros encantos de la poesía, porque son muy conocidos; pero sí que diré que no hay verdadera poesía sin gran juicio: ¿pero cómo puede armonizarse el juicio con el entusiasmo? Como lo armonizaba César, que formaba el plan de una batalla con prudencia y realizándolo peleaba con furor.

Ha habido poetas algo locos, es verdad, pero por eso fueron malos poetas. El hombre que sólo tiene dáctilos y espóndeos en la imaginación, rara vez es hombre de buen sentido; pero en cambio Virgilio estaba dotado de una razón superior. Lucrecio era un mal físico, y en esto se parecía á toda la antigüedad. La física no se aprende con la imaginación; es un arte que sólo puede estudiarse con instrumentos, y los instrumentos entonces no se habían inventado. Descartes no sabía más que Lucrecio cuando sus llaves abrieron el santuario; y hemos andado cien veces más camino desde Galileo, que fué mejor físico que Descartes, hasta nuestros días, que desde el primer Hermes hasta Lucrecio y que desde Lucrecio hasta Galileo.

Toda la física antigua pertenece á una escuela absurda; no sucede lo mismo con la filosofía del alma y del buen sentido, que con la ayuda del ingenio, pesa con justicia las dudas y las verosimilitudes; este es el gran mérito de Lucrecio; su tercer canto es una obra magistral del raciocinio; disertaría en él como Cicerón y se expresa algunas veces como Virgilio. Al decir que el poeta Lucrecio razona como un metafísico excelente en el tercer canto, no quiero decir que tenga razón; podemos argumentar con un criterio vigoroso y equivocarnos, si no nos ha instruído la revelación. Lucrecio no era judío, y los judíos eran los únicos hombres en el mundo que tenían razón en los tiempos de Cicerón, de Posidonius, de César y de Catón. Al poco tiempo, durante la dominación de Tiberio, los judíos dejaron de tener razón y desde entonces sólo los cristianos tuvieron senti-



do común. De modo que no era imposible que consideraran imbeciles á Cicerón, á Lucrecio y á César, comparándolos con los judíos y con nosotros; pero es preciso convenir en que para el resto del género humano fueron tres grandes hombres.

Confieso que Lucrecio se mató, lo mismo que Catón, lo mismo que Casio y Bruto. Pero pudieron muy bien matarse y haber tenido razón como hombres de ingenio toda su vida.

Preciso es confesar que los herejes fueron los que empezaron á desencadenarse contra la más bella de todas las artes. León X resucitó la escena trágica: no necesitaron otro pretexto los reformistas para decir que eso era obra de Satanás. La ciudad de Ginebra y muchas aldeas de Suiza pasaron ciento cincuenta años sin consentir que en ellas se tocara un solo violón. Los jansenistas, que hoy bailan alrededor del sepulcro de San Paris, para edificar al prójimo, prohibieron en el siglo XVII á la princesa de Conti, que ellos dirigían, que enseñara á bailar á su hijo, porque el baile es una cosa profana. Esto no obstante, era preciso tener gracia y saber bailar el minuet; no querían que tocara el violón, y el director consintió con mucho trabajo que enseñaran á bailar al príncipe de Conti con castañuelas. Algunos católicos algo visigodos de la parte de acá de las montañas, temiendo los reproches de los reformistas, llegaron á escandalizarse más que éstos, y de este modo, poco á poco se fué estableciendo en Francia la moda de difamar á César y á Pompeyo y de negar ciertas ceremonias á personas que estaban á sueldo del rey y trabajaban con permiso de los magistrados. Nadie reclamó contra semejante abuso, por no exponerse á reñir con hombres poderosos por Phedra y por otros héroes de los siglos pasados. En su interior, cada cual conocía que ese rigor era absurdo; pero todo el mundo callaba y acudía al teatro á oír las representaciones de las buenas obras dramáticas.

Roma, de quien los franceses hemos aprendido nuestro catecismo, no lo usa como nosotros: supo siempre atemperar las leyes á los tiempos y á las necesidades; hizo distinción entre los descarados titiriteros, con verdadero motivo censurados antiguamente, y entre las obras teatrales de Trissin y de varios obispos y cardenales que ayudaron á resucitar la tragedia. Actualmente se representan en Roma públicamente comedias en los conventos, á las que asisten las damas sin promover ningún escándalo, y nadie cree allí que los diálogos que se recitan sobre tablados sean una infamia diabólica. No hace mucho representaron la obra *Jorje Dandín* monjas, en un convento de Roma, y asistieron á la representación multitud de damas y de eclesiásticos.

Los prudentes romanos se guardan bien de excomulgar á los jóvenes que cantan de tiple en las óperas italianas, porque

verdaderamente es bastante castigo haberles castrado en este mundo y no necesitan condenarse en el otro.

En los buenos tiempos de Luis XIV ponían siempre en los espectáculos un banco que se llamaba el *banco de los obispos*. Me consta que durante la minoría de Luis XV el cardenal de Fleury, que era entonces obispo de Frejus, estuvo muy empeñado en hacer revivir esa costumbre. Pero otros tiempos exigen otras costumbres: en la apariencia somos mucho más sabios que lo eran en los tiempos en los que la Europa entera acudía á admirar las fiestas francesas, en los que Richelieu hizo revivir el teatro, en los que León X hizo renacer en Italia el siglo de Augusto; pero llegarán otros días en los que nuestros nietos, al leer al mismo tiempo la obra impertinente del P. Le Brun contra el arte de Sófocles, y las obras de nuestros grandes hombres, exclamarán con sorpresa: ¿Es posible que los franceses se contradigan de ese modo, y que la más absurda barbarie levantara orgullosamente la cabeza entre las más hermosas producciones del género humano?

POLIGAMIA.

Mahoma redujo á cuatro el número ilimitado de esposas; pero como es menester ser muy ricos para mantener cuatro mujeres, sólo los grandes señores pueden gozar ese privilegio. Por lo tanto la pluralidad de mujeres no perjudica tanto como se cree á los Estados musulmanes, y no los despuebla, como se repite todos los días en libros escritos por autores mal enterados.

Los judíos, siguiendo el uso antiguo que establecieron sus libros desde los tiempos de Lamech, gozaban de libertad para tener muchas mujeres al mismo tiempo. David tuvo dieciocho; y desde esa época los rabinos concretaron á ese número la poligamia de los reyes, aunque se dice que Salomón tuvo hasta setecientas.

Los mahometanos no permiten hoy públicamente que tengan los judíos pluralidad de mujeres; no los creen dignos de esa ventaja, pero el dinero, que puede más que las leyes, algunas veces en Oriente y en Africa permite á los judíos ricos lo que la ley les niega.

Refiérese con seriedad que Lelio Cinna, tribuno de la plebe, publicó después de la muerte de César que dicho dictador trataba de promulgar una ley que concedía á las mujeres el derecho de tener los maridos que quisieran. Todo hombre sensato debe comprender que eso no es más que un cuento popular y ridículo, inventado para hacer odioso á César. Este cuento se

parece á otro que refiere que un senador romano propuso en pleno Senado dar permiso á César para que pudiera acostarse con todas las mujeres que le gustaran. Semejantes necedades deshonoran la historia, y hacen formar muy mala idea de los que las creen. Es lamentable que Montesquieu diera crédito á esa fábula.

El emperador Valentiniano I, que decía que era cristiano, se casó con Justina, viviendo su primera mujer Severa, madre del emperador Gratiano; pero era bastante rico para mantener varias mujeres. En la primera raza de los reyes francos, Gontrán, Chereberto, Sigeberto y Clilperico, tuvieron muchas mujeres al mismo tiempo. Gontrán reconoció como mujeres legítimas á Venaranda, á Mercatruga y á Ostregila, que vivían en su palacio. Chereberto tuvo tres esposas: Merofleda, Marcovesa y Theodogila.

Es inconcebible que el exjesuíta Nonotte tuviera el atrevimiento y la ignorancia de negar esos hechos, y que dijera que los reyes francos de la primera raza no fueron polígamos, y que desfigurara en un libelo que consta de dos tomos muchísimas verdades históricas.

El P. Daniel, más sabio, más juicioso, confiesa sin ninguna dificultad la poligamia de los reyes francos; reconoce que Dagoberdo I tuvo tres mujeres; y dice que Theodoberto se casó con Deuteria, aunque tenía otra esposa que se llamaba Visigalda y aunque Deuteria era también casada. Añade que en esto imitó á su tío Clotario, el que se casó con la viuda de su hermano Clodomiro, aunque tenía tres esposas. Varios son los historiadores que aseguran lo que nosotros estamos diciendo. En vista de todos estos testimonios, debe castigarse la impudencia de ese exjesuíta ignorante, que quiere erigirse en maestro y que dice, vomitando tan enormes tonterías, que habla así para defender la religión, como si alguno la atacara relatando sencillamente hechos históricos.

El abad de Fleury, autor de la *Historia Eclesiástica*, rinde más justicia á la verdad en todo lo concerniente á las leyes y á los usos de la Iglesia. Confiesa que Bonifacio, apóstol de la Alemania Baja, consultó el año 726 al Papa Gregorio II para que decidiera en qué caso un marido puede tener dos mujeres. El 22 de Noviembre del mismo año, Gregorio II le contestó lo siguiente: «Cuando la mujer se vea atacada de una enfermedad que la impida cumplir los deberes conyugales, el marido puede casarse con otra, pero debe prestar á la mujer enferma los recursos que necesite.» Esta decisión está en armonía con la razón y con la política, y favorece el aumento de población, que es el objeto del matrimonio.

No está en armonía con la razón, ni con la política, ni con la

naturaleza la ley que dispone que la mujer que está separada de cuerpo y de bienes de su marido, no pueda tener otro esposo, ni el marido casarse con otra mujer. De este modo se pierde una raza respecto á la población, y si el esposo y la esposa separados tienen temperamento indomable, se ven obligados á cometer continuamente pecados, de los que deben ser responsables los legisladores.

Las decretales de los papas no siempre han tenido por objeto lo que es conveniente para el bienestar de los Estados y para el de los particulares. Esa misma decretal del Papa Gregorio II, que permite la bigamia en algunos casos, priva para siempre de la sociedad conyugal á los jóvenes y á las jóvenes que sus padres dedican á la Iglesia desde su más tierna infancia. Esta ley es tan bárbara como injusta: se propone extinguir las familias; fuerza la voluntad de los hombres antes de que la tengan; hace á los hijos esclavos de un voto que no han pronunciado; destruye la libertad natural; ofende á Dios y al género humano.

La poligamia de Philipo, langrave de Hesse, perteneciente á la comunión luterana, es bastante pública. Conoció uno de los soberanos del imperio de Alemania, cuyo padre, después de casarse con una luterana, obtuvo el permiso del Papa para casarse con una católica, y se quedó con las dos mujeres. Es público en Inglaterra que el canciller Cowper se casó con dos mujeres que vivieron juntas en su casa en tan buena armonía, que honró el carácter de los tres. Todavía conservan algunos curiosos el folleto que dicho canciller escribió defendiendo la poligamia.

Debemos desconfiar de los autores que refieren que en algunos países las leyes permiten que las mujeres tengan muchos maridos. Los hombres, que son los que publican las leyes, están dotados de excesivo amor propio, son celosos de su autoridad, tienen por regla general temperamento más ardiente que las mujeres y en ningún país del mundo han podido señalar semejante jurisprudencia. Lo que no está conforme con la marcha ordinaria de la naturaleza rara vez es verdad; pero sí que ha sucedido muchas veces, sobre todo á los viajeros antiguos, tomar los abusos por leyes.

Ben-Aboul-Kiba, en su *Espejo de los fieles*, refiere que uno de los visires de Solimán dirigió las siguientes palabras á un agente del emperador Carlos V:

«Perro cristiano, ¿porque yo ponga en otra parte particular cariño, puedes acaso reprocharme que tenga cuatro mujeres, como la ley me permite, mientras que tú vacías doce cuarterolas de vino cada año y yo no bebo ni un solo vaso? ¿Qué bien proporcionas al mundo pasando más horas en la mesa que yo paso en la cama? Puedo dar cuatro hijos cada año para que sirvan á

mi augusto señor; y tú apenas puedes dar uno, y si lo das, ¿para qué ha de servir el hijo de un borracho? Nacerá con el cerebro ofuscado por los vapores del vino que bebió su padre. Por otra parte, ¿qué he de hacer cuando dos de mis mujeres vayan de parto? ¿no he de utilizar las otras dos como la ley me manda? ¿qué papel tan triste no representas en los últimos meses del embarazo de tu mujer única, durante su parto y durante sus enfermedades? Has de permanecer en vergonzosa ociosidad, ó has de ir á buscar otra mujer. Entonces necesariamente te encuentras entre dos pecados mortales que te harán caer después de muerto hasta lo profundo del infierno.

»Supongo que en las guerras que tenemos contra los perros cristianos perdemos cien mil soldados; nos quedarán cerca de cien mil mujeres que colocar, y los ricos se encargarán de ellas. ¡Caiga la desgracia sobre todo el musulmán que sea bastante tibio para no alojar en su casa cuatro doncellas hermosas como esposas legítimas tuyas, y no las trate según se merezcan!

»¿Acaso en tu país el gallo, el carnero padre y el toro, no tienen un serrallo cada uno? No sé por qué me echas en cara que tengo cuatro mujeres, cuando te debe constar que nuestro gran profeta tuvo dieciocho, David otras tantas y Salomón setecientas, con la añadidura de trescientas concubinas. No me reconvengas, pues, que soy muy modesto. No reproches la glotonería al hombre sabio que come frugalmente. Te permito que bebas; permíteme que ame. Tú cambias de vinos; consiente que yo cambie de mujeres, y cada uno que deje vivir á los demás siguiendo las costumbres de su país. Tu sombrero no se hizo para dictar leyes á mi turbante. Acaba de tomar café conmigo, y vete á acariciar á tu querida esposa alemana, ya que te ves reducido á ella sola.»

A lo que contestó el alemán:

«Perro musulmán, al que guardo profunda veneración; antes de que acabe de tomar el café, quiero quitarte las ilusiones. El que es dueño de cuatro mujeres debe hacerse la cuenta de que posee cuatro arpías, envidiosas, dispuestas á calumniarse unas á otras, á perjudicarse y á reñir; y su casa es el antro de la discordia. Ninguna de las cuatro puede quererte; cada una de ellas posee la cuarta parte de tu persona, y podrá darte todo lo más la cuarta parte de su corazón. Ninguna de ellas te hará agradable la vida: como son prisioneras que nada han visto, nada tienen que decirte, no conocen más que á tí; por consiguiente, las fastidiarás; como eres su dueño absoluto, deben odiarte. Te ves obligado á que las vigile un eunuco, que las azota cuando hacen demasiado ruido; no te atrevas á compararte con el gallo, porque ningún gallo hace que un capón azote á sus gallinas. Compárate con los animales, y parécete á ellos todo lo que pue-

das, que yo prefiero amar como hombre; y quiero entregar mi corazón entero á una mujer, y que ella me entregue todo el suyo. Esta noche contaré nuestra entrevista á mi esposa, y creo que se quedará muy contenta.»

POLITEISMO

La pluralidad de dioses es el gran reproche que hacen en la actualidad á los griegos y á los romanos; pero que me enseñen los que esto dicen en la historia de esas dos naciones un solo hecho, y en sus libros una sola palabra, por los que se pueda inferir que tenían muchos dioses supremos; y si no se encuentra ese hecho ni esa palabra, y por el contrario pueden citarse muchos pasajes que prueban que reconocieron un Dios soberano, superior á los demás dioses, deben confesar que juzgaron temerariamente á los antiguos, como con frecuencia se juzga hoy á los contemporáneos.

En muchas partes se dice que Zeus ó Júpiter es el señor de los dioses y de los hombres. Virgilio dice en la égloga tercera: *Jovis omnia plena*. San Pablo rinde á los antiguos este testimonio: *In ipso vivimus: movemur et summus, ut quidam vestrorum poetarum dixit*. «Tenemos en Dios la vida, el movimiento y el sér, como lo dijo uno de vuestros poetas.» ¿Después de esta confesión, nos atreveremos á acusar á nuestros maestros de no haber reconocido un Dios supremo?

No se trata ahora de examinar si existió antiguamente un Júpiter que fué rey de Creta y lo convirtieron en dios; no se trata de averiguar si los egipcios reconocían doce grandes dioses, si ocho, entre cuyo número se contaba el que los latinos llamaban Júpiter. El fondo de la cuestión estriba únicamente en saber si los griegos y los romanos reconocieron un sér celeste, señor de los otros seres celestes. Así lo dicen continuamente, luego debemos creerlo.

Recordad la admirable carta del filósofo Máximo de Madaura, dirigida á San Agustín, que dice: «Existe un Dios que no tuvo principio, que es padre común de todo y que no engendró nada semejante á él; ¿qué hombre será bastante estúpido é ignorante para dudarlo?» Este escritor pagano del siglo IV así lo declara, representando toda la antigüedad.

Si me atreviera á levantar el velo que cubre los misterios de Egipto, encontraría allí al Knef, que lo creó todo y que presidía á las demás divinidades; encontraría á Mitra en Persis, á Brama en la India y quizá demostraría que todas las naciones civilizadas admitieron un sér supremo y divinidades dependientes de él. Pasaré en silencio la China, cuyo gobierno, más respetable

que los otros de la antigüedad, reconoció siempre un Dios único desde hace más de cuatro mil años; y concretándome á los griegos y á los romanos, que es de lo que se trata ahora, diré que indudablemente creían en mil supersticiones, que adoptaron fábulas ridículas; pero que en el fondo su mitología era muy razonable.

Si los griegos hacían ascender al cielo á los héroes en recompensa de sus virtudes, esta creencia era para ellos justa y útil. ¿Qué mejor recompensa podían darles ni qué esperanza más hermosa podía sonreírles? ¿Debemos encontrar mal ideado ese acto nosotros, que iluminados por la luz de la verdad consagramos ese uso que los antiguos inventaron? Los católicos tenemos muchos más bienaventurados, en cuyo honor hemos erigido más templos, que héroes y semidioses tuvieron los griegos y los romanos; no hay más diferencia que ellos concedían el apoteosis á las hazañas brillantes, y nosotros la concedemos á las virtudes más modestas. Pero aunque divinizaban á sus héroes, no participaban éstos del trono de Zeus, del señor eterno: sólo eran admitidos en su corte, y gozaban de sus favores. ¿No es esto razonable? ¿No es esto la pálida sombra de nuestra jerarquía celeste?

La segunda cosa que reprochamos á los griegos y á los romanos es la multitud de dioses que admitieron para el gobierno del mundo. Neptuno, que dirige el mar, Juno el aire, Eolo los vientos, Vesta la tierra, Marte los ejércitos. Dejemos aparte las genealogías de los dioses, que son tan falsas como las genealogías de los hombres; no hagamos caso de sus aventuras, dignas de *Las Mil y una Noches*, cuyas aventuras no constituyeron nunca el fondo de la religión griega y romana; y decidme de buena fe: ¿Es acaso un disparate que adoptaran seres de segundo orden, que tuvieran algún poder sobre nosotros, que somos quizás de cienmilésimo orden? ¿No tenemos nosotros nueve coros de espíritus celestes que son mucho más antiguos que el hombre y que cada uno de ellos tiene nombre diferente? ¿Los judíos no copiaron la mayor parte de esos nombres de los persas? ¿Muchos de esos ángeles no tienen designadas sus funciones? Tenían un ángel exterminador, que combatía protegiendo á los judíos; el ángel de los viajeros que guiaba á Tobías. Miguel era el ángel particular de los hebreos; y según dice Daniel, combate al ángel de los persas y habla con el ángel de los griegos. Un ángel de orden inferior refiere á Miguel, en el libro de Zacarías, el estado en que encontró el mundo. Cada nación tenía su ángel. La traducción de los Septantes dice en el *Deuteronomio* que el Señor dividió las naciones con arreglo al número de ángeles. San Pablo, en las *Actas de los apóstoles*, habla al ángel de Macedonia. Esos espíritus celestes los llama la *Biblia*

muchas veces *dioses Eloim*, porque en todos los pueblos la palabra que corresponde á *theos, deus, dios*, no significa siempre señor absoluto del cielo y de la tierra; significa con frecuencia ser celeste, ser superior al hombre, pero dependiente del soberano de la naturaleza; esta denominación la dan algunas veces á los príncipes y á los jueces.

Suponiendo, pues, que es verdad que existen para nosotros substancias celestes encargadas de la custodia de los hombres y de los imperios, los pueblos que admitieron esta verdad sin conocer la revelación, son más dignos de estimación que de desprecio. La ridiculez no está en el politeísmo, sino en el abuso que hicieron de él en las fábulas populares, en la multitud de divinidades impertinentes que cada cual se forjó á su capricho.

La diosa de las tetas, *dea Rumilia*; la diosa del acto del matrimonio, *dea Pertunda*; el dios del escusado, *deus Stercutius*; el dios Pedro, *deus Crépitus*, indudablemente no merecen veneración. Estas puerilidades, que servían de diversion á los niños y á las viejas de Roma, bastan para probar que la palabra *deus* tenía allí acepciones muy diferentes. Es seguro que el *deus Crépitus* no les hacía concebir la misma idea que el *deus divum et hominum sator*, que era el origen de los dioses y de los hombres. La religión romana era en el fondo muy seria y muy severa. Los juramentos eran allí inviolables. No se podía empezar una guerra sin que el Colegio de los Faciales la hubiera declarado justa. La vestal que se le probaba haber quebrantado el voto de virginidad, era sentenciada á muerte. Todo esto nos da á entender que aquel pueblo era austero y no ridículo.

Me concreto aquí á probar que el Senado no razonaba como imbécil adoptando el politeísmo. Se me pregunta cómo es que ese Senado, del que dos ó tres miembros nos legaron las cadenas y las leyes, podía consentir que el pueblo tuviera tantas extravagancias y que inventasen tantas fábulas los pontífices. No es difícil contestar á esa cuestión. Los sabios en todos los tiempos han utilizado á los locos. Dejaban que el pueblo celebrara sus lupercales y sus saturnales, con tal de que le obedeciera, y no consentía que se comiera nadie los pollos sagrados que profetizaban á los ejércitos la victoria. No debe sorprendernos que los gobiernos más ilustrados permitieran las costumbres y las fábulas más insensatas. Esas costumbres y esas fábulas existían antes de que hubiera verdadero gobierno; y no hay nadie que destruya una ciudad inmensa, pero irregular, para edificarla otra vez con calles tiradas á cordel.

¿Cómo se comprende que en aquellos tiempos veamos por una parte mucha filosofía y mucha ciencia, y por otra parte tanto fanatismo? Porque la ciencia y la filosofía nacieron un poco antes que Cicerón, y el fanatismo vive en el mundo desde

hace muchos siglos; y al comprenderlo así el político, dice á la filosofía y al fanatismo: Vivamos juntos los tres como podamos.

POSEÍDOS

De los que se jactan de tener relaciones con el diablo, únicamente los poseídos son los únicos á quienes no podemos contradecir. Cuando un hombre os diga: «Estoy poseído,» es preciso creerle bajo su palabra. Los poseídos no están obligados á hacer cosas extraordinarias, y cuando las hacen, sólo es por superabundancia de derecho. ¿Qué podemos replicar al hombre que rueda los ojos, que tuerce la boca y que dice que tiene el diablo dentro del cuerpo? Cada uno siente lo que siente. Antiguamente el mundo estaba lleno de poseídos; quizás todavía pueda encontrarse alguno. Al pobre poseído que se satisface con tener algunas convulsiones y que no hace daño á nadie, tampoco tenemos derecho á causárselo. Si disputáis con él infaliblemente quedaréis debajo, porque os dirá: El diablo me entró ayer en el cuerpo, bajo de esta ó de la otra forma; y desde entonces padezco de un cólico sobrenatural que no puede curar ningún boticario. Con semejante hombre no se puede tomar otro partido más que el de exorcisarle ó el de abandonarle al diablo.

Es lástima que hoy día ya no haya poseídos, ni magos, ni astrólogos, ni genios. Apenas podemos concebir hoy el gran recurso que eran todos esos misterios hace cien años. La nobleza vivía entonces encerrada en sus castillos; las noches de invierno son muy largas y las gentes se hubieran muerto de fastidio si no hubieran tenido á mano esos nobles recreos. No había ningún castillo en el que no se presentara una hada en días marcados, como lo hacía la hada Merlusina en el castillo de Lusignán. El montero mayor, hombre flaco y curtido, cazaba con una jauría de perros negros en el bosque de Fontaneibleau. El diablo torcía el cuello al mariscal Fabert. Cada aldea tenía su hechicero ó su hechicera; cada príncipe su astrólogo; todas las damas se hacían decir la buenaventura; los poseídos corrían por los campos; disputaban quién había visto el diablo y quién lo veía: todo esto era materia para conversaciones inagotables, y todos los espíritus vivían con sobresalto. En la actualidad jugamos insípidamente á la baraja, y puede decirse que hemos perdido habiéndonos desilusionado.

PREJUICIOS

I

Prejuicio es admitir una opinión sin haberla juzgado: de este modo en todas las partes del mundo inspiramos á los niños las opiniones que queremos antes que puedan juzgarlas.

Hay prejuicios universales y necesarios que se encaminan hacia la virtud. En todos los países enseñan á los niños á reconocer la existencia de un Dios que castiga y remunera, á respetar y á querer á sus padres, á considerar el hurto como un crimen y la honestidad como una virtud, antes que los niños puedan comprender lo que es el vicio y lo que es virtud. Existen, pues, buenos prejuicios, que son los que el juicio ratifica cuando el sér humano empieza á razonar.

El sentimiento no es un sencillo prejuicio, es algo superior. La madre no ama á su hijo porque le dicen que lo debe querer; le ama por fortuna porque le ama; pero sí que respetamos por prejuicio al hombre revestido de ciertos hábitos que camina con gravedad y que habla lo mismo que camina. Nuestros padres nos han dicho que debemos inclinarnos ante él, y le respetamos antes de saber si merece nuestro respeto; crecemos en edad y en conocimiento; nos apercebimos de que ese hombre es un charlatán, interesado y orgulloso, y entonces despreciamos al que reverenciábamos ayer, y el prejuicio sucumbe á nuestro propio juicio. Creímos por prejuicio las fábulas que nos contaron meciéndonos en la cuna: nos refirieron que los titanes hicieron la guerra á los dioses y que Venus se enamoró de Adonis; á los doce años tomamos esas fábulas por verdades, y cuando cumplimos veinte las consideramos como ingeniosas alegorías.

II

Prejuicios históricos

Damos crédito á la mayoría de los historiadores sin juzgar lo que refieren, y esta creencia es un prejuicio. Fabio Pictor relata que muchos siglos antes de su época, una vestal de la ciudad de Alba, yendo por agua con un cántaro debajo del brazo, fué violada, que parió á Rémulo y á Remo, que fueron amamantados por una loba. El pueblo romano creyó esta fábula sin fijarse en pensar si en aquella época había vestales en el Latio: en si era verosímil que la hija de un rey saliera de su convento y fuese por agua con un cántaro; en si era probable que una loba

amamantara dos niños y no se los comiera; y el prejuicio quedó establecido.

Un monje escribió que Clovis, encontrándose en peligro en la batalla de Tolbiac, juró hacerse cristiano si escapaba del peligro: ¿pero es natural que pidiera protección á un dios extranjero en aquella ocasión? ¿la religión que profesamos no es la que tiene en nosotros la mayor fuerza? ¿hay algún cristiano que peleando con los turcos no invoque con preferencia á la Santa Virgen que á Mahoma? En esa historia se añade que un palomo trajo en su pico la ampolla santa para ungir á Clovis y que un ángel trajo el oriflama para conducirle á la victoria; el prejuicio cree todas las anécdotas de esta clase. Los que conocen la naturaleza humana están convencidos de que el usurpador Clovis y de que el usurpador Rolón se convirtieron al cristianismo para gobernar mejor á los cristianos, como los usurpadores turcos se afiliaron á la religión musulmana para gobernar mejor á los musulmanes.

III

Prejuicios religiosos

Si la nodriza os refiere que Ceres preside á la cosecha del trigo, ó que Vistnou y Xaca se encarnaron muchas veces, ó que Sammonocodem vino al mundo á cortar un bosque, ó que Mahoma ó algún otro hizo algún viaje al cielo y luego vuestro preceptor viene á reforzar en vuestro cerebro lo que vuestra nodriza grabó en él, ya no se os borra de la imaginación en toda la vida. Vuestro raciocinio trata de protestar de esos prejuicios; pero si vuestros vecinos, y sobre todo si vuestras vecinas os dicen á voz en grito que sois impíos, os asustan; vuestro derviche, creyendo que vais á disminuir sus ganancias, os denuncia ante el cadí; y el cadí, si puede, manda que os empalen, porque él desea mandar á tontos, porque cree que estos son los que obedecen mejor; y esta comedia durará hasta que vuestros vecinos, el derviche y el cadí empiecen á comprender que la tontería es una cosa inútil y la persecución una cosa abominable.

PRUEBAS

Todos los absurdos que envilecen la naturaleza humana los hemos recibido del Asia, como hemos recibido las ciencias y las artes. Fué en Asia, fué en Egipto donde hicieron depender la vida y la muerte del acusado del juego de los dados, ó de algo equivalente, ó del agua fría, ó del agua caliente, ó de un hierro

encendido, ó de un pedazo de pan de cebada. Según se dice, existe aún una superstición algo parecida en las Indias, en las costas de Malabar y en el Japón.

Desde el Egipto las supersticiones pasaron á Grecia. Existió en Trezeno un templo muy célebre, en el que todos los hombres que eran perjuros morían instantáneamente de apoplejía. Hipólita, en la tragedia *Phedra*, habla de este modo á Aricia su señora: «En las puertas de Trezeno, y entre los sepulcros que sirven de sepultura á los antiguos príncipes de mi raza, existe un templo sagrado, que temen los perjuros. En él los mortales no se atreven á jurar en vano, porque el que así obra recibe allí súbito castigo, encuentra allí la muerte inevitable: la mentira no puede tener freno más poderoso.»

La bárbara locura de las pruebas, no la admitió la república romana; porque no puede considerarse como una de las pruebas que estamos examinando, la costumbre que tenía ese gobierno de haer depender el éxito de las grandss empresas del modo como las palomas sagradas comían las arvejas. Sólo tratamos en este artículo de las pruebas que se hacían con los hombres. No propusieron nunca á Manglio, á Camilo ni á Scipión justificarse, metiendo la mano en el agua hirviente y sacarla sin quemarse.

Esos absurdos bárbaros no se practicaban en la época de los emperadores, pero los tártaros, que constituían parte de los salvajes que destruyeron el imperio de Roma, esparcieron por Europa semejante jurisprudencia, que habían heredado de los persas. No se conoció en el imperio de Oriente hasta la época de Justiniano, á pesar de que entonces imperaban las supersticiones; pero desde ese tiempo se adoptaron las pruebas de que nos ocupamos. Este modo de juzgar á los hombres es tan antiguo, que en todos los tiempos lo practicaban los judíos.

Coré, Dathán y Abirán se disputaban en el desierto el pontificado del gran sacerdote Aarón, y Moisés les manda traer doscientos cincuenta incensarios y les dice que Dios elegirá entre los suyos y el de Aarón. En cuanto los sublevados se presentaron para practicar la prueba, se los tragó la tierra, y el fuego del cielo mató á doscientos cincuenta de sus principales partidarios (1), después de lo que el Señor hizo perecer además catorce mil setecientos hombres del partido. No por eso dejó de continuar la cuestión entre los jefes de Israel y Aarón para obtener el destino de gran sacerdote. Entonces hicieron la prueba de las varas; cada uno de los pretendientes presentó la suya, pero sólo floreció la de Aarón.

Cuando el pueblo de Dios derribó las murallas de Jericó al son de las trompetas, fué vencido por los habitantes de la aldea

(1) Libro de los *Números*, cap. XVI.

Hai. Esta derrota no le pareció natural á Josué, que consultó con el Señor para saber el motivo; pero el Señor le respondió que Israel había pecado y algunos de sus hijos se habían apropiado parte de lo que estaba consagrado al anatema de Jericó. En efecto, todo el botín debió haberse quemado con los hombres, con las mujeres, con los niños y con las bestias, y todo el que había salvado algo y se lo había llevado, debía ser exterminado (1). Josué, para descubrir al culpable, sometió todas las tribus á la prueba de la suerte. Cayó en seguida sobre la tribu de Judá, en seguida contra la familia de Zaré, luego sobre la casa que vivía Zabdí y últimamente sobre el nieto de Zabdí, que se llamaba Achán.

La *Biblia* no explica cómo tribus errantes podían tener entonces casas, ni cómo se aprovechaban de ellas; pero sí que dice su texto que estando Achán convicto y confeso de haberse apropiado una lámina pequeña de oro, un manto de escarlata y doscientos siclos de plata, fué quemado con sus hijos, sus ovejas, sus bueyes, sus asnos y hasta con su misma tienda en el valle de Achor.

También sortearon la tierra prometida. Sortearon los dos machos cabríos de la expiación para saber cuál de los dos sería sacrificado y cuál de los dos habían de enviar al desierto (2).

Cuando tuvieron que elegir por rey á Saúl (3) consultaron á la suerte, que empezó por designar á la tribu de Benjamín, y en esta tribu á la familia de Metri, y en esta familia á Saúl, hijo de Cis, que pertenecía á la indicada familia.

La suerte fué también adversa para Jonathás, y consiguió que le castigaran por haber comido una corta cantidad de miel en el extremo de una vara (4). Los marineros de Joppé consultaron á la suerte para que Dios les dijera la causa de la tempestad (5). La suerte les dijo que era Jonás, y lo arrojaron al mar.

Todas estas pruebas que se hacían por suerte, sólo eran supersticiones profanas en las demás naciones; pero eran los designios del mismo Dios en su pueblo predilecto, y esto es tan indudable, que sortearon al que había de ocupar el sitio del apóstol Judas (6). Los dos concurrentes fueron San Mathías y Barsabás. La Providencia designó á San Mathías.

El Papa Honorio, III de este nombre, prohibió en una decretal que desde allí en adelante utilizaran este medio para la elec-

(1) *Libro de Josué*, cap. VII.

(2) *Levítico*, cap. XVI.

(3) *Lib. I de los Reyes*, cap. X.

(4) *Lib. I de los Reyes*, cap. XIV.

(5) *Jonás*, cap. I.

(6) *Actas de los Apóstoles*, cap. I.

ción de los obispos. Este me lió era entonces bastante común, y era á lo que los paganos llamaban *surtilegium*, sortilegio.

Practicaban los judíos otras pruebas en nombre del Señor, como por ejemplo la de las aguas de los celos (1). La mujer sospechosa de haber cometido adulterio tenía que beber esa agua mezclada con ceniza y consagrada por el gran sacerdote. Si era culpable, se hinchaba en seguida y moría. Fundándose en esta ley, el occidente cristiano estableció las pruebas en las acusaciones jurídicas, sin fijarse en que lo que ordenó Dios en el Antiguo Testamento sólo era una superstición en el Nuevo.

Los juicios de Dios era una de esas pruebas que duró hasta el siglo XVI: el que mataba en desafío á su adversario era el que tenía razón ó era el inocente. La más terrible de todas las pruebas consistía en andar nueve pasos llevando en la mano una barra de hierro encendido sin quemarse. Pero la historia de la Edad Media, tan fabulosa como es, no refiere ningún caso de semejante prueba. Puede dudarse de todas las demás, ó explicar las jugarretas de que se servían los charlatanes para engañar á los jueces. Por ejemplo, era fácil hacer la prueba del agua hirviendo impunemente: podían presentar una cuba llena hasta la mitad de agua fresca y llenarla luego jurídicamente de agua caliente, y el acusado sumergía el codo hasta el agua tibia, y tomaba con la mano del fondo de la cuba el anillo bendito que allí arrojaban. Podían hacer hervir aceite con agua; el aceite empieza á elevarse, á saltar y á parecer que hierve cuando el agua empieza á levantar el hervor y cuando el aceite ha adquirido todavía poco calor. Parece entonces que se mete la mano en el agua hirviendo y se humedece con el aceite que la preserva.

Pasar entre dos fuegos sin quemarse no es una gran habilidad, cuando se pasa velozmente y cuando se ha frotado antes bien con pomada el rostro y las manos. Esto es lo que hacía el terrible Pedro Aldobrandín, *Petrus igneus* (suponiendo que ese cuento sea verdad), cuando en Florencia pasó entre dos hogueras para demostrar, con la ayuda de Dios, que su arzobispo era bribón y disoluto. Ya es hora de que los charlatanes desaparezcan de la historia. Es chocante la prueba de tragarse un pedazo de pan de cebada, que ahogaba al acusado si era culpable. Prefiero oír referir la treta de Arlequín, al que el juez interroga sobre el robo de que le acusa el doctor Baluart. El juez estaba comiendo en mesa y bebía un vino excelente, cuando compareció Arlequín, el que cogiendo la botella y el vaso del juez y vaciando la botella, le dijo: «Señor juez, quiera Dios que este vino me sirva de veneno si he cometido el delito que me atribuyen.»

(1) *Libro de los Números*, cap. V, ver. 17.

PROFECÍAS

I

Esta palabra, tomada en su acepción ordinaria, significa predicción del porvenir. En este sentido Jesús decía á sus discípulos: Es necesario que todo lo que de mí se dice en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos, se realice. Entonces, añade el evangelista: él les abrió el espíritu para que pudieran comprender las sagradas escrituras.

Se comprenderá que era una necesidad indispensable tener el espíritu abierto para comprender las profecías, si nos fijamos en que los judíos que fueron los depositarios de ellas, no reconocieron nunca que Jesús era el Mesías, y en que hace ya diez y ocho siglos que nuestros teólogos disputan unos con otros para fijar el sentido de algunas de ellas, que tratan de aplicar á Jesús. Como por ejemplo, la profecía de Jacob (1): No le quitarán el cetro á Judá y el jefe de su pierna, hasta que venga el que debe ser enviado; esta otra de Moisés (2): El Señor vuestro Dios hará salir un profeta como yo de vuestra nación y entre vuestros hermanos; y á él es á quien debéis escuchar. Esta de Isaías (3): Hé aquí una virgen que concebirá y dará á luz un hijo que se llamará Emmanuel; y esta otra de David (4): Setenta semanas se han abreviado en favor de nuestro pueblo: pero nuestro objeto en este artículo no es detenernos en detalles teológicos.

Observemos únicamente qué dicen las *Actas de los Apóstoles*, al dar un sucesor á Judas, y en otras ocasiones qué se proponían expresamente realizar las profecías; pero hasta los mismos apóstoles citaban algunas que no se encuentran en la *Sagrada Escritura* de los judíos, como la siguiente que refiere San Mateo: «Jesús fué á vivir en una ciudad llamada Nazareth, con la idea de que se realizara la predicción de los profetas: por eso le llamaron Nazareno.»

San Judas, en su Epístola, cita también una profecía del libro de Enoch que es apócrifa; y el autor de la obra imperfecta que se ocupa de San Mateo, hablando de la estrella que vieron los magos en Oriente, se expresa en estos términos: Me han referido, dice, tomándolo de no sé qué escritura, que verdadera-

-
- (1) *Génesis*, cap. XLIX.
 (2) *Deuteronomio*, cap. XVIII.
 (3) *Deuteronomio*, cap. VII.
 (4) *Deuteronomio*, cap. IX.

mente no es auténtica, pero que fortalece la fe en vez de destruirla, que existe en las riberas del Océano oriental una nación que posee un libro que lleva el nombre de Seth, en el que se habla de la estrella que debía aparecerse á los reyes magos y de los regalos que éstos irían á ofrecer al hijo de Dios. Dicha nación, conocedora del citado libro, escogió doce personas de las más religiosas, y las encargó que observaran cuándo se aparecería la estrella. Cuando una de esas doce personas moría, la sustituían con uno de sus hijos ó con uno de sus próximos parientes. Esas personas las llamaron magos en su idioma, porque servían á Dios en el silencio y en voz baja.

Los magos iban todos los años, después de la recolección de los trigos, á una montaña que hay en su país, que llaman de la Victoria, que es muy agradable por las fuentes que la riegan y por la multitud de árboles que allí crecen. Había allí también un antro formado entre los huecos de los peñascos, y después de lavarse y de purificarse en él, ofrecían sacrificios y rezaban á Dios silenciosamente durante tres días.

No interrumpieron esta religión práctica durante gran número de generaciones, hasta que al fin la deseada estrella bajó desde el cielo descendiendo hasta la montaña; ostentaba la figura de un niño pequeñuelo, encima del que campeaba una cruz. La estrella habló á los magos, y les dijo que fueran á Judea. Partieron al instante; la estrella les guiaba andando siempre delante de ellos, y pasaron dos años en el camino.

Esta profecía del libro de Seth se parece en todo á la de Zoroastro, menos que en la estrella de éste se veía la figura de una joven doncella; por eso sin duda Zoroastro no dice que sobre ella campeaba una cruz. Esta profecía, que cita el *Evangelio de la Infancia*, la refiere también Abulpharage. Zoroastro enseñó á los persas la manifestación futura de nuestro señor Jesucristo, y les encargó que le ofrecieran regalos en cuanto viniera al mundo. Les enseñó también que en los últimos tiempos una virgen concebiría sin la intervención de ningún hombre; y que cuando diera á luz en el mundo á su hijo, aparecería una estrella que brillaría en pleno día y que ostentaría la figura de una joven doncella. Vosotros, hijos míos,—añade Zoroastro—la percibiréis antes que las demás naciones. Cuando veais aparecer esta estrella, id en seguida á donde ella os guíe. Adorad al niño recién nacido y ofrecedle regalos; porque es el Verbo que creó el cielo.

El cumplimiento de esta profecía lo refiere la *Historia Natural* de Plinio (1); pero además de que la aparición de la estrella debió preceder cerca de cuarenta años al nacimiento de Jesús,

(1) Libro II, cap. XXV.

este pasaje es sospechoso para los sabios, y no es el primero ni el único que se han ingerido en el cristianismo. Hé aquí el extracto de este pasaje: «Apareció en Roma, durante siete días, un cometa tan brillante, que apenas podía mirársele fijamente; en él se distinguía la figura de un dios en forma humana; se creyó que era el alma de Julio César que acababa de morir, y le adoraron en un templo particular.»

Assemani, en su *Biblioteca Oriental*, se refiere á un libro de Salomón, metropolitano de Bassora, que se titula la *Abeja*, en el que hay un capítulo entero dedicado á esta predicción de Zoroastro. Hornius, que lo creía auténtico, sostiene que Zoroastro era Balaam, quizás porque Orígenes, en el libro que escribió contra Celso, dijo que los magos adquirieron sin duda las profecías de Balaam, porque se encuentran las siguientes palabras en el libro de los *Números*: Una estrella se levantará de Jacob; de un hombre saldrá Israel. Pero Balaam no era judío, como no lo era Zoroastro, puesto que él mismo dice que vino de Aram, de las montañas de Oriente.

Por otra parte, San Pablo habla á Tito de un profeta cretense; y San Clemente de Alejandría reconoce que queriendo Dios salvar á los judíos les concedió tener profetas; hizo salir á los más excelentes hombres de la Grecia, los que eran más á propósito para recibir semejante gracia, separándolas de los hombres del vulgo, para que fueran profetas de los griegos. Platón dice además: ¿no predijo en cierto modo la economía saludable, cuando en el segundo libro de la *República* imitó estas palabras de la Escritura: Deshagámonos del justo, porque nos incomoda; y se expresó en estos términos: El justo será apaleado y le atormentarán; le reventarán los ojos, y después de sufrir toda clase de martirios le crucificarán?

San Clemente hubiera podido replicar que si no reventaron los ojos á Jesús, para que se cumpliera la profecía de Platón, tampoco le rompieron los huesos, como dice uno de los salmos: «Mientras me rompen los huesos, los enemigos que me persiguen, me llenan de calumnias y de injurias (1).» Por el contrario; San Juan (2) dice terminantemente que los soldados rompieron las piernas á los dos reos que crucificaron con el Salvador, pero que no rompieron las de Jesús, para que estas palabras de la Escritura se cumplieran: No romperéis ninguno de sus huesos.

La *Sagrada Escritura*, que cita San Juan, se refería en este pasaje al cordero pascual que tenían que comer los israelitas; pero Juan Bautista, que llamaba á Jesús el cordero de Dios, se

(1) Salmo XLII, ver. 11.

(2) Capítulo XIX, versículos 32 y 36.

las aplicó á él y sostuvo que Confucio había predicho su muerte; Spizeli cita la *Historia de la China* de Martini, en la que su autor refiere que el año 39 del reinado de Kringi unos cazadores mataron fuera de las puertas de la ciudad un animal raro que los chinos llaman *kilín*, cordero de Dios. Al oír esta noticia Confucio se golpeó en el pecho, lanzó profundos suspiros y exclamó: «*Kilín*, ¿quién ha dicho que habéis venido? Mi doctrina toca su término y no tendrá ninguna aplicación cuando vos aparezcáis.»

También se encuentra otra profecía en Confucio en su segundo libro, que aplican á Jesús, aunque en ella no se le llame cordero de Dios. Es la siguiente: «N) debe temerse que cuando el Santo que esperan las naciones venga, no se rienda á su virtud todo el homenaje debido. Sus obras estarán en armonía con las leyes del cielo y con las de la tierra.»

Las profecías contradictorias que se encuentran en los libros de los judíos, parece que deban excusar su obstinación, y explican las dificultades con que tropiezan nuestros teólogos cuando cuestionan con ellos. Además, las que acabamos de referir de los otros pueblos prueban que el autor de los *Números*, los apóstoles y los santos padres reconocieron que había profetas en todas las naciones. Lo mismo creen los árabes, que cuentan ciento veinticuatro mil profetas desde la creación del mundo hasta Mahoma, y suponen que cada uno de ellos fué enviado directamente á una nación.

Nos ocuparemos de las profetisas en el artículo titulado *Sibila*.

II

Sólo corresponde á la Iglesia infalible fijar el verdadero sentido de las profecías. Los judíos han sostenido siempre terca-mente que ninguna profecía se refería á Jesucristo; y los Padres de la Iglesia no podían ventajosamente cuestionar con ellos, porque exceptuando San Efren, Orígenes y San Gerónimo, no hubo ningún Padre de la Iglesia que supiera el idioma hebreo.

Hasta el siglo IX Raban el Moro, que después fué obispo de Mayenza, fué el único que estudió la lengua judía; le imitaron otros, y entonces fué cuando empezaron á disputar con los rabinos sobre el sentido de las profecías.

Quedó asombrado Raban de las blasfemias que proferían los judíos contra nuestro Salvador, llamándole *bastardo*, *impío*, *hijo de Panther*, y diciendo que no es lícito rezar á Dios y maldecirle (1).

(1) Wagenselius in præmio, pág. 53.

Estas horribles profanaciones se encuentran en muchas partes, en el Talmud, en los libros de Nizzachon, en la disputa de Rittangel, en los de Jechiel y de Nachmanides intitulados *Muralla de la fe* y en la abominable obra de Toldos Jeschut. Sobre todo en la *Muralla de la fe*, atribuída al rabino Isaac, es donde se interpretan todas las profecías que anuncian á Jesucristo, aplicándolas á otras personas. En esa obra es donde se asegura que la Trinidad no está en ningún libro hebreo, en los que no se encuentra la más ligera huella de nuestra santa religión; antes por el contrario, alegan cien pasajes que en opinión de los que los interpretan, aseguran que la ley mosaica debe regir eternamente.

El famoso pasaje que debe confundir á los judíos y dar el triunfo á la religión cristiana, según confesión de los grandes teólogos, es el siguiente, que se encuentra en Isaías: «Una virgen quedará embarazada, dará á luz un hijo que se llamará Emmanuel; comerá manteca y miel hasta que sepa rechazar el mal y escoger el bien; la tierra que tú detestas la abandonarán los dos reyes... El Eterno silbará á las moscas de los arroyos de Egipto y á las abejas que están en el país de Assur... Y ese mismo día el Señor afeitará con una gran navaja al rey de Assur la cabeza y el pelo de las partes genitales y el de la barba... Y el Eterno me dijo: Toma un gran rodillo y escribe en él con un puntero en letras gordas, que saqueen de prisa y que se traigan todos los despojos.; Traigo conmigo fieles testigos, á saber, á Uriás el sacrificador y á Zacarías, hijo de Zebrecia... Y me acosté con la profetisa, que concibió y dió á luz un hijo, y el Eterno me dijo: Llama á ese hijo Maher-salal-has-bas. Antes que el niño sepa decir padre y madre, arebatarán el poder á Damasco y presentarán el botín de Samaria ante el rey Assur.»

El rabino Isaac afirma, como los demás doctores de su ley, que la palabra hebrea *alma* significa unas veces virgen, otras veces mujer casada; que á Ruth la llaman *alma* cuando es madre; que á la mujer adúltera algunas veces la llaman también *alma*; que aquí sólo se trata de la mujer del profeta Isaías; que su hijo no se llama *Emmanuel* sino *Maher-salal-has-bas*; que cuando ese hijo coma manteca y miel, los dos reyes que sitian á Jerusalén serán arrojados del país, etcétera.

De este modo los ciegos intérpretes de su propia religión y de su propia lengua pelean contra la Iglesia, afirmando obstinadamente que dicha profecía de ningún modo se refiere á Jesucristo. Mil veces han refutado su explicación nuestras lenguas modernas, y hemos empleado para convencer á los judíos la fuerza, el patíbulo, las ruedas y las llamas, y sin embargo no se han rendido nunca.

«Nos trajo las enfermedades y sostuvo nuestros dolores, y

nosotros le creímos lleno de llagas, afligido y herido por la mano de Dios.»

Aunque nos parece chocante esta predicción, los obstinados judíos sostienen que no se refiere á Jesucristo, que se refiere á los profetas que eran perseguidos por los pecados del pueblo.

«Y hé aquí que mi servidor prosperará, se verá colmado de honores y elevado á gran altura.» Dicen también que esa profecía no tiene nada que ver con Jesucristo, sino con David; porque ese rey efectivamente prosperó, pero no prosperó Jesús, á quien ellos desconocieron.

«Y tú, Bethlem de Efrata, que eres pequeña, comparada con lo grande que es Judá, saldrá para tí un dominador en Israel, y su salida durará una eternidad.»

También se atreven á negar que esta profecía se refiere á Jesucristo. Dicen que es evidente que Micheo habla de algún capitán hijo de Bethlem, que será victorioso en la guerra empeñada contra los babilonios, porque momentos después se ocupa de la historia de Babilonia y de los siete capitanes que eligieron á Darío. Por más que se les demuestre que se trata del Mesías, no quieren convencerse.

Disputar con ellos es perder el tiempo, y aunque el abad Francisco (1) escribiera un libro más voluminoso que el que escribió, y lo agregara á los cinco ó seis mil volúmenes que hay escritos sobre esta materia, no adelantariamos un paso para convencer á los judíos.

Estamos metidos en un caos que es imposible que desembrolle la debilidad del espíritu humano, que necesita como siempre de una Iglesia infalible que decida sin apelación; porque si un chino, un tártaro ó un africano, contando sólo con su buen sentido, leyera todas las profecías, le sería imposible aplicarlas ni á Jesucristo, ni á los judíos, ni á nadie. Se quedaría pasmado, sumergido en la incertidumbre, nada concebiría, no tendría ni una sola idea clara; no podría dar un paso sobre ese abismo sin tener un guía. Tenemos pues á la Iglesia por nuestro guía, ya que es el único medio de caminar seguros. Conducidos por ese guía se llega, no sólo hasta el santuario de la verdad, sino hasta obtener buenos canonicatos y buenas prebendas, opulentas abadías con báculo y mitra, á cuyo abad le llaman *monseñor* los frailes y los campesinos, á obispados que se adornan con el título de príncipes, y á gozar en el mundo, con la seguridad de poseer el cielo mañana.

(1) Autor de una obra titulada *Examen de los hechos que sirven de fundamento á la religión cristiana*.

PROFETAS

Silbaron al profeta Jurién, ahorcaron ó enrodaron á los profetas de las Cénevés, pusieron en la picota á los profetas que fueron á Londres desde el Languedoc y el Delfinado, condenaron á diferentes suplicios á los profetas anabaptistas, y cocieron en Florencia al profeta Savonarola. Si nos es ilícito juntar con todos esos á los verdaderos profetas judíos, veremos que no tuvieron fin menos desastroso: el más grande de sus profetas, San Juan Bautista, murió degollado.

Supónese que Zacarías fué asesinado; pero esto no está demostrado por fortuna. El profeta Jeddo ó Addo, que enviaron á Bethel imponiéndole por condición que no bebiera y que no comiera, habiendo por su desgracia comido un pedazo de pan, se lo comió á él un león, y encontraron en el camino real sus huesos, que estaban esparcidos entre el león y su asno. A Jonás se le tragó una lallena; verdad es que sólo pasó en su vientre tres días y tres noches, pero debió pasar setenta y dos horas muy malas.

Habacuc fué cogido por los cabellos y transportado por los aires hasta Babilonia: debe sufrirse mucho quedando suspendido por los cabellos y andando el espacio de trescientas millas; yo hubiera preferido hacer ese viaje con un par de alas, con la borrica de Borac ó con el hipógrifo.

Micheo vió al Señor sentado en su trono con el ejército del cielo á derecha é izquierda, y el Señor, habiendo pedido que se presentara alguno para engañar al rey Achab, se presentó el diablo al Señor y se encargó de esta comisión. Micheo dió cuenta de parte del Señor de esta aventura celeste al rey Achab. Verdad es que por recompensa no recibió mas que un enorme bofetón de la mano del profeta Sedekía; verdad es que sólo le encerraron en un calabozo durante algunos días; pero siempre es desagradable para un hombre inspirado que le abofeteen y que le encierren en una prisión subterránea.

Se dice que el rey Amasías mandó arrancar los dientes al profeta Amós para impedirle que hablara. Esto no quiere decir que sin dientes no se pueda hablar; todos hemos conocido viejas desdentadas y muy parlancininas; pero las profecías deben pronunciarse con voz muy clara, y un profeta sin dientes no debe inspirar respeto.

Baruc sufrió muchas persecuciones; apedrearon á Ezequiel sus compañeros de esclavitud; no se sabe si Jeremías fué dilapidado ó dividido en dos con una sierra; se cree que á Isaias lo mataron de ese modo por orden de Manasés, reyezuelo de Judá.

Es preciso convenir en que es muy peligroso el oficio de profeta: por cada uno de ellos que, como Elías, se paseó de planeta en planeta arrastrado en luminosa carroza por cuatro caballos blancos, hubo cien profetas que iban á pie y que se veían obligados á ir de puerta en puerta para poder comer de limosna, pareciéndose en esto á Homero, que según se dice, se vió reducido al extremo de tener que mendigar en las siete ciudades que más tarde se disputaron el honor de haberle visto nacer. Sus comentaristas le han atribuído infinidad de alegorías que él jamás imaginó, y este mismo honor han dispensado con frecuencia á los profetas.

Convengo en que hubo por otra parte algunas gentes que procuraban entrever el porvenir elevando su alma á un alto grado de exaltación, y los judíos la exaltaron tanto que llegaron á columbrar algunos sucesos futuros; pero es difícil adivinar si los profetas entendían entonces por Jerusalem la vida eterna; si Babilonia significaba Londres ó París; si cuando hablaban de una gran comida debía interpretarse que querían decir ayuno; si el vino rojo significaba sangre; si un manto rojo significaba la fe y un manto blanco la caridad. Para entender á los profetas se necesita un gran esfuerzo del espíritu humano.

También ofrecen otra gran dificultad los profetas judíos: esta dificultad es que muchos de ellos eran herejes samaritanos. Oseas pertenecía á la tribu de Issachar, que vivía en territorio samaritano; Elías y Eliseo también; pero es fácil contestar á esta objeción. Es sabido que el espíritu sopla donde quiere, y que la gracia lo mismo [cae en el terreno más árido que en el terreno más fértil.]

PROVIDENCIA

Estaba yo en la reja del locutorio cuando la hermana Fessue decía á otra hermana: «Indudablemente la Providencia vela por mí; sabe el cariño entrañable que profeso á mi gorrión, que se hubiera muerto si yo no hubiera rezado diez *ave-marías* para que se curase. Dios le ha devuelto la vida; demos las gracias á la Santa Virgen.»

Un metafísico que estaba con ellas le contestó: «Es cosa excelente, hermana mía, rezar *ave-marías*, sobre todo cuando una doncella las recita en latín en un arrabal de París; pero no creo que Dios se ocupe de vuestro gorrión, aunque es muy hermoso; os ruego que penséis que tiene otros asuntos de que ocuparse. Ha de ocuparse en dirigir continuamente el curso de dieciséis planetas y del anillo de Saturno, en el centro de los que colocó el sol, y tiene además que gobernar millones de millones de

otros soles y de otros planetas. Las leyes inmutables y su concurso eterno mueven toda la naturaleza; todo está ligado á su trono por una cadena infinita, de la que ningún anillo puede nunca estar fuera de su sitio. Si los *ave-marías* que habéis rezado pudieran hacer vivir un instante más á vuestro gorrión, hubieran quebrantado todas las leyes establecidas para toda la eternidad por el gran Sér; hubierais desorganizado el universo y hubierais necesitado un nuevo mundo, un nuevo Dios, un nuevo orden de cosas.

Hermana Fessue.—¿Creéis que Dios haga tan poco caso de la hermana Fessue?

El Metafísico.—Siento deciros que sois, como yo, un insignificante é imperceptible eslabón de la cadena infinita; que vuestros órganos, los del gorrión y los míos, están destinados á subsistir un número determinado de minutos en este arriabal de París.

Hermana Fessue.—Siendo lo que decís, yo estaba predestinada á rezar un número determinado de *ave-marías*.

El Metafísico.—Sí; pero no han obligado á Dios los *ave-marías* á prolongar la vida del gorrión más allá de su termino. La constitución del mundo entrañaba que vos en este convento, y á cierta hora, pronunciariais como un loro ciertas palabras en una lengua que no sabiais; que ese pájaro, que nació como vos por la acción irresistible de las leyes generales, estuviera enfermo y se aliviaría; que vos creierais haberle curado rezando y que nosotros tendríamos esta conversación.

Hermana Fessue.—Siento deciros que me parece que esas ideas se resienten de herejía, y mi confesor, el reverendo padre Menón, inferiría de ellas que no creéis en la Providencia.

El Metafísico.—Creo que existe la Providencia general, de la que emanó para toda una eternidad la ley que rige todo el universo; pero no creo en una providencia particular que quebrante esa ley en beneficio de vuestro gorrión ó de vuestro gato.

Hermana Fessue.—Sin embargo, ¿qué contestariais si os dijera mi confesor lo que á mi me dice, que Dios cambia todos los días de voluntad para favorecer á las almas devotas?

El Metafísico.—Me diría el confesor la mayor necedad que un confesor de monjas puede decir al hombre que piensa.

Hermana Fessue.—¡Virgen santa, creéis que mi confesor es un necio!

El Metafísico.—No digo eso; lo que os dije es que trata de justificar, diciendo una gran necedad, los falsos principios que desea imbuiros para supeditaros y dirigir todos vuestros actos.

Hermana Fessue.—¡Hola, hola! Meditaré lo que decís, porque merece reflexionarse.

PURGATORIO

I

Es cosa singular que las iglesias protestantes digan, unánimemente de acuerdo, que los frailes inventaron el purgatorio. No cabe duda de que inventaron el ardid de sacar dinero á los vivos haciéndoles rezar por los muertos; pero el purgatorio es anterior á los frailes.

Quizás indujo á los doctos á incurrir en este error que el Papa Juan XVII instituyó, según se cree, la fiesta de los muertos hacia la mitad del siglo X. De esta institución deduzco que antes ya se rezaba por ellos, porque si desde entonces rezaron por todos, debemos creer que antes ya se rezaba por algunos; lo mismo que se inventó la fiesta de Todos los Santos, porque en tiempos anteriores festejaban á muchísimos bienaventurados. La diferencia que hay entre la fiesta de Todos los Santos y la fiesta de todos los muertos consiste en que en la primera invocamos nosotros y en la segunda somos invocados; en la primera recomendamos á todos los bienaventurados y en la segunda los desgraciados se recomiendan á nosotros.

Hay muchas gentes que están enteradas del modo cómo empezó á instituirse esta fiesta en Cluny, que entonces pertenecía al imperio alemán, y no necesitamos decir que San Obilón, abad de Cluny, tenía por costumbre sacar muchas almas del purgatorio diciendo misas y oraciones, y que un día un caballero ó un monje, que regresaba de la Tierra Santa, fué arrojado por la tempestad en una isla pequeña, en la que encontró un ermitaño que le dijo que se veían cerca de allí grandes llamas y furiosos incendios, con los que atormentaban á los muertos, y que con frecuencia oía que los diablos se quejaban del abad Obilón y de sus frailes, porque todos los días libraban de allí alguna alma, y que era preciso rogar á Obilón que continuara tan piadosa tarea para aumentar de ese modo los días de los bienaventurados en el cielo y el dolor de los diablos en el infierno. Esto es lo que cuenta el hermano Girard, jesuíta, en su obra *Flor de los santos*, tomándolo del hermano Ribadeneira. Fleury presenta de otro modo dicha leyenda, pero conserva lo esencial.

La referida revelación impulsó á San Obilón á instituir en Cluny la fiesta de los muertos, que en seguida adoptó la Iglesia.

Desde esa época el purgatorio proporcionó muchísimo dinero á los que tenían el poder de abrir las puertas de él. En virtud de este poder el rey de Inglaterra, Juan *Sin Tierra*, declarándose vasallo del Papa Inocencio III y entregándole el dominio de

su reino, obtuvo la emancipación del alma de uno de sus parientes que estaba excomulgado: *pro mortuo ex communicato pro quo supplicant consanguinei*.

La cancillería romana estableció una tarifa para la absolución de los muertos, y habían en dicha ciudad muchísimos altares privilegiados, en los que cada misa que se decía en ellos, pagando seis liards, en los siglos XIV y XV, sacaba un alma del purgatorio.

En vano los herejes se esforzaban en demostrar que los apóstoles tuvieron derecho á desatar todo lo que estaba atado en la tierra, pero no debajo de la tierra, porque eran anatematizados como criminales que se atrevían á dudar del poder de las llaves, y efectivamente, debemos notar que cuando el Papa quería perdonar quinientos ó seiscientos años de purgatorio lo hacía en virtud de su pleno poder: *pro protestate á Deo accepta concedit*.

II

De la antigüedad del purgatorio.

Hay autores que aseguran que desde tiempo inmemorial reconoció el purgatorio el famoso pueblo judío, fundándose en el segundo libro de los *Macabeos*, que dice textualmente «que habiendo encontrado escondidos en las vestiduras de los judíos, en el combate de Odollam, objetos consagrados á los ídolos de Jamnia, fué cosa manifiesta que por eso habían muerto, y habiendo hecho una colecta de doce mil dracmas de plata (1), etc., que pensaba bien y religiosamente sobre la resurrección, las envió á Jerusalén para redimir los pecados de los muertos.»

Como creemos que es para nosotros una obligación referir todas las objeciones que hacen los herejes y los incrédulos para que queden refutadas sus erróneas opiniones, vamos á decir ahora las objeciones que presentan para creer que Judas envió esos doce mil francos y para creer en la antigüedad del purgatorio.

1.^a Dicen que doce mil francos de moneda francesa eran una cantidad excesiva para que la tuviera Judas, que sostenía una guerra de contrabandista contra un gran rey;

2.^a Que pudo muy bien enviarse un regalo á Jerusalén para que se perdonen los pecados de los muertos, con la idea de que Dios bendiga á los vivos;

3.^a Que todavía no se ocupaba nadie de la resurrección en aquella época, porque esa cuestión no se promovió entre los ju-

(1) Libro segundo, cap. XII, vers. 40 y 43.

díos hasta los tiempos de Gamaliel, poco antes de las predicaciones de Jesucristo;

4.^a Que la ley de los judíos, que está encerrada en el *Decálogo*, el *Levítico* y el *Deuteronomio*, no ocupándose de la inmortalidad del alma, ni de los tormentos del infierno, era imposible que hubiera anunciado que había un purgatorio;

5.^a Los herejes y los incrédulos hacen cuanto pueden para demostrar á su modo que los libros de los Macabeos son evidentemente apócrifos. He aquí las pruebas que presentan:

Los judíos, dicen los herejes, no reconocieron como canónicos los libros de los Macabeos; ¿por qué los hemos de reconocer nosotros?

Orígenes declara formalmente que debe rechazarse la historia de los Macabeos. San Jerónimo dice que no deben creerse esos libros. El Concilio de Laodicea, celebrado en trescientos sesenta y siete, no lo incluye entre los libros canónicos; y San Atanasio, San Cirilo y San Hilario, lo rechazan.

Las razones en que se apoyan para tratar esos libros de malas novelas, son las siguientes: el autor es un ignorante que empieza por decir una falsedad, que comprende todo el mundo: «Alejandro llamó á su lado á los jóvenes nobles que se habían criado con él desde la infancia, y repartió entre ellos su reino, viviendo todavía.» Esa falsedad tan grosera no puede decirla un escritor sagrado é inspirado.

El autor de los *Macabeos*, al ocuparse de Antíoco Epifanio, dice: «Antíoco se dirigió á la población de Elimais, con la idea de apoderarse de ella y de saquearla; pero no pudo conseguirlo, porque habiendo sabido sus habitantes lo que trataba de hacer, se sublevaron y consiguieron derrotarle. Lleno de tristeza regresó á Babilonia, y cuando estaba todavía en Persia, supo que su ejército había huido en Judá; se metió en cama y murió el año 149.» El mismo autor dice en otra parte todo lo contrario. Refiere que Antíoco Epifanio iba á tomar y á saquear á Persépolis y no á Elimais, y que cayendo de su carro, recibió una herida incurable, y se lo comieron los gusanos. Que pidió perdón al dios de los judíos, deseando hacerse judío.

No es esto todo; el autor en otra parte hace morir á Antíoco de un tercer modo, para que el lector elija. Refiere que murió apedreado en el templo de Naneo. Los que pretenden justificar esta burrada, dicen que quiso referirse á Antíoco Eupator; pero ni el uno ni el otro fueron apedreados.

El mismo autor dice que los romanos habían conquistado á los gálatas; pero no conquistaron la Galacia hasta cien años después. Luego el desgraciado novelista debió escribir un siglo después de la época en que suponen que escribió; y lo mismo sucede con todos los libros judíos, según opinan los incrédulos.

El mismo autor dice que los romanos nombraban todos los años un jefe del Senado. Al oír esto los incrédulos exclaman: Era un hombre muy ignorante, que ni siquiera sabía que en Roma había dos cónsules. ¿Qué fe podemos tener en esas rapsodias de cuentos pueriles, amontonadas sin orden y sin concierto por hombres ignorantes é imbéciles? Así se expresan autores audaces.

Nosotros les contestaremos que algunas equivocaciones, que probablemente vienen de los copistas, no bastan á impedir que el fondo de esos libros sea verdadero; que el Espíritu Santo inspiró al autor y no á los copistas; que si el Concilio de Laodicea no admitió el libro de los *Macabeos*, lo admitió el Concilio de Trento, en el que intervinieron hasta jesuitas, y que admite esos libros toda la Iglesia romana.

III

Origen del purgatorio

Consideraba herejes la primitiva Iglesia á los que admitían la existencia del purgatorio; y condenaba á los simoniacos que creían que las almas podían purgarse. Más tarde San Agustín condenó á los discípulos de Orígenes que sostenían este dogma.

¿Los simoniacos y los originistas admitieron acaso el purgatorio por encontrar algo semejante en Virgilio, en Platón y en Egipto? Con claridad lo anuncia el sexto libro de la *Eneida*, siendo lo más singular que Virgilio describe almas suspendidas en los aires, almas que se queman y almas que se ahogan. Hé aquí lo que dice en tres versos del referido libro: «Se ven esos espíritus puros agitarse en los aires á la merced del viento, ó ahogados en las aguas ó quemados en las llamas: de este modo las almas se limpian y se purgan.» Y es más singular todavía que el Papa Gregorio, apellidado el *Grande*, no sólo adoptase la teoría de Virgilio, sino que en sus diálogos introdujera muchísimas almas que venían del purgatorio después de haber estado suspendidas en el aire ó de haberse ahogado.

Platón se ocupa del purgatorio en su libro titulado *Phedon*, y es muy fácil convencerse de esto leyendo en el *Mercurio Trimegista* que Platón tomó de los egipcios todo lo que no había copiado de Timeo de Locre.

Todo esto es muy reciente comparado con la antigüedad de los antiguos bramanes, y preciso es confesar que ellos inventaron el purgatorio, como inventaron la rebelión y la caída de los genios, de los animales celestes. En el *Shasta*, libro que se escribió tres mil cien años antes de la era vulgar, encontrarán mis lectores el purgatorio. Los ángeles rebeldes, cuya historia copia-

ron los judíos en la época del rabino Gamaliel, fueron condenados por el Eterno y por su hijo á mil años de purgatorio, y pasado este tiempo Dios los perdonó y los hizo hombres. Hemos dicho ya en otras ocasiones y ahora repetimos, que les parecía á los bramanes demasiado duro que los castigos fuesen eternos, porque verdaderamente lo que es eterno no termina nunca; los bramanes pensaban, pues, como el abad de Chanlieu, que dice en una epístola dedicada *A la Muerte*: «Perdóname, Señor, si cegado por tus bondades no pude concebir que castigaras severamente mi debilidad para los placeres que desaparecen como los sueños; perdóname si no pude crear que castigaras con crueldad eterna la humana debilidad, que es víctima de quimeras engañosas.»

Q

QUÁKEROS

Los quákeros tienen varias denominaciones: se llaman también primitivos ó miembros de la primitiva Iglesia cristiana, de la de Pensilvania ó de la de Filadelfia; yo prefiero á todos esos nombres el de *amigo de los hermanos*, como se llaman en Filadelfia. Hay muchas clases de vanidad, pero la más bella de todas es aquella que, no atribuyéndose ningún título, consigue que sean casi todos los otros ridículos.

Me acostumbro pronto á ver que un buen filadelfio me trata como amigo y como hermano; esas palabras calientan en mi corazón la caridad, que se enfría fácilmente; pero que se escriban dos frailes, se traten uno á otro de Vuestra Reverencia, que obliguen á que les besen la mano en Italia y en España, me parece el último grado de un orgullo demente, el último grado de tontería en los que la besan, y el último grado de la sorpresa y la burla de los que lo presencian. La sencillez de los filadelfios es una sátira continua de los obispos, que tienen la vanidad de recibir el tratamiento de monseñor.

«¿No os causa rubor, preguntaba un día un laico que era hijo de un albañil, y que llegó á ser obispo (1), que os hagáis dar

(1) Biord, que persiguió á Voltaire, y era hijo de un maestro de obras.

el tratamiento de monseñor y de príncipe? ¿Se titulaban de ese modo acaso Bernabé, Felipe y Judas?—Bernabé, Felipe y Judas, le constestó el prelado, no pudieron titularse así; si hubieran podido se hubieran hecho dar ese tratamiento, y la prueba es de que sus sucesores lo han hecho en cuanto han podido.» Otro obispo, teniendo convidados á su mesa á muchos gascones, decía: «Es preciso que yo me llame monseñor, porque todos estos señores son marqueses.» *Vánitas vanitatum.*

Profeso un cariño especial á los quákeros, y si el mar no me produjera un mal insoportable, iría á recostarme en el seno de la Pensilvania para terminar allí el resto de mi vida. La Pensilvania está situada en el grado cuarenta, en el clima más benigno y más favorable para la salud; sus campiñas son fértiles, sus casas están edificadas con todas las comodidades posibles, sus habitantes son industriosos y sobresalen en las manufacturas. Viven en eterna paz sus ciudadanos; los crímenes son allí casi desconocidos, y no hay más que un solo ejemplo de un hombre desterrado del país; pero lo merecía: fué un sacerdote anglicano que se hizo quáker y era indigno de serlo. Sin duda á ese desgraciado le poseía el diablo, porque se atrevió á publicar la intolerancia; se llamaba Jorge Keith, lo expulsaron del país, no sé donde se fué; pero ojalá todos los intolerantes se hubieran ido con él. Entre los trescientos mil habitantes que pueblan la Pensilvania, hay doscientos mil extranjeros. Por doce guineas se pueden adquirir cien fanegas de excelente tierra, y el que las posee es verdaderamente rey, porque es libre y porque es ciudadano; no podéis hacer daño á nadie, ni nadie puede perjudicaros; tenéis la opinión que os place y podéis exponerla sin temor á que os persigan; no conocéis allí el peso de los impuestos, que en otras partes aumenta sin cesar; no tenéis que hacer la corte á nadie, ni podéis temer la insolencia de un subalterno importante y engreído.

Verdad es que en el monte Krapack yo vivo poco más ó menos como los quákeros; pero debo la tranquilidad que gozo á las montañas que cubren nieves eternas y á los precipicios horribles que rodean mi paraíso terrestre. Todavía algunas veces el diablo franquea, como en el libro de Milton, estos precipicios y estos montes que causan espanto, para infestar con su hálito venenoso las flores de mi paraíso. Satán se convirtió en sapo para venir aquí á engañar á dos criaturas que se amaban; y también vino una vez, presentándose sin disfraz, para traernos la intolerancia; pero nuestra inocencia triunfó del horroroso furor del diablo (1).

(1) Sin duda alude á la persecución que contra él quiso provocar Biord, obispo de Anecy, de la que se habla en otra parte.

R

RAZÓN

En la época en que Francia estaba loca con el sistema de Law, y en la que éste era director general de hacienda, un hombre que tenía siempre razón, en presencia de una gran asamblea, se presentó á decirle:

«Estoy viendo que sois ó el mayor loco ó el mayor bribón que se ha presentado en Francia; sé que esto es mucho decir, pero voy á probar lo que digo: se os ocurrió la idea de duplicar la riqueza del Estado por medio del papel; pero como ese papel sólo podía representar el valor ficticio de varias riquezas, que son los productos de la tierra y de las manufacturas, debiais haber empezado por darnos una cantidad diez veces mayor de trigo, de vino, de lienzo y de paño. Todavía esto no es bastante, porque además habíamos de estar seguros de despacharlos. Emitís en billetes una cantidad diez veces mayor que la que nosotros tenemos en moneda y en géneros; luego sois diez veces más extravagante, más inepto ó más bribón que los superintendentes que os han precedido. Ahora veréis cómo yo pruebo mi proposición mayor.»

Apenas empezaba á probarla le prendieron y le llevaron á San Lázaro; cuando salió de allí después de estudiar mucho y fortificar su razón, se dirigió á Roma, donde pidió una audiencia pública al Papa, con la condición de que no habían de interrumpirle su discurso; se la concedieron y habló en los siguientes términos:

«Santo Padre, vos sois un un antecristo, y voy á probárselo á Vuestra Santidad. Llamo yo antecristo al que hace todo lo contrario de lo que Cristo hizo y dejó mandado. Cristo fué pobre, vos sois muy rico; pagó el tributo, y vos exigís tributo á los demás; se sometió á los poderes, y vos sois el poder más alto; iba á pie, y vos vais á Castel-Gondolfo con un equipaje suntuoso; comía todo lo que le querían dar, y nos mandáis que comamos pescado los viernes de cuaresma, cuando vivimos lejos del mar y de los ríos; prohibió á Simón Barjona que se sirviera de la espada, y vos tenéis muchas espadas á vuestro servicio: en este sentido, pues, Vuestra Santidad es un antecristo. Os reve-

rencio mucho en los demás sentidos, y os pido que me concedáis indulgencias *in articulo mortis*.»

Encerraron en el castillo de San Angelo al hombre que así hablaba. Cuando salió del castillo de San Angelo se dirigió á Venecia y pidió audiencia para hablar con el dux; se la concedieron también.

«Vuestra Serenidad, le dijo, es un gran extravagante que tiene el capricho de casarse todos los años con el mar: y os debo decir en primer lugar, que nadie se casa más que una vez con la misma persona; en segundo lugar, que vuestro casamiento se parece al de Arlequín, que estaba á mitad de hacer, porque sólo le faltaba el consentimiento de la futura; en tercer lugar, ¿quién nos dice que un día otras potencias marítimas no os puedan declarar inhábil para consumir ese matrimonio?»

En cuanto concluyó de hablar lo encerraron en la torre de San Marcos. Cuando salió de la torre de San Marcos se fué á Constantinopla; le recibió en audiencia el muftí, y le habló en estos términos:

«Vuestra religión, aunque tiene cosas excelentes, como la adoración del gran Sér y la necesidad de ser justos y caritativos, no es más que el judaísmo recalentado y una colección fastidiosa de cuentos de vieja. Si el arcángel Gabriel, descendiendo de algún planeta, hubiera traído y entregado á Mahoma las hojas del *Corán*, toda la Arabia hubiera visto descender al ángel Gabriel, y nadie le vió; luego Mahoma fué un audaz impostor que engañó á los imbéciles.»

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, se apoderaron de él y lo empalaron. Sin embargo, siempre tenía razón.

RELIGIÓN

I

Los epicúreos que no profesaban ninguna religión, recomendaban el alejamiento de los asuntos públicos, el estudio y la concordia. Componía esta secta una sociedad de amigos, porque su principal dogma era el de la amistad. Atico, Lucrecio, Memius y algunos hombres de este temple, podían vivir juntos honestamente, y ejemplos de estos se ven en todos los países. Entre hombres de esa clase se puede filosofar todo lo que se quiera. Son como los aficionados á la música, que se dan para complacerse á sí mismos un concierto de música clásica y selecta; pero que se guarden bien de ejecutar ese concierto ante el vulgo ignorante y brutal, porque podría suceder que les rompieran los instrumentos en las cabezas. El que tenga que gober-

nar un pequeño pueblo, necesita que este tenga una religión. No voy á ocuparme aquí de la nuestra; ella es la única buena, la única necesaria y la única probada.

¿Hubiera sido posible para el espíritu humano admitir una religión, no que se aproximara á la nuestra, sino que fuera menos mala que todas las otras religiones del universo juntas? ¿Y cuál sería esa religión? ¿No sería la que se propusiera la adoración del Sér Supremo, único, infinito, eterno, creador del mundo, la que nos reuniera á ese sér como premio de nuestras virtudes, y que nos separara de él como castigo de nuestros crímenes? ¿La que admitiera pocos dogmas que son asunto eterno de disputa, la que enseñara una moral pura, sobre la que jamás se disputara?

¿La que no hiciera consistir la esencia del culto en vanas ceremonias, como la de escupiros á la boca, como la de cortaros el prepucio, como la de cortaros un testículo, puesto que se pueden cumplir todos los deberes sociales teniendo los dos testículos y el prepucio entero, y sin que os escupan en la boca?

¿La que sirviera á nuestro prójimo por el amor de Dios, en vez de perseguirle y de degollarle en nombre de ese mismo Dios? ¿La que tuviera ceremonias augustas que emocionaran á la plebe y careciera de misterios que pueden sublevar á los sabios, que pueden irritar á los incrédulos?

¿La que asegurara á sus ministros una asignación honrosa para que subsistieran con decencia y no les dejara usurpar nunca las dignidades y el poder que puede convertirlos en tiranos?

Gran parte de esta religión está grabada hoy en el corazón de algunos príncipes, y llegará á ser la dominante cuando los artículos que propuso el abad de San Pedro sobre la paz perpetua los firmen todos los potentados.

II

Pasé la noche meditando; absorto en la contemplación de la naturaleza, admiraba la inmensidad, el curso, las relaciones de esos globos infinitos que el vulgo no sabe admirar; pero admirando mucho más la inteligencia que los preside, me decía á mí mismo: «Se necesita ser ciegos para que no nos deslumbrase este espectáculo; se necesita ser estúpidos para no reconocer el autor de él; se necesita ser locos para no adorarlo. ¿Qué tributo de adoración debo rendirle? ¿No debe ser ese tributo siempre el mismo en toda la extensión del espacio, puesto que es el mismo Sér Supremo el que lo rige en toda su extensión? El sér dotado de pensamientos que habite en una de las estrellas de la vía láctea, no le debe el mismo homenaje que el sér que piensa en

el pequeño globo de la tierra? La luz es uniforme para el astro Syrio y para nosotros; la moral debe también ser uniforme. Si el animal que piensa y siente en Syrio nació de padre y de madre tiernos que se ocupan en hacerle feliz, les debe pagar con tanto cariño y tantos cuidados como debemos en el mundo á nuestros padres. Si algún habitante de la vía láctea ve á un indigente alisiado, si puede darle alivio y no se lo dá, es culpable ante todos los globos. El corazón tiene en todas partes los mismos deberes.»

Absorto estaba en estas ideas, cuando uno de los genios que llenan los intermundos descendió hasta mí. Reconocí que era la misma criatura aérea que se me apareció otra vez para enseñarme lo diferentes que son los juicios de Dios de los nuestros, y que una buena acción es preferible á la controversia.

Me transportó á un desierto lleno de cadáveres amontonados, y entre los montones de muertos había allí calles de árboles siempre verdes, y al extremo de cada calle un hombre alto de augusto aspecto, que contemplaba con compasión aquellos restos inanimados.

—«Arcángel mío, ¿dónde me habéis traído?

—Al sitio de la desolación—me respondió.

—¿Quiénes son esos hermosos patriarcas que veo inmóviles y enternecidos al extremo de las hileras de árboles, que parece que lloran por los innumerables muertos?

—Lo sabrás, pobre criatura humana—me replicó el genio de los intermundos—pero antes es preciso que llores.»

Señalando el primer montón de muertos, me dijo:

—«Estos son los veintitrés mil judíos que lanzaron ante el becerro de oro, son los veinticuatro mil que fueron muertos por los jóvenes madianitas. El número de asesinados por delitos y por otras causas, asciende á cerca de trescientos mil.

«En las calles siguientes están los cementerios de los cristianos, que se degollaron unos á otros por disputas metafísicas. Están divididos en muchos montones de cuatro siglos cada uno; si estuvieran en un solo montón, llegarían hasta el cielo; por eso ha sido preciso repartirlos.

—¿De este modo trataron las hermanas á sus hermanos, y yo tuve la desgracia de pertenecer á esta cofradía?

—He aquí—dijo el espíritu—los doce millones de americanos asesinados en su patria porque no estaban bautizados.

—¿Por qué no dejó Dios que se descompusieran esos cadáveres en el hemisferio donde nacieron sus cuerpos? ¿Por qué ha reunido aquí estos monumentos abominables de la barbarie y del fanatismo?

—Para instruirte.

—Ya que quieres instruirme—le repliqué al genio—dime si

además de los cristianos y de los judíos hubo otros pueblos en los que el celo y la religión, convertidos en fanatismo, inspiraran crueldades tan horribles.

—Sí—me contestó;—los mahometanos cometieron las mismas inhumanidades, pero rara vez; y cuando se les ha pedido misericordia y les han ofrecido pagarles el tributo, han sabido perdonar. En cuanto las demás naciones, no ha habido ninguna desde que existe el mundo que haya tenido una guerra puramente religiosa. Ahora sígueme.»

Le seguí. Un poco más allá de aquellos montones de cadáveres, encontramos otros montones, que los constituían sacos llenos de oro y de plata; cada uno de ellos tenía su etiqueta: «Substancia de los herejes asesinados en el siglo XVIII, en el XVII y en el XVI;» otros decían: «Oro y plata de los americanos degollados.» Todos esos montones remataban con cruces, mitras, báculos y tiaras llenas de piedras preciosas.

—¿Por poseer esa riqueza acumularon tantos muertos? pregunté al genio.

—Sí, hijo mío.

No pude contener las lágrimas, y cuando por el dolor que experimentaba merecí que me llevara al extremo de las filas de los árboles verdes, me condujo hasta allí, y me dijo:

—«Contempla los héroes de la humanidad que fueron los bienhechores del mundo, y que se han reunido para desterrar de él cuanto les fué posible la violencia y la rapiña. Interrógales.»

Me acerqué al que estaba más inmediato; llevaba una corona en la cabeza y un pequeño incensario en la mano, y humildemente le pregunté su nombre.

—Yo soy Numa-Pompilio—me dijo;—fui el sucesor de un bandido y me ví obligado á gobernar bandidos; les enseñé la virtud y el culto de Dios; y después de mi muerte olvidaron más de una vez la una y el otro; prohibí que se verificaran en los templos simulacros, porque la divinidad que anima la naturaleza no podemos representárnosla. Durante mi reinado no tuvieron los romanos ni guerras ni sediciones, porque mi religión los civilizó. Todos los pueblos acudieron á honrar mis funerales, lo que á nadie sucedió más que á mí.»

Le besé la mano, y me dirigí al segundo personaje; era un respetable anciano de cerca de noventa años vestido con un ropaje blanco; tenía colocado el dedo del centro sobre la boca y con la otra mano arrojaba habas detrás de él. Le reconocí; era Pitágoras. Me aseguró que jamás había sido pierna de oro, ni gallo; pero que gobernó á los crotoniats con tanta justicia como Numa-Pompilio gobernaba á los romanos, que fué poco más ó menos de su época; y que la justicia era lo más necesario y lo

más raro en el mundo. Me participó que los pitagóricos hacían examen de conciencia dos veces cada día. Por complacerle no contesté una palabra á Pitágoras, y pasé á ver á Zoroastro, que estaba ocupado en concentrar el fuego celeste en el hornillo de un espejo-cóncavo, y que estaba en el centro de un vestíbulo que tenía cien puertas y todas ellas conducían á la sabiduría. Sobre la principal de esas puertas (1) leí las siguientes palabras, que compendian la moral y que abrevian las disputas de los casuistas: «Cuando dudes si una acción es buena ó mala, abstente de practicarla.»

—Verdaderamente—dijó al arcángel—los bárbaros que inmolaron todas esas víctimas, cuyos cadáveres he visto, no habrían leído esas hermosas palabras.

Luego hablamos con Zeleuco, con Thales, con Anaximandro y con todos los sabios que buscaron la verdad y practicaron la virtud. Cuando llegamos á Sócrates, que reconocí por su nariz chata, le dije:

«Todos los habitantes de Europa, menos los turcos y los tártaros de Crimea, que son profundamente ignorantes, pronuncian vuestro nombre con respeto, reverencian ese nombre hasta tal punto, que han tratado de averiguar los nombres de vuestros perseguidores. Por vos conocemos á Melitus y á Anitus, como conocemos á Ravailiac por Enrique IV; pero de Anitus sólo conozco el nombre; no sé precisamente qué era ese malvado que os calumnió y que pudo lograr que os sentenciaran á beber la cicuta.

—Desde la fatal aventura que me aconteció, no he vuelto á ocuparme de ese hombre, me respondió Sócrates; pero ya que me lo hacéis recordar, os contesto que me causa lástima. Era un sacerdote perverso que se dedicaba á comerciar con cueros, cuyo comercio era vergonzoso entre nosotros. Envió sus dos hijos á mi escuela; los condiscípulos de éstos les afearon el oficio de su padre, y se vieron obligados á no volver á asistir á sus lecciones. Irritado su padre, sublevó contra mí á todos los sacerdotes y á todos los sofistas, que consiguieron convencer al Consejo de los quinientos que yo era un impío que no creía que la Luna, Mercurio y Marte, fueran dioses. Efectivamente, creía entonces como creo ahora que no hay más que un Dios, Señor de toda la naturaleza. Los jueces me entregaron al envenenador de la República, que acertó algunos días mi vida. Morí tranquilamente á la edad de setenta años; y desde entonces paso una vida feliz con todos estos grandes hombres que véis y entre los que soy yo el más insignificante.»

(1) Los preceptos de Zoroastro se llaman *puertas*, y son ciento.

Después de disfrutar durante algún tiempo de mi entrevista con Sócrates, fuimos avanzando mi guía y yo hacia un bosquecillo situado encima de aquella floresta, en el que todos los sabios de la antigüedad parecía que gozaran de apacible reposo.

Ví un hombre de fisonomía suave y expresiva, que me pareció que apenas habría cumplido treinta y cinco años. Lanzaba desde lejos miradas compasivas sobre el montón de esqueletos blanqueados, á través de los que habíamos pasado para llegar á la morada de los sabios. Me asombró ver que ese hombre tenía los pies hinchados y sangrientos, lo mismo que las manos, que estaba herido en el flanco, y que tenía el cuerpo despellejado de recibir azotes.

—¿Es posible—exclamé—que un justo, que un sabio llegue á encontrarse en este estado? Acabo de ver otro que lo trataron cruelmente; pero no hay punto de comparación entre su suplicio y el vuestro. Sacerdotes inicuos y jueces pérfidos le envenenaron; ¿quizás vos también fuisteis asesinado cruelmente por sacerdotes y por jueces?

—Sí—me respondió con afabilidad.

—¿Quiénes eran esos monstruos?

—Los hipócritas.

—Ya me habéis dicho bastante; esa palabra me hace comprender que os debieron sentenciar al último suplicio. ¿Les probasteis acaso, como Sócrates, que la luna no es una diosa, y que Mercurio no es un dios?

—No, no fué por cuestión de planetas. Mis compatriotas no sabían lo que es un planeta; eran todos ellos francos ignorantes, y tenían supersticiones diferentes que los griegos.

—¿Tratabais de enseñarles una nueva religión?

—Nada de eso; les decía sencillamente: «Amad á Dios de todo corazón y á vuestro prójimo como á vosotros mismos.» Podéis comprender que este precepto es tan antiguo como el universo, y que yo no les enseñaba un nuevo culto. Les repetía incesantemente que yo había venido no para abolir la ley, sino para hacerla cumplir. Yo observaba todos sus ritos; estaba circuncidado como ellos, bautizado como ellos, presentaba mi ofrenda en el templo como ellos, y como ellos celebraba la pascua, comiendo de pie un cordero cocido con lechugas. Mis amigos y yo íbamos á rezar en el templo; mis amigos lo frecuentaban después de mi muerte; en una palabra, cumplí todas sus santas leyes sin exceptuar ninguna.

—¿Aquellos miserables ni siquiera podían reprocharos haberlos separado de sus leyes?

—No podían reprochármelo.

—¿Por qué os pusieron, pues, en el estado que os encuentro?

—Eran muy orgullosos y muy interesados: comprendieron

que yo los conocía bien, y supieron que yo haría que los conocieran los demás ciudadanos; eran los más fuertes y me quitaron la vida: sus semejantes harán siempre lo mismo si pueden á todo el que les haga justicia.

—¿Pero dijisteis ó hicisteis algo que pudiera servirles de pretexto?

—Cualquier cosa sirve de pretexto á los perversos.

—¿No les dijisteis un día que habiais venido á traer la espada y no la paz?

—Eso fué un error del copista; les dije que traía la paz y no la espada. Como yo no escribí nada, pudieron equivocarse lo que yo dije sin tener mala intención.

—¿No habéis contribuído con vuestros discursos mal interpretados, á formar esos montones de cadáveres que encontré en el camino viniendo á consultaros?

—Me horrorizaron siempre los criminales que asesinan.

—¿Y esos monumentos de poder y de riqueza, de orgullo y de avaricia, esos tesoros, esos ornamentos, esos signos de grandeza que acabo de ver acumulados, provienen de vos?

—De ningún modo; los míos y yo hemos vivido humildes y pobres: mi grandeza la concentré en la virtud.»

Estuve á punto varias veces de suplicarle que me dijese quien era, pero mi guía me aconsejó que no se lo preguntara. Me dijo que mi naturaleza no era á propósito para comprender esos misterios sublimes. Entonces conjuré al desconocido á que me explicara en qué consistía la verdadera religión.

—«Ya os lo dije: Amad á Dios y á vuestro prójimo como á vos mismo.

—¿Y amando á Dios podré comer de carne los viernes de cuaresma?

—Yo siempre comí lo que me dieron, porque fuí muy pobre y no podía convidar á comer á nadie.

—¿Amando á Dios y siendo justo, podré ser bastante cauto para no confiar los secretos de mi vida á un desconocido?

—Así lo hice yo siempre.

—Obrando bien podré eximirme de ir en peregrinación á Santiago de Compostela?

—Jamás estuve en ese país.

—¿Será preciso que me decida por la Iglesia griega ó por la Iglesia latina?

—Para mí no hubo ninguna diferencia entre el judío y el samaritano, cuando yo estaba en el mundo.

—Siendo así, os reconozco por mi único señor.»

Entonces el desconocido me hizo una señal con la cabeza que me dejó consolado. La visión desapareció, y sólo quedó en mí la conciencia recta.

III

Questiones sobre la religión

El hombre empezó por reconocer un solo dios, y luego la debilidad humana inventó la existencia de pluralidad de dioses; y he aquí cómo justifico mi creencia:

Es indudable que existieron pequeñas poblaciones antes de edificar grandes ciudades, y que los seres humanos se subdividieron en pequeñas repúblicas antes que se reunieran para formar grandes imperios. Es, pues, natural que una aldea, asustada por los truenos y por los rayos, afligida por la pérdida de los cosechas, maltratada por la aldea inmediata; al conocer su debilidad, creyera que existía en todas partes un poder invisible, y se figurara que existía un sér superior á nosotros, del que provenía el bien y el mal. Me parece imposible que dijera: Existen dos poderes; porque lo mismo podía haber dicho que existían muchos. En todos los géneros se empieza por lo sencillo, después se llega á lo compuesto, y con frecuencia retrocedemos á lo sencillo cuando tenemos mayores conocimientos. Esa es la marcha del espíritu humano.

¿A qué sér podían invocar? ¿Al sol ó la luna? No me parece verosímil. Veamos lo que les sucede á los niños, que son muy parecidos á los hombres ignorantes. No les llama la atención ni la hermosura, ni la utilidad del sol, ni lo que nos favorece la luna por las noches, ni las variaciones periódicas de su curso; se acostumbran á todo eso sin fijarse en ello. No adoramos, no invocamos, no deseamos apaciguar más que á lo que tememos, y todos los niños ven el cielo con indiferencia; pero cuando ruge el trueno, tiemblan y se esconden. Indudablemente los primitivos hombres obraron lo mismo que los niños. Sólo pudo haber entonces una especie de filósofos que, fijándose en el curso de los astros, consiguieran que los hombres los admiraran y los adorasen; pero los simples cultivadores, que eran completamente ignorantes, no sabían lo suficiente para adoptar un error tan noble.

La aldea, pues, al principio se concretaría á decir: Existe un poder que truena, que graniza, que mata á nuestros hijos; apacigüémoslo; ¿pero cómo hemos de apaciguarlo? Hemos observado que calmamos la cólera de los que están irritados, haciéndoles algunos presentes; pues hagamos presentes á ese poder. Necesitamos también designarlo con un nombre; y el primero que les debió ocurrir fué el de *jefe*, de *señor*: este poder se llamó, pues, *mi señor*. Probablemente esta es la razón de que los egipcios llamaran á su dios *Knef*; los syrios, *Adoni*; los pueblos in-

mediatos, *Baal*, ó *Bel*, ó *Melch*, ó *Moloc*; los scytas *Papée*; todas esas palabras significan *señor*, *dueño*.

De este modo, cuando se descubrió la América se encontraron allí infinidad de poblaciones pequeñas que todas ellas tenían su dios protector. Hasta los mejicanos y los peruvianos, que eran grandes naciones, sólo tenían un dios único: una adoraba á Manco Capack y la otra al dios de la guerra. Los mejicanos llamaban á su dios guerrero Vitzliputzli, como los hebreos llamaron á su señor Sabaoth.

No fué por la razón superior y cultivada por lo que los pueblos empezaron á reconocer una sola divinidad; si hubieran sido filósofos hubieran adorado al Dios de toda la naturaleza y no al dios de una aldea; hubieran estudiado las relaciones infinitas que median entre todos los seres, que prueban que existe un sér creador y conservador; pero no estudiaron, sólo sintieron. Cada pueblecillo conoció que era débil y que necesitaba tener la protección de un sér fuerte; y creyó que ese sér tutelar y terrible residía en un bosque cercano, ó en una montaña, ó en una nube; creyó que existía un solo sér superior, porque cuando iba á la guerra no tenía más que un jefe; y creyó que era corporal, porque le era imposible representárselo de otro modo. No podía dudar de que el pueblo vecino también tuviera su dios; y por eso Jepté dijo á los habitantes de Moab: «Poseéis legítimamente lo que vuestro dios Chamos os hizo conquistar; y debéis dejarnos gozar lo que nuestro dios nos consiguió con sus victorias» (1).

Soy muy notables estas palabras que pronunció un extranjero delante de otros extranjeros. Los judíos y los moabitas habían expulsado á los habitantes del país; aquéllos y éstos sólo contaban con el derecho de la fuerza, y el jefe de los unos dijo al jefe de los otros: Tu dios ha protegido tu usurpación; consiente, pues, que mi dios proteja la mía. Jeremías y Amós preguntan: «¿qué razón tuvo el dios Melchom para apoderarse del país de Gad?» Estos pasajes demuestran que la antigüedad creyó que cada país tenía su dios protector. Todavía encontramos huellas de esta teología en las obras de Homero.

También es natural que habiéndose despertado la imaginación de los hombres, y habiendo adquirido conocimientos confusos, multiplicaran sus dioses y tuvieran por protectores los elementos, el mar, los bosques, las fuentes y los campos. Cuanto más se dedicaron al estudio de los astros, más se llenaron de admiración; ¿y cómo no habían de adorar al sol, cuando adoraban la divinidad de un arroyuelo? En cuanto dieron el primer paso por este camino, el mundo se encontró lleno de dioses; y desde la

(1) Libro de los *Jueces*, cap. XI, ver. 24.

adoración de los astros descendieron los hombres hasta la adoración de los gatos y de las cebollas.

Con el transcurso del tiempo la razón se fué perfeccionando, y fueron apareciendo filósofos que comprendieron que ni las cebollas ni los gatos, ni los astros celestes, pudieron establecer el orden admirable de la naturaleza. Todos los filósofos, babilónicos, persas, egipcios, scytas, griegos y romanos, admitieron la existencia de un Dios supremo, remunerador y vengador.

Al principio no se atrevían á decirlo á los pueblos, porque el filósofo que se hubiera atrevido á despreciar las cebollas y los gatos ante las viejas y los sacerdotes, hubiera sido apedreado; y al que hubiera afeado á los egipcios que se comieran sus dioses, se lo hubieran comido.

¿Qué hicieron, pues? Orfeo y sus secuaces instituyeron los misterios en los que los iniciados juraban, pronunciando juramentos execrables, no revelarlos: y el principal de esos misterios consistía en la adoración de un dios único. Esa gran verdad se fué infiltrando en la mitad del mundo; y el número de los iniciados llegó á ser inmenso: verdad es que la antigua religión seguía subsistiendo; pero como era contraria al dogma de la unidad de Dios, la dejaron subsistir. Los romanos reconocían el *Deus óptimus máximus*, y los griegos llamaban *Zeus* á su dios supremo. Sus demás divinidades no eran más que seres intermedios; colocaban á los héroes y á los emperadores en la categoría de dioses, que era una categoría equívante á la nuestra de bienaventurados; y no consideraban á Claudio, á Octavio, á Tiberio ni á Calígula como creadores del cielo y de la tierra. En una palabra, está probado que desde la época de Augusto, todos los que profesaban una religión reconocían un Dios superior y eterno y varios órdenes de dioses secundarios, cuyo culto se llamó después idolatría.

Las leyes de los judíos nunca favorecieron la idolatría, porque admitían la existencia de los ángeles, de seres celestes de orden inferior; sus leyes no designaban culto á esas divinidades secundarias. Verdad es que los judíos adoraban á los ángeles, esto es, se arrodillaban ante ellos cuando los veían; como eso sucedía pocas veces, no tenían ceremonias ni culto legal establecido para ellos. Los querubines del arca no recibían homenajes. Créese que los judíos, desde la época de Alejandro, adoraron públicamente un solo dios, como la multitud innumerable de los iniciados lo adoraban secretamente en sus misterios.

IV

En la época en que el culto de un Dios supremo quedó reconocido por todos los sabios en Asia, en Europa y en Africa, fué

cuando nació la religión cristiana. El platonismo ayudó en gran manera á la inteligencia de sus dogmas. El *Logos*, que en Platón significa la sabiduría, la razón del Sér Supremo, se convirtió en nosotros en el Verbo y en la segunda persona de Dios. La metafísica profunda y superior á la inteligencia humana fué el santuario inaccesible en el que se envolvió la religión.

Por no repetirnos no volveremos á explicar el modo cómo María fué declarada Madre de Dios con el transcurso del tiempo, ni cómo se estableció la consubstancialidad del Padre y del Verbo, ni la prolección del *Pneuma*, órgano divino del divino *Logos*, dos naturalezas y dos voluntades resultantes de la hipóstasis, ni la manducación superior, que nutre al alma y al cuerpo con la sangre del Hombre Dios, adorado y comido bajo la forma del pan, porque ya nos ocupamos de todos esos misterios sublimes.

Desde el segundo siglo empezaron á expulsar á los demonios en nombre de Jesús, porque antes los expulsaban en nombre de Jehová. San Mateo refiere que habiendo dicho los enemigos de Jesús que expulsaba á los demonios en nombre del príncipe de los diablos, él le contestó: «¿Si expulso á los demonios en nombre de Belcebú, en nombre de quien los expulsan vuestros hijos?»

No se sabe en qué época los judíos reconocieron á Belcebú por príncipe de los demonios, siendo como era un dios extranjero; pero nos refiere Josefo que habían en Jerusalén exorcistas nombrados para expulsar los demonios del cuerpo de los poseídos, esto es, de los hombres que sufrían enfermedades singulares, que entonces se creían que las proporcionaban los genios maléficos.

Expulsaban pues los demonios pronunciando continuamente la palabra *Jehová*, cuya pronunciación hoy se ha perdido, lo mismo que se han olvidado otras ceremonias. El exorcismo que se practicaba pronunciando dicho nombre con otros nombres de Dios, todavía estaba en uso en los primeros siglos de la Iglesia. Orígenes, disputando contra Celso, le dice: «Si al invocar á Dios le llamamos Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, conseguiremos muchas cosas pronunciando esos nombres, cuya naturaleza y cuya fuerza son tales, que los demonios se someten á los que las pronuncian; pero si se le aplica otra denominación, como por ejemplo, dios del mar alborotado, dios suplantador, estos nombres no tendrán ninguna virtud. El nombre de Israel, traducido al griego, no tiene ningún poder; pero pronunciado en hebreo, con las otras palabras necesarias, se verificará el conjuro.»

El mismo Orígenes dice estas palabras notables: «Existen nombres que poseen naturalmente virtud, como son los que

usan los sabios en Egipto, los magos en Persia y los bramanes en la India. Lo que se llama magia no es un arte vano y quimérico, como sostienen los estoicos y los epicúreos; ni los nombres de Sabaoth y Adonai se establecieron para seres creados, porque pertenecen á una teología misteriosa que hace referencia al Creador; y de esto proviene la virtud de estos nombres cuando se usan y se pronuncian siguiendo las reglas.»

Hablando Orígenes de este modo no manifiesta su opinión particular, no hace más que referir la opinión universal. Las religiones conocidas entonces admitían la magia, distinguiendo la magia celeste de la magia infernal, conociendo además la necromancia y la teurgia; todo era en ellas prodigio, adivinación, oráculo. Los persas no negaban los milagros de los egipcios, ni los egipcios los de los persas. Permitió Dios que los primitivos cristianos creyeran en los oráculos atribuidos á las sibilas, y los dejó vivir en algunos errores de poca importancia, que no corrompían el fondo de la religión.

Es cosa muy chocante que los cristianos de los dos primeros siglos tuvieran horror á los templos, á los altares y á los simulacros, y así lo refiere Orígenes; pero todo cambió en cuanto quedó establecida la disciplina de la Iglesia y adquirió ésta una forma constante.

V

Dícese que la religión de los gentiles era absurda en muchas cosas, contradictoria y perniciosa; pero me parece que se le imputó más daño del que ha producido y más tonterías de las que predicó. Moliere dice: «No me parece bello que Júpiter sea toro, serpiente, cisne ó cualquier otra cosa; pero no me extraña que lo encuentran los demás.» No cabe duda que esas transformaciones son impertinentes, pero suplico á los que eso dicen que me enseñen dónde existió en toda la antigüedad un templo dedicado á Leda, acostada con un cisne ó con un toro. ¿Pueden presentarme algún sermón predicado en Atenas ó en Roma que induzca á las doncellas á cohabitar con los cisnes de sus corrales? ¿Acaso las fábulas que recogió y que ilustró Ovidio pueden tomarse como dogmas de la religión pagana? ¿No son equivalentes á la *Leyenda Dorada* y á la *Flor de los santos* de la religión católica? Si algún brama ó algún derviche criticara la historia de Santa María la Egipciaca, apoyándose en que no teniendo ésta con qué pagar á los marineros que la llevaron á Egipto, concedió á todos ellos sus favores á falta de moneda, les replicaríamos á ese brama ó á ese derviche: Reverendos padres, estáis equivocados, que nuestra religión no está basada en la *Leyenda Dorada*.

Criticamos á los antiguos que dieran crédito á los prodigios y á los oráculos; ¿si volvieran hoy al mundo y supieran los milagros que atribuimos á Nuestra Señora de Loreto y á Nuestra Señora de Efeso, no nos criticarían también á nosotros?

Los sacrificios humanos estaban en uso en casi todos los pueblos antiguos, pero raras veces se practicaban. Sólo sabemos que inmolaron los judíos á la hija de Jefté y al rey Agag, porque Isaac y Jonatás no llegaron á ser sacrificados. Entre los griegos no está comprobada la historia de Ifigenia, y entre los romanos fueron muy raros los sacrificios humanos; en una palabra, la religión pagana derramó muy poca sangre, y la nuestra la hizo correr por todo el mundo. Nuestra religión es, sin duda, la única verdadera; pero por medio de ella hemos causado tanto daño, que cuando hablamos de las otras, debemos ser muy indulgentes.

VI

El hombre que desee convencer de la verdad de su religión á extranjeros ó compatriotas, debe dedicarse á esa tarea con moderación y con insinuante suavidad: si empieza por decirles que lo que él les expone está demostrado, encontrará multitud de incrédulos; si se atreve á decirles que únicamente rechaza la doctrina que les expone, porque trata de refrenar las pasiones y porque su razón discurre erróneamente, les sublevará contra él, les afirmará en sus falsas creencias y no conseguirá su propósito.

Si la religión que enseña es verdadera, no conseguirán que lo sea más la cólera y la insolencia. ¿Hay acaso necesidad de ponerse iracundos y furiosos para predicar que el hombre debe ser benigno, benéfico y justo, y que debe cumplir todos los deberes sociales? No hay ninguna necesidad, porque todo el mundo profesa esta religión. ¿Por qué, pues, habéis de injuriar á nuestro hermano cuando le predicáis una metafísica misteriosa? Sin duda porque su buen sentido irrita vuestro amor propio; sois tan orgullosos, que exigís á nuestro hermano que someta su inteligencia á la vuestra; y el orgullo humillado produce la cólera; no da otro resultado. El soldado que recibe veinte heridas de fusil en una batalla no se encoleriza; pero el doctor que queda herido porque le vence una opinión contraria se convierte en furioso implacable.

RELIQUIAS

Llámanse reliquias los restos ó las partes que quedan del cuerpo ó de los ropajes de las personas que después que mueren incluye la Iglesia en la categoría de bienaventurados.

Jesús condenó la hipocresía de los judíos, cuando les dijo (1): «¡Caiga la desgracia sobre vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis el culto para los profetas y adornáis los monumentos de los justos!» Por eso los cristianos ortodoxos veneran lo mismo la reliquia que las imágenes de los santos, y cuando un doctor llamado Enrique, al atreverse á decir que los huesos y otras reliquias si se convierten en gusanos no deben adorarse, el jesuíta Vázquez decidió que la opinión de Enrique era absurda y vana (2), porque no importa de qué modo se verifica la corrupción, y por lo tanto lo mismo podemos adorar las reliquias bajo la forma de gusanos, que bajo la forma de cenizas.

Pero ya se admita una opinión, ya se admita otra, San Cirilo de Alejandría confiesa (3) que es pagano el origen de las reliquias; y he aquí la descripción que de su culto hace Theodoret, que vivía en los primeros años de la era cristiana (4). Asistían á los templos de los mártires, refiere ese sabio obispo, para pedirles, unos que les conservara la salud, otros para que les curaran sus enfermedades, y las mujeres estériles para lograr ser fecundas. Cuando esas mujeres conseguían tener hijos, les pedían también que se los conservaran. Los que iban á emprender viajes conjuraban á los mártires á que fueran sus guías y compañeros; y en cuanto regresaban del viaje, se presentaban en el templo á manifestarles su gratitud. No les adoraban como dioses, pero los honraban como hombres divinos, pidiéndoles que fueran sus intercesores.

Las ofrendas que estaban colgadas en los templos son pruebas evidentes de que los que pedían con fe habían conseguido realizar sus deseos y la curación de sus enfermedades. Colgaban en los templos ojos, pies y manos de oro y de plata, que eran monumentos que pregonaban la virtud de los que estaban encerrados en aquellos sepulcros. Añade Theodoret que cuando destruyeron los templos de los dioses, aprovecharon los materiales para la construcción de los templos de los mártires; porque el Señor, dice dirigiéndose á los paganos, sustituyó sus muertos á

-
- (1) San Mateo, cap. XXIII, ver. 29.
 (2) *De la Adoración*, libro II, cap. VIII.
 (3) Libro X *Contra Juliano*.
 (4) Cuestión 51 sobre el *Exodo*.

vuestrós dioses; hizo ver la vanidad de éstos y transfirió á otros los honores que á éstos les rendían. De esto se queja amargamente el famoso sofista Gardes, deplorando la ruina del templo de Sérapis, situado en Cánope, que derribaron por orden del emperador Theodosio I, el año 389.

Gentes que nunca habían oído hablar de guerra, dice Ennapius, fueron muy valientes para arrancar las puertas del templo, y sobre todo para apoderarse de las ricas ofrendas que encerraba. Entregaron estos santos lugares á los monjes, gentes infames é inútiles, que sólo con vestir un hábito negro y sucio, adquirirían tiránica autoridad sobre los pueblos; y en el sitio de los dioses colocaron esos monjes, para que recibieran adoración, cabezas de bandidos decapitados por sus crímenes y que salaron para conservarlas.

El pueblo es supersticioso y por la superstición se le encadena. Los milagros que inventaron respecto á las reliquias fueron el imán que atrajo á las iglesias la riqueza de todas partes. La bribonería y la credulidad llegaron á tal extremo, que el año 386, el mismo emperador Theodorico se vió obligado á publicar una ley para prohibir que pasaran de un sitio á otro los cadáveres enterrados, que separaran las reliquias del cuerpo de cada mártir y que traficaran con ellas.

Durante los tres primeros siglos del cristianismo se concretaron á celebrar el día de la muerte, que llamaban su día natal, reuniéndose en los cementerios donde descansaban sus cuerpos, y á rezar por ellos, como hemos visto en el artículo titulado *Misa*. No se creía entonces que, transcurriendo el tiempo, los cristianos robarían los cadáveres de los templos, transportarían sus cenizas y sus huesos de un sitio á otro, los enseñarían en los púlpitos y harían con ellos un tráfico que excitaría la avaricia á llenar el mundo de reliquias falsas.

El tercer Concilio de Cartago, celebrado el año 397, insertando en el canon de las Escrituras la Apocalipsis de San Juan, cuya autenticidad hasta entonces fué disputada, ese pasaje del capítulo VI, «Ví en los altares las almas de los que mató la palabra de Dios,» autorizó la costumbre de poner reliquias de los mártires en los altares, y esta práctica se consideró tan esencial, que San Ambrosio no quiso consagrar una iglesia porque no tenía reliquias en los altares; y el año 692 el Concilio de Constantinopla mandó derribar los altares en los que no hubiera reliquias. Otro Concilio de Cartago opinó lo contrario, mandando el año 401 á los obispos que hicieran derribar los altares que se erigían en los campos y en los grandes caminos en honor de los mártires para los que desenterraran las supuestas reliquias, valiéndose para esto de los sueños y de las revelaciones de todo el mundo.

San Agustín (1) refiere que el año 415, Luciano, sacerdote y cura de la aldea Capharmagata, distante pocas millas de Jerusalén, vió en sueños hasta tres veces al doctor Gamaliel, que le reveló que su cuerpo, el de su hijo, el de San Esteban y el de Nicodemo, estaban enterrados en el sitio de su parroquia que él le indicaría. Le suplicó que no les dejase permanecer más tiempo en el olvidado sepulcro donde yacían desde algunos siglos, y que fuera á decírselo á Juan, obispo de Jerusalén, para que en seguida los sacara de allí si quería evitar las desgracias que amenazaban al mundo. Gamaliel añadió que esta traslación debía verificarse durante el episcopado de Juan, que murió un año después. El cielo ordenaba que el cuerpo de San Esteban fuese trasladado á Jerusalén.

Luciano entendió mal lo que le dijo Gamaliel, ó fué muy desgraciado, porque por más que cavó no pudo encontrar los cadáveres: esto obligó al doctor judío á aparecérselo á un monje sencillo é inocente y á darle mejor las señas del sitio donde descansaban las sagradas reliquias. Luciano encontró entonces el tesoro que buscaba según la revelación que Dios le hizo. Había en dicho sepulcro una piedra donde estaba grabada la palabra *cheliel*, que significa corona en hebreo, lo mismo que *estéfanos* en griego. Cuando abrieron el féretro de Esteban, tembló la tierra, salió de él un olor excelente y se curaron muchísimos enfermos. El cuerpo del santo estaba reducido á cenizas, exceptuando los huesos, que transportaron á Jerusalén y que guardaron en la iglesia de Sión.

Avito, sacerdote español, que estaba entonces en Oriente, tradujo en latín esta historia, que Luciano había escrito en griego. Como el sacerdote español era amigo de Luciano, consiguió que éste le diera un puñado de cenizas del santo y algunos huesos llenos de tal unción, que probaban de un modo visible su santidad y que lanzaban un perfume superior á los más agradables aromas. Estas reliquias, que llevó Orosio á la isla de Menorca, convirtieron allí en ocho días quinientos cuarenta judíos.

Supieron al poco tiempo, por revelaciones de diferentes visiones, que en Egipto tenían los monjes reliquias de San Esteban, que gentes desconocidas llevaron allí. Como los monjes no eran sacerdotes entonces y no tenían iglesias propias, fueron á incautarse de ese tesoro para transportarle á una iglesia que estaba cerca de Usale. Algunas personas vieron encima de dicha iglesia una estrella que pareció guiar la conducción del santo mártir. Las reliquias no permanecieron mucho tiempo en la citada iglesia: el obispo de Usale, deseando enriquecer la suya con

(1) *Ciudad de Dios*, libro XXII, cap. VIII.

ellas, las sacó de allí y las transportó, sentado en un carro y acompañado de mucha gente del pueblo, que cantaba las alabanzas de Dios y que llevaba cirios y luminarias.

De este modo llevaron las reliquias á un sitio alto de la iglesia y las colocaron sobre un trono lleno de colgaduras. Luego las pusieron rodeadas de cristales sobre un blando lecho que colocaron en un cuadrado, cerrado con llave, al que dejaron una ventana pequeña, con la idea de que por allí pudieran tocar unos lienzos que servían para curar diferentes enfermedades. Un puñado de polvo recogido de la urna que encerraba la reliquia, curó de repente á un paralítico. Varias flores ofrecidas al santo que aplicaron á los ojos de un ciego, le devolvió la vista. Se verificó también allí el milagro de resucitar siete ú ocho muertos.

San Agustín (1), que trata de justificar este culto, distinguiéndole del de la adoración que sólo debe rendirse á Dios, se ve obligado á convenir (2) que conoce muchos cristianos que adoran los sepulcros y las imágenes. Conozco algunos, refiere ese santo, que beben excesivamente sobre las tumbas, y que dando festines á los cadáveres, se entierran sobre los que están enterrados.

Efectivamente, al extinguirse el paganismo, embelesados de encontrar en la Iglesia cristiana, aunque con distintos nombres, hombres divinizados, los pueblos los honraron, haciéndoles los mismos honores que á los mismos dioses; y se equivocará groseramente el que quiera deducir las ideas y las prácticas del populacho por las ideas ilustradas de los obispos y de los filósofos. Sabido es que los sabios paganos hacían las mismas distinciones que nuestros sabios obispos. Debemos, decía Hierocles (3), reconocer y servir á los dioses, pero de modo que tengamos gran cuidado de poner sobre ellos al Dios supremo, que es su autor y su padre. No debemos exaltar excesivamente la divinidad de aquéllos; y el culto que les rendimos debe llegar hasta su único creador, que podemos llamar propiamente el Dios de los dioses, porque es el más excelente y el Señor de todo. Porphiro (4), que como San Pablo, califica al Dios supremo superior á todo, añade que no se le debe sacrificar nada sensible, nada material, porque siendo espíritu puro, todo lo material es impuro para él. Sólo pueden honrarle dignamente el pensamiento y los sentimientos del alma, cuando no la mancha ninguna pasión viciosa.

En una palabra, San Agustín, al confesar ingenuamente que

-
- (1) *Contra Fausto*, libro XXII, cap. IV.
 (2) *De las costumbres de la Iglesia*, cap. XXXIX.
 (3) *Sobre los versos de Pitágoras*, pág. 10.
 (4) *De la abstinencia*, lib. II, art. XXXIV.

no se atreve á hablar con libertad de algunos abusos parecidos á éste para no dar ocasión á que se escandalicen personas devotas ó á introducir enredos, deja comprender que los obispos se portaban con los paganos para convertirlos con la misma tolerancia que San Gregorio recomendaba dos siglos después que se debía tener para convertir á Inglaterra. El referido Papa, contestando á la consulta que le hizo el monje Agustín respecto á algunos restos de ceremonias, mitad civiles y mitad paganas, á las que no querían renunciar los ingleses recién convertidos, le respondió: «No se puede quitar á los hombres toscos de una vez todos sus hábitos; no se llega á la cima de un peñasco escarpado saltando, sino arrastrándose hasta allí paso á paso.»

La contestación que dió el mismo Papa á Constantina, hija del emperador Tiberio Constantino y esposa de Mauricio, cuando le pidió la cabeza de San Pablo para colocarla en el templo que ella fundó dedicado á dicho apóstol, no es menos notable. San Gregorio dice á la referida princesa que los cuerpos de los santos brillan con tantos milagros, que nadie se atreve á aproximarse á sus sepulcros para rezarles sin experimentar terrible pavor; que á su predecesor Pelagio II, queriendo tomar el dinero que había sobre la tumba de San Pedro para ponerlo á cuatro pies de distancia de ella, se le aparecieron signos espantosos; que él, el Papa Gregorio, tratando de reparar el monumento de San Pablo, siendo preciso cavar un poco más adelante, y teniendo el que le custodiaba la audacia de quitar los huesos, que no llegaba hasta donde estaba el sepulcro del apóstol, para transportarlos á otra parte, se le aparecieron también signos tan terribles, que murió súbitamente; que su predecesor, queriendo también reparar la tumba de San Lorenzo, descubrieron imprudentemente el féretro que encerraba el cuerpo de dicho mártir, y los monjes y los obreros que trabajaban en el templo murieron todos en el espacio de diez días, porque habían visto el cuerpo del santo; que cuando los romanos dan reliquias, no tocan nunca los cuerpos sagrados, satisfaciéndose con meter dentro de una caja algunos lienzos y con acercarlos; que estos lienzos tienen la misma virtud que las reliquias y obran los mismos milagros, que como algunos griegos dudaran de ese hecho, el Papa León hizo que le trajeran unas tijeras, y habiendo cortado en su presencia esos lienzos, en cuanto los acercaron á los cuerpos santos, salió sangre de ellos; que en Roma y en todo el Occidente es sacrilegio tocar los cuerpos de los santos, y que si hay quien se atreva á hacer semejante cosa, puede asegurarse que su crimen no quedará impune; y por esto no se pueden convencer de que los griegos tengan la costumbre de transportar las reliquias; que los orientales aseguran que los cuerpos de San Pedro y de San Pablo les pertenecen, y fueron á Roma con la

idea de llevárselos á su patria; pero que en cuanto llegaron á las catacumbas, donde yacían sus dos cuerpos, cuando trataron de llevárselos, truenos espantosos y relámpagos horribles los dispersaron espantados, obligándolos á renunciar á su idea; que los que le sugirieron á Constantina el pensamiento de reclamar la cabeza de San Pablo no tuvieron otro designio que el de hacerla perder la gracia del Papa. San Gregorio termina con estas palabras: Confío en Dios en que no os privará del fruto de vuestra buena voluntad, ni de la virtud de los santos apóstoles, y de que si no podéis gozar de su presencia corporal, gozaréis siempre de su protección.

Sin embargo de cuanto dice el citado Papa, la *Historia eclesiástica* atestigua que las traslaciones de las reliquias eran tan frecuentes en Occidente como en Oriente; además, el autor de las notas de la referida carta observa que el mismo San Gregorio, andando el tiempo, dió diversos cuerpos santos, y que otros papas dieron hasta seis ó siete á un solo particular.

Después de saber todo esto, ¿debe sorprendernos del favor que gozaron las reliquias con los pueblos y con los reyes? Los juramentos más ordinarios de los antiguos franceses se hacían sobre reliquias de santos. De este modo los reyes Gontrán, Sigeberto y Chilperico repartieron los Estados de Clotario y convinieron en disfrutar los tres de París, jurando sobre las reliquias de San Polyuto, de San Hilario y de San Martín. El catecismo del Concilio de Trento aprobó también la costumbre de jurar sobre reliquias.

Es sabido que los reyes de Francia de la primera y de la segunda raza conservaban en sus palacios gran número de reliquias, entre ellas la capa y el manto de San Martín, que llevaban en su séquito y hasta en sus ejércitos, y desde los palacios enviaban las reliquias á las provincias siempre que había de prestarse juramento de fidelidad al rey y siempre que tenían que terminar algún tratado.

RELOJ

(Reloj de Achaz)

Hemos dicho varias veces que todo es prodigioso en la historia de los judíos. El milagro que se realizó en favor del rey Ezequías respecto á su reloj, que se llamó el *reloj de Achaz*, fué uno de los más sorprendentes del mundo. Debíó apercibirse toda la tierra de que se desordenaba para siempre el curso de los astros, y particularmente los momentos de eclipses de sol y de luna. Este prodigio sucedió entonces por segunda vez. Jo-

sue había parado el sol al medio día en Gabaón, y la luna en Agadón, para tener tiempo de matar á los soldados amorreos, que había ya aplastado la espesa lluvia de piedras que cayó del cielo. El sol, en vez de pararse ante el rey Ezequías, se volvió hacia atrás, lo que es poco más ó menos la misma aventura, pero combinada de otra manera.

Isaías dijo á Ezequías que estaba enfermo: «El Señor Dios os manda que pongáis en orden vuestros asuntos, porque moriréis, y no volveréis á vivir» (1). Ezequías lloró y su llanto conmovió á Dios, que mandó que Isaías le dijera que viviría aún quince años, y que dentro de tres días estaría bueno para ir al templo. «Entonces Isaías hizo traer una cataplasma de higos, la aplicaron á las úlceras del rey, y se curó.»

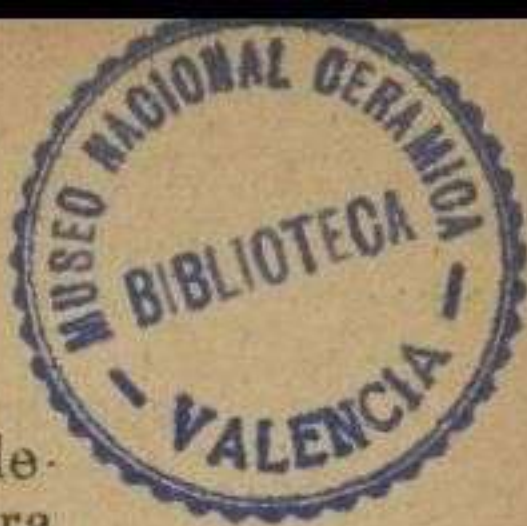
Ezequías preguntó si podría tener una señal para saber que estaba completamente curado; y entonces Isaías le hizo esta pregunta: «¿Quieres que la sombra del sol se adelante diez grados, ó que retroceda esos diez grados? Ezequías le contestó: Es fácil que la sombra avance; yo deseo que retroceda. El profeta Isaías invocó al Señor é hizo retroceder la sombra en el reloj de Achaz los diez grados que había adelantado.»

Pregúntese qué era el reloj de Achaz, si lo había construido un relojero de ese apellido ó si era un regalo que hicieron antiguamente al rey Achaz; es cuestión de curiosidad. Se ha cuestionado mucho sobre dicho reloj: los sabios han probado que los judíos no conocieron nunca ningún reloj, ni siquiera el reloj de sol, antes de estar cautivos en Babilonia, única época en la que aprendieron algo de los caldeos y empezaron á saber leer y escribir. Sabemos también que en su lengua no tenían ninguna voz que expresara las palabras reloj, cuadrante, geometría y astronomía; y en el texto del *Libro de los Reyes*, el reloj de Achaz se llama *la hora de la piedra*.

Pero la gran cuestión consiste en averiguar cómo el rey Ezequías, poseedor de ese cuadrante de sol, ó de esa *hora de la piedra*, podía decir que era fácil hacer que avanzara el sol diez grados, cuando es tan difícil hacerle avanzar como hacerle retroceder, trastornando su movimiento ordinario.

La proposición del profeta es tan extraña como la proposición del rey: ¿Quieres que avance ó que retroceda diez horas la sombra del sol? Esto podía decirse en una ciudad de la Laponia, donde el día más largo del año tiene veinte horas; pero es absurdo decirlo en Jerusalén, donde el día más largo del año no tiene más que catorce horas y media. El rey y el profeta estaban muy equivocados; esto no quiere decir que neguemos el milagro, que lo creemos verdadero; hablamos de este modo para

(1) *Libro de los Reyes*, IV, cap. XX.



hacer ver que Ezequías é Isaías no dijeron lo que debieron decir. Cualquier hora que fuera entonces, es imposible que fuera igual hacer retroceder ó hacer avanzar diez horas la sombra del cuadrante. Si eran las dos de la tarde, el profeta podía indudablemente hacer retroceder la sombra hasta las cuatro de la madrugada; pero en este caso no podía hacerla avanzar diez horas, porque hubiera llegado á la media noche, y á la media noche nunca hay sombra de sol.

Es difícil adivinar en qué tiempo se escribió esa historia; pero sólo pudo escribirse cuando los judíos empezaron á conocer confusamente los relojes de sol; y sabido es que sólo adquirieron conocimiento imperfecto de estas ciencias durante su cautividad en Babilonia.

Todavía hay otra dificultad para podernos explicar este pasaje: y esta dificultad consiste en que los judíos no contaban por horas como nosotros; y en esto no se han fijado los comentaristas.

El mismo milagro sucedió en Grecia el día que Astrea hizo servir los hijos de Thieste en la cena su padre.

El mismo milagro se verificó todavía más sensiblemente cuando Júpiter se acostó con Alcmene. Se necesitaba una noche de doble duración que la noche ordinaria para crear á Hércules. Estas aventuras son muy comunes en la antigüedad, pero son muy raras en nuestros días, en los que todo degenera.

RESURRECCIÓN

I

Dícese que los egipcios edificaron las pirámides con la idea de que les sirvieran de sepulcros y que los cuerpos de los muertos, embalsamados por dentro y por fuera, esperaban que sus almas fueran á reanimarlos al cabo de mil años. Pero si los cuerpos debían resucitar, ¿por qué la primera operación que hacían los embalsamadores consistía en abrirles el cráneo con un gancho y en sacar los sesos? La idea de resucitar sin sesos parece que haga sospechar que los egipcios vivos no los tenían; pero debemos tener presente que la mayoría de los antiguos creían que el alma estaba en el pecho. ¿Por qué el alma ha de estar en el pecho y no en otras partes? No cabe duda de que cuando experimentamos sensaciones violentas sentimos en la región del corazón una dilatación ó una contracción que nos hace creer que en ese sitio se hospeda el alma. El alma era algo aéreo; un sér sutil que se paseaba por donde podía, hasta el momento de encontrar su cuerpo.

La creencia en la resurrección es más antigua que los tiempos históricos. Athalido, hijo de Mercurio, podía morir y resucitar según su voluntad; Esculapio volvió á la vida á Hippólita; Hércules á Alceste; Pélops, hecha á pedazos por su padre, fué resucitada por los dioses; Platón refiere que Heres resucitó sólo por quince días.

En Judea, los fariseos adoptaron el dogma de la resurrección mucho tiempo después que Platón.

Se encuentra en las *Actas de los Apóstoles* un hecho singular, que merece llamar la atención. Santiago y muchos de sus compañeros aconsejaron á San Pablo que fuese al templo de Jerusalén á practicar todas las ceremonias de la ley antigua, á pesar de ser cristiano, «para que todos se enteren de que es falso lo que de vos cuentan, y para que sepan que continuáis observando la ley de Moisés.» Lo que equivale á decir: Id á mentir al templo y á perjurar, id á renegar públicamente de la religión que enseñáis.

San Pablo fué, pues, al templo durante siete días, y el séptimo le reconocieron y le acusaron de haber llevado extranjeros al templo y de haberle profanado. Hé aquí cómo salvó su compromiso:

«Sabiendo Pablo que algunos de los que estaban allí eran saduceos y otros fariseos, exclamó entre la asamblea: Hermanos míos, soy fariseo y nacido de fariseos, y porque abrigo la esperanza de la vida futura y de la resurrección de los muertos, desean condenarme» (1). En todo este asunto no se trató de la resurrección de los muertos, y sólo se ocupó de esto Pablo para irritar recíprocamente á los fariseos y á los saduceos.

«Hablando Pablo de esta manera promovió una discusión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió en dos bandos. Los saduceos sostenían que no existía la resurrección ni el espíritu, y los fariseos reconocían ambas cosas.»

Opinan algunos que Job, que es muy antiguo, conocía ya el dogma de la resurrección, y para probarlo citan estas palabras: «Sé que mi redentor está vivo y que un día me llegará á mí su redención, y entonces me levantaré del polvo, la piel me renacerá y veré todavía á Dios en mi carne» (2).

Muchos comentaristas interpretan las referidas palabras diciendo que Job abrigaba la esperanza de curar de su enfermedad y de no permanecer siempre acostado en tierra como estaba. Los versículos siguientes demuestran que esta es la verdadera explicación, cuando dice un momento después á sus falsos amigos: «Por qué, pues, decís persigámosle,» ó las siguientes para.

(1) *Actas de los Apóstoles*, cap. XXIII, vers. 6.

(2) *Job*, cap. XIX, vers. 26.

bras: «Porque vosotros diréis, ¿por qué le hemos perseguido?» Lo que evidentemente quiere decir que se arrepentirían de haberle ofendido cuando le vieran otra vez en su primer estado de salud y de opulencia. El enfermo que dice me levantaré, no dice resucitaré. Forzar el sentido de los pasajes claros es el medio más seguro de no entenderse nunca.

San Jerónimo coloca la formación de la secta de los fariseos poco tiempo antes de venir Jesucristo al mundo. El rabino Hillel pasa por ser el fundador de la secta de los fariseos, y fué contemporáneo de Gamaliel, maestro de San Pablo. Muchos de los fariseos creían que sólo habían de resucitar los judíos, pero no los demás hombres. Otros sostenían la doctrina de que la resurrección se verificaría en la Palestina, y que los cuerpos enterrados en otras partes serían transportados secretamente á Jerusalén, para juntarse allí con sus almas. Pero San Pablo, escribiendo á los habitantes de Tesalónica, les dijo que «el segundo advenimiento de Jesucristo sería para ellos y para él. Tan pronto como el arcángel dé la señal y suene la trompeta de Dios, el Señor descenderá del cielo, y los que hayan muerto en Jesucristo resucitarán los primeros. Nosotros que estaremos vivos hasta entonces, nos veremos arrebatados con ellos hasta las nubes para ir por los aires hasta la presencia del Señor y para vivir eternamente con el Señor (1).»

Este importante pasaje prueba que los primitivos cristianos creían ver el fin del mundo, como lo predijo San Lucas.

San Agustín creía que los niños, y hasta los niños que nacen muertos, resucitarían en edad madura. Orígenes, Jerónimo, Athanasio y Basilio no creían que las mujeres debían resucitar con su sexo. En una palabra, siempre se ha cuestionado sobre lo que fuimos, sobre lo que somos y sobre lo que seremos.

II

De la resurrección de los antiguos

Opinan algunos que el dogma de la resurrección estaba muy en boga en Egipto, y que originó los embalsamamientos en las pirámides; y hasta yo mismo opinaba antes de ese modo. Unos creían que se resucitaba después de pasar dos mil años, y otros después de pasar tres mil; esta diferencia en sus opiniones teológicas parece que pruebe que no estaban seguros del hecho. Por otra parte no sabemos que resucitara ningún hombre en la historia de Egipto, pero sí que sabemos que hubo muertos resuci-

(1) *San Pablo*, Primera Epístola á los thesalónicos, cap. IV.

tados en la Grecia. Veamos, pues, si encontramos en los griegos la invención de resucitar.

Los griegos con frecuencia quemaban los cuerpos, y los egipcios los embalsamaban, con la idea de que el alma, cuando regresara á su antigua morada, la encontrase dispuesta para recibirla. Esto se comprendería si el alma volviera á encontrar los órganos de su cuerpo; pero el embalsamador empezaba por quitarle los sesos y por vaciarle las entrañas. ¿Cómo es posible que los hombres resuciten sin intestinos y sin la parte medular que es la que piensa? ¿Cómo ha de adquirir su sangre, su linfa y sus demás humores?

Me contestaréis que todavía es más difícil resucitar en Grecia, cuando sólo queda de cada cuerpo una libra escasa de cenizas, y todavía está mezclada con la ceniza de la madera, de los arcas y de las telas. Esa objeción es contundente, y me obliga á considerar la resurrección como una cosa muy extraordinaria; pero esto no impidió que Athalido, hijo de Mercurio, muriera y resucitara varias veces; y que los dioses resucitaran á Pelops estando despedazado y después que Ceres se le había comido un nombro. Sabemos también que Esculapio restituyó la vida á Hippólita, y que Hércules resucitó á Alceste. Platón resucitó también á Heres, y aunque sólo vivió quince días, no por eso dejó de ser una resurrección.

Varios graves escoliastas encuentran el purgatorio y la resurrección en Virgilio. En cuanto al purgatorio me veo obligado á confesar que está descrito en el libro VI de la *Eneida*, cuando dice: «Los corazones más perfectos, las almas más puras ven los ojos de los dioses llenos de manchas, que es necesario borrar. Como ninguno fué inocente, deben castigarnos á todos. Cada alma tiene su demonio, cada vicio su castigo, y diez siglos son apenas suficientes para conseguir que nuestro corazón sea digno de los dioses.»

He aquí mil años de purgatorio expresados con claridad, sin que los padres pudieran conseguir de los sacerdotes de aquellos tiempos indulgencias que acortaran el plazo, abonándolas en dinero contante. Los antiguos eran mucho más severos y menos simoniacos que nosotros, á pesar de atribuir á sus dioses muchas tonterías; pero ¿qué le hemos de hacer? su teología estaba llena de contradicciones, como los malignos dicen que está la nuestra.

Terminada la pena del purgatorio se iban las almas á beber el agua del Leteo, y pedían en el acto entrar en otros cuerpos y volver á ver la luz del día. Esto no era verdaderamente resucitar; entrar en un cuerpo nuevo no es volver á recuperar el suyo; eso era una metempsícosis que nada tiene que ver con la resurrección.

Confieso que las almas antiguas hacían un mal negocio volviendo por segunda vez al mundo, porque era muy triste volver á aparecer en la tierra, pasar en ella setenta años todo lo más y sufrir todo lo que se sufre en la vida para volver luego á pasar mil años de castigo. No debía haber alma que no se cansara de las vicisitudes de una vida tan corta y de una penitencia tan larga.

III

De la resurrección de los modernos

Nuestra resurrección es muy diferente: cada hombre volverá á tomar precisamente el mismo cuerpo que tuvo, y todos los cuerpos de los humanos arderán durante una eternidad, exceptuando uno por cada cien mil, y esto es peor que un purgatorio de diez siglos para revivir en el mundo algunos años.

¿Cuándo llegará el día de la resurrección general? Como no se sabe positivamente, los doctos se dividen en varias opiniones; ni siquiera saben cómo cada uno puede encontrar sus miembros, porque tropiezan con muchas dificultades para averiguarlo.

1.^a dificultad. Nuestro cuerpo experimenta durante su vida un cambio continuo; nada nos queda á los cincuenta años del cuerpo donde se pudo alojar nuestra alma á los veinte.

2.^a Un soldado bretón se va al Canadá y allí se ve en la mayor miseria, y careciendo del alimento preciso, la necesidad le obliga á comerse á un iroqués que mató el día anterior. Este iroqués estuvo comiendo jesuitas durante dos ó tres meses, y gran parte de su cuerpo se había convertido en jesuita. He aquí, pues, el cuerpo de ese soldado compuesto de iroqués, de jesuita y de todo lo que comió antes. ¿Cómo cada uno de ellos puede recuperar lo que legítimamente le pertenece?

3.^a Un niño muere en el vientre de su madre, en el momento mismo en que acaba de recibir el alma. ¿Resucitará feto, niño ú hombre?

4.^a Un alma llega á otro feto antes de poder saberse si será niño ó niña. ¿Resucitará niña, niño ó feto?

5.^a Para resucitar, para volver á ser la misma persona que érais, es indispensable que tengáis la memoria fresca, porque la memoria es la que da la identidad. Si habéis perdido la memoria, ¿cómo podéis ser el mismo hombre?

6.^a Sólo hay cierto número de partículas terrestres que pueden constituir al animal. La arena, la piedra, el mineral y el metal, no sirven para nada. Tampoco es á propósito toda la tierra; sólo los terrenos favorables para la vegetación lo son

para el género animal. Cuando después de transcurridos muchos siglos resucite todo el mundo, ¿dónde se ha de encontrar tierra á propósito para crear tantos cuerpos?

7.^a Supongamos una isla cuya parte vegetal puede al mismo tiempo alimentar á mil hombres y á cinco ó seis mil animales; al cabo de cien mil generaciones habrá que resucitar allí mil millones de hombres. No habrá materia suficiente para esto.

8.^a Después de probar ó de figurarnos haber probado que se necesita un milagro tan grande como el diluvio universal ó como el de las plagas de Egipto para realizar la resurrección del género humano en el valle de Josaphat, nos atreveremos á preguntar qué es lo que se han hecho las almas de todos esos cuerpos que estaban esperando el momento de meterse en sus estuches.

Podrían hacerse muchas más objeciones; pero los doctores destruyen esas y todas las que se les puedan hacer.

RÍOS

No fluyen hacia el mar con tanta rapidez como los hombres corren hacia el error. No hace mucho tiempo que se ha reconocido que producen los ríos las nieves eternas que cubren las cimas de las altas montañas, que esas nieves las producen las lluvias, las lluvias los vapores de la tierra y del mar, y que de este modo todo está ligado en la naturaleza.

En mi infancia oí todavía sostener tesis para probar que los ríos y las fuentes provenían del mar; esta era la opinión que tenía toda la antigüedad. Los ríos pasaban por grandes cavernas y desde éstas se distribuían por todas las partes del mundo.

Cuando Aristeo va á llorar la pérdida de sus abejas en casa de su madre Cirene, diosa del pequeño río Emipeo, situado en Thesalia, el río se separa y forma dos montañas de agua á derecha y á izquierda para recibirle, según la antigua costumbre, y entonces contempla las largas y hermosas grutas por las que pasan todos los ríos del mundo: el Po, que descende del monte Viso en el Piamonte y que atraviesa la Italia; el Theveron, que viene de los Apeninos; el Phase, que cae desde el Cáucaso al mar Negro, etc.

Virgilio en esta materia adoptó una extraña física que sólo debía permitirse é los poetas. Sus ideas estuvieron tan acreditadas, que el Tasso, quinientos años después, imitó á Virgilio en el canto XIV, pero imitó con más fortuna á Ariosto. Un mago viejo y cristiano lleva por bajo de la tierra á los dos caballeros que debían volver á Renaud á los brazos de Armida, como Melisa había arrancado á Roger los cariños de Alcina. Ese

buen viejo hace descender á Renaud á su gruta, de la que parten todos los ríos que riegan la tierra; es lástima que los ríos de América no se encuentren allí; pero basta con que nazcan de dicha caverna el Nilo, el Danubio, el Sena, el Jordán y el Volga.

Lo que está más en armonía aún con la física de los antiguos, es que la referida caverna está situada en el centro de la tierra.

Después de saber que los ríos provienen de las montañas, y que unos y otros son piezas esenciales de la gran máquina, debemos guardarnos bien de admitir los sistemas que diariamente se inventan.

RISA

Nadie puede dudar de que la risa es el signo de la alegría, como las lágrimas son los síntomas del dolor. Los que buscan las causas metafísicas en la risa, no son alegres; los que saben por qué la alegría, que excita á la risa, retira hacia las orejas el músculo cigomático, que es uno de los trece músculos de la boca, son los más sabios. Los animales están dotados de este músculo como los hombres; pero no les hace reír la alegría, como tampoco les hace llorar la tristeza. El ciervo deja caer de sus ojos cierto humor cuando los perros de caza le persiguen y van á sus alcances, lo mismo que el perro cuando lo disecan vivo; pero no lloran por sus mujeres queridas ni por sus amigos como nosotros; no les acomete la risa cuando ven un objeto cómico: el hombre es el único animal que llora y que ríe.

Como sólo lloramos por lo que nos aflige y reímos por lo que nos divierte, algunos autores han supuesto que la risa nace del orgullo, que se juzga superior á aquel de quien se ríe. No cabe duda de que el hombre es un animal tan risible como orgulloso; pero sin embargo de esto no es el orgullo el que nos provoca la risa; el niño que se ríe de todo corazón no se entrega á ese placer por creerse superior á los que le hacen reír; se ríe cuando le hacen cosquillas, é indudablemente esto no es por orgullo. Cuando yo tenía once años leí por primera vez el *Anfitrión* de Moliere, que me hizo desternillar de risa; ¿reía por orgullo? Nadie es orgulloso cuando está solo. ¿El dueño del asno de oro se rió por orgullo cuando vió que el asno se le comía su cena? Todo el que ríe experimenta una alegría irreflexiva en aquel momento, sin preocuparse de nada más.

Todas las alegrías no hacen reír, los grandes placeres son muy serios; los placeres del amor, de la ambición, de la avaricia, nunca hacen reír á nadie.

La risa produce algunas veces convulsiones, y hasta se ase-

gura que algunas las ha matado la risa; me cuesta trabajo creerlo; creo con más facilidad que algunas personas han muerto de pesadumbre.

Los vapores violentos que exitan unas veces las lágrimas y otras veces los síntomas de la risa, ponen tirantes los músculos de la boca; pero muchas veces no producen una risa verdadera, sino una convulsión, un tormento; en ese caso las lágrimas pueden ser verdaderas, porque sufre el que las derrama, pero la risa no lo es; tiene otro nombre, se llama risa *sardónica*.

La risa sarcástica, *pérfidum ridens*, es diferente; es la alegría que nos causa la humillación de los demás. Perseguimos con risa burlona y maliciosa al que prometiéndonos maravillas, no hace más que tonterías; eso es silbar más que reír. Nuestro orgullo entonces se burla del orgullo necio de los demás. Me gusta ocuparme mucho de mi amigo Freron, porque esto me divierte y me hace reír.

S

SACERDOTES

Los sacerdotes deben ser en el Estado poco más ó menos como los preceptores que se toman en las casas particulares para que enseñen, para que recen y para que den buen ejemplo; no tienen ni pueden tener autoridad alguna sobre los dueños de la casa, á menos que no prueben que el que paga la retribución debe obedecer á los que la cobran. Entre todas las religiones, la que excluye más terminantemente á los sacerdotes de tener autoridad civil, es sin duda la religión de Jesús, que sienta estas máximas: *Dad al César lo que es del César.—No habrá entre vosotros ni primero ni último.—Mi reinado no es de este mundo.*

Las cuestiones entre el imperio y el sacerdocio ensangrataron la Europa durante más de seis siglos; fueron por parte de los sacerdotes rebeliones contra Dios y contra los hombres y un pecado continuo contra el Espíritu Santo.

Desde Calcas, que asesinó á la hija de Agamenón, hasta Gregorio XII y Sixto V, dos obispos de Roma que quisieron quitar el reino de Francia á Enrique IV, el poder sacerdotal siempre fué fatal para el mundo.

Rezar no es dominar; exhortar no es ser déspotas. El buen

sacerdote debe ser el médico de las almas. Si Hipócrates hubiera recetado á sus enfermos que tomaran el elébero bajo pena de ser anorcados, hubiera tenido muy pocos clientes. Cuando el sacerdote dice: Adorad á Dios, sed justos, indulgentes y compasivos, entonces es un buen médico; pero cuando dice: Creedme, porque si no me creéis os quemaré en una hoguera, entonces es un asesino.

El magistrado debe sostener y enfrenar á los sacerdotes, como el padre de familia debe tener muchas consideraciones al preceptor de sus hijos; pero debe evitar que abuse. La armonía entre el sacerdocio y el imperio es el más monstruoso de los sistemas, porque en cuanto se busca esta armonía se supone necesariamente que están divididos, y por lo tanto debe decirse: la protección que el imperio dispensa al sacerdocio.

Pero en los países donde el sacerdocio obtuvo el imperio, como en Salem, donde Melquisedech era sacerdote y rey, como en el Japón, donde el dairi fué mucho tiempo emperador, ¿cómo se decide esta cuestión? Respondiendo que los sucesores de Melquisedech y de los dairis han sido desposeídos.

Los turcos son hábiles respecto á este punto: hacen el viaje á la Meca; pero no permiten que el scherif de la Meca excomulgue al sultán; no van á la Meca á comprar el permiso para no observar el Ramadán ni el permiso para casarse con sus primas ó con sus sobrinas; no pueden juzgarles los imanes que el scherif delegue, ni pagan á éste el primer año de su renta.

Navarrete, en una de las cartas que escribió á D. Juan de Austria, refiere el siguiente discurso que el dalai-lama pronunció ante un consejo privado:

«Venerables hermanos míos: vosotros y yo sabemos muy bien que yo no soy inmortal; pero es conveniente que los pueblos lo crean. Los tártaros del grande y del pequeño Thibet son gentes de pocos alcances, y para enfrenarlos se necesita un yugo muy pesado y que crean groseros errores. Convencedlos, pues, de que soy inmortal, y que mi gloria, reflejando en vosotros, os proporciona honores y riquezas.

«Cuando llegue el tiempo en que los bárbaros sean algo ilustrados, podremos entonces confesarles que los grandes lamas no son inmortales, pero que sus predecesores sí que lo fueron, porque lo que era necesario para la fundación del edificio divino, no lo es ya cuando el edificio está sentado sobre cimientos inquebrantables.

«Al principio me repugnaba distribuir entre los vasallos de mi imperio el regalo de mi sillico, limpiamente tapado con cristales, guarnecido de cobre dorado; pero recibían esos presentes con tanto respeto, que me ví en el caso de continuar siempre esta costumbre, que después de todo no choca con las buenas

costumbres y hace entrar mucho dinero en las arcas de nuestro tesoro.

»Si alguna vez algún argumentista impío llega á convencer al pueblo de que nuestra parte trasera no es tan divina como nuestra cabeza y si se subleva contra nuestras reliquias, sosten-dréis su valor hasta donde os sea posible, y si os veis obligados por fin á no defender la santidad de nuestro culo, dejad siempre impresa en la imaginación de mis vasallos el respeto que se debe á nuestro cerebro.

»Mientras los tártaros del grande y del pequeño Thibet no sepan leer ni escribir, mientras sean bárbaros y devotos, podréis arrancarles con audacia su dinero, acostaros con sus mujeres y con sus hijas y amenazarlos con la cólera del dios Fó, si se atreven á quejarse.

»Cuando llegue para ellos la época de la razón, porque es preciso que llegue un día en que razonen, entonces debéis seguir una conducta diametralmente opuesta, y debéis decir lo contrario de lo que vuestros predecesores dijeron; porque debéis cambiar de riendas á medida que los caballos sean más difíciles de dirigir. Entonces es preciso que vuestro exterior sea más grave, vuestras intrigas más misteriosas, que vuestros secretos estén mejor guardados, que vuestros sofismas sean más deslumbradores y que vuestra política sea más ladina. Entonces os veréis obligados á ser los pilotos de un buque que hará agua por todas partes, y necesitaréis tener subalternos que estén ocupados continuamente en tirar el agua, en tapar y en calafatear todos los agujeros. Bogaréis con más dificultad, pero al fin bogaréis, teniendo que arrojar al agua ó al fuego, según más convenga, á todos los que se empeñen en examinar si habéis reparado bien el buque.

»Si los incrédulos son ó el príncipe de los kalkas, ó el can-teish de los calmukos, ó un príncipe de Casán, ó algún gran señor que tenga ingenio, guardaos bien de reñir con ellos; respetadles diciéndoles una vez y otra que esperáis que al fin entrarán en el buen camino; pero en cuanto á los simples ciudadanos, no los perdonéis; cuantos mejores sean más debéis dedicaros á exterminarlos, porque las personas de honor son las más peligrosas para vosotros.

«Debéis tener la sencillez de la paloma, la prudencia de la serpiente y la garra del león, según los tiempos y las circunstancias.»

En cuanto el dalai-lama terminó el discurso, la tierra se estremeció; los relámpagos brillaron, rugió el trueno, y una voz celestial dijo estas palabras: *Adorad á Dios y no al gran lama.*

Eos pequeños lamas sostuvieron que la voz había dicho:

«Adorad á Dios y al gran lama.» Le creyeron durante mucho tiempo los habitantes del Thibes, pero hoy ya no lo creen.

SALOMÓN

Hubo muchos reyes que escribieron muchos libros. El rey de Prusia, Federico el Grande, es el último caso de lo que acabamos de exponer. Conocemos que es difícil que le imiten, porque no es fácil que se encuentren otros monarcas alemanes que compongan versos franceses y escriban la historia de su patria. Jacobo I de Inglaterra y Enrique VIII, escribieron también: para encontrar en España un rey de esa clase, es preciso remontarse hasta el rey Alfonso X, llamado el *Sabio*, que escribió las *Siete partidas*. Francia no puede vanagloriarse de haber tenido un rey autor. El imperio de Atemania no tiene ningún libro escrito por la mano de sus emperadores. Pero el imperio romano lo glorifican los libros de César, de Marco Aurelio y de Juliano. Entre los reyes de Asia hay muchos escritores, y sobre todos ellos pasa por ser un gran poeta el emperador de la China Kien-long; pero Salomón tiene todavía más fama que Kien-long el chino.

El nombre de Salomón tuvo siempre gran resonancia en el Oriente. Las obras que se le atribuyen, los anales de los judíos y las fábulas de los árabes, extendieron su reputación hasta las Indias. Su reinado constituye la gran época de los hebreos. Fué el tercer rey de la Palestina. El primer libro de los *Reyes* dice que su madre Bethsabé logró de David que coronara á su hijo Salomón en vez de dar el trono á su primogénito Adonías. No debe sorprendernos que la mujer que fué cómplice de la muerte de su primer marido, tuviera bastante habilidad para hacer heredar al fruto de su adulterio y para conseguir que quedara desheredado el hijo legítimo, y que además era el mayor.

Es cosa chocante que el profeta Nathán, que reprochó á David el adulterio, el asesinato de Urías y el matrimonio que siguió al asesinato, fuera el mismo que después ayudó á Bethsabé á colocar á Salomón en el trono. Esta conducta, hablando humanamente, sólo prueba que el profeta Nathán, según los tiempos y las circunstancias, tenía dos pesos y dos medidas. El referido libro no dice que Nathán recibiera una misión particular de Dios para desheredar á Adonías; si la tuvo, debemos respetarla; pero nosotros no podemos admitir más que lo que encontramos escrito.

Es una gran cuestión en teología si Salomón tuvo más fama por su riqueza, por sus mujeres ó por sus libros. Me apesadum-

bra que Salomón empezara su reinado á la turca, esto es, degollando á su hermano.

Adonías, que excluyó del trono Salomón, le pidió por toda merced que le permitiera casarse con Abisag, joven doncella que entregaron á David para rejuvenecer su vejez. La *Escritura* no dice que Salomón disputara á Adonías la concubina de su padre, pero sí que dice que Salomón, al oír la petición de Adonías, lo hizo asesinar. Sin duda Dios, así como le dió el dón de la sabiduría, le negó entonces el de la justicia y el de la humanidad, como le negó después el dón de la continencia.

Dice también el libro de los *Reyes* que era dueño de un inmenso reino que se extendía desde el Eufrates hasta el mar Rojo y hasta el Mediterráneo; pero desgraciadamente dice al mismo tiempo que el rey de Egipto había conquistado el país de Gazer, en Canaán, y que dió en dote dicha ciudad á su hija, la que suponen que se casó con Salomón; dice también el mismo libro que había un rey en Damasco, que los reinos de Sidón y de Tyro florecían: rodeados de Estados poderosos, indudablemente dió pruebas de sabiduría, viviendo en paz con todos ellos. La abundancia extrema que enriqueció su país sólo podía ser el resultado de su sabiduría profunda, porque en la época de Saúl no había un solo obrero que trabajase el hierro en su país. Dijimos ya que los incrédulos encuentran imposible que David, sucesor de Saúl, á quien vencieron los filisteos, pudiera durante su administración fundar un vasto imperio.

Todavía debe maravillarnos más el tesoro que dejó á Salomón, que ascendía en dinero contante á ciento tres mil talentos de oro y á un millón trece mil talentos de plata. El talento de oro hebreo equivale á seis mil libras esterlinas, según el cálculo de Arbuthnot, y el talento de plata á unas quinientas libras de igual clase. La suma total de lo legado en dinero contante, sin incluir en ellas las piedras preciosas y otros efectos, ni la renta que debe producir semejante tesoro, ascendía, siguiendo el cálculo anterior, á mil ciento diez y nueve millones quinientas mil libras esterlinas, ó sea cinco mil quinientos noventa y siete millones de escudos en Alemania ó á veinticinco mil seiscientos cuarenta y ocho millones de moneda de Francia. No había entonces tanta moneda en circulación en el mundo entero. Algunos eruditos valúan ese tesoro en cantidad más baja; pero de todos modos, siempre es excesiva esa cantidad para la Palestina.

Sabiendo esto no se comprende por qué Salomón se empeñaba en enviar flotas al país de Ofir para que le trajeran oro. Menos se comprende todavía que un monarca tan poderoso no tuviera en sus vastos Estados ni un solo hombre que pudiera trabajar la madera de los árboles del bosque del Líbano, y que

se viera en la necesidad de pedir á Hiram, rey de Tyro, leñadores y carpinteros. Preciso es confesar que estas contradicciones obligan á los comentaristas á aguzar el ingenio. Consumía diariamente en la comida y la cena de su casa cincuenta bueyes, cien corderos y aves en cantidad proporcional; y puede calcularse que se comían diariamente en su casa sesenta mil libras de carne. Añádese que tenía cuarenta mil cuadras y otros tantos sitios para encerrar sus carros de guerra, y que sólo para su caballería necesitaba doce mil cuadras. Hé aquí un número excesivo de carros para un país montañoso, y un extraordinario aparato para un rey cuyo predecesor no tenía más que una mula cuando le coronaron, y para un territorio en el que no se crían más que asnos.

No les pareció bien que un príncipe que podía disponer de tantos carros se concretara á tener un número insignificante de mujeres, y dicen que tenía setecientas que se titulaban *Reinas*; y es extraño que no dispusiera más que de trescientas concubinas, sucediéndole al revés de los demás reyes, que por regla general tienen más queridas que mujeres.

Mantenia cuatrocientos doce mil caballos, sin duda para pasear con ellos por las orillas del lago de Genezareth, ó por las de Sodoma, ó hacia el torrente de Cedrón, que sería uno de los sitios más deliciosos del mundo si ese torrente no estuviera seco nueve meses cada año y si el terreno no fuese pedregoso.

Respecto al templo que hizo edificar, y que creyeron los judíos que era la obra más hermosa del universo, si Bramante, Miguel Angel y Palladio lo hubieran visto, no lo hubieran admirado. Era una especie de fortaleza cuadrada, que encerraba un patio, y en este patio se levantaba un edificio de cuarenta pies de altura y otro edificio de veinte; y solamente se dice que este segundo edificio, que era el templo, el oráculo y el santuario, tenía veinte codos, así de ancho como de largo, y veinte de altura. A. M. Soufflot no le hubieran satisfecho estas proporciones. Cualquier arquitecto de Europa consideraría ese edificio como un monumento de bárbaros.

Los libros atribuídos á Salomón han durado más que su templo: el nombre del autor los hizo respetables; debían ser buenos, porque los escribió un rey, y un rey que tuvo fama de ser el más sabio de los hombres.

La primera obra que se le atribuye es la obra de los *Proverbios*. Es una colección de máximas que á nosotros, que hemos llegado á más refinada civilización, nos parecen algunas veces triviales, incoherentes, de mal gusto y sin objeto. No podemos convencernos que un rey sabio compusiera una colección de sentencias, en las que no hay ninguna que se refiera al modo de gobernar, á la política, á las costumbres de los cortesanos ni á

las costumbres de la época. Nos sorprende encontrar capítulos enteros en los que no se habla más que de perdidas que invitan á los que pasan por las calles á acostarse con ellas.

Hay críticos que censuran agriamente sentencias como éstas: «Hay tres cosas insaciables, y una cuarta cosa que no dice jamás *Basta*: el sepulcro, la matriz, la tierra que nunca se ve saciada de agua, y el fuego, que es la cuarta, que no dice nunca *Basta* (1).

»Hay tres cosas difíciles, é ignoro enteramente la cuarta: el camino que hace el águila en el aire, el camino que hace la serpiente sobre la piedra, el camino del buque en el mar y el camino del hombre hacia la mujer (2).

»Hay cuatro cosas que son las más pequeñas de la tierra y más sabias que los sabios: las hormigas, pequeño pueblo que se prepara el alimento para el invierno; la liebre, pueblo débil que se acuesta sobre las piedras; la langosta, que sin tener rey viaja reuniéndose en ejércitos; el lagarto, que trabaja con sus propias manos y que mora en el palacio de los reyes» (3).

¿A un gran rey, el más sabio de los mortales, dicen los referidos críticos, deben imputarse semejantes niñerías?

El libro de los *Proverbios* se ha atribuído á Isaías, á Elzia, á Sobna, á Eliacín, á Joacke y á otros; pero sea quien sea el que haya compilado esa colección de sentencias orientales, no parece que sea un rey el que se haya tomado ese trabajo, porque no hubiera dicho que «el terror del rey es como el rugido del león,» porque de ese modo sólo habla el vasallo ó el esclavo, al que hace temblar la cólera de su señor. ¿Hubiera dicho Salomón: «No miréis el vino cuando parece claro y su color brilla en el vidrio? (4).

Dudo que hubieran vasos de vidrio para beber en la época de Salomón, porque esa invención es mucho más reciente; los antiguos bebían con tazas de madera ó de metal, y basta este solo pasaje para comprender que esa colección de máximas se escribió en Alejandría, como otros muchos libros judíos.

El *Eclesiastes*, que también se atribuye á Salomón, es obra de otra clase y de diferente gusto; el que habla en dicha obra parece desengañado de las ilusiones de la grandeza, cansado de los placeres y disgustado de la ciencia. El autor debe ser un epicúreo que repite en todas las páginas que el justo y el impío están sujetos á los mismos accidentes, que el hombre no es superior á la bestia, que era preferible no haber nacido á existir, que no existe la vida futura y que no hay otra cosa buena y razonable

(1) Libro de los *Proverbios*, cap. XXX, vers. 15 y 16.

(2) El mismo cap., vers. 18 y 19.

(3) Libro de los *Proverbios*, cap. XXX, ver. 24, 25, 26, 27, 28.

(4) Libro de los *Proverbios*, cap. XXIII, ver. 31.

que gozar tranquilamente del producto de nuestros trabajos con la mujer que se ama.

Puede muy bien que Salomón se expresara de ese modo delante de alguna de sus mujeres; algunos creen que esas ideas son objeciones que se hace á sí mismo; pero esas máximas, que tienen cierto dejo libertino, no tienen traza de ser objeciones, y es querer burlarse de todo el mundo interpretar á un autor para que diga lo contrario de lo que dice. Opinan que el autor de ese libro es un materialista sensual y disgustado al mismo tiempo, que trató de poner en el último versículo una palabra edificante respecto á Dios para disminuir el escándalo que semejante libro debía producir. Por otra parte, muchos padres aseguran que Salomón hizo penitencia; así, pues, debemos perdonarle.

A algunos les cuesta mucho trabajo convencerse de que ese libro sea de Salomón, y Grotius opina que lo escribió Zorobabel. No es natural que Salomón dijera: «¡Desgraciado país que tiene un rey niño!» porque los judíos no habían tenido aún reyes de esa edad. Tampoco es natural que dijera: «He contemplado el rostro del rey.» Es más verosímil que el autor quisiera hacer hablar á Salomón, y que sufriendo cierta alienación del juicio que descubren algunos rabinos, olvidara en el texto del libro que se hacía hablar á un rey.

Encuentran extraño que hayan incluido esta obra entre los libros canónicos los críticos á quienes aludimos. Si se hubieran de establecer los libros de la Biblia, dicen, no incluirían entre ellos el *Eclesiastes*; pero se clasificaron en una época en que los libros eran muy raros, y más admirados que leídos. Todo lo que puede hacerse hoy es paliar cuanto sea posible el epicurismo que reina en dicha obra.

El *Cántico de los cánticos* también se atribuye á Salomón, porque el nombre de este rey se encuentra en dos ó tres partes, porque dice el amante á la amada que es hermosa *como las pieles de Salomón*, porque el amante dice que ella es *negra*, y han creído que Salomón designaba con ese adjetivo á su mujer egipcia.

Estas tres razones no han convencido á los críticos, que las rebaten del siguiente modo:

1.^a Cuando la amada hablando á su amante le dice: «El rey me ha llevado á sus bodegas,» indudablemente no alude á su amante; luego el rey no lo era; era el rey del festín, el señor de la casa á quien estaba hablando, y esa judía está tan lejos de ser la querida de un monarca, que durante toda la obra no es más que una pastora, una campesina, que va á buscar á su amante á los campos y en las calles.

2.^a *Soy hermosa como las pieles de Salomón*, es la frase de una campesina que quiere decir: Soy hermosa como los tapices del

rey; y precisamente porque este rey es Salomón en la obra, no debe éste haberla escrito, porque no hubiera hecho comparación tan ridícula. «Veo al rey Salomón ciñéndose la diadema con que su madre lo coronó el día de su nacimiento,» dice la amada. ¿Quién no reconoce en semejantes expresiones la comparación que hacen ordinariamente las hijas del pueblo cuando hablan de sus amantes? Suelen decir: Es hermoso como un príncipe, tiene aspecto de rey, etc., etc.

3.^a Es verdad que la pastora que habla en el cántico amoroso dice que la ha curtido el sol y que es *morena*. Luego si era la hija del rey de Egipto no podía tener ese color, porque las egipcias son blancas, como era Cleopatra; y en una palabra, esa pastora no podía ser al mismo tiempo campesina y reina.

Podía suceder que un monarca que tenía mil mujeres dijese á una de ellas: «Quiero recibir un beso de tu boca, porque tus tetas son mejores que el vino,» porque el rey y el pastor, cuando se trata de recibir un beso en la boca, pueden expresarse del mismo modo; pero es muy extraño que sostengan los comentaristas que la joven era la que hablaba así, elogiando las tetas de su amante.

También confiesan que un rey galante pudo decir á su querida: «Mi querida es como un ramillete de mirto que conservaré entre mis dos pechos.» Que también pudo decir: «Tu ombligo es como una copa en la que siempre hay algo que beber; tu vientre es como una medida de trigo; tus tetas son como dos cervatillos y tu nariz como la torre del monte Líbano.» No puedo menos de declarar que las églogas de Virgilio están escritas en otro estilo; pero cada uno tiene el suyo, y un judío no está obligado á escribir como Virgilio.

También desapruban los críticos el siguiente rasgo de elocuencia oriental: «Nuestra hermana es aún pequeña, no tiene tetas todavía; ¿qué haremos de nuestra hermana? Si es una pared, edifiquemos encima de ella; si es una puerta, cerrémosla.»

Aunque demos por sentado que Salomón, el más sabio de los hombres, hablara de ese modo estando de broma, hay muchos rabinos que sostienen que no sólo no escribió Salomón esa égloga voluptuosa, sino que ni siquiera es auténtica. Theodoro de Mopsuete participaba de esta opinión y el célebre Grotius califica el *Cántico de los cánticos* de obra de un libertino. Sin embargo, es obra canónica, y se considera como una alegoría perpetua del matrimonio de Jesucristo con la Iglesia. Es preciso confesar que la alegoría es algo lasciva, y que no sabemos cómo interpretará la Iglesia al autor cuando dice que su pequeña hermana no tiene tetas.

Después de todo, ese cántico es un precioso fragmento de la antigüedad; es el único libro de amor que nos queda de los he-

breos; es una égloga judía, en la que continuamente se habla del goce. Tiene el mismo estilo que todas las obras de elocuencia de los hebreos, sin enlace, sin hilación, confuso, lleno de repeticiones, ridículamente metafórico; pero hay algunos versículos impregnados de candidez y de amor.

El libro de la *Sabiduría* tiene un carácter más serio; pero tampoco es de Salomón. Algunos lo atribuyen á Jesús, hijo de Sirac, otros á Pilón de Biblos; pero cualquiera que sea su autor, se cree que en su época no poseían aún el *Pentateuco*, porque dice en el capítulo X que Abraham quiso inmolar á Isaac en el tiempo del diluvio, y en otra parte habla del patriarca Josef creyéndole rey de Egipto. En el mismo capítulo asegura el autor que existía aún viviendo él la estatua de sal en que la mujer de Loth se convirtió. Lo peor que encuentran los críticos es que ese libro es un montón fastidioso de lugares comunes; pero los críticos deben considerar que semejantes obras no se escriben para seguir las reglas vanas de la elocuencia; se escriben para edificar y no para proporcionar recreo.

Motivos hay para sospechar que Salomón era rico y sabio con relación á sus tiempos y á su pueblo. La exageración, que es la compañera inseparable de la ignorancia, le atribuyó riquezas que no pudo poseer y libros que no llegó á escribir. El respeto que profesamos á la antigüedad consagró después esos errores.

Pero ¿qué nos importa que un judío escribiera esos libros? La religión cristiana está fundada en la judía, pero no en todos los libros que los judíos escribieron. ¿Por qué el *Cántico de los cánticos*, por ejemplo, ha de ser más sagrado para nosotros que las fábulas del *Talmud*? Se nos contesta que lo es por estar comprendido en el canon de los hebreos. ¿Y qué es ese canon? La colección de obras auténticas; pero, ¿una obra por ser auténtica es divina? ¿La historia de los reyezuelos de Judá y de Sichein, por ejemplo, es algo más que una historia? He aquí una extraña preocupación; despreciamos á los judíos y sin embargo pretendemos que todo lo que escribieron y que nosotros hemos recogido, lleve impreso el sello de la Divinidad. No hay contradicción que sea tan palpable.

SANSÓN

En nuestra calidad de pobres compiladores por orden alfabético, de recogedores de anécdotas, de escudriñadores de minuciosidades, de traperos que recogen guiñapos perdidos en las calles, nos vanagloriamos con todo el orgullo inherente á estas sublimes ciencias, de haber descubierto que se representó una

tragedia titulada *Sansón el fuerte* á fines del siglo XVI, en la ciudad de Rouen y que imprimió Abraham Conturien. Juan Milton, que fue mucho tiempo maestro de escuela en Londres y luego secretario del Parlamento para traducir latín, autor del *Paraíso perdido* y del *Paraíso recuperado*, escribió la tragedia titulada *Sansón el combatiente*; y es una lástima que no podamos marcar el año en el que la compuso.

Sólo sabemos que la imprimió con un prefacio en el que hay grandes elogios de uno de nuestros cofrades comentaristas, llamado Paraeus, que fué el primero que por su extraordinario ingenio se apercibió de que el *Apocalipsis* era una tragedia. En virtud de este descubrimiento, dividió el *Apocalipsis* en cinco actos, ingiriendo en él coros dignos de la elegancia y de la belleza de la obra. El autor del referido prefacio nos habla de las hermosas tragedias de San Gregorio Nacianceno. Nos asegura que la tragedia debe tener cinco actos, y para probarlo nos presenta *Sansón el combatiente* de Milton, que no tiene más que uno. Los aficionados á las declamaciones largas quedarán satisfechos con la lectura de esta obra.

Una comedia con el título de *Sansón* se representó mucho tiempo en Italia; la tradujeron al francés y se representó en París el año 1717, en el teatro francés que antiguamente fué palacio de los duques de Borgogna. Se imprimió dedicada al duque de Orleans, regente de Francia. En esa pieza sublime, Arlequín, criado de Sansón, se estaba batiendo con un gallo de las Indias, cuando su señor se llevaba á hombros las puertas de la ciudad de Gaza.

El año 1732 trataron de representar en el teatro de la Opera de París una tragedia titulada Sansón (1), puesta en música por el célebre Rameau, pero no dieron permiso para que se representara. Como no salía en ella ni Arlequín ni el gallo de las Indias, les pareció demasiado seria y tuvieron por otra parte el placer de mortificar á Rameau, que tenía gran talento, y sin embargo, representaron entonces la ópera *Jepté*, sacada del Antiguo Testamento, y la comedia el *Hijo pródigo*, sacada del Nuevo.

En una antigua edición de *Sansón el combatiente* de Milton, encontramos precediendo á la tragedia el siguiente compendio de la historia de dicho héroe.

Los judíos, á quienes Dios prometió por medio de juramento todo el territorio que media entre el arroyo de Egipto y el Eufrates, por sus pecados no lo obtuvieron nunca y quedaron reducidos á la esclavitud, cuya esclavitud duró cuarenta años. Había un judío en la tribu de Dan llamado Manué, cuya mujer era estéril; se apareció un ángel á dicha mujer y le dijo: «Tendréis

(1) *Sansón*, ópera de Voltaire.

un hijo, con la condición de que nunca ha de beber vino, que no comerá nunca liebre y que no le cortarán nunca el cabello.» El ángel se apareció en seguida al marido y á la mujer, y para comer le ofrecieron cabrito, que no quiso aceptar, y desapareció en medio de una nube de humo. Entonces la mujer exclamó asustada: «No cabe duda de que moriremos por haber visto un dios.» pero no murieron.

Nació el esclavo Sansón, fué consagrado nazareno, y en cuanto se vió crecido, lo primero que hizo fué ir á la ciudad fenicia ó filistea llamada Tamhala, á galantear á una hija de sus señores, con la que se casó. Al ir á casa de su querida se encontró con un león y lo hizo pedazos con sus manos como si hubiera sido un corderillo. Algunos días después encontró un enjambre de abejas en la boca del león muerto que dejaban un surco de miel, aunque las abejas no se paran nunca sobre los animales muertos.

En seguida propuso este enigma á sus camaradas: «El alimento salió del que se lo come, y lo dulce salió de lo duro. Si lo adivináis, os regalaré treinta túnicas y treinta mantos; sino, me regalaréis á mí treinta mantos y treinta túnicas.» Sus camaradas no podían adivinar la palabra del enigma, y para adivinarla sobornaron á la mujer de Sansón, que reveló el secreto de su marido, y éste se vió obligado á regalar treinta túnicas y treinta mantos. Sansón entonces exclamó: «Si no hubierais trabajado con mi vaca no hubierais adivinado el enigma.» En seguida el suegro de Sansón dió otro marido á su hija.

Colérico Sansón por haber perdido su mujer, se dedicó inmediatamente á coger trescientas zorras, las ató unas á otras por la cola poniéndolas antorchas encendidas, y los animales corrieron á incendiar los trigos de los filisteos.

Los judíos que eran esclavos, temiendo que les castigaran sus señores por las hazañas de Sansón, fueron á la caverna donde éste moraba, le sorprendieron allí, lo ataron con cuerdas muy gruesas y lo entregaron á los filisteos. En cuanto Sansón se vió entre éstos, rompió todas las cuerdas que le ataban, y tropezando con una mandíbula de asno, mató con ella mil filisteos. Quedó tan acalorado por semejante esfuerzo que se moría de sed, y Dios en seguida hizo brotar una fuente de uno de los dientes de la mandíbula de asno. En cuanto Sansón calmó su sed se fué á Gaza, ciudad de los filisteos, y casi en seguida se enamoró de una prostituta. Cuando estaba durmiendo con ella, los filisteos cerraron las puertas de la ciudad y sitiaron la casa; Sansón se levantó de la cama, salió á la calle, arrancó las puertas y se las llevó. Viendo los filisteos que no podían acabar con semejante héroe, comisionaron para que lo hiciera á otra prostituta que se llamaba Dalila, con la que él se acostaba entonces. Dalila pudo por fin arrancarle el secreto de lo que constituía su fuerza. Sólo

se necesitaba cortarle el pelo para conseguir que fuera igual á los demás hombres; se lo cortaron y desde entonces fué muy débil; le reventaron los ojos, le hacían dar vueltas y tocar el violón. Un día que tocaba en un templo filisteo entre dos de sus columnas, quedó indignado de que los filisteos tuviesen columnatas en sus templos, mientras que los judíos no tenían más que un tabernáculo que llevaban sobre cuatro palos. Vió que sus cabellos empezaban á crecer, y arrebatado por santo celo, echó al suelo las dos columnas, derribó el templo, que aplastó á él y á todos los filisteos.

Esto os lo que dice el prefacio traducido al pie de la letra. Esta historia sirve de asunto á la tragedia de Milton y á la comedia italiana de Romaguesi.

SECTA

I

Toda secta, de cualquier clase que sea, es la reunión de los individuos derrotados por la duda y por el error. Escotistas, thomistas, papistas, calvinistas, molinistas, jansenistas, no son más que nombres de guerra. No hay ninguna secta en geometría: cuando la verdad es evidente, es imposible que de ella nazcan partidos ni fracciones. Nadie contradecirá nunca que al medio día brilla el sol. En cuanto se reconoce la parte de la astronomía que determina el curso de los astros y la llegada de los eclipses, ya no disputan sobre esto los astrónomos.

Nadie dice en Inglaterra yo soy newtoniano, yo soy lockista, yo soy halleyen, porque todo el que ha leído no puede negar las verdades que enseñaron esos tres grandes hombres.

Lo mismo sucede con el pequeño número de verdades de hecho que están demostradas. Las actas de la torre de Londres fueron auténticamente recogidas por Rymer; y no hay allí rymeristas, porque nadie se atreve á combatir esa colección. No se encuentran en ella contradicciones, absurdos ni prodigios; nada que la razón pueda rechazar, y, por consecuencia, nada que los sectarios puedan esforzarse en sostener ó en derribar con argumentaciones absurdas; y todo el mundo conviene en que las *Actas* de Rymer son dignas de crédito.

Si vos sois mahometano, hay otros muchos hombres que no lo son, luego bien podéis estar equivocado. ¿Qué religión sería la verdadera, si no existiera el cristianismo? La que no tuviera sectas; aquella en que todos los hombres estuvieran acordes. ¿En qué dogmas lo están? En el de la adoración de un Dios único y en el de la probidad. Todos los filósofos del mundo que

abrazaron una religión dijeron en todos los tiempos: No hay más que un Dios, y es preciso que seamos justos. He aquí, pues, la religión universal establecida en todos los tiempos y entre todos los hombres. El punto en que todos están acordes es, pues, el verdadero, y los sistemas que los diferencian son todos falsos.

Mi secta es la mejor, me dijo un brama.—Amigo mío, le contesté, si tu secta es buena, debe ser necesaria, y si no fuera absolutamente necesaria, tendrás que confesarme que es inútil; si es absolutamente necesaria, deben afiliarse á ella todos los hombres, porque ¿cómo puede suceder que no tengan todo lo que les es absolutamente necesario? ¿Cómo es que el resto del mundo se ríe de tí y de Brama?

Cuando Zoroastro, Hermes, Orfeo, Minos y todos los grandes hombres dicen: Adoremos á Dios y seamos justos, nadie se ríe; pero todo el mundo silba á todo aquel que sostiene que sólo se puede complacer á Dios teniendo á la hora de morir una cola de vaca, al que pregona que es preciso cortarse un pedazo de prepucio, al que rinde culto á los cocodrilos y á las cebollas ó al que cree que no puede salvarse si no compra en Roma una indulgencia plenaria.

¿De dónde nace ese concurso universal de risas y de silbidos que se oyen de todas las partes del universo? Es indudable que todas las cosas que excitan la burla del mundo, no son verdades evidentes. ¿Qué puede contestarse al secretario de Sejan que dedicó á Petronio un libro escrito en estilo ampuloso, intitulado «La verdad de los oráculos sibilíticos probada por los hechos?»

Dicho secretario trata de probar que era necesario que Dios enviara al mundo muchas sibilas, unas detrás de otras, porque no tenía otros medios de instruir á los hombres. Está demostrado que Dios hablaba á las sibilas, porque la palabra *sibila* significa *Consejo de Dios*. Fueron doce, cuyo número es sagrado; predijeron todos los acontecimientos del mundo. ¿Qué increíble, añade el secretario, se atreverá á negar hechos tan evidentes? Quién podrá negar que se realizaron sus profecías? ¿Si no tenemos los primitivos ejemplares de los libros sibilíticos, escritos en los tiempos en que no sabíamos leer ni escribir, no tenemos copias auténticas de ellos? La impiedad debe enmudecer ante estas pruebas. De este modo hablaba Houttevilas á Sejan, esperando desempeñar el destino de augur, que le hubiera valido cincuenta mil libras de renta; destino que no consiguió.

Lo que mi secta enseña es obscuro, lo confieso, decía un fanático; por eso debe creerse ya que la misma virtud está llena de obscuridades. Mi secta es extravagante, luego es divina; porque ¿cómo la hubiera adoptado muchos pueblos si ella no tuviera algo divino? Le sucede lo mismo que al *Corán*, del que los sonnistas dicen que tiene una cara de ángel y otra cara de

bestia; pues bien, no hagáis caso del hocico del animal y reverenciad el rostro del ángel. De este modo hablaba un insensato; pero otro fanático de otra secta contestó al primer fanático: Tú eres la bestia y yo soy el ángel.

¿Quién debe decidir esa cuestión entablada entre dos enérgicos? El hombre razonable é imparcial, que vive sin preocupaciones y que es amante de la verdad y de la justicia; el hombre que no es bestia y no se cree ser ángel.

II

Secta y error son sinónimos. Tú eres peripatético y yo soy platónico, y los dos estamos en un error; tú contradices á Plátón, porque te sublevan sus desvaríos, y yo no quiero creer á Aristóteles, porque me parece que no sabe lo que se dice. Si uno ú otro hubieran demostrado la verdad, no existirían nuestras dos sectas. Declararse en favor de la opinión de un hombre que es contraria á la opinión de otro hombre, es afiliarse á un partido como en una guerra civil. No hay sectas en matemáticas ni en física experimental. El geómetra que examina la relación que hay entre el cono y la esfera, no pertenece á la secta de Arquímedes; el que prueba que el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual al cuadrado de los otros dos lados, no pertenece á la secta de Pitágoras. Cuando decís que la sangre circula, que el aire pesa, que los rayos del sol son haces de siete rayos refractables, no pertenecéis á la secta de Harvey, ni á la de Torricelli, ni á la de Newton; os convencéis de las verdades que demostraron, y el universo entero tendrá la misma opinión. Este es el carácter de la verdad para todos los tiempos y para todos los hombres; en cuanto aparece la reconocemos.

SENTENCIAS DE MUERTE

Leyendo la historia y viendo la serie casi nunca interrumpida de calamidades que se amontonan en este globo, que algunos llaman el mejor de los mundos posibles, me chocó sobre todo la gran cantidad de hombres considerables en el Estado, en la Iglesia y en la sociedad que hubo sentenciados á muerte como si fueran ladrones de caminos reales. No me ocupo ahora de asesinatos ni de envenenamientos; sólo voy á ocuparme de matanzas hechas en forma jurídica, bajo el amparo de las leyes y ceremoniosamente: empezaré por los reyes y reinos. Sólo Inglaterra puede proporcionar una lista bastante larga; pero si me hubiera de ocupar de cancilleres y de capalleros, necesitaría

escribir más de un volumen. Entre los que de ese modo hizo morir la justicia, no creo que haya cuatro en toda Europa que hubieran cumplido su sentencia si su proceso hubiera durado algún tiempo más, ó si sus enemigos hubieran muerto de apoplejía durante la instrucción del proceso.

Si la fístula hubiera gangrenado el *rectum* del cardenal de Richelieu algunos meses más pronto, De Thou, Cinq-Mars y otros, hubieran quedado en libertad. Si Barneveldt hubiera tenido por jueces tantos arministas como gomaristas, hubiera muerto en su lecho. Si el condestable Luynes no hubiera pedido la confiscación de la mariscalía d' Ancre, no la hubieran quemado como hechicera. Cuando prenden al hombre que realmente es criminal y cuyo crimen está probado, puede asegurarse que en cualquier tiempo y cualquiera jueces que le juzguen, llegará un día en que será sentenciado; pero no sucede lo mismo con los hombres de Estado; sustituid sus jueces por otros, ó esperad que los tiempos cambien, que las pasiones se apaciguen, y salvarán la vida.

Suponed que la reina Elisabeth muere de indigestión la víspera de sentenciar á muerte á María Estuardo: si hubiera sucedido esa hipótesis, María Estuardo hubiera continuado sentada en el trono de Escocia, de Inglaterra y de Irlanda, en vez de morir en un cadalso por mano del verdugo. Si Cromwell hubiera adquirido una enfermedad durante el proceso de Carlos I, nadie se hubiera atrevido á decapitar á este monarca. Esos dos asesinatos, revestidos no sé cómo con la forma de las leyes, no pueden incluirse en la lista de las injusticias ordinarias; pero los fallos ordinarios que pronuncian jueces competentes contra príncipes o contra grandes personajes, no hay uno solo que se hubiera ejecutado, ni aun extendido, si hubieran podido escogerse la época y las circunstancias. Ni uno solo de los sentenciados, que se inmolaron en la época del cardenal de Richelieu, hubiera dejado de alcanzar influencia, si sus procesos hubieran podido alargarse hasta la regencia de Ana de Austria. Prenden al príncipe de Condé durante el reinado de Francisco II; los comisarios le sentencian á muerte; pero Francisco II muere, y el príncipe de Condé vuelve á ser un hombre poderoso.

Pueden presentarse muchos ejemplos de esta clase, en los que hay que tener siempre presente el espíritu de los tiempos. Por una acusación vaga de ateísmo murió Vanini en la hoguera: si hoy hubiera alguien bastante pedante y bastante tonto que escribiera los libros de Vanini, nadie los leería; pero el hecho no tendría más consecuencias.

Un español pasó por Ginebra á mitad del siglo XVI. Juan Calvino averigua que ese español se aloja en una hospedería, y recuerda que estuvo disputando con él sobre una materia que

ni uno ni otro entendían. El teólogo Juan Calvino hace prender al viajero, faltando á las leyes divinas y humanas; consigue que le encierren en un calabozo y que lo quemén á fuego lento con leña verde, con la idea de que el suplicio dure más tiempo. Esa maniobra infernal no pasaría hoy por la imaginación de nadie; si Miguel Servet hubiera venido al mundo en tiempos posteriores, nadie le hubiera perseguido.

Lo que se llama *justicia*, es pues, tan arbitrario como las modas; los hombres pasan por épocas de horrores y de locura, como pasan por épocas de peste; y este contagio dá la vuelta al mundo.

SENTIDO COMÚN

Algunas veces se encuentra en las expresiones vulgares una imagen de lo que pasa en el fondo del corazón de todos los hombres. *Sensus communis* significaba para los romanos, además de sentido común, humildad, sensibilidad. Como nosotros no valemos tanto como los romanos, esa palabra no significa para nosotros más que la mitad de lo que significaba para ellos. Sólo significa el buen sentido, razón tosca, razón sin pulir, primera noción de las cosas ordinarias, estado intermedio entre la estupidez y el ingenio. Decir que un hombre no tiene sentido común, es decir una injuria muy grosera; pero decir que tiene sentido común, también es una injuria, porque es significar que no es completamente estúpido, pero que carece de inteligencia. ¿De dónde trae su mitología la frase *sentido común* si no la trae de los sentidos? Cuando los hombres inventaron esa palabra, estaban convencidos de que todo penetraba en el alma por medio de los sentidos; á no ser así, ¿hubieran empleado la palabra sentidos para designar la razón común?

Hay costumbre de decir que el sentido común es muy raro; ¿qué significa esta frase? ¿que al empezar á despuntar la razón en algunos hombres detienen sus adelantos algunas preocupaciones? ¿que el hombre que tiene buen juicio en un asunto no lo tiene en otro? El árabe, que es un buen calculista, un químico sabio ó un astrónomo exacto, cree sin embargo que Mahoma puso la mitad de la luna en su manga. ¿Por qué va más allá del sentido común en las tres ciencias que acabo de citar, y está por debajo del sentido común cuando se trata de la mitad de la luna? Porque en los tres primeros casos vé con sus propios ojos y perfeccionó su inteligencia; y en el último caso vé por los ojos de los demás, cierra los suyos y pervierte el sentido común que posee.

¿Cómo puede verificarse tan extraño trastorno del espíritu?

¿Cómo las idas, que caminan con paso regular y firme por el cerebro sobre un gran número de objetos, pueden cojear tan miserablemente sobre un objeto mil veces más palpable y más fácil de comprender? Ese árabe tiene siempre los mismos principios de inteligencia; debe pues tener algún órgano vicioso, como le sucede algunas veces al gastrónomo que puede tener el gusto depravado respecto á algún alimento.

¿Por qué es vicioso el órgano de este árabe que vé la media luna en la manga de Mahoma? Por el miedo. Le hicieron creer que si no creía en eso, inmediatamente después de su muerte, su alma, al pasar por el puente agudo, caería para siempre en el abismo. Le han convencido además de que si duda de la manga de Mahoma, un derviche le tratará de impío, otro le probará que es un insensato, que teniendo todos los motivos posibles para creer, no quiso someter á la evidencia su soberbia razón, y un tercer derviche lo entregará al diván de una provincia, en donde lo empalarán legalmente.

Todo esto causa terror pánico al buen árabe, á su mujer, á su hermana y á toda la familia; tienen buen sentido en todo lo demás, pero en esta materia quedó estropeada su imaginación, lo mismo que la de Pascal, que continuamente veía un precipicio delante de su sillón. ¿El árabe cree realmente en la manga de Mahoma? Hace esfuerzos para creer en ella y se dice á sí mismo: Esto es imposible, pero es verdad, y creo lo que no creo. Respecto á la manga bulle en su cerebro un caos de ideas que teme desenredar, y verdaderamente esto es no tener sentido común.

SEÑOR

I

« ¡Qué desgraciado nací! exclamaba Ardassan Ougli, joven icoglan del gran señor de los turcos. Al menos sólo dependiera del gran padishá, pero también estoy sometido al jefe de la división de los janissaires á que pertenezco, y cuando me toca recibir la paga me he de prosternar ante él y he de consentir en que me cercene la mitad. Antes de cumplir los siete años, contra mi voluntad, me cortaron el extremo del prepucio en pública ceremonia, y estuve enfermo quince días. El derviche que pronunció la plegaria es mi señor; el imán es mi señor también, y el mollah lo es mucho más. El cadí también me manda, el cadí-lesquier también es dueño de mi persona, y el mufti lo es mucho más que todos los que acabo de citar. El kaía del gran visir puede, pronunciando una sola palabra, mandar que me arrojen al

canal, y el gran visir puede hacer que me corten el cuello cuando le ocurra, sin que nadie se oponga.

«¡Cuántos señores, gran Dios! Quisiera que Alá me hubiera hecho nacer lechuza, porque de ese modo viviría en un agujero, me saciaría de comer ratones y no tendría señores ni criados. Esta debe ser la vida perfecta del hombre que sólo tuvo señores desde que se pervirtió. Ningún hombre nació para servir continuamente á otro, y cada uno ayudaría caritativamente á su prójimo si el mundo estuviera bien organizado. Los que tuvieran buena vista servirían de guías á los ciegos; el mundo sería el paraíso de Mahoma y no el infierno que está debajo del puente agudo.»

De este modo hablaba Ardassan Ougli después de recibir veinticinco palos por orden de uno de sus señores.

Transcurrieron algunos años y Ardassan Ougli llegó á ser bajá de tres colas; alcanzó prodigiosa fortuna y entonces llegó á convencerse de que todos los hombres, excepto el Gran Turco y el gran visir, habían nacido para servirle, y todas las mujeres para sujetarse á sus caprichos voluptuosos.

II

¿Cómo pudo conseguir un hombre convertirse en señor de otro, y por medio de qué magia incomprensible pudo llegar á ser señor de muchísimos hombres? Sobre este fenómeno se han escrito muchos volúmenes pero prefiero á todos ellos una fábula india porque es corta y porque las fábulas suelen tener mucho meollo.

Adimo, primitivo padre de los indios, tuvo dos hijos y dos hijas de su mujer Procriti: el mayor era un gigante vigoroso, el segundo era pequeño y jorobado; las dos hijas eran hermosas. En cuanto el gigante tuvo el sentimiento de su fuerza, se acostó con sus dos hermanas y obligó al jorobado á que le sirviera. Una de las dos hermanas fué su cocinera y la otra su jardinera. Cuando el gigante quería dormir ataba antes á un árbol á su hermano el jorobado, y cuando éste huía para que no le atara, corría tras él, le alcanzaba en cuatro zancadas y le daba veinte palos con una verga de buey.

Desde entonces el jorobado quedó sumiso como perfecto vasallo; el gigante, satisfecho de ver su comportamiento, le permitió que se acostara con una de sus hermanas que ya no le gustaba. Los hijos que nacieron de este coito no fueron ya jorobados, pero sí que resultaron contrahechos. Los educaron en el temor de Dios y en el temor del gigante. Recibieron excelente educación, enseñándoles que su gran tío era gigante de derecho divino y que podía hacer de toda su familia lo que quisiera; que

si él tenía alguna sobrina ó sobrina segunda, podía gozarlas cuando quisiera sin ninguna dificultad, sin que nadie pudiera acostarse con ellas mas que con permiso suyo.

Cuando murió el gigante, su hijo, que ni era tan fuerte ni tan alto como él, se creyó sin embargo que era también gigante de derecho divino como su padre. Se empeñó en que trabajaran para él todos los hombres y en acostarse con todas las mujeres; pero la familia se coaligó contra él y lo mataron á golpes. Entonces se establecieron en república.

Los siameses creen, por el contrario, que la familia empezó siendo republicana y que el gigante no apareció hasta que pasaron muchísimos años y hubo muchas disensiones; pero todos los autores de Benaré y de Siam están acordes en que los hombres vivieron infinidad de siglos antes de tener la idea de promulgar leyes: y para creerlo así alegan una razón que no tiene réplica; y es que hoy que todo el mundo se cree civilizado, no se ha podido conseguir todavía redactar veinte leyes buenas.

Es también aún cuestión insoluble en la India saber si las repúblicas se establecieron antes ó después de las monarquías, y saber si la confusión pareció á los hombres más horrible que el despotismo. Ignoro lo que ha sucedido en el orden de los tiempos, pero siguiendo el orden de la naturaleza, debemos suponer que, naciendo iguales todos los hombres, la violencia y la habilidad hicieron los primeras señores, y las leyes hicieron los últimos.

SIBILA

La primera mujer que pronunció oráculos en Delfos se llamaba *Sibila*. Tuvo por padre á Júpiter, según refiere Pausanias, y por madre á Lamia, hija de Neptuno, y vivió mucho tiempo antes del sitio de Troya. Ese fué el origen de designar con el nombre de *sibilas* á todas las mujeres que, sin ser sacerdotisas y sin estar sujetas á un oráculo particular, predecían el porvenir y decían que eran inspiradas. Distintos países y diferentes siglos tuvieron sus sibilas, y conservaron las predicciones que llevaban sus nombres, formando colecciones de ellas.

La mayor dificultad con que tropezaban los antiguos era la de explicar por qué dichoso privilegio las sibilas poseían el don de vaticinar el porvenir. Los platónicos encontraban el motivo de esto en la unión íntima que la criatura, llegando á cierto grado de perfección, podía tener con la Divinidad. Algunos autores atribuían la virtud de adivinar de las sibilas á los vapores y á las exhalaciones de las cavernas que habitaban; y otros atribuían el espíritu profético de las sibilas á su carácter sombrio y melancólico ó á alguna enfermedad singular.

San Gerónimo sostiene que recibían ese don en recompensa de su castidad; y sin embargo, existió una muy célebre que se jactaba de haber tenido muchos amantes sin ser casada. Hubiera sido más breve y más sensato para San Gerónimo y para otros Padres de la Iglesia negar el espíritu profético de las sibilas, y confesar que á fuerza de hacer predicciones á la ventura pudieron encontrar algunas veces, ayudadas por un comentario favorable, que se ajustaban sus palabras dichas por casualidad á los hechos que no podían haber previsto.

Lo singular en esta materia es que recogieron sus predicciones después de los acontecimientos. La primera colección de versos sibilíticos, que compró Tarquino, constaba de tres libros; la segunda se compiló después del incendio del Capitolio, y no se sabe de cuántos libros constaba, y la tercera es la que conservamos dividida en ocho libros, y en la que no es dudoso que el autor insertara muchas predicciones de las sibilas. Esta colección fué el resultado del fraude devoto de algunos cristianos platónicos, más celosos que hábiles, que componiéndola creyeron dar armas á la religión cristiana, y poner á los que la defendían en estado de combatir al paganismo con la mayor ventaja.

Esta compilación informe de diferentes profecias se imprimió por primera vez el año 1545, tomándola de manuscritos; y luego se publicó muchas veces con largos comentarios, sobrecargados de erudición trivial y casi siempre extraña al texto, que rara vez ponen en claro dichos comentarios.

Las obras que se escribieron en pró y en contra de la autenticidad de los libros sibilíticos fueron muchas y algunas muy notables; pero se encuentra en ellas tan poco orden y tan poca crítica, están tan desprovistas de filosofía, que es casi imposible leerlas sin que canse y fastidie su lectura.

La fecha de esta compilación está marcada en los libros quinto y octavo. En ella hacen decir á la sibila que el imperio romano tendrá quince emperadores, y catorce de éstos los designa el valor numeral de la primera letra de su nombre en el alfabeto griego. Añade que el décimoquinto emperador será un hombre de cabeza blanca, que llevará el nombre de un mar inmediato á Roma; el décimoquinto emperador romano fué Adriano; y el golfo Adriático es el mar de donde tomó el nombre.

De dicho príncipe, continúa diciendo la sibila, saldrán otros tres que regirán el imperio al mismo tiempo, pero al fin uno solo de ellos lo poseerá. Esos tres vástagos son Antonino, Marco Aurelio y Lucio Verus. La sibila hace alusión á las adopciones y á las asociaciones que los unieron. Marco Aurelio se encontró dueño absoluto del imperio cuando murió Lucio Verus, á principios del año 169, y los rigió él solo hasta el año 177 en que

se asoció su hijo Cómodo. Como no se encuentra nada que haga referencia al nuevo colega de Marco Aurelio, es indudable que esa colección debe haberse escrito desde los años 169 hasta el 177 de la era vulgar.

El historiador Flavio Josefo cita una obra de la sibila, en la que habla de la torre de Babel y de la confusión de las lenguas poco más ó menos como el *Génesis* (1): lo que prueba que los cristianos no fueron los primeros autores de la suposición de los libros sibilíticos. Josefo sólo nos refiere las mismas palabras de la sibila, y nosotros no podemos comprobar si lo que se dice de ese acontecimiento en nuestra colección está sacado de la obra que cita Josefo; pero es seguro que muchos de los versos atribuidos á las sibilas en la exhortación que se encuentra en las obras de San Justino, en la obra de Theófilo de Antioquia, en San Clemente de Alejandría y en algunos otros padres, no están en nuestra colección, y como la mayoría de esos versos no tienen ninguno de los caracteres del cristianismo, pudieran muy bien ser obra de algún judío platónico.

En la época de Celso las sibilas gozaban ya algún crédito entre los cristianos, como así se da á entender en dos pasajes de la contestación de Orígenes; pero luego los versos sibilíticos parecieron favorables al cristianismo y los emplearon comunemente en las obras de controversia con tanta confianza como los paganos que reconocieron las sibilas como mujeres inspiradas y que hasta llegaron á decir que los cristianos habían falsificado sus escritos: cuestión de hecho que no puede decidirse más que comparando los diferentes manuscritos, comparación que muy pocos escritores podrán hacer.

De un poema de la sibila de Cumas sacaron los principales dogmas del cristianismo. Constantino, en el hermoso discurso que pronunció ante la asamblea de los santos, demostró que la cuarta égloga de Virgilio es una descripción profética del Salvador, y que si éste no fuera el asunto inmediato del poeta, lo fué la sibila, de la que el poeta copió las ideas, y estando llena del espíritu de Dios, anunció el nacimiento del Redentor.

Creyeron comprender que se refería dicho poema al milagro del nacimiento de Jesús de una virgen, á la abolición del pecado por medio de la predicación del Evangelio y á la abolición de la pena por la gracia del Redentor. Creyeron encontrar también en dicho poema la antigua serpiente aterrada y enteramente amortiguado el veneno mortal con que emponzoñó la naturaleza humana, y además que la gracia del Señor, á pesar de ser tan poderosa, dejó sin embargo subsistir desde allí en adelante en los fieles los restos y los vestigios del pecado; en una palabra,

(1) *Antigüedades judaicas*, libro XX, cap. 16.

creyeron ver en el poema anunciada la venida de Jesucristo con el carácter de Hijo de Dios.

Hay en dicha égloga algunos otros rasgos que parecen copiados de los profetas judíos y que pueden aplicarse á Jesucristo; esta es la opinión general de la Iglesia. San Agustín está convencido de esto como otros padres, y sostiene que no se puede aplicar más que á Jesucristo los versos de Virgilio. Los escritores eclesiásticos modernos más hábiles sostienen la misma opinión.

SÍMBOLO Ó CREDO

La voz *símbolo* proviene de la palabra *symbolei*, y la Iglesia latina la adoptó, como adoptó muchas cosas de la Iglesia griega. Los teólogos que son instruídos saben que ese símbolo que se llama *de los apóstoles* no es todo de ellos.

Llamábase *símbolo* en Grecia á las palabras, á los signos con los que se reconocían los iniciados en los misterios de Ceres, de Cibeles y de Mithra; y con el transcurso del tiempo, los cristianos tuvieron también su símbolo. Si hubiera existido en la época de los apóstoles, San Lucas se hubiera ocupado de él.

Atribúyese á San Agustín la historia del símbolo incluída en su sermón 115, haciéndole decir en dicho sermón que Pedro comenzó el símbolo, pronunciando estas palabras: *Creo en Dios padre todopoderoso*; Juan continuó diciendo: *Creador del cielo y de la tierra*; Santiago añadió: *Creo en Jesucristo su hijo nuestro Señor*; y así los demás. Han cercenado esta fábula en la última edición de San Agustín. Me dirijo á los reverendos padres benedictinos para saber si es justo que se cercene ese pequeño fragmento, que es muy curioso.

Lo cierto es que nadie oyó hablar del *Credo* durante más de cuatrocientos años. El pueblo francés dice que París no se edificó en un día, y los proverbios del pueblo tienen razón muchas veces. Los apóstoles tuvieron nuestro símbolo en su corazón, pero no lo dejaron escrito. Inventaron un *Credo* en la época de San Ireneo, que no se parece al que nosotros recitamos. El símbolo que rezamos hoy debe ser del siglo V, porque es posterior al de Nicea. El pasaje que dice que Jesús descendió á los infiernos y el que habla de la comunión de los santos, no se encuentran en ninguno de los símbolos que precedieron al nuestro. Ni los Evangelios, ni las *Actas de los Apóstoles* dicen que Jesús descendió al infierno; pero era opinión común en el siglo III que Jesús había descendido al Hades, al Tártaro, cuyas dos palabras traducimos nosotros por infierno. El infierno en este sentido no significa lo mismo que la palabra hebrea *scheol*, que quería decir

subterráneo, fosa. Y por esto San Athanasio nos enseñó después cómo nuestro Salvador había descendido á los infiernos: «Su humanidad, dice, no estuvo entera en el sepulcro, ni entera en el infierno; estuvo en el sepulcro según la carne, y en el infierno según el alma.»

Santo Tomás asegura que los santos que resucitaron cuando murió Jesucristo murieron de nuevo para resucitar con él; esta es la opinión más admitida. Pero esta clase de opiniones son absolutamente extrañas para la moral; debemos ser hombres de bien, ya esos santos resucitaran dos veces, ya Dios no los necesitara más que una. Confieso que nuestro símbolo se escribió tarde, pero en cambio la virtud vive toda la eternidad.

Si me es lícito citar autores modernos en una materia tan grave, copiaré el *Credo* del abad de San Pedro, tal como lo escribió su propia mano en un libro que compuso sobre la pureza de la religión, que no está impreso, pero que yo fielmente he copiado:

«Creo en el único Dios y le amo. Creo que ilumina toda alma que viene al mundo, como dice San Juan. Comprendo que se trata de toda alma que le busca de buena fe.

»Creo en el Dios único, porque sólo puede tener un alma el gran todo, un solo sér vivificante, un creador único.

»Creo en Dios padre todopoderoso, porque es padre común de la naturaleza y de todos los hombres, que son sus hijos. Creo que el que los hizo nacer todos iguales, que el que organizó los resortes de la vida del mismo modo, que el que les dió los mismos principios de moral, no puso más diferencia entre sus hijos que la del crimen y la de la virtud.

»Creo que el chino justo y bienhechor es más digno de aprecio para él que un doctor europeo quisquilloso y arrogante.

»Creo que siendo Dios nuestro padre común, debemos considerarnos todos los hombres como hermanos.

»Creo que el perseguidor es abominable, y camina inmediatamente detrás del envenenador y del parricida.

»Creo que las disputas teológicas son al mismo tiempo la farsa más ridícula y la calamidad más horrible del mundo, después de la guerra, la peste y el hambre.

»Creo que los eclesiásticos deben pagarse y pagarse bien, como servidores del público, por ser preceptores de moral, por llevar los registros de nacidos y muertos; pero que no debe concedérseles riquezas ni categoría de príncipes, porque nada es tan provocativo y contraproducente como el ver hombres ricos y orgullosos que predicán la humildad y el amor á la pobreza.

»Creo que todos los sacerdotes que sirven á una parroquia debían ser casados como los sacerdotes de la Iglesia griega, no sólo para que tengan una mujer honrada que cuide de su casa,

sino para ser mejores ciudadanos, para que den vasallos al Estado y para que tengan hijos bien educados.

»Creo que es indispensable devolver á la sociedad muchos frailes, porque esto es servir á la patria y á sí mismo, y ya que se dice de ellos que son hombres que Circe convirtió en cerdos, el sabio Ulises debe devolverles la forma humana.»

Referimos palabra por palabra el símbolo que escribió el abad de San Pedro, sin que copiarlo quiera decir que merece nuestra aprobación. Le hemos insertado como curiosidad singular, pero nos atenemos con fe respetuosa al verdadero símbolo de la Iglesia.

SÓCRATES

¿Está acaso roto el molde que formó á los hombres que amaron la virtud por sí misma, que ya no vemos aparecer en el mundo ni á un Confucio, ni á un Pitágoras, ni á un Thales, ni á un Sócrates? En los tiempos de éstos había multitud de devotos á sus pagodas y á sus divinidades, multitud de espíritus que temían al Cerbero y á las Furias, que asistían á las iniciaciones, á las peregrinaciones y á los misterios, y que se arruinaban presentando ofrendas de ovejas negras. Las maceraciones estaban entonces en uso; los sacerdotes de Cibeles se dejaban castrar para guardar continencia. ¿En qué consiste que entre todos esos mártires de la superstición, no cuenta la antigüedad ni un solo gran hombre ni un sabio? Consiste en que del temor no nace nunca la virtud. Los grandes hombres fueron siempre entusiastas del bien moral: la sabiduría era su pasión dominante; eran sabios como Alejandro era guerrero, como Homero era poeta, como Apeles era pintor, por una fuerza y una naturaleza superior; y hé aquí quizás cómo nos podemos explicar el demonio de Sócrates.

Un día dos ciudadanos de Atenas, al regresar de la capilla de Mercurio, se apercibieron de que Sócrates estaba en la plaza pública. Uno de los ciudadanos dijo al otro:—¿Es ese el malvado que dice que podemos ser virtuosos sin ofrecer todos los días corderos y ocas?—Sí, contestó el otro; es un sabio que no tiene religión; es el ateo que dice que no hay más que un solo Dios. Sócrates se acercó á ellos con su aspecto sencillo, con su demonio y con su ironía, que Mm. Dacier tanto exalta, y les dijo:—Amigos míos, os suplico que me oigáis dos palabras. ¿Cómo clasificaréis al hombre que ruega á la Divinidad, que la adora, que trata de semejarle á ella hasta donde se lo permite su debilidad humana, y que hace todo el bien que puede?—De alma muy religiosa, le contestaron los dos ciudadanos.—Muy bien;

¿luego puede adorarse al Sér Supremo y tener religión?—Estamos de acuerdo, respondieron los dos atenienses.—¿Pero creéis, prosiguió diciendo Sócrates, que cuando el divino arquitecto del mundo organizó todos los globos que giran sobre nuestras cabezas, cuando dió movimiento y vida á tantos seres diferentes, utilizó para eso el brazo de Hércules, la lira de Apolo ó la flauta de Pan?—No es probable.—Pues si no es verosímil que empleara la ayuda de otros para construir el mundo, tampoco es creíble que le ayuden otros á conservarlo. Si Neptuno fuera el dueño absoluto del mar, Juno del aire, Eolo de los vientos, Ceres de las cosechas, y uno de esos dioses quisiera el tiempo sereno cuando otro quisiera vientos y lluvia, podéis comprender muy bien que no subsistiría el orden que subsiste en la naturaleza; y tendréis que confesarme que es necesario que todo dependa del que la creó. Entregáis cuatro caballos blancos al sol y dos caballos negros á la luna; ¿pero no es preferible á esto que el día y la noche sean el resultado del movimiento que imprimió á los astros su creador, que produzcan el día y la noche seis caballos?

Los dos ciudadanos se miraron el uno al otro y nada contestaron. Sócrates acabó por probarles que podían recoger cosechas sin dar dinero á los sacerdotes de Ceres, ir á cazar sin ofrecer pequeñas estatuas de plata á la capilla de Diana, que Pomona no concedía frutas, que Neptuno no daba caballos y que debíamos dar gracias al soberano que lo creó todo.

Sus ideas era completamente lógicas; su discípulo Xenofonte, tirando á Sócrates por el brazo, le dijo:—Vuestro discurso es admirable; hablasteis mejor que un oráculo, pero os habéis perdido. Uno de los ciudadanos que os oían es el carnicero que vende los corderos y las ocas para los sacrificios, y el otro se dedica á la orfebrería, y saca grandes ganancias construyendo pequeños dioses de oro y de plata para las mujeres; os acusarán de que sois un impío que queréis impedirles que hagan negocio; declararán contra vos ante Abelitus y Anitus, que son vuestros enemigos y que han jurado perderos. Temed la cicuta: vuestro demonio familiar debió haberos aconsejado que no dijerais á un carnicero ni á un platero lo que sólo debiais decir á Platón y á Xenofonte.

Algún tiempo después los enemigos de Sócrates consiguieron que le sentenciara el consejo de los quinientos, entre los que tuvo doscientos veinte votos en favor; esto hace presumir que había doscientos veinte filósofos en aquel tribunal, pero también prueba que en todas las grandes reuniones se encuentran en minoría los filósofos.

Sócrates bebió pues la cicuta por haber defendido la unidad de Dios, y luego los atenienses consagraron una capilla á Sócrates.

tes, que había hecho la guerra á las capillas que se dedicaban á los seres inferiores.

SONÁMBULOS Y SUEÑOS

I

Conocí un sonámbulo que se levantaba, se vestía, hacía una reverencia, bailaba el minueto, y después se desnudaba, se volvía á acostar y continuaba durmiendo. Este sonámbulo dista mucho del sonámbulo de la *Enciclopedia*, que era un joven seminarista que se levantaba durmiendo para componer su sermón, lo escribía correctamente, lo leía y lo corregía; borraba algunos renglones, sustituyéndolos por otros; componía música y la anotaba exactamente en el papel pautado, colocando la letra bajo de las notas sin equivocarse.

Dícese que un arzobispo de Burdeos presenció todas estas operaciones y otras no menos sorprendentes. Sería de desear que ese prelado hubiera escrito su declaración y la hubiera firmado, ó al menos que se la hubiera hecho firmar al secretario. Suponiendo que el referido sonámbulo hiciera todo lo que se le atribuye, le propondría yo las mismas cuestiones que á cualquiera que sencillamente soñara; le diría: Habéis soñado con más intensidad que otros, pero siguiendo el mismo principio; el otro no tuvo más que fiebre, y vos habéis tenido un arrebatamiento en el cerebro, y de uno y otro habéis recibido ideas y sensaciones que no esperábais, y habéis hecho todo lo que no teniais ganas de hacer.

De dos que duermen, uno no tiene ni una sola idea, el otro recibe multitud de ellas; el primero es insensible como el mármol, el segundo experimenta deseos y goces.

El seminarista á que acabamos de oír, nació con el don de la imitación; oyó cien sermones, y su cerebro estaba predisposto á componerlos, y los escribe cuando vela, arrastrado por el talento de imitación, y los escribe hasta durmiendo. ¿En qué consiste que soñando se convierte en predicador, cuando se acostó sin tener voluntad de predicar? Recordad, le diría yo, la primera vez que estando en vela escribisteis el extracto de un sermón, en el que no pensábais un cuarto de hora antes; estabais en vuestro cuarto entregado á un vago desvarío sin tener ninguna idea fija, y vuestra memoria os recordó, sin intervenir para esto la voluntad, cierta fiesta; la fiesta os recordó que ese día hubo sermón; el sermón os recordó un texto y el texto os hizo coordinar un exordio; teniais á la mano papel y tintero y escribisteis lo que antes no pensábais haber escrito. Hé aquí

precisamente lo que os sucedió estando sonámbulo. En una y en otra operación creísteis hacer lo que queríais, y os dirigió, sin que lo supierais, todo lo que precedió á la escritura de dicho sermón.

Lo mismo que, cuando al salir de las vísperas, os encerrasteis en vuestra celda para meditar sin ánimo de ocuparos de vuestra vecina; sin embargo, su imagen se pinta en vuestra imaginación cuando no pensabais en ella. Vuestra imaginación se enciende sin que os preocupéis en apagarla; ya sabéis lo que sucede después. Lo mismo experimentáis cuando estáis durmiendo y soñando.

¿Qué parte habéis tenido en esas modificaciones de vuestro individuo? La misma que tenéis en la circulación de la sangre por las arterias y por las venas, y en el riego de vuestros vasos linfáticos, y en los movimientos de vuestro corazón y de vuestro cerebro.

He leído el artículo titulado *Sueño* de la *Enciclopedia*, y no he comprendido nada de él; pero cuando yo busco la causa de mis ideas y de mis actos, cuando duermo y cuando estoy despierto, tampoco la comprendo. Si me objetara un buen argumentador, probándome que cuando estoy despierto y no estoy colérico ó borracho, soy entonces un animal que obra, quedaría embarazado para contestarle; pero yo también le dejaría sin contestación, probándole que cuando duerme es una persona paciente, es un puro autómeta. Decidme, pues: ¿cómo hemos de definir al animal, que es una máquina la mitad de su vida, que cambia de naturaleza dos veces cada veinticuatro horas?

II

De los sueños

¿Estando muertos todos los sentidos durante el sueño, en qué consiste que hay un sentido interno que está vivo? ¿En qué consiste que cuando vuestros ojos no ven, ni vuestros oídos oyen, sin embargo, veis y oís cuando estáis soñando? El perro caza soñando, ladra, persigue su presa y se la come. El poeta compone versos durmiendo, el matemático ve figuras, el metafísico argumenta bien ó mal; hay sorprendentes ejemplos de todo esto.

¿Obran solos los órganos de la máquina, ó el alma pura, libre del imperio de los sentidos, goza de sus derechos con libertad? ¿Si sólo los órganos producen los sueños que tenemos de noche, por qué no producen también las ideas que tenemos de día? ¿Si el alma pura, tranquila, cuando reposan los sentidos, obrando por sí misma, es la única causa de las ideas que tenemos dur-

miendo, en qué consiste que todas estas ideas son casi siempre irregulares, poco razonables é incoherentes? ¿Cuando el alma está menos perturbada es cuando más perturba á la imaginación? ¿Cuando obra con libertad es cuando está loca? Si yo hubiera nacido con ideas metafísicas, como pretenden algunos filósofos, sus ideas puras y luminosas sobre el Sér, sobre el infinito, sobre todos los primeros principios, debían despertarse en ella con mayor energía cuando su cuerpo duerme, y nadie sería buen filósofo más que soñando.

Cualquier sistema que adoptéis, cualquier esfuerzo que hagáis para probaros que la memoria excita vuestro cerebro y que vuestro cerebro excita vuestra alma, habéis de convenir en que recibís todas las ideas durante el sueño sin intervención vuestra, sin que funcione para nada vuestra voluntad. Es, pues, cierto que podéis pensar siete ú ocho horas seguidas sin tener ganas de pensar y hasta sin estar seguros de que pensais. Pesad lo que estoy diciendo y ved si podéis adivinar lo que es el hombre.

Los sueños fueron siempre motivos para tener supersticiones, y esto es muy natural. El hombre que está vivamente afectado por ver muy enferma á la mujer querida, sueña que la ve moribunda, y efectivamente, muere al otro día: luego los dioses le predijeron su muerte. El general de un ejército sueña que gana una batalla; la gana al día siguiente: luego los dioses le han profetizado que sería el vencedor. Sólo se conserva la memoria de los sueños que se realizan, y se olvidan los que no se cumplen. Los sueños forman una gran parte de la historia antigua, lo mismo que los oráculos.

La *Biblia* traduce así uno de los versículos del *Levítico*: «No examinéis los sueños.» Debemos advertir que la palabra *sueño* no existe en la lengua hebrea, y que además sería muy extraño que rechazara la observación de los sueños el mismo libro que dice que Josef fué el bienhechor de Egipto y de su familia por haber interpretado los tres sueños.

La explicación de los sueños era tan común en la antigüedad, que no querían concretarse á entenderlos, trataban además de adivinar algunas veces lo que otro hombre había soñado. Nabucodonosor, habiéndose olvidado de un sueño que había tenido, mandó á sus magos que lo adivinaran, y los amenazó con la muerte si no podían conseguirlo; pero el judío Daniel, que pertenecía á la escuela de los magos, les salvó la vida adivinando el sueño del rey é interpretándolo. Esta historia y otras muchas sirven para probar que la ley de los judíos no prohibía la oneiromancia, ó lo que es lo mismo, la ciencia de los sueños.

SUICIDIO

Hace algunos años, un inglés que se llamaba Bacon Morris, veterano oficial y hombre de ingenio, vino á París á verme. Estaba enfermo de una enfermedad crónica que le causaba grandes dolores, y de la que no esperaba curarse. Después que me hizo varias visitas le ví entrar un día en casa trayendo en las manos un saco y dos papeles. «Uno de estos dos papeles, me dijo, es mi testamento; el segundo es mi epitafio, y este saco de dinero es para mi entierro. Estoy resuelto á esperar quince días para probar si los remedios y el régimen que me han recetado me hacen soportable la vida, y si sigo como ahora estoy decidido á matarme. Haréis que me entierren donde mejor os parezca y me pondréis este epitafio, que se reduce á dos palabras de Petronio: *Valete curæ*; se acabaron los cuidados.»

Por fortuna para él y para mí, porque yo le apreciaba mucho, Morris se curó, y ya no atentó contra su vida, y estoy seguro que hubiera cumplido su palabra á no curarse. Supe que antes de venir á Francia estuvo en Roma en la época en que temían, aunque sin razón, que atentaran los ingleses á la vida de un príncipe tan respetable como desgraciado (1), y llegaron á sospechar que Bacon Morris fué á la ciudad santa con esa mala intención. Estaba ya en Roma quince días cuando el gobernador le mandó llamar, y le dijo que le daba de tiempo veinticuatro horas para salir de Roma.—«Me iré al instante, le contestó el inglés, porque el aire que se respira aquí es nocivo para el hombre libre; pero deseo saber por qué me expulsan.—Me mandan que os haga salir de Roma, repuso el gobernador, porque se teme que atenteis á la vida del pretendiente.—Los ingleses peleamos contra los príncipes, los vencemos y los hacemos bajar del trono, le replicó Morris, pero no somos asesinos; y ahora decidme, señor gobernador: ¿desde cuándo creéis que estoy en Roma?—Desde hace quince días.—Pues hace quince días que hubiera matado al pretendiente si hubiera traído esa misión; y hé aquí lo que hubiera hecho: Hubiera levantado un altar consagrado á Mucio Scévola, y luego del primer tiro hubiera matado al pretendiente, que en la ceremonia se hubiera colocado entre vos y el Papa, y con el segundo tiro me hubiera suicidado; pero los ingleses no matamos á nuestros enemigos más que en las batallas. Adiós, señor gobernador.» Después de pronunciar estas palabras textuales, regresó á su domicilio y salió de la ciudad santa. En Roma, á pesar de ser el país de Mucio Scévola,

(1) El príncipe Carlos Eduardo.

la conducta del inglés pasó por un acto de ferocidad bárbara, en París por locura y en Londres por grandeza de alma.

Pocas reflexiones trato de hacer en este capítulo sobre el suicidio; no examinaré si el difunto M. Crech tuvo razón para escribir al margen de una obra: «*Nota bene*: cuando termine de escribir mi libro sobre Lucrecio, será preciso que me mate; ni examinaré tampoco si hizo bien de realizar esa resolución; tampoco escudriñaré los motivos que tuvo el anciano prefecto, el padre jesuíta Biennasses, para despedirse de nosotros por la noche, y al día siguiente por la mañana, después de decir misa, arrojarse á la calle desde un tercer piso. Lo único que me atreveré á decir con seguridad es que no debemos temer que la locura de matarse llegue á ser una enfermedad epidémica, porque contraría los deseos de la naturaleza, y porque la esperanza y el temor son dos agentes poderosos que utiliza aquélla para detener la mano del desgraciado que trata de privarse de la vida.

Es inútil que nos digan que ha existido algún país en el que se estableció un consejo para permitir á los ciudadanos que se mataran, cuando para obrar así tenían razones poderosas, porque yo contestaré, ó que eso no es verdad, ó que los magistrados de ese país estaban muy desocupados.

¿En qué consiste que Catón, Bruto, Casio, Antonio, Othon y otros se mataron resueltamente, y los jefes de nuestros partidos dejan que los ahorquen ó se resignan á pasar una vida miserable encerrados en una prisión? Algunos espíritus fuertes dicen que los antiguos carecían de verdadero valor; que Catón fué un mandria matándose y que hubiera manifestado mayor grandeza de alma arrastrándose á los pies de César; esto es bueno para decirlo en una oda, ó usando una figura retórica, porque es indudable que no carece de valor el que tranquilamente se mata, porque se necesita gran fuerza de voluntad para sobreponerse al instinto más poderoso de la naturaleza, y en una palabra, el suicidio es un acto que prueba más ferocidad que debilidad. Cuando un enfermo está frenético, no se puede decir que carece de fuerza; por el contrario, se debe decir que tiene la fuerza que le da el frenesí.

La religión de los paganos prohibió el suicidio lo mismo que la religión cristiana, y hasta tenía sitios destinados en los infiernos para los suicidas.

SUPERSTICIÓN

I

Oigo decir muchas veces: Estamos curados ya de supersticiones; la reforma del siglo XVI nos hizo más despreocupados y los protestantes nos han enseñado á vivir.

¿Qué es más que una superstición creer que la sangre de San Javier se derrite todos los años cuando la acercáis á su cabeza? ¿No sería preferible obligar á que se ganaran la vida diez mil holgazanes napolitanos, ocupándoles en trabajos útiles, que hacer hervir la sangre de un santo para divertirlos? Valía más que hicierais hervir su marmita.

¿Por qué bendecís aún en Roma los caballos y los mulos en Santa María la Mayor? ¿Por qué salen esas procesiones de flagelantes en Italia y en España, que van cantando y dándose disciplinazos á la vista del público? ¿Creen acaso que el paraíso se conquista á latigazos?

¿Esos pedazos de la verdadera cruz de Jesucristo, que si se juntaran bastarían para construir un buque de cien cañones; tantas reliquias que indudablemente son falsas, tantos falsos milagros, constituyen acaso monumentos de una devoción ilustrada?

Francia se vanagloria de ser menos supersticiosa que Santiago de Compostela y que Nuestra Señora de Loreto, y sin embargo os enseñan aún en muchas sacristías pedazos de la túnica de la Virgen, copas que contienen su leche, retazos de sus cabellos, y en la iglesia de Pui-en-Velai conservan cuidadosamente el prepucio de su hijo.

Todos los franceses conocen la abominable farsa que se representa desde principio del siglo XIV en la capilla de San Luis del palacio de París, en la noche del jueves al viernes santo. Todos los poseídos del reino se reúnen en dicha iglesia, y las convulsiones de San Medardo son insignificantes, comparadas con los horribles gestos, con los aullidos espantosos que lanzan esos desgraciados. Les dan á besar un pedazo de la verdadera cruz, montado en un trípode de oro y orlado de piedras preciosas, y entonces los poseídos redoblan los gritos y las contorsiones. Apaciguan al diablo dando algunas monedas á los energúmenos; pero para contenerlos mejor, hay en la iglesia cincuenta guardias que tienen calada la bayoneta en el fusil. La misma comedia execrable se representa en San Mauro, y pudiera presentaros otros veinte ejemplos semejantes; ruborizaos y corregíos.

Hay sabios que sostienen que se debe dejar que el pueblo tenga supersticiones, como á los niños les dejan los andadores, porque en todos los tiempos es aficionado á los prodigios, á los que dicen la buenaventura, á las peregrinaciones y á los charlatanes; que desde la más remota antigüedad se celebró la fiesta de Baco, salvado de las aguas, llevando cuervos haciendo saltar con un golpe de su vara un manantial de vino de un peñasco, pasando el mar Rojo á pie seco, con todo su pueblo, parando el sol y la luna, etc., etc.; que en Lacedemonia se conservaban los dos huevos que parió Leda, que tenían suspendidos de la bóveda de un templo; que en algunas ciudades de Grecia los sacerdotes enseñaban el cuchillo con el que inmolaron á Iphigenia, etc., etc. Hay otros sabios que dicen que ninguna de esas supersticiones produjo un bien á la humanidad, que muchas de ellas causaron grandes perjuicios, y que por lo tanto se deben abolir.

II

Suplico á mis lectores que se fijen en el milagro reciente que se verificó en la Baja-Bretaña, el año 1771 de la era vulgar. Es auténtico; está impreso y revestido de todas las formas legales. Leedlo, que es curioso.

El 6 de Enero de 1771, día de los Reyes, mientras se cantaba la salutación, vieron salir rayos de luz del Santo Sacramento, y apercibieron al instante á Nuestro Señor Jesús en su figura natural, más brillante que el sol, y le vieron durante una media hora, durante la que apareció un arco iris sobre el remate de la iglesia. Los pies de Jesús quedaron impresos en el tabernáculo, donde se ven todavía, y allí se verifican todos los días muchos milagros. A las cuatro de la tarde cuando desapareció Jesús de encima del tabernáculo, el cura de la parroquia se acercó al altar y encontró una carta que Jesús había dejado allí: quiso tomarla, pero le fué imposible moverla de su sitio. El cura y el vicario fueron en seguida á dar cuenta á monseñor el obispo de Treguier, el que mandó que se rezara en todas las iglesias de la ciudad las Cuarenta Horas durante ocho días, en los que el pueblo acudía á ver la carta santa. Al finalizar la octava, el obispo fué á la iglesia en procesión, acompañado de todo el clero secular y regular de la ciudad, después de haber ayunado tres días á pan y agua. En cuanto entró en la iglesia la procesión, el obispo se puso de rodillas en las gradas del altar, y después de pedir á Dios que le concediera la gracia de poder tomar la carta, subió al altar y la cogió sin dificultad: en seguida, volviéndose hacia al pueblo, la leyó en alta voz, recomendando á todos los que sabían leer, que la leyeran todos los primeros

viernes de cada mes, y á los que no sabían leer, que rezaran cinco *pater nosters* y cinco *ave-marías* en honor de las cinco llagas de Jesucristo para obtener la gracia prometida á los que la leyeran devotamente y la conservación de los bienes de la tierra. Las mujeres embarazadas debían rezar para tener feliz éxito nueve *pater nosters* y nueve *ave marías* por las almas del purgatorio para que sus hijos alcancen la dicha de recibir el santo sacramento del bautismo.

Todo lo contenido en esta relación lo aprobaron monseñor el obispo, el subteniente general de la citada villa de Treguier y muchos personajes que presenciaron el milagro.

*Copia de la carta encontrada en el altar cuando se apareció
Nuestro Señor Jesucristo al Santísimo Sacramento
del altar*

«Eternidad de vida, eternidad de castigos, una cosa ú otra es preciso escoger un partido; ó el de ir á la gloria, ó el de ir á suplicio. El número de años que los hombres pasan en el mundo en toda clase de placeres sensuales y de disoluciones, en el lujo, en el hurto, en la maledicencia y en la impureza, blasfemando y jurando por mi santo nombre en vano, y otros muchos delitos que cometen, no me permiten consentir más tiempo que las criaturas creadas á mi imagen y semejanza, que rescaté con mi propia sangre en el árbol de la cruz donde sufrí muerte y pasión, me ofendan continuamente quebrantando mis mandamientos y no haciendo caso de mi ley divina; por lo que os advierto que si continuáis viviendo entregados al pecado y no veo en vosotros remordimiento, ni contrición, ni arrepentimiento, os haré sentir el peso de mi brazo divino. Si no fuera por las súplicas de mi querida madre, ya hubiera destruído el mundo por los pecados que cometéis unos contra otros. Os dí seis días de trabajo y el séptimo para que descansarais, para que santificarais mi santo nombre, para que oyerais misa y para que emplearais el resto del día en servir á Dios mi padre. Y por el contrario, en los días de fiesta sólo se oyen blasfemias y sólo se ven hombres ebrios, y el mundo se ha desbordado de tal modo, que no hay en él más que vanidad y mentira. Los cristianos, en vez de tener compasión de los pobres que van á pedirles á la puerta de su casa, prefieren mimar á los perros y á otros animales y dejar que aquéllos se mueran de hambre y de sed, entregándose de este modo á Satanás por su avaricia, por su gula y por otros vicios, declarándome de este modo la guerra los cristianos; y vosotros, padres y madres inicuos, consintiendo que vuestros hijos juren y blasfemen de mi santo nombre, en vez de darles

buena educación, con vuestra avaricia estáis amontonando bienes que os arrebatará Satanás. Y os digo por boca de Dios, mi padre, por boca de mi madre, de los querubines y serafines y de San Pedro, jefe de mi Iglesia, que si no os corregís os enviaré enfermedades tan extraordinarias, que lo matarán todo y que os harán conocer la cólera de Dios mi padre. Abrid los ojos y contemplad mi cruz, que os dejé para que os sirviera de arma para vencer al enemigo del género humano y para que os sirviera de guía para conducirnos á la gloria eterna; contemplad mi corona de espinas, mis pies y mis manos clavadas, y medita que derramé hasta la última gota de mi sangre para redimiros, por el amor paternal que profeso á mis ingratos hijos. Haced obras que os atraigan mi misericordia; no juréis en vano por mi santo nombre; rezadme devotamente; ayunad con frecuencia, y sobre todo dad limosna á los pobres, que esta es para mí la más agradable de todas las obras buenas; consolad á la viuda y al huérfano; restituid lo que no os pertenezca; evitad todas las ocasiones de pecar; observad cuidadosamente mis mandatos, y honrad á María, mi querida madre.

«Los que no cumplan mis amonestaciones y no crean mis palabras se atraerán con su obstinación mi mano vengadora sobre sus cabezas, experimentarán desgracias interminables, precursoras del mal fin que tendrán en el mundo, que los precipitará en las llamas eternas, donde sufrirán penas interminables, que serán el justo castigo reservado para sus crímenes.

«Por el contrario, los que prudentemente sigan los consejos que les doy en esta carta, apaciguarán la cólera de Dios y conseguirán, después de haber confesado sinceramente sus faltas, la remisión de todos sus pecados por graves que sean.»

Debe cuidadosamente conservarse esta carta en honor de Nuestro Señor Jesucristo.

Con licencia. En Bourges, 30 de Julio de 1771. *De Beauvoir*, lugarteniente general de policía.

N. B.—Hay que observar que semejante tontería se imprimió en Bourges, sin haber allí, ni en Treguier ni en Paimpole el menor pretexto para inventar semejante importura. Suponiendo que en los siglos venideros exista algún rebuscador de milagros que trate de probar algún punto de teología con la aparición de Jesucristo en el altar de Paimpole, ¿no se creará con derecho á citar la carta de Jesús que se imprimió en Bourges con real permiso? ¿No se creará con derecho á tratar de impíos á los que duden de su autenticidad? No probará con hechos que Jesús hacía milagros en todas partes en el siglo XVIII? He aquí un vasto campo que pueden explotar los Hauttevilles y los Abbadías.

III

El supersticioso es el bribón lo que el esclavo es al tirano. El supersticioso se deja gobernar por el fanático y acaba por serlo también. La superstición nació en el paganismo, la adoptó el judaísmo é infectó la Iglesia cristiana de los primitivos tiempos. Todos los padres de la Iglesia, sin excepción alguna, creyeron en el poder de la magia. La Iglesia condenó siempre la magia, pero creyó en ella, y no excomulgó á los hechiceros como locos que se equivocaban, sino como hombres que tenían trato real con el diablo.

Hoy la mitad de Europa cree que la otra mitad fué durante mucho tiempo supersticiosa, y lo es todavía. Los protestantes consideran las reliquias, las indulgencias, las maceraciones, rezar por los muertos, el agua bendita y casi todos los ritos de la Iglesia romana como locuras supersticiosas. Según ellos, la superstición consiste en creer que esas prácticas inútiles son prácticas necesarias. Entre los católicos romanos hay ya muchos que son más ilustrados que sus antepasados y que han renunciado á muchos de esos usos que antiguamente eran sagrados.

Es difícil marcar los límites de la superstición. El francés que viaja por Italia encuentra allí mucha superstición, y no se equivoca. El arzobispo de Catorbery opina que el arzobispo de París es supersticioso; los presbiterianos dicen que tiene ese defecto el obispo de Cantorbery, y los tratan de supersticiosos los quákeros, que es la secta más supersticiosa para los demás cristianos.

No están acordes las sociedades cristianas en lo que es la superstición. La secta que parece menos atacada de esa enfermedad del espíritu es la que tiene menos ritos; pero si teniendo pocas ceremonias se obceca en una creencia absurda, la creencia absurda equivale á todas las prácticas supersticiosas que se han observado desde Simón el Mago hasta el cura Gauffridi (1). Es, pues, evidente que el fondo de la religión de una secta es lo que toman por superstición las demás sectas.

Los musulmanes acusan de este defecto á todas las sociedades cristianas, y estas los acusan á ellos. ¿Quién decidirá ese gran proceso? No será la razón, porque cada una de las sectas pretende tenerla; será pues la fuerza la que juzgue, hasta que llegue el día en que la razón penetre en suficiente número de cabezas para poder desarmar la fuerza.

(1) Véase en las *Historias trágicas de nuestro tiempo* (1666) que escribió Rousset, el cap. titulado *Horrible y espantosa hechicería* de Luis Gauffridi.

Por ejemplo, hubo un tiempo en la Europa cristiana en el que no se permitía á los recién casados disfrutar de los derechos del matrimonio sin haber comprado este derecho al obispo ó al cura. El que en su testamento no dejaba parte de sus bienes á la Iglesia, sufría la excomunión y le privaban de sepultura eclesiástica, y cuando un cristiano moría intestado, la Iglesia le libraba de la excomunión, haciendo testamento por él y dejándose á sí misma los legados piadosos que el difunto la hubiera dejado si hubiera hecho testamento. Por eso el Papa Gregorio IX y San Luis dispusieron en 1235 que todo testamento que se hiciera sin la presencia de un sacerdote fuera nulo, y el Papa decretó que el testador y el notario fueran excomulgados.

La tasa de los pecados fué todavía más escandalosa si cabe. La fuerza sostenía todas esas leyes, á las que estaba sometida la superstición de los pueblos, y únicamente con el transcurso del tiempo la razón hizo abolir esas vergonzosas vejaciones, aunque dejando otras en pie.

¿Hasta qué punto la política puede permitir que se arruine la superstición? Esta cuestión es muy difícil de resolver; equivale á preguntar hasta qué punto debe pincharse á un hidrópico, que puede morir en la operación. Esto depende de la prudencia del médico.

Preguntar si puede existir un pueblo que esté libre de todos los prejuicios supersticiosos, es lo mismo que preguntar si puede existir un pueblo de filósofos. Dícese que carece de supersticiones la magistratura de la China. Es muy probable que queden algunas en la magistratura de muchas ciudades de Europa. ¿Siendo de ese modo, los magistrados del celeste imperio podrán impedir que sea peligrosa la superstición del pueblo? El ejemplo de esos magistrados no ilustrará á la caualla, pero los principales habitantes del país la contendrán. Quizás no hubo un solo tumulto, ni un solo atentado religioso del que antiguamente no fuera cómplice la clase media, pero es porque entonces esa clase era canalla; pero los adelantos de la civilización la hicieron ilustrar, y suavizando sus costumbres, suavizaron también las del más feroz populacho; y en una palabra, cuando hay menos supersticiones, hay menos fanatismo, y cuando hay menos fanatismo hay menos desgracias.

SUPLICIOS

I

Volvemos á repetir que ahorcar á los hombres no sirve para nada. Probablemente algún verdugo, tan charlatán como cruel,

hizo creer á los imbéciles de su barrio que la grasa del ahorcado curaba la epilepsia.

Cuando el cardenal de Richelieu fué exprofeso á Lyon para tener el gusto de mandar que ejecutaran á Cinq-Mars y á De-Thou, supo que el verdugo se había roto una pierna, y dijo al canciller Seguier que era una desgracia no poder disponer de verdugo. Confieso que son deplorables esas palabras, y que fueron el florón que le faltaba á su corona. Encontró por fin á un anciano que se prestó á desempeñar ese oficio y que cortó la cabeza al inocente y sabio De-Thou, costándole dar doce sablazos. ¿Qué necesidad había de causar esa muerte? ¿Qué bien podía reportar el asesinato jurídico del mariscal de Marillac?

Si el duque Maximiliano de Sully no hubiera comprometido al rey Enrique IV á mandar la ejecución del mariscal de Biron, que había recibido muchas heridas en su servicio, quizás Enrique IV no hubiera sido asesinado; quizás perdonándole, después de sentenciado á muerte, hubiera calmado la irritación de la Liga, y ésta no se hubiera atrevido á gritar á los cidos del pueblo: El rey protege á todos los herejes y maltrata á los buenos católicos, es un avaro y un viejo lascivo, que á los cincuenta y siete años está enamorado de la joven princesa de Condé, lo que obligó á ésta y á su marido á huir del reino: esas llamas del descontento universal no hubieran encendido el cerebro del fanático Ravailac.

Preciso es convenir en que no es humano ni razonable ni útil la cruel costumbre, que se llama *justicia*, de quitar la vida al hombre por haber robado un escudo á su señor, de quemarlo como á Simón Morín, porque dijo que tuvo conversaciones con el Espíritu Santo, ó como al loco jesuíta Malagrida, por haber impreso las entrevistas que la Virgen María tuvo con su madre Santa Ana, estando todavía en el vientre de ésta.

No comprendemos qué ventajas puede sacar el Estado de la muerte de un pobre hombre, que se llamaba Santiago Riquet, que era sacerdote y que cenando en un convento con muchos frailes profirió palabras insensatas; lo ahorcaron, en vez de purgarle y de sangrarle. No comprendemos tampoco que fuera necesario que otro loco, que estaba con los guardias de su cuerpo y que se hizo algunas ligeras rajaduras con un cuchillo, como algunos charlatanes, para conseguir recompensa fuese también ahorcado por decreto del Parlamento. ¿Cometió algún delito? ¿Corría algún peligro la sociedad dejando vivir á ese hombre?

¿Era también necesario que cortaran la mano y la lengua al caballero de La Barre, que le hicieran sufrir el potro ordinario y extraerdonario y que lo quemaran vivo? ¿De qué crimen le acusaban? ¿Asesinó á su padre y á su madre? ¿Temían que incendiara la ciudad? Nada de eso: le acusaban de haber cometi-

do algunas irreverencias, pero tan secretamente, que ni siquiera las enumeró la sentencia. Le acusaban de haber cantado una canción antigua que nadie conocía y de haber visto pasar de lejos una procesión de capuchinos sin haberla saludado.

Ciertos pueblos necesitan el placer de matar á su prójimo practicando ceremonias, como dice Boileau, y para ellos hacerle sufrir tormentos espantosos es una diversión muy agradable. Esos pueblos viven en el grado cuarenta y nueve de latitud. Esta es precisamente la posición que ocupan los iroqueses. Debemos esperar que se civilicen un día, porque siempre hay en esas naciones bárbaras dos ó tres mil personas de mayor capacidad y de gusto más delicado, que al fin conseguirán civilizar á las demás.

Me atrevería á preguntar á los que son aficionados á levantar borcas y cadalsos, á encender hogueras y á matar á los hombres disparándoles arcabuces, si creen que están viviendo en tiempos de hambre y matan de ese modo á sus semejantes por miedo de que no haya alimento para todo el mundo.

Me asusté un día leyendo la lista de los desertores que hubo durante ocho años, y que ascendieron hasta sesenta mil en Francia. Sesenta mil compatriotas, á los que era preciso matar al son del tambor, y con los que se hubiera podido conquistar una provincia si los hubieran tratado bien y les hubieran dado el necesario alimento.

Preguntaría también á los aficionados á matar á los hombres, si en sus países no hay que construir grandes y pequeños caminos, si no hay terrenos incultos que cultivar y si los ahorcados y arcabuceados pueden prestarles esos servicios; y no se lo preguntaré en nombre de la humanidad, sino en nombre de la utilidad; pero por desgracia no atienden algunas veces ni á una ni á otra. Cuando Beccaria mereció los aplausos de Europa por haber demostrado que las penas deben ser proporcionadas á los delitos, pronto apareció entre los iroqueses un abogado, que sobornó un sacerdote, y que sostuvo que torturar, ahorcar y quemar en todos los casos era siempre lo mejor.

II

En Inglaterra, más que en ningún otro país, ha predominado la idea de degollar á los hombres con la supuesta espada de la ley. Sin ocuparnos del número prodigioso de señores de sangre real, de pares del reino, de ciudadanos ilustres que perecieron en el cadalso de la plaza pública, basta que nos fijemos en los suplicios de la reina Ana Bolena, de la reina Catalina Howard, de la reina Juana Gray, de la reina María Stuardo y del rey

Carlos I, para justificar al que dijo que la historia de Inglaterra debía haberla escrito el verdugo.

Después de esa nación, se cree que Francia es el país donde hubo más suplicios. No me ocuparé del de la reina Bruchant, porque no lo creo: pasará á través de mil cadalsos, y me detendré en el del conde Montecuculli, que fué descuartizado en presencia de Francisco I y de toda la corte, porque el delfín Francisco había muerto de una pleuresía. Este acontecimiento sucedió el año 1536. Carlos V, vencedor en todas partes en Europa y en Africa, desolaba la Provenza y la Picardía. Durante esta campaña, que empezó ventajosamente para él, el delfín, que tenía dieciocho años, se sofocó jugando á la pelota en la pequeña ciudad de Tournon; estaba sudado, bebió agua helada y murió de pleuresía á los cinco días.

La corte y Francia entera dijeron que el emperador Carlos V había hecho envenenar al delfín. Esta acusación, tan horrible como absurda, corrió de boca en boca, y se ha repetido hasta en nuestros días. El poeta Malherbe la refiere en una de sus odas; el historiador Daniel no disculpa de ese cargo al emperador, y Henault dice en su *Compendio*: «El delfín Francisco murió envenenado.» De ese modo los escritores se copian unos á otros. Por fin, Galliard, autor de la *Historia de Francisco I*, se atreve, como yo, á discutir este hecho.

Verdad es que el conde de Montecuculli, que estaba al servicio del delfín, sufrió la condena de ser descuartizado, por culpable de haber envenenado al referido príncipe. Los historiadores dicen que Montecuculli era su copero, pero los delfines no tenían á su servicio esta clase de empleados; suponiendo que los tuviera, ¿cómo ese gentil-hombre hubiera podido poner en el acto un veneno en el vaso de agua fresca? ¿Llevaría siempre veneno en su bolsillo para utilizarlo en el momento en que su señor le pidiera de beber? Además, no estaba sólo con el delfín cuando salió sudando del juego de pelota. Los cirujanos que hicieron la autopsia del cadáver, se cree que dijeron que el príncipe había tomado arsénico. Si lo hubiera tomado, al tragarlo, hubiera sentido en la garganta dolores insoportables; el agua hubiera adquirido cierto color, y no hubieran tratado su enfermedad de pleuresía. Los cirujanos eran tan ignorantes que dirían lo que quisieron que dijeran; esto sucede muchas veces.

¿Qué interés podía tener el referido gentil-hombre en envenenar á su señor? ¿De quién podía esperar conseguir mejor fortuna? Añaden á esto que tenía también la intención de envenenar al rey; pero esto también es improbable, porque ¿quién debía pagarle ese doble crimen? Contestan que Carlos V; esta improbabilidad es mayor todavía. ¿Si el emperador tenía esa idea, por qué había de empezar á realizarla privando de la vida

á un joven de dieciocho años, que por otra parte tenía además dos hermanos? ¿Cómo había de llegar hasta el rey, cuya mesa no servía Montecuculli? Nada podía ganar Carlos V matando al delfín, que nunca había sacado la espada, y que hubiera tenido vengadores. Era ese un crimen vergonzoso é inútil. ¿No temía al padre, que era el caballero más bravo de la corte, y podía temer al hijo, que acababa de salir de la infancia?

Se nos objeta que Montecuculli, en un viaje que hizo á Ferrara, que era su patria, fué presentado al emperador; que éste le pidió noticias respecto á la magnificencia de la mesa del rey y respecto al orden que reinaba en su casa; pero esto no prueba que Carlos V comprometiera á Montecuculli á envenenar á la familia real.

Contestan á esto que personalmente el emperador no le comprometió á realizar este crimen, sino sus generales Antonio de Leiva y el marqués de Gonzaga. Antonio de Leiva, que tenía ochenta años y era uno de los caballeros más virtuosos de Europa, ¿hubiera cometido la indiscreción de proponer esos delitos de común acuerdo con el príncipe de Gonzaga? Añadís que Montecuculli así lo declaró á sus jueces. ¿Habéis visto acaso las piezas originales de su proceso?

Alegáis además que ese infortunado era químico, y estas son vuestras únicas pruebas y la única razón por la que sufrió el más horrible de los suplicios. Como era italiano, era químico; como odiabais á Carlos V, os vengabais vergonzosamente de su gloria. Descuartizasteis á un hombre por simples sospechas, alentados con la vana esperanza de deshonar á un emperador demasiado poderoso.

Algún tiempo después, siempre por sospechas, acusasteis de este envenenamiento á Catalina de Médicis, esposa del delfín Enrique II, que luego fué rey de Francia. Dijísteis que por reinar mandó envenenar al primer delfín, que se interponía entre el trono y su esposo. ¡Sois unos impostores! Ni siquiera tuvisteis presente que Catalina de Médicis tenía entonces diez y siete años.

Para no contradeciros de un modo tan terminante, os atrevisteis á inventar que Carlos V imputó ese envenenamiento á Catalina de Médicis, y para probarlo citáis al historiador Vera; pero estáis equivocados, porque no dice semejante cosa ese historiador. He aquí sus palabras (1):

«En este año había muerto en París el delfín de Francia con señales de veneno. Atribuyéronlo los suyos á diligencia del marqués del Basto y Antonio de Leiva, y costó la vida al conde

(1) Página 166, edición de Bruselas del año 1656, un tomo en 4.º

de Montecuculli, francés con quien se correspondían: indigna sospecha de tan generosos hombres é inútil, puesto que con matar al delfín se granjeaba poco, porque no era nada valeroso, ni sin hermanos que le sucediesen. Brevemente se pasó de esta presunción á otra más fundada: que había sido la muerte por orden de su hermano el duque de Orlieus, á persuasión de Catalina de Médicis su esposa, ambiciosa de llegar á ser reina, como lo fué. Y nota bien un autor, que la muerte desgraciada que tuvo después este Enrico, ia permitió Dios en castigo de la alevosa que dió (si la dió) al inocente hermano: costumbre más que medianamente introducida en príncipes, deshacerse á poca costa de los que por algún camino los embarazan; pero siempre son visiblemente castigados de Dios.»

Como acabamos de ver, Vera no es un Tácito. Además cree que Montecuculli, ó Montecuculo, como él le llama, es francés. Dice que el delfín murió en París y murió en Tournon. Dice que su muerte se debió al veneno, tomando este dato de la voz pública; pero no sólo atribuye á los franceses la acusación contra Catalina de Médicis de haber cometido el delito; y esta acusación es tan injusta y tan extravagante como la de Montecuculli.

Resulta de todo esto que esa ligereza particular, que es peculiar de los franceses, produjo en todos los tiempos catástrofes muy funestas. Desde el suplicio injusto de Montecuculli, hasta el de los templarios, mediaron una serie de suplicios atroces, fundados en las más frívolas presunciones. Han corrido en Francia arroyos de sangre, porque la nación es casi siempre poco reflexiva y demasiado súbita para juzgar.

Digamos una palabra del necio placer que los hombres, y sobre todo los hombres débiles, sienten secretamente en hablar de suplicios, como lo tienen en hablar de milagros y de sortilegios. En el *Diccionario de la Biblia* de Calmet hay muchos grabados de los suplicios con que castigaban los hebreos; y esos grabados hacen estremecer á todos los hombres sensibles. Aprovechemos esta ocasión para decir que ni los judíos ni ningún otro pueblo crucificaron con clavos y que no puede presentarse ni un solo ejemplo de esto. Eso fué idea de algún pintor, fundada en una opinión errónea.

III

Hombres sabios que estáis esparcidos por todo el mundo, propagad con todas vuestras fuerzas el aforismo legal del sabio Beccaria que las penas deben proporcionarse á los delitos, porque si matan á un joven de veinte años, que está al servicio del rey, por haber pasado seis meses al lado de su madre ó de su prometida, en vez de estar en el regimiento, ya no podrá servir á

la patria; porque si aborzáis á una criada joven por haber robado doce servilletas á su señora, la imposibilitáis para que, andando el tiempo, pueda dar doce hijos que sirvan al Estado, y porque no hay ninguna proporción entre robar doce servilletas y perder la vida.

Que los jueces y los legisladores sean responsables de la muerte de todos los hijos que las doncellas seducidas abandonan ó privan de la vida, temiendo descubrir su falta. Sobre esto voy á referiros lo que acaba de suceder en la capital de una poderosa república, en Ginebra, que á pesar de ser tan ilustrada, tiene la desgracia de conservar algunas leyes bárbaras de los tiempos antiguos y salvajes, que dicen que son los tiempos de las buenas costumbres.

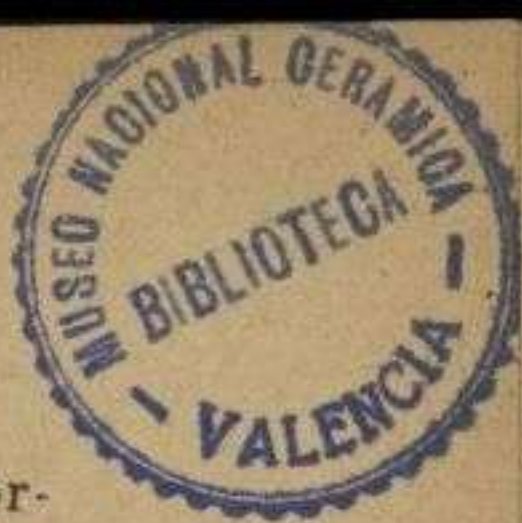
Encontraron en las afueras de dicha capital un niño recién nacido y muerto, y sospechando que era su madre una joven soltera, la encerraron en un calabozo, la interrogaron, y ella se defendió diciendo que no podía ser la madre de aquel niño, porque estaba embarazada; hicieron que las reconocieran algunas comadronas, que fueron tan imbéciles que aseguraron que no estaba embarazada, y que reteniendo las evacuaciones había conseguido que se le hinchara el vientre. Amenazaron á la desventurada con darle tormento, y esta idea le causó un miedo tan horrible, que la trastornó, haciéndola confesar que había dado muerte á su supuesto hijo, y la sentenciaron al último suplicio; pero por fortuna parió cuando estaban leyéndole la sentencia, y sus jueces aprendieron entonces que no se debe pronunciar con ligereza ninguna sentencia de muerte.

No voy á ocuparme de la multitud de suplicios, en los que los fanáticos imbéciles hicieron morir á otros muchos imbéciles fanáticos, aunque pudiera extenderme mucho en este punto.

T

TABACO

Tabaco, sustantivo masculino. El año 1560 se dió este nombre á una hierba que acababan de descubrir en la isla de Tabago. Los naturales de la Florida la llamaban *petun*, y en Francia la llamaron nicotina. Tomó esta denominación de Juan Nicot, que nació en Nimes en 1530 y murió en París el 5 de



Mayo de 1600, y que siendo embajador de Francisco II en Portugal, envió la semilla del *petun* á Catalina de Médicis y cuando regresó de Portugal le llevó una planta. El tabaco también se llama en Francia *hierba de la reina*. Hay muchas clases de tabaco, y cada una de ellas toma el nombre ó del sitio donde crece dicha planta, ó del sitio donde se prepara, ó del país de donde sale dicha mercancía.

TASA

El Papa Pío II, en una epístola dirigida á Juan Peregál, confiesa que la curia romana nada da sin dinero, que hasta la imposición de las manos y los dones del Espíritu Santo se venden en ella, y que sólo concede á los ricos la remisión de los pecados:

Antes que él, San Antonino, arzobispo de Florencia, había ya notado que en la época de Bonifacio IX, que murió el año 1404, la curia romana estaba tan manchada de simonía que los beneficios los confería menos al mérito que á los que entregaban dinero. Añade que dicho Papa llenó el cielo de indulgencias plenarias, y que las iglesias pequeñas en los días de fiesta las obtenían por un precio muy módico.

Theodorico de Mien (1), secretario de dicho pontífice, nos manifiesta que Benifacio IX envió colectores á varios reinos para que vendieran indulgencias á los que les ofrecieran la cantidad que hubieran tenido que gastar haciendo el viaje á Roma para conseguirlas; y estos colectores perdonaban los pecados á los que los confesaban hasta sin hacer penitencia, dispensándoles por dinero de toda clase de irregularidades, diciéndoles que en esta materia poseían todo el poder que Jesucristo concedió á San Pedro para atar y desatar en el mundo.

Es más singular todavía que se tasara el precio de cada crimen en una obra latina que se imprimió en Roma por orden de León X el 18 de Noviembre de 1514, en casa de Marcelo Silber, cuya obra lleva por título: *Tasas de la sagrada cancellería y de la sagrada penitenciaria apostólica*.

Hubo varias ediciones de dicho libro, y una de ellas se hizo en París el año 1520 con privilegio del rey para tres años, y lleva en el frontispicio las armas de Francia y las de la casa de Médicis, á la que pertenecía León X. Hé aquí lo que sin duda hizo que se equivocara el autor del *Cuadro de los papas* y atribuir á León X la invención de esas tasas, que Poliodoro, Virgilio y el cardenal Ossat dicen que se establecieron durante el papado de Juan XXII, en el año 1320.

(1) Libro I del *Cisma*, cap. LXVIII.

La curia romana, transcurriendo el tiempo, se avergonzó de haber publicado dicho libro, que suprimió hasta donde le fué posible y lo hizo insertar en el índice expurgatorio del Concilio de Trento, suponiendo falsamente que los herejes lo habían corrompido.

Verdad es que Antonio Dupinet imprimió en Lyon en 1564 un extracto en 8.º de dicho libro con el siguiente título: *Tasas de todo lo que se compone la tienda del Papa, en latín y en francés, con anotaciones tomadas de los decretos, concilios y cánones antiguos y modernos para comprobar la disciplina que antiguamente observó la Iglesia.* Aunque el citado autor no advirtiese que su obra sólo es un compendio de la otra, se vería que no sólo no trata de corromper el original, sino que trata de poner de relieve algunos rasgos odiosos, como el que está inserto en la página 23 de la edición de París, que dice: «Fijaos en que esa clase de gracias y de dispensas no se conceden á los pobres, porque como carecen de medios no pueden ser consolados.»

La absolución, dice Dupinet, se tasa en cinco carlinos para el que conoció carnalmente á su madre, á su hermana, á cualquier otro pariente ó aliado ó á su comadre de bautismo. La tasa para ser absuelto el que desflora á una doncella es de seis carlinos. La absolución para el que revela el secreto de la confesión de algún penitente está tasada en siete carlinos. La absolución para el que mató á su padre, á su madre, á su hermano, á su hermana, á su mujer ó á cualquier otro pariente ó aliado que sea laico, está tasada en cinco carlinos; si el muerto fuera eclesiástico, el homicida se verá obligado á visitar los santos lugares.

La absolución, continúa diciendo Dupinet, por cualquier acto injurioso que cometa un clérigo, ya con una monja, dentro ó fuera del claustro, ya con sus parientes y aliados, ya con su hija espiritual, ya con cualquier otra mujer, cuesta seis torneses y tres ducados.

La absolución del sacerdote que mantiene una concubina, está tasada en veintiún torneses, cinco ducados y seis carlinos.

La absolución de un laico por toda clase de pecados de la carne, se da en el foro de la conciencia por seis torneses y dos ducados.

La absolución de un laico por el crimen de adulterio, cuesta cuatro torneses; si comete adulterio é incesto, tiene que pagar seis torneses por cada cabeza. Si además de esos crímenes se pide la absolución por el pecado de bestialidad, tiene que pagar el que la pide noventa torneses, diez ducados y seis carlinos; pero si sólo pide la absolución del crimen de la bestialidad, no le costará más que treinta y seis torneses y nueve ducados.

La mujer que haya tomado un brebaje para abortar, ó el

padre que se lo haga tomar, pagará cuatro torreses, un ducado y ocho carlinos, y si es extranjero, el que le haya dado el brebaje para abortar, pagará cuatro torneses, un ducado y cinco carlinos.

El padre ó madre, ó cualquier otro pariente que ahogara á un niño, tienen que pagar cuatro torneses, un ducado y ocho carlinos, y si lo mataran el marido y la mujer, pagarán seis tornesas y dos ducados.

La tasa que fija la Dataría para contraer matrimonio fuera de las épocas permitidas, es de veinte carlinos; y en los tiempos en que se permite, si los contrayentes tienen parentescos de segundo ó tercer grado, deben pagar veinticinco ducados y cuatro por la expedición de las bulas, y si son parientes en cuarto grado, pagan siete torneses, un ducado y seis carlinos.

Dispensar del ayuno á un laico en los días de vigilia que marca la Iglesia y darle permiso para comer queso, cuesta veinte carlinos. El permiso de comer carne y huevos los días en que se prohíbe, está tasado en doce carlinos.

La absolución del apóstata y del vagabundo que desea volver al gremio de la Iglesia, cuesta doce torneses, tres ducados y seis carlinos.

La absolución y la rehabilitación del que es culpable de sacrilegio, de robo, de incendio ó de perjurio, está tasada en treinta y seis torneses y nueve ducados.

Para cambiar las cláusulas de un testamento, la tasa ordinaria es de duce torneses, tres ducados y seis carlinos.

El permiso de cambiar el nombre propio cuesta nueve torneses, dos ducados y nueve carlinos; y para cambiar el apellido y la firma se ha de pagar seis torneses y dos ducados.

El permiso de tener un altar portátil para una sola persona, está tasado en diez carlinos, y el de poder tener una capilla en casa, por estar lejos de la parroquia, y para poder tener pila bautismal y capellanes, cuesta treinta carlinos.

El permiso para transportar mercancías una ó muchas veces á país de infieles, y traficar y vender las mercancías sin estar obligados á sacar permiso de los señores temporales, sean éstos reyes ó emperadores, está tasado en veinticuatro torneses y seis ducados.

Este permiso, que suplía al de los señores temporales, es otra prueba de las pretensiones de los papas, de las que detalladamente nos ocupamos en el artículo titulado *Bula*. Por otra parte sabemos que todas las expediciones de beneficios se pagan aún en Roma, sujetándose á la referida tasa; y esta carga, en último lugar, vienen á pagarla los laicos con las imposiciones que el clero subalterno les exige. Sólo nos ocuparemos en este artículo de los derechos que se pagan por los casamientos y por las sepulturas.

Un decreto del Parlamento de París del 19 de Mayo de 1409 que se publicó á instancias de los habitantes de Abbeville, ordena que todos los maridos podrán acostarse con sus mujeres inmediatamente después de la celebración del matrimonio, sin esperar el permiso del obispo de Amiens y sin pagar el derecho que exigía dicho prelado para levantar la prohibición que impuso de no consumir el matrimonio durante las primeras noches de la boda. Los frailes de San Esteban de Nevers fueron también privados de este derecho por otro decreto del Parlamento de 27 de Septiembre de 1591. Algunos teólogos sostienen que este derecho se fundaba en el cuarto Concilio de Cartago, que mandó que era indispensable la bendición matrimonial; pero como ese Concilio no disponía que pudiera eludirse esa prohibición pagando, es más verosímil que esa tasa fuera la continuación de la costumbre infame que concedía á ciertos señores la primera noche de sus vasallas que se casaban.

TEOCRACIA

(Gobierno de Dios ó de los dioses)

Fácil es que esté yo equivocado como lo están la mayoría de los hombres; pero creo que los pueblos que cultivaron las artes se sometieron todos á la teocracia. Exceptúo siempre á los chinos que aparecieron sabios desde que constituyeron una nación, porque carecieron siempre de supersticiones en cuanto la China fué un reino. Es una lástima que empezando de ese modo se hayan estacionado desde hace muchísimo tiempo en todas las ciencias. Parece que hayan recibido de la naturaleza gran cantidad de buen sentido y cantidad muy insignificante de industria; pero en cambio ésta se desarrolló primero que la nuestra.

Los japoneses, sus vecinos, cuyo origen casi nos es desconocido, fueron indudablemente gobernados por la teocracia. Los primeros soberanos que les conocemos fueron los dairis, los grandes sacerdotes de sus dioses; esta teocracia está comprobada. Esos sacerdotes reinaron despóticamente cerca de mil ochocientos años. A mitades del siglo XII, un capitán, un imperator, dividió con ellos la autoridad, y en el siglo XVI los capitanes la absorbieron por completo y la han conservado hasta nuestros días. Los dairis se quedaron siendo jefes de la religión: ayer fueron reyes, hoy son santos; dirigen las fiestas y confieren los títulos sagrados.

Los bramanes en la India constituyeron durante mucho tiempo el poder teocrático, ó lo que es lo mismo, alcanzaron el poder soberano en nombre de Brama, hijo de dios, y en el aba-

timiento en que se encuentran hoy, creen tener todavía ese carácter indeleble. He aquí las dos grandes teocracias más comprobadas.

Los sacerdotes de Caldea, de Persia, de Syria, de Fenicia y de Egipto eran tan poderosos, tenían tanta participación en el gobierno, conseguían que el incensario sobrepusiera tanto al cetro, que puede asegurarse que el imperio de todos esos pueblos se lo repartían la teocracia y la monarquía.

El gobierno de Numa Pompilio fué visiblemente teocrático. Cuando un rey dice: Os traigo estas leyes de parte de los dioses y un dios es el que os habla, entonces, dios es el rey, y el que habla por boca de éste no es más que su representante.

En el país de los celtas, que sólo tenían jefes elegibles, pero no reyes, los druidas y las hechiceras lo gobernaban todo; pero no me atrevo á llamar teocracia á la anarquía de aquellos salvajes.

La pequeña nación judía sólo merece que la consideremos políticamente por la prodigiosa revolución que sucedió en el mundo de la que ella fué la causa. Examinemos únicamente la historia de ese pueblo extraño. Tuvo un conductor que debió guiarle en nombre de Dios á la Fenicia, que ellos llaman Canaán. El camino era recto y seguido desde Gosen hasta Tyro, y no ofrecía ningún peligro á los seiscientos treinta mil combatientes, que llevaban al frente á un general como Moisés, que, según dice Flavio Josefo, había vencido ya á un ejército de etíopes y á un ejército de serpientes (1).

En vez de tomar Moisés ese camino, que era corto y bueno, les condujo desde Ramesses á Baal-Sephon, que es el camino opuesto, que está en medio de Egipto, yendo en derechura hacia el Sur. Pasa el mar, y camina durante cuarenta años por soledades horribles, en las que no se encuentra ni una fuente, ni un árbol, ni un campo cultivado, en las que no hay más que arena y peñascos. Es evidente que sólo Dios por un milagro podía hacer que los judíos tomaran ese camino y sostenerlos en su largo viaje por medio de milagros continuos. El gobierno judío fué entonces una verdadera teocracia, á pesar de que Moisés no era pontífice y de que Aarón, que lo era, no fué jefe ni legislador.

Desde entonces ya no reinó allí ningún pontífice: Josué, Jephthé, Sansón y los demás jefes del pueblo, excepto Elías y Samuel, no fueron sacerdotes. La república judía, reducida con frecuencia á la esclavitud, fué más anárquica que teocrática.

En la época de los reyes de Judá y de Israel aquel país pasó por una larga serie de asesinatos y de guerras civiles; sólo inte-

(1) Flavio Josefo, libro II, cap. V.

rrumpieron sus calamidades la extinción completa de diez de sus tribus, la esclavitud de las dos restantes, y la ruina de la ciudad, que se verificó enseñoreándose de ella el hambre y la peste. No puede decirse que hubo en ella un gobierno divino.

Cuando los esclavos judíos regresaron á Jerusalén, quedaron sometidos al rey de Persia, al conquistador Alejandro y á sus sucesores. Es de creer que entonces Dios no reinaba inmediatamente sobre dicho pueblo; poco tiempo después de la invasión de Alejandro, el pontífice Juan asesinó á su hermano el sacerdote Jesús en el templo de Jerusalén, como Salomón había asesinado á su hermano Adonías en el altar.

La administración era todavía menos teocrática cuando Antíoco Epiphano, rey de Syria, se valió de muchísimos judíos para castigar á los que consideraba rebeldes, y prohibió que circuncidaran á sus hijos bajo pena de muerte; hizo que sacrificaran cerdos en su templo, que quemaran las puertas y que destruyeran el altar. Matatías peleó contra él al frente de algunos ciudadanos, pero no llegó á ser rey. Su hijo Judas Macabeo, que creían que era el Mesías, murió después de hacer esfuerzos gloriosos.

A guerras tan sangrientas sucedieron las guerras civiles. Los jerosolimitas destruyeron á Samaria, que al poco tiempo reedificaron los romanos, poniéndole el nombre de Sebasta. En medio de aquel caos de revoluciones, Aristóbulo, que pertenecía á la raza de los Macabeos, que era hijo de un gran sacerdote, se proclamó rey quinientos años después de las ruinas de Jerusalén. Hizo señalado su reinado, imitando á algunos sultanes turcos, degollando á su hermano y matando á su madre. Le imitaron sus sucesores, hasta que llegó la hora de que los romanos castigaran á todos aquellos bárbaros. Nada de todo esto es teocrático.

Si hay algo que dé la idea de lo que es la teocracia, debemos convenir en que ese algo es el pontificado de Roma que se ejerce en nombre de Dios, y cuyos vasallos viven en paz. Desde hace mucho tiempo el Thibet goza de estas mismas ventajas bajo el imperio del gran lama; pero eso es el error grosero que quiere copiar á la verdad sublime. Los primeros incas creían descender del sol en línea recta, establecieron una teocracia, y todo se hacía allí en nombre del sol.

La teocracia debía conocerse en todas partes, porque todos los hombres, desde el príncipe hasta el titiritero, debían obedecer las leyes naturales y eternas que Dios les dictó.

TEOLOGÍA

La teología es el estudio y no la ciencia de Dios y de las cosas divinas; hubo teólogos entre todos los sacerdotes de la antigüedad, esto es, filósofos que, dejando abandonadas al vulgo todas las exterioridades de la religión, pensaban de un modo más sublime respecto á la Divinidad y al origen de las fiestas y de los misterios, y guardaban estos secretos para ellos y para los iniciados. En las fiestas secretas de los misterios eleusinos representaban el caos y la formación del universo, y el jerofante cantaba este himno: «Desterrad los prejuicios que os desviarían del camino de la vida inmortal, á la que aspiráis; elevad vuestros pensamientos hacia la naturaleza divina; pensad que vais caminando en presencia del Señor del universo, en presencia del Sér único, que existe por sí mismo.» De modo que en la fiesta de la autopsia no reconocían más que á un solo Dios.

Todo era misterio en las ceremonias de Egipto; y el pueblo, que estaba satisfecho con el exterior de un aparato imponente, no creyó que le incumbía desgarrar el velo que le ocultaba lo que para él era muy venerable. Como esta costumbre se introdujo en todo el mundo, no pudo dar materia para alimentar el espíritu de discusión. Los teólogos del paganismo no tuvieron opiniones que defender ante el público, porque el mérito de ellas consistía en tenerlas ocultas, y entonces todas las religiones fueron apacibles.

Si los teólogos cristianos hubieran obrado así, hubieran sido más respetados. Al pueblo le importa poco saber si el verbo engendrado es consubstancial con su generador; si es una persona que tiene dos naturalezas ó una naturaleza que tiene dos personas, ó es una persona y una naturaleza; si descendió al infierno *per effectum* y á los limbos *per essentiam*; si nos comemos su cuerpo con los accidentes del pan ó con la materia del pan; si su gracia es versátil, suficiente, concomitante, necesitante en el sentido compuesto ó en el sentido dividido. De las diez partes de hombres que se ganan el sustento con sus manos, nueve no pueden entender una palabra de estas discusiones; y los teólogos, que tampoco las entienden, porque están cuestionando muchísimos años sin poder quedar acordes, y siguen disputando aún, hubieran hecho muy bien de poner un velo entre ellos y los profanos.

Si hubieran tenido menos teología y más moral, les hubieran venerado los pueblos y los reyes; pero haciendo públicas sus disputas se hicieron maestros de los pueblos que se proponían guiar. ¿Y qué es lo que sucedió? Que sus controversias dividie-

ron á los cristianos, y el interés y la política se inmiscuyeron necesariamente en ellas. Teniendo cada Estado su interés particular, ninguna Iglesia piensa precisamente como la otra, y muchas de ellas son diametralmente opuestas; por lo que el doctor de Stokolmo no debe pensar como el doctor de Ginebra, y el doctor anglicano de Oxford debe diferir de uno y de otro; no es permitido al que recibe el doctorado en París sostener ciertas opiniones que el doctor de Roma debe sustentar. Las órdenes religiosas se envidiaron unas á otras y se dividieron. El fraile franciscano debe creer en la Inmaculada Concepción, y el fraile dominico está obligado á negarla, y le cree hereje el franciscano. El espíritu geométrico, que se difundió por toda Europa, acabó de envilecer la teología. Los verdaderos filósofos llegaron á mirar con el más profundo desprecio esas cuestiones quiméricas, en las que nunca se definen los términos, y que se reducen á palabras casi tan ininteligibles como el fondo de las cuestiones. Entre los mismos doctores hay muchos que son verdaderamente doctos y que se lamentan de su profesión; parécense á los augures, de los que dice Cicerón que nadie podía acercarse á ellos sin reirse.

TEÓLOGO

I

El teólogo sabe perfectamente que, siguiendo la doctrina de Santo Tomás, los ángeles son corporales; que el alma recibe su sér en el cuerpo; que el hombre tiene alma vegetativa, sensitiva é intelectual; que el alma está toda en todo y toda en cada parte; que es la causa eficiente y formal del cuerpo; que es la última en la nobleza de las formas; que el apetito es una potencia pasiva; que los arcángeles son seres intermedios entre los ángeles y los principados; que el bautismo regenera por sí mismo y por accidente; que el catecismo no es sacramento, sino sacramental; que la certidumbre nace de la causa y del motivo; que la concupiscencia es el apetito de la delectación sensitiva; que la conciencia es un acto y no un poder.

El ángel de la escuela escribió cerca de cuatro mil hermosas páginas por ese estilo. El joven tonsurado pasa tres años enteros en meterse en el cerebro esos conocimientos sublimes, y después recibe el birrete de doctor en Sorbona y no en una casa de locos. Si es hombre que tiene condiciones, ó hijo de padre rico, ó un intrigante con buena sombra, llega á ser obispo, arzobispo, cardenal y Papa. Si es pobre y sin crédito, no pasa de ser el teólogo de esos jefes de la Iglesia; es el que argumenta

por ellos, el que lee y vuelve á leer á Santo Tomás y á Scot para que se luzcan ellos, es el que les extiende los mandamientos y el que por ellos decide en el Concilio.

El título de teólogo es tan honorífico, que los padres del Concilio de Trento se lo concedieron á sus cocineros, *cuoco celeste, gran teólogo*. Su ciencia es la primera de las ciencias, su condición la primera de las condiciones: ¡tanto imperio tiene la verdadera doctrina!

Cuando el teólogo se convierte por el mérito de sus argumentos en príncipe del santo imperio, en arzobispo de Toledo ó en uno de los setenta príncipes que visten de rojo y son los sucesores de los humildes apóstoles, entonces viven á sus expensas los sucesores de Galeno y de Hipócrates. Aquellos y éstos eran iguales cuando estudiaban en la misma universidad, cuando pasaban por los mismos exámenes y grados, cuando recibían el mismo birrete forrado; pero la suerte lo cambia todo, y los que han descubierto la circulación de la sangre, las venas lácteas y el canal torácico, son los criados de los que aprendieron en la universidad la gracia concomitante y luego la olvidaron.

II

Conocí un verdadero teólogo. Poseía las lenguas orientales, y había adquirido todas las nociones que se pueden tener de los ritos antiguos. Para él eran tan familiares los bramanes, los caldeos, los syrios y los egipcios, como los judíos: sabía de memoria la *Biblia*; durante treinta años estuvo intentando poner acordes los Evangelios y las opiniones de los santos padres. Trató de averiguar la fecha precisa en que se redactó el símbolo que se atribuye á los apóstoles y el que se atribuye á Atanasio; el orden con que se fueron instituyendo los sacramentos, uno tras otro; trató de averiguar la diferencia que hay entre la *synaxá* (1) y la misa; el por qué la Iglesia cristiana desde su nacimiento se dividió en varios partidos, y cómo la sociedad religiosa dominante trató á las otras sociedades de heréticas. Sondeó las profundidades de la política, que se inmiscuyó siempre en las controversias religiosas, y supo distinguir entre la política y la sabiduría, entre el orgullo, que sólo trata de subyugar á los demás, y entre el deseo de ilustrarse cada cual á sí mismo; en una palabra, distinguió entre el celo y el fanatismo.

La dificultad de coordinar en su cerebro tantas ideas que por su naturaleza son confusas, y de ver claro entre tantas nubes, le desanimó algunas veces; pero como consideraba sus in-

(1) *Synaxá*: congregación de los primeros cristianos para celebrar la cena.

quisiciones como un deber de su estado, se dedicó á inquirir, á pesar de sus contratiempos, y llegó á adquirir conocimientos que no alcanza casi ninguno de sus colegas. Cuanto más sabio era más desconfiaba de lo que sabía. Durante su vida fué indulgente, y cuando murió confesó que había consumido inútilmente la vida.

TESTÍCULOS

I

Esta palabra, aunque es obscura, es científica: significa *pequeño testigo*. En la *Enciclopedia* hay un artículo que se ocupa de las condiciones de un buen testículo, de sus enfermedades y de su tratamiento.

Sixto V, fraile franciscano que llegó á ser Papa, declaró el año 1587, en la carta que escribió el 25 de Junio al nuncio que tenía en España, que debían anularse todos los casamientos en los que los hombres carecían de testículos. Semejante orden, que ejecutó Felipe II, parece indicar que en España había muchos maridos privados de esos dos órganos. ¿Pero cómo un hombre que había sido franciscano podía ignorar que hay algunos hombres que los tienen escondidos en el abdomen y no por eso dejan de ser aptos para las funciones conyugales? Conocimos en Francia tres hermanos de alta cuna, y de los tres, uno tenía tres testículos, el segundo tenía uno no más y el tercero parecía no tener ninguno; y sin embargo, era el más vigoroso de los hermanos.

El doctor Angélico, que no era más que jacobino, decide que dos testículos son de *essentia matrimonii*, de esencia en el matrimonio, cuya opinión siguieron Richardus, Scotus, Durandus y Sylvius.

Si no podéis conseguir enteraros del informe que en 1600 hizo el abogado Sebastián Rouillart sobre los testículos que el litigante que defendía tenía hundidos en el epigastrio, leed por lo menos en el *Diccionario de Bayle* el artículo que intitula *Quellenec*, en el que veréis que la mujer perversa del cliente de Sebastián Rouillart pretendía que declararan nulo su matrimonio, porque á su marido no se le veían los testículos. La parte contraria decía que cumplía perfectamente su deber; que verificaba los actos de introducción y de eyuculación, ofreciendo comprobarlo ante las dos cámaras reunidas. La bribona de su mujer respondía que su poder no podía consentir semejante prueba, además de que esa tentativa era superflua, porque carecía de testículos la parte contraria, y como saben muy bien los

señores jueces, es necesario tener testículos para eyacular. Ignoro cuál fué el resultado del proceso, pero me atrevo á sospechar que el marido perdería el pleito, y lo que me inclina á creerlo así, es que el mismo Parlamento de París publicó el 8 de Enero de 1665 un decreto declarando que había necesidad de que se vieran los dos testículos, y que sin ellos no se podía contraer matrimonio.

Sobre este y otros asuntos parecidos podéis consultar á Pontas, que era un vice-penitenciario que decidía en todos los casos y que algunas veces se parece bastante á Sánchez.

II

Desde hace mucho tiempo tiene la Iglesia latina el prejuicio de creer que no se permite decir la misa sin tener testículos, y que cuando menos es preciso llevarlos en el bolsillo. Esta antigua creencia se fundaba en el Concilio de Nicea, cuyo canon IV prohíbe que puedan recibir órdenes los que se hacen mutilar. El ejemplo que dieron Orígenes y otros entusiastas dió motivo á semejante prohibición, que confirmó el segundo Concilio de Arlés.

La Iglesia griega no excluyó nunca del altar á los que habían sufrido la operación de Orígenes sin su consentimiento. Los patriarcas de Constantinopla, Nicetas, Ignacio, Photins y Methodius eran eunucos. Hoy este punto de disciplina no está enteramente decidido en la Iglesia latina; pero, sin embargo, predomina en ella la opinión de que si se presenta un eunuco á recibir órdenes, necesita dispensa para recibirlas.

La prohibición de que los eunucos sirvan al altar parece que sea contraria al espíritu de pureza y de castidad que ese servicio exige; parece, sobre todo, que los eunucos que confesaran á arrogantes mancebos y á hermosas doncellas estarían menos expuestos á sufrir tentaciones; pero sin duda razones de conveniencia y de decoro han determinado lo que dictaron las leyes.

El *Levítico* excluye del altar á todos los que tienen defectos corporales, á los ciegos, á los jorobados, á los mancos, á los cojos, á los tuertos, á los sarnosos, á los de nariz grande y á los de nariz chata; pero no excluye á los eunucos. ¿No los había entre los judíos? ¿Eran acaso extranjeros los eunucos que había en los serrallos de sus reyes?

Pregúntase si el animal, el hombre por ejemplo, puede tener al mismo tiempo testículos y ovarios ó esas glándulas que se toman por ovarios, miembro viril y clítoris, prepucio y útero; en una palabra, si la naturaleza puede crear verdaderos hermafroditas y si el hermafrodita puede tener un hijo de una doncella y quedar embarazado de un joven. A esto respondo lo que

tengo por costumbre, que no sé nada de esto y que no conozco la cienmillonésima parte de las cosas que la naturaleza puede crear. Creo, sin embargo, que no se han visto en Europa verdaderos hermafroditas, como nunca ha producido elefantes, zebras, jirafas, avestruces ni ninguno de los animales que se reproducen profusamente en Asia, Africa y América; pero es muy atrevido decir que porque no hemos visto nunca ese fenómeno sea imposible que exista.

Consultad la *Anatomía* de Cheselden, y en la página 34 encontraréis muy bien dibujada la figura de un animal que es hombre y mujer, negro y negra de Angola, que en su infancia llevaron á Londres y que cuidadosamente estudió ese célebre cirujano, de tan conocida probidad como i'ustración. La figura que dibujan en su libro lleva al pie de ella este título: *Partes de un hermafrodita negro de veintiséis años de edad que tenía los dos sexos*. No los tenía absolutamente perfectos, pero se distinguían en él los órganos de los dos sexos.

Cheselden me aseguró muchas veces la verdad de semejante prodigio, que quizás no sea el único en ciertos cantones de Africa. Los dos sexos no estaban completos en todo en el referido animal; pero ¿quién me asegura que no haya otros negros, amarillentos ó rojizos que no sean enteramente machos y hembras? Hay insectos que tienen los dos sexos: ¿por qué no podía haber una raza de hombres que los tuviera? Tiene muchas cosas el animal que se llama hombre, que nos sumerge en un mar de dudas, desde su glándula pineal hasta su bazo, cuyo uso nos es desconocido, y desde el principio de su pensamiento y de sus sensaciones hasta los espíritus animales, de los que todo el mundo habla y nadie vió nunca.

THEÍSMO

El theísmo es una religión difundida en todas las religiones; es un metal que se alía con los demás metales, y cuyas venas se extienden por bajo de tierra por las cuatro partes del mundo. Esta mina está más descubierta y más trabajada en la China; en las demás partes está más escondida, y el secreto de donde se encuentra sólo lo poseen sus adeptos.

No hay país que tenga más adeptos de esa clase que Inglaterra. En el siglo XVII hubo muchos ateos en dicho país, lo mismo que en Francia y en Italia, que probaron lo que dijo el canciller Bacon, que un poco de filosofía hace al hombre ateo, y mucha filosofía le conduce al conocimiento de un dios. Cuando se creía en la doctrina de Epicuro, que la casualidad lo hacía todo, ó en la doctrina de Aristóteles y de varios teólogos anti-

guos, que todo nacía de la corrupción, y que la materia y el movimiento hacían andar al mundo por sí solo, entonces podían no creer en la Providencia. Pero desde que entrevimos la naturaleza, que los antiguos no llegaron á ver; desde que nos apercibimos que todo está organizado, que todo tiene su germen; desde que supimos que desde el guisante hasta la magnitud de los mundos todo es obra de una sabiduría infinita, desde entonces todos los que piensan la adoraron. Los físicos se convirtieron en heraldos de la Providencia; el catequista anunció la existencia de Dios á los niños, y Newton se la demostró á los sabios.

Hay muchos que preguntan si considerado aparte el theísmo, exento de toda ceremonia religiosa, es una religión. Fácil es contestar á esa pregunta; el que sólo reconoce un Dios creador, infinitamente poderoso, y sólo considera á sus criaturas como máquinas admirables, no por eso es más religioso para él que el europeo que admirara el rey de la China; por eso es vasallo de dicho príncipe; pero el que cree que Dios se dignó establecer una relación entre El y los hombres, cuya relación les hace libres, capaces del bien y del mal, y les dió el buen sentido, que es el instinto del hombre sobre el que se funda la ley natural, sin duda éste tiene una religión, y una religión mejor que la de todas las sectas que están fuera del gremio de la Iglesia, porque esas sectas son falsas y la ley natural es verdadera. La religión revelada no es y no podía ser otra más que la ley natural perfeccionada. De modo que el theísmo es el buen sentido que no está enterado aún de la revelación, y las otras religiones son el buen sentido que pervirtió la superstición. Las sectas se diferencian unas de otras, porque son hijas de los hombres; pero la moral es la misma en todas partes, porque proviene de Dios.

Pregúntase: ¿por qué entre quinientas ó seiscientas sectas que existen hubo algunas que hicieron derramar sangre humana, y por qué los theístas, que abundan en todas partes, no han producido nunca el menor tumulto? Porque los theístas son filósofos, y los filósofos pueden razonar mal, pero no son intrigantes. Por eso los que persiguen á los filósofos, bajo el pretexto de que sus opiniones pueden perjudicar al público, son tan absurdos como lo serían los que temiesen que el estudio del ángel encareciese el pan en el mercado; debe compadecerse al hombre que piensa y se extravía pensando; pero es insensato y horrible perseguirle. Todos somos hermanos; ¿y porque alguno de mis hermanos, lleno de respeto y de amor filial, animado por espíritu caritativo, no atribuye á nuestro Padre común las mismas ceremonias que yo, debo degollarle y quemarle vivo?

¿Quién es el verdadero theísta? El que dice á Dios: *Os adoro*

y os sirvo; el que dice á los turcos, á los chinos, á los indios y á los rusos: *Yo os amo*. Quizás duda de que Mahoma hiciese un viaje á la luna, y se pusiera en su manga la mitad de ella; quizás se oponga á que cuando él muera su mujer se arroje á la hoguera por devoción; quizás esté tentado algunas veces á no creer en la historia de las once mil vírgenes, ni en la de San Amable, de quien un rayo de sol llevó el sombrero y los guantes desde la Auvernia hasta Roma; pero á pesar de todo esto es siempre hombre justo. Noé lo hubiera encerrado en su arca; Numa Pompilio lo hubiera llevado á sus consejos; se hubiera subido en el carro de Zoroastro; hubiera filosofado con Platón, con Aristipo, con Cicerón y con Atico. ¿Pero hubiera bebido la cicuta con Sócrates?

TIRANÍA

Llamamos tirano al déspota que no conoce más leyes que su capricho, que se apodera de los bienes de sus vasallos y que compromete á éstos á que se apoderen de los bienes de las pueblos inmediatos. No se conocen esta clase de tiranos en Europa.

Hay que distinguir entre la tiranía de uno solo y entre la tiranía de muchos: esta última tiranía es la que ejercen las corporaciones que invaden los derechos de otras y que gobiernan despóticamente corrompiendo las leyes. Tampoco hay esta clase de tiranos en Europa.

¿Qué tiranía de ambas sufriríais mejor? Ninguna de las dos; pero si me viera obligado á escoger, detestaría menos la tiranía de uno solo que la tiranía de muchos. El déspota tiene siempre algunos días en los que no oprime á los que gobierna, pero estos días no se conocen en una asamblea de déspotas. Si un tirano comete conmigo una injusticia, puedo apaciguar su cólera por medio de su querida, de su confesor ó de su paje; pero una corporación de tiranos es inaccesible á toda clase de seducciones.

TIRANO

Antiguamente la palabra tirano designaba al que supo conquistarse la principal autoridad, como la palabra rey designaba el que tenía el cargo de relatar los asuntos al Senado. Las acepciones de las palabras cambian con el transcurso del tiempo. Hoy se da el nombre de tirano al usurpador ó al rey que comete actos de violencia é injusticia y cuya voluntad se sobrepone á las leyes.

Cromwell fué un tirano bajo todos esos aspectos. El hombre

de la clase media que usurpa la autoridad suprema, y que contra lo que disponen las leyes suprime la Cámara de los Pares, es indudablemente un tirano usurpador. El general que hace que decapiten á su rey, que lo tiene prisionero de guerra, viola al mismo tiempo las leyes de la guerra, las leyes internacionales y las leyes de la humanidad: es tirano, asesino y parricida.

Carlos I no fué tirano, aunque el partido que le venció le diera ese nombre: en la opinión general era terco y débil, y estuvo mal aconsejado. No aseguraré que esto sea verdad, porque no lo conocí; pero sí aseguro que fué muy desgraciado.

Enrique VIII fué tirano en el gobierno y con la familia, y se manchó con la sangre de dos esposas inocentes y con la sangre de los ciudadanos más virtuosos; merece la execración de la posteridad; sin embargo no tuvo ningún castigo, y el desdichado Carlos I murió en un cadalso.

Elisabeth cometió un acto de tiranía y su Parlamento una cobardía infame, haciendo asesinar por mano del verdugo á la reina María Stuardo: en el resto de su gobierno no fué tiránica; fué hábil y comedianta, pero manifestó tener prudencia y fortaleza.

Ricardo III fué un tirano bárbaro; pero sufrió el castigo que merecía.

El Papa Alejandro VI, que fué un tirano más execrable que los que acabamos de citar, fué sin embargo feliz en todos sus atentados.

Christien II fué un tirano tan perverso como Alejandro VI, y aunque fué castigado, no le alcanzó el castigo que merecía.

Si enumerara los tiranos turcos, griegos y romanos que encontramos en la historia, veríamos que hubo tantos dichosos como desgraciados. Les llamo dichosos, hablando según el prejuicio vulgar, según la acepción ordinaria de la palabra, según las apariencias, porque fueran dichosos realmente, que vivieran contentos y tranquilos es cosa que tengo por imposible.

Constantino el Grande fué indudablemente un tirano con doble título. Usurpó en el Norte de Inglaterra la corona del imperio romano, poniéndose al frente de algunas legiones extranjeras, faltando á todas las leyes, oponiéndose á la votación del Senado y del pueblo, que habían elegido legítimamente emperador á Magencio. Su vida fué una serie no interrumpida de delitos, de voluoptuosidades, de fraudes y de imposturas. No fué castigado, ¿pero fué feliz? Dios lo sabe; yo sólo sé que sus vasallos fueron desgraciados.

El gran Theodosio obró como el más abominable de los tiranos, cuando con el pretexto de dar una fiesta mandó degollar en el circo quince mil ciudadanos romanos con sus mujeres y

sus hijos, añadiendo á esa barbarie la farsa de pasar algunos meses sin ir á misa mayor por causa de penitencia.

Los tiranos del bajo imperio griego fueron casi todos destronados y asesinados unos por otros. Esos grandes culpables fueron sucesivamente los ejecutores de la venganza divina y de la venganza humana. Entre los tiranos turcos hubo tantos desposeídos como muertos en el trono.

De los tiranos subalternos, de esos monstruos de segundo orden que hicieron recaer en sus señores la execración pública, de cuyo peso se descagaron, debemos decir que su número es infinito.

TOLERANCIA

I

Recorriendo la historia encontré casos tan horribles de fanatismo, desde la división de los partidarios de Atanasio y de Arrio hasta el asesinato de Enrique el Grande; encontré tantas calamidades públicas y particulares que causó el odio de partido y la rabia del entusiasmo desde la tiranía del jesuíta Le Tellier hasta la demencia de los convulsionarios y de las cédulas de confesión, que con frecuencia me pregunto á mí mismo: *¿La tolerancia producirá un mal tan grande como la intolerancia? ¿La libertad de conciencia será una calamidad tan bárbara como las hogueras de la Inquisición?*

Siento tener que hablar de los judíos, porque esta nación es, bajo muchos aspectos, la más detestable que ha pisado el mundo; pero á pesar de esto la secta de los saduceos fué muy buena y muy apacible, aunque no creyó en la inmortalidad del alma, como creían en ella los fariseos. En Grecia nunca persiguieron á los sectarios de Epicuro. En cuanto á la muerte injusta de Sócrates, no he podido nunca encontrar más motivo que el odio que le tenían los pedantes. Confiesa él mismo que pasó la vida demostrándoles que eran gentes absurdas, ofendió su amor propio y se vengaron de él haciéndole beber la cicuta. Los atenienses le pidieron perdón después de haberle envenenado y le erigieron una capilla. Este es un hecho único en la historia, que no tiene ninguna relación con la intolerancia.

Cuando los romanos fueron dueños de la parte más hermosa del mundo, sabemos que toleraron todas las religiones, aunque no las admiraron, y está demostrado que merced á su tolerancia pudo establecerse el cristianismo, y que los primitivos cristianos casi todos eran judíos. Los judíos tenían, como en la actualidad, sinagogas en Roma y en la mayor parte de las ciudades comer-

ciales; y los cristianos se aprovecharon de la libertad que disfrutaban los judíos.

No voy á estudiar en este artículo las causas de la persecución que al poco tiempo sufrieron los cristianos, porque ya las he detallado en otra parte; basta con recordar ahora que si entre tantas religiones los romanos hubieran querido proscribir una sola, no la hubieran perseguido, y que como la Iglesia quiso exterminar todas las demás religiones, se atrajo la persecución del imperio, y la sangre corrió mucho tiempo merced á las discusiones teológicas; únicamente la tolerancia pudo restañar esa sangre.

II

¿Qué es la tolerancia? Es la panacea de la humanidad. Todos los hombres estamos llenos de debilidad y de errores y debemos perdonarnos recíprocamente, que esta es la primera ley de la naturaleza.

Procuremos que comercien juntos en la bolsa de Amsterdam, de Londres ó de Bassora, el guebro, el baniano, el judío, el turco, el chino, el cristiano griego, el cristiano romano, el cristiano protestante y el cristiano quákero, que de ese modo no se clavarán el puñal unos á otros por atraer prosélitos á su religión. ¿Por qué sino por esto nos hemos degollado unos á otros casi sin interrupción desde el primer Concilio de Nicea?

Constantino, que empezó por publicar un edicto que permitía todas las religiones, acabó por perseguirlas. Antes de su época sólo se sublevaron contra los cristianos, porque empezaron á formar un partido en el Estado.

Los romanos permitían todos los cultos, hasta el de los judíos y el de los egipcios, á los que tanto despreciaban. ¿Por qué Roma toleraba esos cultos? Porque ni los egipcios ni los judíos pensaron en exterminar la antigua religión del imperio, y por lo tanto no recorrían la tierra y los mares haciendo prosélitos; sólo pensaron en ganar dinero; pero está fuera de toda duda que los cristianos trabajaban para que su religión fuera la única. Los judíos no querían que la estatua de Júpiter estuviera en Jerusalén; pero los cristianos no querían que estuviese en el Capitolio. Santo Tomás tiene la buena fe de confesar que los cristianos no destronaron á los emperadores, porque no pudieron. Se empeñaron en que toda la tierra debía ser cristiana; fueron, pues, necesariamente enemigos de toda la tierra, hasta que ésta se convirtió al cristianismo.

Los cristianos eran enemigos unos de otros en todos los puntos de su controversia: los que consideraban que Jesucristo era Dios, anatematizaron á los que lo negaban, y éstos anatema

tizaron á los adoradores de Jesús. Unos querían que todos los bienes fueran comunes, como suponen que lo eran en la época de los apóstoles, y sus adversarios les llamaron nicolaitas y les acusaban de los delitos más infames. Otros se inclinaban á la devoción mística, y les llamaron gnósticos, y los combatieron con furor. Marción disputó sobre la Trinidad, y le tuvieron por idólatra. Tertuliano, Praxeas, Orígenes, Novat, Sabelliu y Donat se vieron persiguados por los cristianos sus hermanos antes de la época de Constantino, y en cuanto bajo el gobierno de este emperador dominó la religión cristiana, se combatieron con furor los partidarios de Atanasio y los de Eusebio y desde entonces á nuestros días la Iglesia cristiana se inundó de sangre.

Confieso que el pueblo judío era un pueblo bárbaro que degolló sin compasión á todos los habitantes de un pequeño país sobre el que no tenía ningún derecho, y esto no obstante, cuando Nahamán se curó la lepra sumergiéndose siete veces en el Jordán, cuando para manifestar su gratitud á Elíseo, que le había enseñado el secreto de curarse la lepra, le dice que adorará al Dios de los judíos por gratitud, reservándose la libertad de adorar también al Dios de su rey; para esto le pide permiso á Elíseo, y el profeta no vaciló en otorgarle su deseo. Los judíos adoraban su Dios, pero no les extrañaba que cada pueblo adorara al suyo. Les parecía bien que Chamos concediera cierto distrito á los moavitas, con tal que su Dios les concediera uno á ellos. Jacob no titubeó en casarse con las hijas de un idólatra: Laban tenía su dios, y Jacob el suyo. He aquí varios ejemplos de tolerancia en el pueblo más intolerante y cruel de toda la antigüedad: nosotros le hemos imitado en sus furores absurdos, pero no en su indulgencia.

Es indudable que todo particular que persigue á un hombre, que es su hermano, porque éste profesa distinta opinión, es un monstruo; pero el gobierno, los magistrados y los principes, ¿cómo deben tratar á los que profesan diferente culto que ellos? Si son extranjeros poderosos, el príncipe se aliará con ellos. Francisco I, rey cristianísimo, pactará alianza con los musulmanes para pelear contra el católico Carlos V. Francisco I dará dinero á los luteranos de Alemania para dar pábulo á la rebelión que promovieron contra el referido emperador; pero en cambio quemará en la hoguera á los luteranos que hay en su reino. Como medida política les paga en Sajonia y los quema en París. Pero ¿qué sucederá después? Como las persecuciones hacen prosélitos, Francia se llenará muy pronto de nuevos protestantes, que al principio, cuando sean pocos, se dejarán ahorcar, pero que luego, cuando sean muchos, serán ellos los que ahorquen. Habrá guerras civiles que traerán la noche de Saint-Barthelemy, y se convertirá ese pedazo de mundo en algo peor que

los escritores antiguos y modernos han dicho nunca del infierno.

Los cristianos no supieron rendir nunca el culto puro al Dios que los creó, ni seguir el ejemplo de los hombres letrados de la China, de los parsis y de los sabios del mundo, siendo víctimas de las supersticiones. Os he dicho en otra parte, y vuelvo á repetiros que si tenéis dos religiones en vuestros reinos se cortarán la garganta una á otra; pero si tenéis treinta vivirán juntas y en buena armonía. Ved lo que sucede al Gran Turco: gobierna á los guebros, á los banianos, á los cristianos griegos y á los romanos. En cuanto uno de ellos excita un tumulto lo empala; de ese modo todo el mundo vive tranquilo.

III

Indudablemente, de todas las religiones, la cristiana debía ser la más tolerante, aunque hasta hoy los que han profesado esa religión superaron en intolerancia á los demás hombres.

Como Jesús se dignó nacer en estado humilde y en la pobreza como sus hermanos, no se dignó nunca practicar el arte de escribir. Los judíos tenían su ley escrita detalladamente, pero nosotros no hemos tenido ni una sola línea escrita por la mano de Jesús. Los apóstoles opinaban de distinto modo sobre varios puntos. San Pedro y San Bernabé comían la carne prohibida con los nuevos cristianos que eran extranjeros y se abstenerían de comerla con los cristianos que eran judíos. San Pablo, que les afeaba esa conducta; San Pablo, que era fariseo, pero que antes de serlo persiguió con furor á los cristianos, hasta que se convirtió al cristianismo, hizo sin embargo, sacrificios en el templo de Jerusalén durante la época de su apostolado. El más notable de los apóstoles cristianos estuvo practicando durante ocho días actos por los que sentencian á la hoguera á los que los cometen en la mayoría de los pueblos cristianos.

Theudas y Judas se proclamaron mesías antes del nacimiento de Jesús. Dositheo, Simón y Menandro se proclamaron mesías después que murió Jesucristo. Existieron desde el primer siglo de la Iglesia, y desde antes que se conociera la calificación de cristianos, unas veinte sectas en la Judea. Los gnósticos contemplativos, los dositheos, los cerinthios, existieron antes que los discípulos de Jesús se llamaran cristianos. En poco tiempo se confeccionaron treinta Evangelios, cada uno de los cuales pertenecía á diferente sociedad, y desde los últimos años del siglo I, puede computarse que existían treinta sectas de cristianos en el Asia Menor, en la Syria, en Alejandría y en Roma.

Todas estas sectas, de las que no hacía caso el gobierno re-

mano y que permanecían ocultas, se perseguían, sin embargo, unas á otras en los subterráneos donde se reunían, injuriándose mutuamente; que es todo lo que podían hacer en el estado de abyección en que se encontraban, pues casi todas ellas se componían de la hez del pueblo.

Cuando algunos cristianos abrazaron los dogmas de Platón, introduciendo en su religión la filosofía, separándose de la religión judía, fueron adquiriendo insensiblemente mayor consideración; pero siguieron divididos en muchas sectas, sin que en ninguna época la Iglesia cristiana pudiera sintetizarse en una opinión unánime. Nació entre las divisiones de los judíos, de los fariseos, de los samaritanos, de los saduceos, de los esenios, de los judaítas, de los discípulos de Juan y de los therapeutas; vivió dividida desde su cuna, estándolo también durante las persecuciones que experimentó algunas veces durante el imperio de los primeros emperadores. Esta horrible discordia, en que vivió durante muchos siglos, es una lección que debemos tener muy presente para perdonarnos mutuamente nuestros errores, porque nos prueba que la discordia fué la gran calamidad que sufrió el género humano y que la tolerancia es su único remedio.

No hay nadie que no convenga en esta verdad, si se dedica á aprender las enseñanzas que se desprenden de la historia; ¿por qué, pues, los mismos hombres que en el secreto de su gabinete se deciden por la tolerancia, por la beneficencia y por la justicia, truenan en público contra esas tres virtudes? Porque el propio interés es su único dios y todo lo sacrifican á ese monstruo que adoran.

Poseo una divinidad y un poder que he fundado en la ignorancia y en la credulidad humana; por donde yo camino los hombres me abren paso y se arrodillan á mis pies; si se levantan y me miran cara á cara, estoy perdido; es preciso, pues, que permanezcan arrodillados y sumisos arrastrando cadenas de hierro. De este modo pensaban los hombres que los siglos fanáticos hicieron poderosos; temían á otros hombres más poderosos que ellos, y estos á otros superiores todavía, y todos se enriquecían con los despojos de los humildes, riéndose de la imbecilidad de los pobres. Detestaban la tolerancia, como los que se enriquecen á expensas del público temen rendir cuentas y como los tiranos se asustan de la libertad. Para colmo de oprobio mantenían á una infinidad de fanáticos, que repetían incesantemente á los pobres supeditados: Respetad los absurdos de mi señor, temedle, pagadle y callaos.

De este modo vivieron durante mucho tiempo en una gran parte del mundo; pero hoy que tantas sectas se equilibran en poder, ¿qué partido hemos de tomar con ellas? Como ya sabe-

mos, toda secta es un título de error, y no hay secta de geómetras, de algebristas y de aritméticos, porque son verdaderas todas las proposiciones de geometría, de álgebra y de aritmética. En todas las demás ciencias podemos equivocarnos. ¿Qué teólogo thomista ó scotista se atreverá á jurar que está seguro de lo que sostiene?

Si hay alguna secta que recuerde los tiempos de los primitivos cristianos, es indudablemente la de los quákeros, que copian muy bien á los apóstoles. Los apóstoles recibían el espíritu, los quákeros también. Los apóstoles y los discípulos hablaban tres ó cuatro al mismo tiempo en sus asambleas; los quákeros hacen lo mismo. Se permitía, según dice San Pablo, que las mujeres tuvieran permiso para predicar; las quakeresas predicaban también en virtud de ese permiso. Los apóstoles y los discípulos juraban diciendo sí ó no; los quákeros no juran de otra manera. No conocieron dignidad alguna ni adorno diferente los discípulos y los apóstoles; los quákeros tampoco. Jesucristo no bautizó á ninguno de los apóstoles; los quákeros tampoco reciben el bautismo.

Sería fácil extender más este paralelo, y más fácil todavía probar que la religión cristiana de hoy difiere en gran manera de la religión que Jesucristo practicó. Jesús era judío, y nosotros no lo somos. Jesús se abstenía de comer carne de cerdo, porque es un animal inmundo, y de comer conejo, porque rumia y no tiene el pie hendido; nosotros comemos carne de cerdo, porque para nosotros no es inmundo, y conejo, porque tiene el pie hendido y no rumia.

Jesús estaba circuncidado, y nosotros conservamos el prepucio. Jesús comía el cordero Pascual con lechugas y celebraba la fiesta de los tabernáculos; nosotros no hacemos nada de esto. Descansaba el sábado, y nosotros hemos cambiado ese día; sacrificaba, y nosotros no hacemos sacrificios.

Jesús ocultó siempre el misterio de su encarnación y de su suprema dignidad; no dijo nunca que era igual á Dios. San Pablo dice terminantemente en su epístola á los hebreos que Dios creó á Jesús inferior á los ángeles, y á pesar de estas palabras de San Pablo, el Concilio de Nicea reconoció que Jesús era Dios.

Jesús no dió á los papas la Marca de Ancona, ni el ducado de Spoleto, y sin embargo los papas los poseen por derecho divino. Jesús no instituyó como sacramento el matrimonio ni el diaconado, y para nosotros son sacramentos el diaconado y el matrimonio.

Si estudiamos esta materia nos convenceremos de que la religión católica, apostólica y romana, en todas sus ceremonias y en todos sus dogmas, es opuesta á la religión de Jesús. Pero

¿acaso debemos judaizar, porque Jesús judaizó toda su vida? Si nos fuera lícito razonar lógicamente en materia de religión, es indudable que todos debiéramos ser judíos, porque Jesucristo Nuestro Salvador nació judío, vivió judío y murió judío, y dijo expresamente que él cumplía y realizaba la religión judía. Pero también es indudable que debíamos tolerarnos mutuamente unos á otros, porque somos débiles, inconsecuentes, mudables y víctimas de los errores: ¿la caña que el viento acostó en el fango, le ha de decir á la caña inmediata: «Arrástrate como yo, miserable, ó presentaré un memorial para que te arranquen ó para que te quemem?»

TORO

El toro es un cuadrúpedo armado de cuernos, que tiene los pies hendidos, las piernas fuertes, el andar lento, el cuerpo grueso, la piel dura, la cola menos larga que la del caballo y con algunos pelos en la punta. Antiguamente creyeron que su sangre era un veneno, pero hoy estamos convencidos de que es como la sangre de los demás animales: los autores antiguos que dijeron que Temístocles y otros personajes se envenenaron con sangre de toro, falsificaron al mismo tiempo la historia y la naturaleza. Luciano, que critica á Júpiter por haber colocado al toro los cuernos encima de sus ojos, le critica injustamente, porque el toro, como tiene los ojos grandes, redondos y abiertos, ve muy bien donde hiere, y si tuviera los ojos colocados en la cabeza, y encima de los cuernos, no hubiera podido ver la yerba que se come.

Toro banal es el que pertenecía al señor, y al que tenían los vasallos obligación de llevarle todas las vacas.

Toro de Falaris, ó toro de bronce, es el toro que se encontró en Sicilia y que suponen que lo hacía servir Falaris para meter en él y quemar á todos los delincuentes. Semejante crueldad no parece verosímil.

Los *toros de Medea* eran los que guardaban el borrego de oro. El *toro de Maraton* era el que domó Hércules.

TORMENTO

Aunque nos ocupamos poco de jurisprudencia en estas modestas reflexiones alfabéticas, debemos sin embargo decir unas cuantas palabras respecto al tormento, que también se llama potro. Es probable que esta parte de nuestra legislación deba su primer origen al ladrón de caminos. La mayoría de los que

se dedican á dicho oficio, conservan la costumbre de aserrar los dedos pulgares, de quemar los pies y de torturar de varios modos á los que se niegan á decirles dónde guardan el dinero.

Los conquistadores, que fueron los que sucedieron á los citados ladrones, comprendieron que esa ambición era muy útil para su interés, y la siguieron usando cuando sospecharon que fraguaban contra ellos malos designios, como por ejemplo, el de ser libres; que este deseo á sus ojos era un crimen de lesa majestad divina y humana. Necesitaban además averiguar quiénes eran los cómplices de ese crimen, y para averiguarlo, mataban á todos los que eran sospechosos, porque en la jurisprudencia de los primitivos héroes, todo aquel en quien recaían sospechas sólo de pensar de ellos poco respetuosamente, se hacía acreedor á la última pena. En cuanto nos hacemos dignos de la pena de muerte, importa ya poco que añadan á ella tormentos que duren algunos días y hasta algunas semanas, porque ese procedimiento tiene un no sé qué de la Divinidad. La Providencia nos tortura algunas veces castigándonos con el mal de piedra, con la gota, con el escorbuto, con la lepra, con la sífilis, con las convulsiones de nervios y con otros verdugos ejecutores de sus venganzas. Y como los primitivos déspotas fueron, según creían todos sus cortesanos, imágenes de la Divinidad, la imitaron todo lo que pudieron.

Es singular que no se hable nunca de potros ni de tormentos en los libros judíos. Es lástima que nación tan benigna, tan honrada y tan compasiva no conociese este medio de averiguar la verdad. En mi concepto, la razón de esto consiste en que no lo necesitaba, porque Dios les hacía conocer siempre la verdad por ser su pueblo predilecto. Unas veces jugaban la verdad á los dados, otras veces se dirigían al gran sacerdote, el que con su *urim* (1) consultaba á Dios inmediatamente. Otras veces se dirigían al profeta, y éste descubría las cosas más ocultas, lo mismo que el *urim* del gran sacerdote. El pueblo de Dios no se veía reducido como nosotros á hacer interrogatorios ni conjeturas, y por eso no necesitaron aplicar el tormento. Esto fué lo único que faltó á las costumbres del pueblo sagrado. Los romanos sólo torturaban á los esclavos, pero para ellos los esclavos no eran hombres; tampoco lo sería indudablemente para el consejero del Tribunal de la Tournelle el hombre que le presentaban pálido, descoyutnado, con los ojos apagados, la barba larga y sucio y lleno de los gusanos que le habrían roído en su calabozo, porque se proporcionaba el placer de aplicarle la pena del

(1) *Urim*: pectoral del gran sacerdote de los judíos. Lo usaban para consultar á Dios en los casos difíciles é importantes que interesaban á la nación.

tormento ante un cirujano que le tomaba el pulso para suspender su tortura cuando estaba en peligro de muerte, y pasado éste, volver á atormentarle.

El grave magistrado que compró por dinero el derecho de hacer estos experimentos en sus prójimos, se va á comer con su esposa y á contarle mientras come lo que ha visto por la mañana. La primera vez que oye esa relación se encoleriza su esposa; la segunda vez ya desea conocer detalles, porque después de todo, las mujeres son curiosas, y cuando se acostumbra al oficio de su marido, al verle entrar en casa le pregunta: «Querido mío, ¿has puesto en el potro hoy á alguno?»

Los franceses que tienen fama, no sé por qué, de ser muy humanos, se sorprenden de que los ingleses, que eran tan inhumanos que les quitaron todo el Canadá, renunciaran al placer de dar tormento. Cuando el caballero de La Barre, militar de gran talento y de grandes esperanzas, pero joven y aturdido, estuvo confeso y convicto de haber cantado canciones impías y de pasar por delante de una procesión de capuchinos sin quitarse el sombrero, los jueces d'Abbeville, que se comparaban con los senadores romanos, mandaron, no sólo que le arrancaran la lengua, que le cortaran la mano y que lo quemaran á fuego lento, sino también que lo torturasen, para averiguar exactamente cuántas canciones cantó y cuántas procesiones vió pasar sin quitarse el sombrero.

Esa barbarie no se cometió en el siglo XIII ni en el siglo XIV, sino en el siglo XVIII. Las naciones extranjeras juzgan á Francia por los espectáculos, por sus novelas, por sus hermosos versos, por sus trépas que tienen costumbres sibaríticas, por las bailarinas de la ópera que tienen mucha gracia; por mademoiselle Clairon, que declama los versos de un modo que entusiasma: las naciones extranjeras ignoran que no hay en el fondo pueblo más cruel que el pueblo francés.

Los rusos pasaban por ser bárbaros en 1700, y en nuestros días, esto es, en 1769, una emperatriz (1) acaba de dar á esos vastos Estados leyes que hubieran honrado á Minos, á Numa y á Solón, si éstos hubieran tenido bastante talento para inventarlas. La más humanitaria de esas leyes es la tolerancia universal; la segunda es la abolición del tormento.

TORTURA

Dícese con frecuencia que la tortura era el medio de salvar al culpable robusto y de perder al inocente débil; que en Atenas

(1) Catalina II de Rusia.

no daban tormento más que por los crímenes de Estado; que en Roma no pusieron nunca en el potro á ciudadanos romanos para averiguar sus secretos; que el abominable tribunal de la Inquisición renovó ese suplicio, y que por consecuencia debe causar horror á todo el mundo; que es tan absurdo dar tormento para averiguar un crimen, como fueron absurdos los juicios de Dios, porque muchas veces el culpable quedaba vencedor y muchas veces el culpable vigoroso y terco resistía el tormento, mientras que el inocente y el débil sucumbían en aquel caso y en este; que la tortura es un suplicio más largo y más doloroso que la muerte; que con ese suplicio se castiga al acusado antes de estar seguros de que ha cometido el crimen, y que se le castiga más cruelmente que matándole; que mil ejemplos funestos han debido desengañar á los legisladores de esa costumbre horrible, que se abolió en muchos países de Europa, en los que consta que se cometen menos crímenes que en los países donde se aplica la tortura.

Después de esto, preguntamos por qué el tormento sigue aplicándose en Francia, que goza fama de ser una nación humanitaria y de costumbres apacibles; y se nos responde que subsiste porque está establecido, y confiesan que hay muchas personas benéficas en Francia, pero niegan que el pueblo sea humano.

Si se aplicara la tortura á Jacobo Clemente, á Chastel, á Ravailac ó á Damiens, nadie lo censuraría, porque se trataba de la vida del rey y de la salud del Estado; pero que los jueces d'Abbeville torturen á un oficial para averiguar quiénes fueron los otros jóvenes que cantaron con él una canción antigua, que pasaron por delante de una procesión de capuchinos sin quitarse el sombrero, me atrevo á decir que esa barbarie, cometida en tiempos de ilustración y de paz, es peor que las matanzas de la Saint-Barthelemy, que se perpetraron en la época tenebrosa del fanatismo.

TRANSUBSTANCIACIÓN

Los filósofos protestantes consideran la transubstanciación como el colmo de la impudencia de los frailes y de la imbecilidad de los laicos. No tienen ningún miramiento respecto á esta creencia, que llaman monstruosa, y no creen que haya un solo hombre de buen sentido que, después de haberla estudiado, la adopte seriamente. Esta creencia es tan absurda en su opinión, tan opuesta á todas las leyes de la física y tan contradictoria, que el mismo Dios no podría verificar esta operación, porque efectivamente, es anular á Dios suponer que hace cosas contra-

dictorias. No sólo creen que hay un dios en el pan, sino un dios en el sitio de! pan; cien mil migas de pan convertidas en un instante en otros tantos dioses, y que esta multitud de dioses no forma más que un solo dios; creen que hay blancura sin haber un cuerpo blanco; redondez sin haber un cuerpo redondo; que el vino se convierte en sangre, y que sin embargo, tiene gusto de vino; que el pan se convierte en carne y en fibras, y que sin embargo, tiene gusto de pan: todo esto inspirará tanto desprecio á los enemigos de la religión católica, apostólica y romana, que algunas veces su desprecio se convierte en furor.

Este furor aumenta en ellos cuando les cuentan que se ven todos los días en los países católicos sacerdotes y frailes, que saliendo de un lecho incestuoso y sin lavarse las manos manchadas de impurezas, van á hacer dioses por centenares y se comen y se beben á su dios. Cuando los protestantes reflexionan que esta superstición, cien veces más absurda y más sacrílega que todas las de los egipcios, valió á un sacerdote italiano de quince á veinte millones de renta, y la dominación de un país de cien millas de extensión, quisieran todos los protestantes presentarse armados y expulsar á ese sacerdote que se apoderó del palacio de los Césares. No sé yo si haré ese viaje, porque soy partidario de la paz; pero cuando los protestantes se establezcan en Roma, indudablemente iré á visitarles.

TRIGO

I

Es preciso ser exagerado pirrónico para dudar de que la palabra *pan* provenga de la palabra latina *panis*; pero para amasar pan se necesita trigo. Los galos tenían trigo en la época de César; ¿de dónde habían tomado la palabra *blé*? (trigo). Supónese que la tomaron de la voz *bladum*, que era palabra latina bárbara, que en la Edad Media usó el canciller Desvignes; pero las palabras latinas de aquellos siglos bárbaros eran antiguas palabras célticas ó tudescas latinizadas. *Bladum* provenía, pues, de *blead*, y no *blead* de *bladum*. Los italianos dicen *biada*, y los países donde la antigua lengua romana se conserva dicen aún *blia*.

Sería curioso averiguar dónde los galos y los teutones encontraron trigo para sembrarlo. Cuando hacemos esta pregunta se nos contesta que los tyrios lo llevaron á España, los españoles á la Galia y los galos á la Germania. ¿Pero de dónde sacaban el trigo los tyrios? Probablemente de los griegos, que lo recibían en cambio de haberles prestado su alfabeto. ¿Y quién concedió

este presente á los griegos? Injudablemente la diosa Ceres, y cuando nos remontamos hasta Ceres, ya no podemos pasar adelante. Ceres debió descender expresamente del cielo para darnos el trigo, el centeno y la cebada. Pero como hoy ha perdido su crédito Ceres, que dió el trigo á los griegos, lo mismo que Isis, que prestó igual beneficio á Egipto, nos es imposible averiguar el origen del trigo.

Sanchoniaton asegura que Dagon ó Dagan, nieto de Thaut, tenía en Fenicia la intendencia del trigo. Este dato prueba que el trigo es muy antiguo, que cuenta tanta antigüedad como la yerba. Quizá Dagon fué el primero que hizo pan; pero esto no está demostrado.

Es cosa extraña que sepamos positivamente que debemos el vino á Noé y que no sepamos á quién debemos el pan; y es más extraño todavía que seamos tan ingratos con Noé que conservemos más de dos mil canciones dedicadas á Baco y que no tengamos una sola en honor de Noé, que fué nuestro bienhechor.

Un judío me aseguró que el trigo nacía espontáneamente en Mesopotamia, como se crían las manzanas, las peras y las castañas en Occidente. Le creo interinamente hasta que esté seguro de lo contrario, porque el trigo debe crecer en alguna parte, cuando se ha convertido en el alimento ordinario é indispensable de los mejores climas y sobre todo del Norte.

Grandes filósofos, cuyo talento admiramos, pero cuyos sistemas no seguimos, han supuesto (1) en la *Historia natural del perro*, página 195, que los hombres han inventado el trigo; que nuestros antepasados, á fuerza de sembrar cominillo y grama, los han convertido en trigo. Como esos filósofos no opinan como nosotros respecto á las conchas, nos permitirán que no opinemos como ellos sobre el trigo. No creemos que de los jazminez puedan nacer tulipanes. El germen del cominillo es diferente del del trigo, y no creemos en las transmutaciones.

En el artículo titulado *Arbol del pan* vimos que no se come pan en las tres cuartas partes del mundo, y hay quien asegura que los etíopes se burlaban de los egipcios porque lo comían; pero constituye hoy uno de los principales alimentos: el trigo se ha convertido en uno de los mayores objetos del comercio y de la política. Se ha escrito tanto sobre esta materia, que el labrador que sembrara trigo equivalente en peso á los volúmenes que se han publicado sobre dicho grano, podría recoger fabulosa cosecha y ser más rico que los que viven en palacios dorados.

(1) Buffon.

TRINIDAD

El primero que habló de la Trinidad entre los escritores occidentales fué Timeo de Locres, autor del *Alma del mundo*. Según Timeo existió al principio la idea, el ejemplar perpetuo de todas las cosas engendradas; esta es el primer verbo, el verbo interno é inteligible. En seguida existió la materia informe ó sea el segundo verbo; después el hijo ó el mundo sensible, ó el espíritu del mundo. Estas tres cualidades constituyen el mundo entero, cuyo mundo es el hijo de Dios, que tiene un alma y una razón.

Es difícil entenderse en ese laberinto de Timeo de Locres, que debió tomarlo de los egipcios ó de los bramanes. No sé si en su época lo entenderían. Tengo comparado ese sistema á las medallas antiguas que están sucias de moho y de cardenillo y tienen borrado el escrito; en otros tiempos pudieron leerse, y hoy el que puede procura adivinar lo que decían.

Pero creo que ese sublime galimatías debió ser desconocido hasta la época de Platón, que lo resucitó, construyendo su edificio en el aire, pero según el modelo de Timeo de Locres.

Platón admite tres esencias divinas, el padre, el supremo, el productor: el padre de los demás dioses es la primera esencia; la segunda esencia es el dios visible, ministro del dios invisible, el verbo, el entendimiento, el gran demonio; la tercera esencia es el mundo. Verdad es que Platón dice con frecuencia cosas opuestas y se contradice; pero este es el privilegio de los filósofos griegos, y Platón usa de él más que ninguno de los escritores antiguos y modernos.

Un viento griego arrastró esas nubes filosóficas desde Atenas hasta Alejandría, ciudad prodigiosamente preocupada en tener quimeras y en tener dinero. En Alejandría vivían judíos que después de haber hecho fortuna, se dedicaron á filosofar.

La metafísica tiene de bueno que no necesita tener estudios preliminares, que son muy fastidiosos; en esa ciencia se puede saber todo sin haber estudiado nada, y teniendo un ingenio sutil y paradójico se puede estar seguros de ir muy lejos. Filón el judío fué un filósofo de esta clase; fué contemporáneo de Jesucristo, pero tuvo la desgracia de no conocerle, como tampoco le conoció el historiador Flavio Josefo. Esos dos hombres importantes, ocupados en el caos de los asuntos de Estado, estuvieron muy lejos de la luz naciente. Filón era metafísico, alegórico y místico; y fué el que dijo que Dios debió crear el mundo en seis días, como lo creó, según opina Zoroastro, en seis tiempos, «porque tres es la mitad de seis, y dos es la tercera parte, y este número es macho y hembra.»

Filón, imbuído en las ideas de Platón, dice hablando de la embriaguez, que Dios y la sabiduría se casaron, y que la sabiduría parió el primer hijo y que este primer hijo es el mundo. Llama á los ángeles los verbos de Dios, y al mundo el verbo de Dios.

Flavio Josefo era un hombre de guerra, que no había nunca oído hablar del Logos y que profesaba los dogmas de los fariseos, que estaban encariñados con sus tradiciones.

La filosofía platónica penetró en los judíos de Alejandría y hasta en los judíos de Jerusalén, y en muy poco tiempo la escuela de Alejandría, que era la única sabia, se hizo platónica, y los cristianos que filosofaron se ocupaban incesantemente del Logos.

Sabemos que hubo disputas en aquellos tiempos como en los tiempos posteriores; que cosían á un pasaje mal interpretado, un pasaje ininteligible con el que no tenía la menor relación; que suponían un segundo pasaje, y que falsificaban otro tercero; escribiendo libros enteros que atribuían á autores que el vulgo respetaba. Hemos citado algunos en el artículo titulado *Apócrifo*.

Suplicamos á nuestros lectores que lean el siguiente pasaje de Clemente Alejandrino, por ver si lo entienden: «Cuando Platón dijo que es difícil de conocer al padre del universo, no sólo nos da á entender que el mundo fué engendrado, sino que fué engendrado como hijo de Dios.» ¿Entendéis esas logomaquias, esos equívocos; veis el menor rayo de luz en ese caos de palabras obscuras? ¡Oh Locke! venid y definid los términos, porque yo no creo que entre todos esos disputadores platónicos, hubiera uno sólo que se entendiera.

El libro de las *Constituciones apostólicas*, antiguo monumento del fraude, pero también antiguo depósito de los dogmas informes de aquellos tiempos oscuros, se expresa de este modo:

«El padre, que es anterior á toda generación y á todo principio, habiéndolo creado todo para su hijo único, engendró sin intermedios á ese hijo por su voluntad y por su potencia.»

Orígenes añadió luego que el Espíritu Santo fué creado por el hijo, por el verbo. Luego Orígenes de Cesárea consigna que el espíritu no es Dios ni el hijo. El abogado Lactancio, que floreció en aquel tiempo, dijo: «El hijo de Dios es el verbo, y los otros ángeles son el espíritu de Dios. El verbo es un espíritu proferido por una voz significativa; el espíritu procede de la nariz y la palabra de la boca. De esto se deduce que hay diferencia entre el hijo de Dios y los otros ángeles, porque éstos fueron emanados como espíritus tácitos y mudos; pero el hijo, siendo espíritu, salió de la boca con voz para predicar al pueblo.»

Hay que convenir en que el abogado Lactancio defendía su causa de un modo extraño, razonando á lo Platón.

Por aquel tiempo fué cuando disputando acaloradamente sobre la Trinidad, ingirieron en la primera epístola de San Juan este famoso versículo: «Hay tres que lo atestiguan en la tierra; el espíritu ó el viento, el agua y la sangre, y los tres no son más que uno.» Los que sostienen que ese versículo es verdadera-mente de San Juan, se ven más apurados que los que lo niegan, porque necesitan explicarlo.

San Agustín dice que el viento significa el Padre, el agua el Espíritu Santo y la sangre el Verbo. San Ireneo va mucho más allá; dice que Rahab, la prostituta de Jericó, cuando escondió en su casa á tres espías del pueblo de Dios, escondió al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: esto es sorprendente, pero no es muy limpio. Por otra parte, el grande, el sabio Orígenes nos confunde de otro modo. Dice en uno de sus pasajes: «El Hijo está tan por debajo del Padre, como él y el Espíritu Santo están por encima de las más nobles criaturas.»

Después de todas estas citas, ¿cómo no hemos de convenir, aunque con gran sentimiento, en que nadie se entendía? ¿Cómo no confesar que desde los primitivos cristianos ebionitas que tanto se mortificaron, que tanto reverenciaron á Jesús, aunque creían que era hijo de Josef, hasta la gran controversia de Atanasio, el platonismo de la Trinidad fué siempre motivo de incessantes cuestiones? Era indispensable que las decidiera un juez supremo, que lo encontraron por fin en el Concilio de Nicea, y esto no obstante ese Concilio produjo todavía nuevas facciones y nuevas guerras.

U

UNIVERSIDAD

Boulay, en el libro que titula *Historia de la Universidad de París*, acepta las antiguas tradiciones inseguras, por no decir fabulosas, que remontan su origen hasta la época de Carlomagno. Esta es también la opinión de Gagnin y de Gilles de Beauvais; pero además de que los autores contemporáneos Eginhard, Alemon, Reginon y Sigebert no se ocupan de la mencionada época, Pasquier y Tillet aseguran terminantemente que tuvo su origen en el siglo XII, durante los reinados de Luis el Joven y de Felipe Augusto.

Por otra parte redactó los primeros estatutos de la Universidad Roberto de Corfeón, legado de la Santa Sede, el año 1215, y la prueba de que en sus comienzos tuvo la misma forma que en la actualidad, es que una bula de Gregorio IX, del año 1231,

menciona á los maestros en teología, á los maestros en derecho, á los físicos, como entonces se llamaban los médicos, y á los artistas. El nombre de Universidad proviene de la suposición de que esos cuatro cuerpos, que se llaman facultades, constituían universidad de estudio, lo que equivale á decir que hacían todo lo que podían hacer.

Los papas, por medio de estos establecimientos, cuyas decisiones ellos juzgaban, se convirtieron en dueños de la instrucción de los pueblos, y el mismo espíritu que hacía considerar como un favor que los miembros del Parlamento de París obtuvieran el permiso para que los enterraran con hábitos de franciscano, dictó los decretos que publicó la curia romana contra los que se atrevieron á oponerse á la escolástica ininteligible, que según confesión del abad Trithemo, no era más que una ciencia falsa que perjudicaba á la religión. En efecto, lo que Constantino apenas insinuó respecto á la sibila de Cumas, lo dijo claro y expresamente Aristóteles. El cardenal Pallavicini refiere la máxima de un fraile llamado Pablo, que decía irónicamente que, á no ser por Aristóteles, la Iglesia hubiera carecido de algunos de sus artículos de fe.

Por eso el célebre Ramus, que publicó dos obras en las que combatía la doctrina de Aristóteles que enseñaba la Universidad, hubiera sido víctima del furor de sus rivales ignorantes, si Francisco I no hubiera pedido para fallarlo el proceso, que estaba siguiéndose en el Parlamento de París entre Ramus y Antonio Govea. Uno de los principales cargos que hacían á Ramus era el modo como enseñaba á sus discípulos á pronunciar la Q.

No fué Ramus el único perseguido por semejantes pampullinas. El año 1624 el Parlamento de París desterró del término de su jurisdicción á tres hombres que se atrevieron á sostener públicamente tesis contra la doctrina de Aristóteles, prohibiendo á todo el mundo publicar y vender las proposiciones que sostenían dichas tesis, bajo la pena de castigo corporal, prohibiendo además enseñar máximas contra los antiguos autores aprobados por la Universidad, pajo pena de la vida.

Las exposiciones de la Sorbona, en favor de las que el Parlamento publicó un decreto contra los químicos, el año 1629, decidieron que no se podía chocar contra los principios de la filosofía de Aristóteles, sin chocar contra los de la teología escolástica, admitidos por la Iglesia. Sin embargo, habiendo publicado la facultad un decreto en 1566 para prohibir el uso de la antimonia, cuyo decreto confirmó el Parlamento, Paunier de Caen, gran químico y célebre médico de París, que no se conformó ni con el decreto de la facultad ni con el del Parlamento, fué únicamente degradado en 1609. Más tarde, cuando se ingirió la antimonia en el libro de los medicamentos, que escribie-

ron por orden de la facultad el año 1637, dicha facultad permitió su uso el año 1666, un siglo después de haberlo prohibido, y el Parlamento lo autorizó por otro decreto. De este modo, la Universidad siguió el ejemplo que le dió la Iglesia, que proscribió la doctrina de Arrio, bajo pena de muerte, y luego aprobó la palabra consubstancial, que en tiempos anteriores había condenado, como hemos visto en el artículo titulado *Concilio*.

Lo que acabamos de decir respecto á la Universidad de París puede darnos la idea de lo que serían las otras universidades, que tomaron aquélla por modelo. En efecto, ochenta universidades, imitando á la de París, reprodujeron el decreto que la Sorbona publicó en el siglo XIV, y que dispone que cuando se entregue el birrete á los doctores les hagan jurar que defenderán el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen, no considerando esto como un artículo de fe, sino como una opinión religiosa y católica.

V

VAMPIROS

¿Es posible que haya vampiros en el siglo XVIII, después del reinado de Locke, de Shaftesbury, de Trenchard y de Collins? ¿Y en el reinado de d'Alembert, de Diderot, de Saint-Lambert y de Duclós se cree en la existencia de los vampiros, y el reverendo benedictino dom Agustín Calmet imprimió y reimprimió la historia de los vampiros con la aprobación de la Sorbona?

Los vampiros eran muertos que salían por la noche del cementerio para chupar la sangre á los vivos, ya en la garganta, ya en el vientre, y que después de chuparla se volvían al cementerio y se encerraban en sus fosas. Los vivos á quienes los vampiros chupaban la sangre, se quedaban pálidos y se iban consumiendo; y los muertos que la habían chupado engordaban, les salían los colores y estaban completamente apetitosos. En Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena, eran los países donde los muertos practicaban esa operación. Nadie oía hablar de vampiros en Londres ni en París. Confieso que en esas dos ciudades hubo agiotistas, mercaderes, gentes de negocios que chuparon á la luz del día la sangre del pueblo; pero no estaban muertos, sino corrompidos. Esos verdaderos chupones no vivían en los cementerios, sino en magníficos palacios.

¿Quién es capaz de creer que la moda de los vampiros la adquirimos de Grecia? No de la Grecia de Alejandro, de Aristó-

teles, de Platón, de Epicuro y de Demóstenes, sino de la Grecia cristiana y por desventura cismática.

Hace mucho tiempo que los cristianos del rito griego creían que los cuerpos de los cristianos del rito latino, que se enterraban en Grecia, no se pudrían, porque estaban excomulgados. Creían precisamente lo contrario que nosotros los cristianos del rito latino, que creemos que los cuerpos que no se corrompen son los que tienen impreso el sello de la bienaventuranza eterna, y en cuanto se pagan á Roma cien mil escudos por la canonización de cada santo, tributamos á éste la adoración de dulía.

Los griegos están convencidos de que sus muertos son hechiceros, y les dan el nombre de *broucolacas*. Los muertos griegos van á las casas á chupar la sangre de los niños, á comerse la cena de los padres y de las madres, á beberse el vino y á romper todos los muebles. Sólo puede hacérseles entrar en razón quemándolos cuando los atrapan; pero se necesita tener la precaución de no ponerlos en el fuego hasta después de haberles arrancado el corazón, que debe quemarse aparte.

El célebre Tournefort, emisario que mandó á Levante Luis XIV, lo mismo que otros aficionados, fué testigo de algunas jugarrretas atribuidas á uno de los *broucolacas* y de la citada ceremonia.

Después de la maledicencia nada se comunica tan rápidamente como la superstición, el fanatismo, el sortilegio y los cuentos de aparecidos. Pronto hubo *broucolacas* en Valaquia, en Moldavia y en Polonia, aunque esta nación pertenece al rito romano y no le faltaba más que esta superstición, que se transmitió á toda la parte oriental de Alemania. Continuamente estuvieron ocupándose de los vampiros desde 1730 hasta 1735; los espionaron, les arrancaron el corazón y los quemaron; pero semejantes á los antiguos mártires, cuantos más quemaban más aparecían.

Calmet fué su historiógrafo, y se ocupó de los vampiros, como antes se había ocupado del Antiguo y del Nuevo Testamento, refiriendo fielmente todo lo que sobre esta materia habían dicho antes que él.

Debe ser una cosa curiosísima examinar los procesos verbales jurídicamente entablados á los muertos que salieron de sus fosas para chupar la sangre á los niños y á las niñas de la vecindad. Calmet refiere que en Hungría dos empleados que para este objeto nombró el emperador Carlos VI, con el bailío y el verdugo, fueron á formar causa á un vampiro, muerto seis semanas antes, que chupaba la sangre de los niños de la vecindad, y le encontraron cerrado en el ataúd, fresco, robusto, con los ojos abiertos y pidiendo de comer. El bailío dictó la sentencia; el verdugo arrancó el corazón al vampiro, y después de esta ope-

ración ya no chupó la sangre á nadie. Después de este caso nadie debe atreverse á dudar de los muertos resucitados que llenan las antiguas leyendas, ni de ninguno de los milagros que refieren Bollandus y el sincero y reverendo Ruinard.

Encontramos historias de vampiros hasta en las *Cartas judías* de Argens, á quien los jesuitas acusaron de incrédulo y que luego saborearon su triunfo, cuando el citado autor refirió la historia del vampiro de Hungría, y dieron gracias á Dios y á la Virgen por la conversión de Argens. He aquí lo que dijeron del referido autor: «El famoso incrédulo que dudó de la aparición del ángel á la Virgen, de la estrella que vieron los Reyes Magos, de que se curaran los poseídos, de que se ahogaran dos mil cerdos en un lago, del eclipse que hubo de sol en luna llena, de los muertos que se paseaban por Jerusalén; tocado por la divina gracia, se iluminó su espíritu, y cree en la existencia de los vampiros.»

La gran cuestión que hubo entonces fué averiguar si aquellos muertos resucitaron por su propia virtud, por el poder de Dios ó por el poder del diablo. Los grandes teólogos de Lorena, de Moravia y de Hungría hicieron públicas sus opiniones y su ciencia. Recordaron todo cuanto antes San Agustín, San Ambrosio y otros santos dijeron más ininteligible respecto á los vivos y á los muertos. Trajeron á colación todos los milagros de San Esteban que están incluidos en el séptimo libro de las obras de San Agustín, y he aquí uno de los más curiosos. Quedó aplastado un joven en Africa en la ciudad de Autzal bajo las ruinas de una muralla, y la viuda fué inmediatamente á invocar á San Esteban, de quien ella era devota, y San Esteban resucitó al aplastado, al que le preguntaron qué es lo que había visto en el otro mundo: «Señores, contestó á los que le preguntaban: cuando mi alma salió de mi cuerpo, encontré infinidad de almas que le hicieron la misma pregunta respecto al mundo. Yo iba no sé á donde cuando encontré á San Esteban, que me dijo: «Devolved lo que habéis recibido.» Yo le repliqué: «¿Qué queréis que os devuelva si nunca me disteis nada?» Me repitió tres veces: «Devolved lo que habéis recibido.» Entonces comprendí que quería hablar del *Credo*. Recé el *Credo*, y en seguida me resucitó.

Citaron además los referidos teólogos las historias que refiere Sulpicio Severo en la vida de San Martín, y probaron que entre los muertos que resucitó San Martín, devolvió la vida á un condenado; pero todas esas historias, aunque sean verdaderas, no tenían nada que ver con los vampiros que chupaban la sangre de los niños y luego volvían á meterse en sus ataúdes. Buscaron también en el Antiguo Testamento y en la mitología algún vampiro que pudieran presentar como caso antiguo; no

encontraron ninguno; pero probaron sin embargo que los muertos comían y bebían, fundándose en que en algunos pueblos antiguos les metían alimentos en las fosas.

Cuestionaron también si comía el alma ó el cuerpo del muerto, y quedó decidido que comían la una y el otro. Los platos más delicados y de poca substancia, como los merengues y la crema, se los comía el alma, y el rost-bif y el bifs-teak se los comía el cuerpo.

Decían que los reyes de Prusia fueron los primeros que después de muertos se hacían servir alimentos, y que los imitaban casi todos los reyes de entonces; pero fueron los frailes los que se les comían la comida y la cena y los que se les bebían el vino; de modo que, hablando con propiedad, los reyes no eran vampiros; los verdaderos vampiros son los frailes, que comen á expensas de los reyes y de los pueblos.

Verdad es que San Estanislao, que había comprado gran extensión de terreno á un gentil-hombre polaco y no se lo había pagado, perseguido por los herederos ante el rey Boleslao, resucitó á dicho gentil-hombre; pero fué únicamente para pagarle la deuda, y no se dice que diera ni un solo vaso de vino al vendedor, que se volvió al otro mundo sin comer ni beber.

Se agita con frecuencia la grave cuestión de si puede absolverse al vampiro que murió excomulgado: no soy teólogo bastante profundo para decidirlo; pero por mi parte yo lo absolvería porque cuando hay que escoger entre dos partidos dudosos, debe elegirse el más benigno.

El resultado de todo es que una gran parte de Europa estuvo infestada de vampiros durante cinco ó seis años, y que hoy ya no existen; que hubo convulsionarios en Francia durante más de veinte años, y que hoy ya no los hay; que resucitaron muertos durante algunos siglos, y que hoy ya no los resucitan; que tuvimos jesuítas en España, en Portugal, en Francia y en las Dos-Sicilias, y que hoy ya no los tenemos (1).

VERDAD

I

«Pilatos dijo entonces: ¿Luego sois rey? Jesús le respondió: Como vos decís, y por eso nací y vine al mundo, para dar este testimonio de verdad, y todos los hombres que aman la verdad oyen mi voz. Pilatos le replicó: ¿qué es la verdad? y después de decir esto, salió, etc.» (San Juan, cap. XVIII.)

Es una lástima para el género humano que Pilatos se fuera

(1) ¡Ay! ¡pero han vuelto, ilustre Voltaire! (N. del T.).

sin esperar la contestación de Jesús, porque si hubiera tenido paciencia, sabríamos lo que es la verdad. Se conoce que Pilatos era poco curioso. El acusado que compareció ante él, le dijo que era rey, y que había nacido para serlo, y Pilatos ni siquiera quiso enterarse de cómo semejante cosa podía ser. Era el juez supremo que nombró el César, contaba con la supremacía de la espada, y tenía el deber de haber profundizado el sentido de dichas palabras. Debió haber dicho al acusado: Explicadme qué es lo que entendéis por ser rey, y por qué habéis nacido para serlo y para dar testimonio de la verdad. Dícese que ésta llega difícilmente hasta los oídos de los monarcas, y hasta á mí, que soy juez, me costó mucho trabajo descubrirla. Enteradme mientras vuestros enemigos se desatan contra vos fuera de ese recinto, y me prestaréis el mayor servicio que puede prestarse al juez; prefiero conocer la verdad que conceder la petición tumultuosa de los judíos que desean que os quite la vida.

Indudablemente no nos atrevemos á averiguar lo que el autor de todas las verdades hubiera dicho á Pilatos. Quizás hubiera dicho: «La verdad es una palabra abstracta que la mayoría de los hombres usan con indiferencia en sus libros y en sus fallos, por equivocación ó por mentir.» Esta definición ha convencido á todos los inventores de sistemas; de este modo, la palabra *sabiduría* se toma con frecuencia por locura, y la palabra *ingenio* por tontería.

Definimos la verdad humanamente hablando, esperando otra definición mejor, *lo que se anuncia tal como es*.

Supongo que en seis meses hubieran querido enseñar á Pilatos las verdades de la lógica, y en ese caso hubiera propuesto sin duda este silogismo terminante: No se debe privar de la vida al hombre que predica una moral pura; el acusado, según la declaración de sus mismos enemigos, predica siempre una moral excelente; luego no se le debe castigar con la última pena.

También hubiera podido deducir este otro argumento: Es deber mío evitar los atropellos del pueblo sedicioso para pedir la muerte de un hombre sin motivo y sin forma jurídica; así han obrado los judíos en esta ocasión; luego yo debo disolverlos y enviarlos ó á las prisiones ó á su casa.

Suponemos que Pilatos sabía aritmética, y por eso no nos ocuparemos de esta clase de verdades. Respecto á las verdades matemáticas, creo que debía de haber estudiado tres años lo menos para poder enterarse de la geometría trascendental. Para conocer las verdades de la física, hubiera necesitado lo menos cuatro años. Generalmente consumimos seis en estudiar la teología; pero yo creo que Pilatos necesitaría doce, teniendo en cuenta que era pagano y que seis años no es un tiempo excesivo para desarraigar en él sus errores crónicos, y que necesitaría

otros seis años para llegar á ser apto y ceñirse el birrete de la facultad. Si Pilatos hubiera tenido un cerebro bien organizado, en dos años hubiera podido aprender las verdades metafísicas, y como estas verdades por necesidad se relacionan con las verdades morales, estoy seguro de que en menos de nueve años Pilatos hubiera llegado á ser un verdadero sabio.

Encontrándose en dicha situación, le hubiera dicho á Pilatos: Las verdades históricas sólo son probabilidades. Si peleásteis en la batalla de Philippos, es para vos una verdad que habéis conocido por intuición; pero para nosotros, que habitamos cerca del desierto de Syria, no es más que una cosa muy probable, que sabemos porque lo hemos oído decir. ¿Cuántas veces necesitamos haberlo oído decir para formarnos una persuasión igual á la del hombre que, habiendo visto la cosa de que tratamos, puede jactarse de tener certidumbre de ella? El que oyó decir la misma cosa á doce mil testigos oculares, no tiene más que doce mil probabilidades, equivalentes á una gran probabilidad, que nunca puede igualar á la certidumbre.

Si sólo sabéis la cosa de que se trata por uno de los testigos, haceos cuenta que no sabéis nada y que debéis dudar. Si el testigo murió, debéis dudar más todavía, porque nada ponéis poner en claro. Si todos los testigos murieron, os encontráis en el mismo caso, y de generación en generación la duda aumenta, la probabilidad disminuye y muy pronto la probabilidad que la reducida á cero.

II

De los grados de verdad por los que se juzga á los acusados.

Podemos comparecer ante la justicia ó por hechos ó por palabras. Si comparecemos por hechos, es preciso que les conste á los jueces que son tan verdaderos como la pena á que condenan al culpable, porque si no tienen, pongo por caso, más que veinte probabilidades contra él, estas veinte probabilidades no pueden equivaler á la certeza de su muerte; si el juez desea tener todas las probabilidades que necesita para estar seguro de que no hace derramar sangre inocente, es indispensable que éstas nazcan del testimonio unánime de los deponentes que no tengan ningún interés en declarar. Con este concurso de probabilidades constituirá una opinión decidida, que podrá servir de excusa á la sentencia; pero como el juez no tendrá nunca completa certeza, no podrá jactarse de conocer perfectamente la verdad: por consecuencia, debe inclinarse siempre más á la clemencia que al rigor. Si sólo se trata de hechos, de los que no resulta ni mutilación ni muerte, es evidente que el juez no debe condenar ni á ser mutilado ni á morir al acusado.

Si sólo se trata de cuestión de palabras, es todavía más evidente que el juez no debe disponer que ahorquen á sus semejantes por el modo cómo movió la lengua, porque todas las palabras del mundo se las lleva el aire, menos cuando las palabras excitan á cometer asesinatos, y es ridículo sentenciar á un hombre á muerte por decir esto ó aquello. Poned en uno de los platillos de una balanza todas las palabras odiosas que se han dicho en el mundo, y en el otro platillo la sangre de un hombre, y es seguro que el platillo de la sangre pesará mucho más. El que compareció ante el juez acusado de haber proferido algunas palabras que sus enemigos tomaron en cierto sentido, todo lo más que merece es que el juez le dirija otras palabras, que él también puede tomar en el sentido que quiera. Pero condenar á un inocente al suplicio más cruel y más ignominioso por palabras que sus enemigos no comprenden, eso es demasiado bárbaro.

VIAJE DE SAN PEDRO Á ROMA

¿La famosa disputa sobre si San Pedro hizo ó no hizo el viaje á Roma no es en el fondo tan frívola como la mayoría de las cuestiones? Las rentas de la abadía de San Dionisio de Francia no dependen de que sea cierto que viajara San Dionisio el Areopagita desde Atenas hasta el centro de las Galias, ni del martirio que sufrió en Montmartre, y del otro viaje que hizo después de muerto, desde Montmartre hasta San Dionisio, llevando la cabeza en las manos. Los cartujos disfrutaban de grandes rentas, á pesar de ser mentira la historia del canónigo de París, que después de muerto se levantó del ataúd tres días consecutivos para que supieran los asistentes que estaba condenado. Pues del mismo modo pueden subsistir las rentas y los derechos del pontífice romano si San Pedro hizo el viaje á Roma que si no lo hizo.

Los derechos que disfrutaban los metropolitanos de Roma y de Constantinopla los estableció el Concilio de Calcedonia, que se reunió el año 451 de la era vulgar; y en ese Concilio no se habló de que ningún apóstol hiciera viajes á Bizancio ó á Roma.

Los patriarcas de Alejandría y de Constantinopla gozaron de la misma suerte que sus provincias. Los jefes eclesiásticos de las dos ciudades imperiales y de la opulenta Egipto debían naturalmente disfrutar más privilegios, más autoridad y más riqueza que los obispos de las ciudades pequeñas.

Si la residencia de un apóstol en una ciudad hubiera sido suficiente para decidir sobre tantos derechos, el obispo de Jerusalén hubiera sido sin duda el primer obispo de la cristiandad; hubiera sido sin disputa el sucesor de Santiago, hermano de Jesucristo, reconocido como fundador de dicha Iglesia y consi-

derado como el primero de los obispos. Apoyados en la misma razón añadiríamos que todos los patriarcas de Jerusalén debían haberse circuncidado, porque los quince obispos primeros de Jerusalén, cuna del cristianismo y tumba de Jesucristo, se circuncidaron.

Es indudable que las primeras liberalidades que Constantino hizo á la Iglesia de Roma no tienen la menor relación con el viaje de San Pedro.

La primera iglesia que se fundó en Roma fué la de San Juan, que todavía es la verdadera catedral. Es incudable que la hubieran dedicado á San Pedro si éste hubiera sido el primer obispo: esta es la más verosímil de todas las presunciones, capaz por sí misma de terminar la disputa. A conjetura tan probable hay que agregar pruebas negativas, pero convincentes. Si Pedro hubiera estado en Roma con Pablo, las *Actas de los apóstoles* lo hubieran dicho, y sobre esto nada dicen.

Si San Pedro hubiera predicado el Evangelio en Roma, San Pablo no hubiera escrito las siguientes palabras en su epístola á los Galatas: «Cuando vieron que me confiaron el Evangelio del prepucio y á Pedro el de la circuncisión, nos dieron las manos á Bernabé y á mí, y consintieron en que nosotros dos fuésemos á casa de los gentiles y Pedro á casa de los circuncidados.»

En las cartas que Pablo escribió desde Roma no hablan nunca de Pedro; luego es evidente que no estaba allí. En las cartas que el mismo Pablo escribió á sus hermanos de Roma, tampoco lo menciona; luego Pedro no hizo el viaje á Roma, ni cuando Pablo estuvo preso en dicha ciudad, ni cuando estuvo libre en ella.

Tampoco hay ninguna carta de San Pedro fechada en Roma. Algunos, como Pablo Orosio, español del siglo V, opinan que estuvo en Roma, en los primeros años del reinado de Claudio, y las *Actas de los apóstoles* dicen que estaba entonces en Jerusalén, y las epístolas de San Pablo dicen que estaba en Antioquía.

Sólo pretendo presentar como prueba, humanamente hablando y concretándose á las reglas de la crítica profana, que Pedro no podía ir desde Jerusalén á Roma, no conociendo la lengua latina ni la griega, la que San Pablo hablaba, aunque bastante mal. Como se dice que los apóstoles hablaban todas las lenguas, no quiero insistir sobre esto y me callo.

El primero que habló del viaje de San Pedro á Roma fué Papias, que vivió cien años después que San Pedro. Papias era frigio, escribía en su país y dijo que San Pedro había ido á Roma, y con motivo de esto, en una de sus cartas habla de Babilonia. Efectivamente, conservamos una carta que se atribuye á San Pedro, escrita en aquella época, en la que se dice: «La

Iglesia, que está en Babilonia, mi mujer y mi hijo Marcos, os saludan.»

Papías, que era uno de los grandes visionarios de aquellos siglos oscuros, se empeñó en que Babilonia quería decir Roma, y de este modo parecía natural que Pedro hubiera salido de Antioquía para ir á visitar á sus hermanos de Babilonia. Siempre ha habido judíos en Babilonia, donde se dedicaban continuamente al oficio de corredores y de buhoneros, y es creíble que muchos de los discípulos se refugiaron allí y que San Pedro fuera á animarlos. ¿Por qué tener el pensamiento extravagante de suponer que Pedro escribía una exhortación á sus camaradas en cifras, como se escribe hoy? ¿Temía acaso que le abrieran la carta en el correo? ¿Podía temer Pedro acaso que llegaran á conocerse sus cartas judías, á las que era imposible que prestaran atención los romanos? ¿Quién le obligaba á mentir inútilmente? ¿Por qué desvarió pudo suponerse que escribiendo Babilonia quería decir Roma?

De pruebas tan terminantes, el juicioso dom Calmet deduce que el viaje de San Pedro á Roma lo prueba el mismo apóstol, que dice expresamente que escribió su carta desde Babilonia, esto es, desde Roma. Los argumentos de dom Calmet son irrefutables; sin duda estudió lógica estudiando los vampiros.

El sabio arzobispo de París Marca, Dupin, Blondel y Spanheim no son de esta opinión; pero esta era la de Papías, que razonaba como dom Calmet, á quien siguieron multitud de escritores, tan ciegos partidarios de ellos, que desoyeron algunas veces la voz de la sana crítica y de la razón.

El gran defecto de los partidarios del viaje consiste en decir que las *Actas de los apóstoles* están consagradas á la historia de Pablo y no á la historia de Pedro, y que si pasan en silencio la permanencia de éste en Roma, es porque los hechos y las gestas de Pablo fueron el único objeto que se propuso el autor de las *Actas*. Pero las *Actas* se ocupan extensamente de Simón Barjona, apellidado Pedro, que es el que se propone dar un sucesor á Judas. En ellas consta que hizo morir de muerte súbita á Ananías y á su mujer, que aunque le habían entregado sus bienes, por su desgracia no se los entregaron íntegros. Consta también en las *Actas* que resucitó á su cosedora Dorcas en casa el corredor Simón, en Joppé; que tuvo una cuestión en Samaria con Simón el Mago; que fué á Lippa, á Cesárea y á Jerusalem; ¿por qué no dicen, pues, que fué á Roma?

Es muy difícil que San Pedro fuera á Roma durante los reinados de Tiberio, de Calígula, de Claudio ó de Nerón. El viaje que dicen que hizo en la época de Tiberio sólo se funda en los supuestos fastos de Sicilia, que son apócrifos. Otro escrito apócrifo, titulado *Catálogo de obispos*, dice que San Pedro fué obispo

de Roma inmediatamente después de la muerte de su maestro. No sé qué cuento árabe le envía á Roma durante el imperio de Calígula. Eusebio, trescientos años después, en la época de Claudio, sin marcar el año, dice que una mano divina condujo á San Pedro á Roma. Lactancio, que escribió durante el reinado de Constantino, dice que Pedro fué á Roma en la época de Nerón y que allí murió crucificado.

Hay que confesar que si en un proceso una de las partes no alegara más que los anteriores títulos, no ganaría su causa. A lo dicho anteriormente añaden que antes que Eusebio y que Lactancio, el exacto Papias había ya referido la aventura de Pedro y de Simón el Mago, que pasó delante de Nerón. El grave Marcelo copia esa aventura auténtica; el grave Hegesippo la repite, y otros varios la repiten después que éstos; pero yo también os repito que no ganaréis nunca ningún proceso presentando pruebas como esas.

No dudo de que la silla episcopal de San Pedro se conserve todavía en Roma en la magnífica iglesia; tampoco dudo de que San Pedro gozara el obispado de Roma veinticinco años, un mes y nueve días, como nos refieren; pero sí que me atrevo á decir que esto no está probado demostrativamente, y añado que creo que los obispos romanos actualmente están mejor en Roma que estuvieron los de los tiempos pasados, que eran tiempos oscuros, que es muy difícil desembrollar.

VIENTRES PEREZOSOS

San Pablo dice que los cretenses son mentirosos, bestias, perversos y vientres perezosos en la *Epístola á Tito*, cap. I, versículo 12. El médico Hecquet interpreta la frase *vientres perezosos*, suponiendo que los cretenses iban raras veces al escusado, y que por eso la materia fecal, refluyendo á la sangre, los ponía de mal humor y los convertía en bestias perversas. Es indudable que el hombre que no puede defecar está más sujeto á la cólera que los otros; su bilis no fluye, se recuece y su sangre está adusta.

Cuando tengáis por la mañana que solicitar un favor de un ministro ó de un alto empleado del ministerio, informaos antes discretamente si tienen el vientre libre. Nadie ignora que el carácter y el ingenio dependen casi absolutamente del escusado. El cardenal de Richelieu era sanguinario, porque padecía de almorranas internas que le molestaban en el intestino recto y que endurecían sus materias fecales. La reina Ana de Austria le llamaba *culo podrido*. Este apelativo hacía más agria su bilis y probablemente costó la vida al mariscal de Marillac y la libertad al mariscal de Bassompierre. No comprendo por qué los

que están constipados mienten más que los que no lo están, porque no hay ninguna analogía entre el esfínter del ano y la mentira, así como la hay entre los intestinos y nuestras pasiones, nuestro modo de pensar y nuestra conducta.

Me inclino á creer que San Pablo llamó *vientres perezosos* á las personas voluptuosas, á los priores, á los canónigos, á los abades que tenían encomiendas, á los prelados muy ricos, que pasaban la mañana en la cama para reponerse de la crápula de la noche anterior, aunque puede pasarse muy bien la mañana en la cama sin ser mentirosos ni bestias perversas, y casi siempre los voluptuosos indolentes son muy amables en sociedad y tienen el mejor trato del mundo.

Sea de esto lo que fuere, me sabe mal que San Pablo injuriara á toda una nación y que no manifestara en dicho pasaje, humanamente hablando, ni urbanidad, ni discreción, ni verdad. No se hacen prosélitos diciendo á las personas á quienes se predica que son bestias perversas, y no cabe duda de que encontraría en la ciudad de Creta algunos hombres de mérito. ¿Por qué ultrajó de ese modo á la patria de Minos, de cuya patria el arzobispo Fenelon, mejor educado que San Pablo, hace un pomposo elogio en el *Telémaco*?

San Pablo era muy quisquilloso, muy brusco y muy soberbio: si yo hubiera sido uno de los apóstoles, ó al menos discípulo de ellos, indudablemente hubiera reñido con él. Me parece que tenía toda la culpa de la riña que tuvo con San Pedro. Sentía la pasión del dominio; se vanagloriaba siempre de ser apóstol y de ser mejor apóstol que sus compañeros; él que hizo apedrear á San Estebán; él que fué perseguidor á las órdenes de Gamaliel y que debió llorar sus culpas mucho más tiempo que San Pedro lloró su debilidad, siempre humanamente hablando.

Se vanagloria de ser ciudadano romano y de haber nacido en Tarsis, y San Gerónimo asegura que era un pobre judío que nació en la aldea de Giscala, que pertenece á la Galilea. En las cartas que dirige al reducido rebaño de sus fieles, les habla siempre como maestro inflexible y les dice: «Iré á buscaros á Corynto y os juzgaré por medio de dos ó tres testigos, y no perdonaré á los que han pecado ni á los otros.»

Muchísimos cristianos defenderían hoy el partido de San Pedro contra San Pablo, si no afeara la historia de aquél el episodio de Ananías y de Saphira, que intimidó á las almas inclinadas á hacer limosna.

Concretándome al texto de los cretenses mentirosos, bestias perversas y vientres perezosos, aconsejaré á todos los misioneros que no cumplen su misión, empezando por injuriar á los pueblos que desean convertir. No digo esto porque yo crea que los habitantes de Creta son los hombres más justos y más res-

petables del mundo, como dijo la fabulosa Grecia. No pretendo tampoco armonizar su supuesta virtud con su supuesto toro, del que se enamoró la hermosa Pasiphae, ni con el arte con que Dédalo construyó una vaca de bronce, en la que Pasiphae se colocó con tanta habilidad, que su tierno amante le hizo un minotauro, al que el devoto Minos sacrificaba todos los años siete mancebos y siete doncellas de Atenas.

Tampoco creo que hubiera cien grandes ciudades en Creta; lo más que concedo es que hubiera cien aldeas detestables establecidas en aquellos terrenos peñascosos y dos ó tres ciudades. Siento muchísimo que Rollin, en su elegante compilación de la *Historia Antigua*, haya creído muchísimas fábulas antiguas respecto á la isla de Creta y respecto á Minos.

Los pobres griegos y los pobres judíos que habitan actualmente en las montañas escarpadas de la referida isla, gobernados por un bajá, puede ser que sean mentirosos y bestias perversas. Ignoro si tienen el vientre perezoso, pero les deseo que tengan siempre qué comer.

VIDA

En el *Sistema de la naturaleza*, página 84, leemos estas palabras: «Sería preciso definir la vida antes de razonar sobre el alma; pero esto lo creo imposible.» Yo, por el contrario, lo creo muy posible. La vida es organización con capacidad de sentir. Por eso se dice que todos los animales tienen vida, y sólo se aplica á las plantas esta palabra por extensión, por metáfora; están organizadas y vegetan; pero como no son capaces de sentir, propiamente no tienen vida.

Puede tenerse vida sin sentimiento en momentos dados, porque nada sentimos durante una apoplejía, durante un letargo, durante un sueño profundo; pero aún en estos casos tenemos el poder de sentir. Algunas personas, como por desgracia sabemos, fueron enterradas vivas, como hacían con las vestales; y esto es lo que sucede en los campos de batalla, sobre todo en los países fríos; muchas veces el soldado se queda sin movimiento y sin poder respirar; si lo socorrieran se salvaría; pero para concluir más pronto lo entierran.

Antiguamente vida y alma eran una misma cosa, y la una no era más conocida que la otra. ¿Las conocemos acaso en la actualidad?

En los libros sagrados judíos el alma es siempre sinónima de vida.—«Y dijo Dios que las aguas produzcan reptiles de alma viva» (1).—«Creó también grandes dragones, y todo ani-

(1) *Génesis*.

mal tuvo vida y movimiento, que las aguas habían producido.»

Es difícil explicarse cómo creó Dios esos dragones producidos por las aguas; pero así lo dice el texto sagrado y nos sometemos á él.

—«Que la tierra produzca alma viva en su género, behemots y reptiles.»—«Y á toda alma viva para alimentarse.»—«Y sopló en sus narices soplo de vida, y el hombre tuvo soplo de vida.»—«Pediré vuestras almas á las manos de las bestias y de los hombres.» *Almas*, indudablemente significa en estos versículos *vidas*. El texto sagrado no puede decir que las bestias se habían tragado el alma de los hombres, pero sí su sangre, que es su vida; y respecto á las manos que el texto concede á las fieras, debe entenderse que quiso decir garras. En una palabra, encontramos en la *Biblia* más de doscientos pasajes, en los que el alma se toma por la vida de las bestias ó de los hombres; pero no encontramos ninguno de ellos que nos explique lo que es vida y lo que es alma.

Si esta es la facultad de la sensación, ¿de dónde nace esta facultad? A esta pregunta todos los doctores contestan exponiendo sistemas, cuyos sistemas se destruyen unos á otros. ¿Por qué os empeñáis en saber de dónde proviene la sensación? Tan difícil es concebir la causa que hace que todos los cuerpos tiendan á un centro común, como concebir la causa que hace que el animal sea sensible. La dirección del imán hacia el polo Artico, el camino que llevan los cometas y otros mil fenómenos son también incomprensibles. La materia tiene evidentes propiedades, cuyo principio no conoceremos nunca, y el principio de la sensación, sin la que no es posible la vida, es y será desconocido para nosotros.

¿Podemos vivir sin experimentar sensaciones? Imposible. Suponed un niño que muere después de pasar algunas horas en un letargo desde que nació: ese niño existió, pero no ha vivido. Suponed un imbecil, que nunca concibió ideas complejas, pero que estuvo dotado de sentimiento: ese imbecil vivió, pero sin pensar: no tuvo más que las ideas sencillas de sus sensaciones.

¿El pensamiento es necesario para la vida? No, porque el imbecil que acabamos de citar no pensaba y vivió. Por eso algunos autores creen que el pensamiento no constituye la esencia del hombre, y sostienen esta opinión diciendo que hay muchos idiotas que no piensan que son hombres, y tanto lo son, que tienen hijos. Los doctores que creen lo contrario, replican que esos idiotas tienen ideas que les suministran sus sensaciones. Los doctores que profesan la opinión contraria, contestan á esto que el perro de caza, que aprende bien su oficio, tiene ideas más continuas y es superior á esos idiotas. Esto originó una gran cuestión respecto al alma, de la que no nos ocuparemos ya, por ha-

ber hablado con mucha extensión de ella en el artículo titulado *Alma*.

VIRTUD

I

Dícese que Marco Bruto, momentos antes de matarse, pronunció estas palabras: «Virtud, yo creía en tí; pero he visto que no eras más que un vano fantasma.» Bruto tenía razón si hacía estribar la virtud en ser jefe de partido y asesino de su bienhechor, de su padre Julio César; pero si hubiera hecho consistir la virtud en hacer beneficios á los que dependían de él, no la hubiera llamado fantasma ni se hubiera matado por desesperación.

«Yo soy muy virtuoso, dice una sabandija teológica, porque observo las cuatro virtudes cardinales y las tres teologales.» Un hombre honrado le pregunta: «¿Qué son virtudes cardinales?» La sabandija le contesta: «La fuerza, la prudencia, la templanza y la justicia.»

El hombre honrado.—Si eres justo ya lo reunes todo: la fuerza, la prudencia y la templanza sólo son cualidades útiles. Si las tienes, tanto mejor para tí; pero si eres justo, tanto mejor para los demás. No es suficiente ser justos, es menester ser además bienhechores. ¿Cuáles son las virtudes teologales?

La sabandija.—La fe, la esperanza y la caridad.

El hombre honrado.—¿Crear acaso es una virtud? O lo que crees te parece verdadero, y en este caso no hay ningún mérito en creer; ó te parece falso, y en este caso es imposible que lo creas. La esperanza no es tampoco virtud, como no lo es el temor; creemos ó esperamos cuando nos prometen ó cuando nos amenazan. ¿Entiendes por caridad lo que los griegos y los romanos entendían por humanidad y por amor al prójimo? Esta clase de amor no es nada si no obra; la beneficencia es, pues, la única virtud verdadera.

La sabandija.—Sería yo verdaderamente un tonto si me desviviera por servir á los hombres sin esperar recompensa. Todo trabajo requiere su salario. No practicaría actos de honradez, á no estar seguro de que he de alcanzar el paraíso.

El hombre honrado.—Entonces sois un granuja, porque si no esperarais ir al paraíso y no temiérais ir al infierno, no haríais ninguna obra buena. Seguid mis consejos y creedme: sólo hay dos cosas que merecen que las amemos con desinterés y por sí mismas: Dios y la virtud.

La sabandija.—¿Qué oigo? ¿Es que sois fenelonista?

El hombre honrado.—Lo soy.

La sabandija.—Pues voy á denunciaros al juez de la curia eclesiástica de Meaux.

El hombre honrado.—Denúnciame.

VISIÓN

Al ocuparme de la palabra visión no voy á referirme al modo admirable con que los ojos aperciben los objetos ni de cómo todo lo que vemos se pinta en la retina; pintura divina ejecutada por leyes matemáticas, y que como todo lo demás, es obra de la mano del eterno geómetra. Esta clase de visión la han tratado sabiamente grandes genios, y después de sus cosechas, no han dejado granos que recoger. Tampoco voy á ocuparme de la herejía de que acusaron al Papa Juan XXII por haber sostenido que los santos no gozarán de la visión beatífica hasta después del juicio final.

Mi objeto en este artículo es ocuparme de la multitud de visiones que favorecieron ó atormentaron á muchos santos, que multitud de imbéciles creyeron haber visto, con las que infinidad de bribones y de bribonas han hecho caer al mundo en la trampa, ya para adquirir reputación de beatos, que es reputación muy lisonjera, ya para sacar mucho dinero, lo que es más lisonjero aún para los charlatanes.

Calmet y Lenglet han recogido muchas visiones. La más interesante de ellas, en mi opinión, la que produjo mayores efectos, porque introdujo la reforma en las tres cuartas partes de la Suiza, es la del joven jacobino Yetzer, que ya referí á mis lectores, y que como saben, vió muchas veces á la Virgen y á Santa Bárbara, que le imprimieron los estigmas de Jesucristo. Al darle la comunión un prior jacobino le hizo tragar una hostia espolvoreada con arsénico, y el obispo de la Ausania le amenazó con quemarle vivo, porque fué á quejarse de que le habían envenenado. Esas abominaciones fueron el motivo que hizo que los habitantes de Berna dejaran de ser católicos, apostólicos y romanos.

Me sabe mal no poder referir visiones de tanta importancia como ésta; pero sin embargo, es también bastante importante la visión que tuvieron los padres franciscanos de Orleáns el año 1534. El proceso criminal que promovió existe todavía manuscrito en la biblioteca del rey de Francia, y tiene el número 1770.

La ilustre casa de Saint Mesmin había proporcionado grandes beneficios al convento de los franciscanos y tenía derecho de sepultura en la iglesia. Cuando murió la esposa de uno de los miembros de dicha familia, que era preboste de Orleáns, creyendo que sus antepasados se habían empobrecido dando demasiado á dichos frailes, sólo les hizo un regalo, que éstos

creyeron de poca consideración. Los buenos franciscanos se convinieron en desenterrar á la difunta, con la idea de obligar al esposo á que volviera á enterrar á su mujer, exigiéndole una paga mayor. Ese proyecto era insensato, porque el señor de Saint-Mesmin hubiera podido hacer que la enterraran en otra parte; pero los bribones tienen algo de locos.

La difunta esposa de Saint-Mesmin se apareció á dos frailes franciscanos y les dijo: «Estoy condenada como Judas, porque mi marido no dió al convento lo que debía dar.» Los dos tunanuelos que refirieron estas palabras no cayeron en la cuenta de que debían perjudicar más al convento que aprovecharle. El convento se proponía sacar una gran cantidad al señor de Saint-Mesmin, para que con ella consiguiera que descansara en paz el alma de su mujer; pero si el alma de dicha difunta estaba condenada, no la podía salvar todo el dinero del mundo, y era inútil dar ninguna cantidad; por lo tanto, los franciscanos nada percibirían.

Por regla general puede decirse que Francia carecía entonces de buen sentido; primero embruteció á la nación la situación de los francos y después la invasión de la teología escolástica; pero en Orleáns había algunas personas que razonaban, y desde luego supusieron que si el Sér Supremo dió permiso al alma de la señora de Saint-Mesmin para que se apareciera á dos frailes franciscanos, no era natural que su alma se declarara á sí misma *condenada como Judas*. Esta comparación les pareció insensata. Dicha dama no había vendido á Jesús por treinta dineros; tampoco se ahorcó; sus intestinos no le habían salido del vientre: luego no había el menor pretexto para compararla con Judas. Esta comparación hizo sospechosos á los dos frailes: movió gran laberinto en Orleáns, y como allí había herejes que no creían en visiones y que no admitían principios tan absurdos, sacaron de ella fatales deducciones. Los franciscanos cambiaron entonces de táctica y metieron á dicha dama en el purgatorio.

Volvió á aparecerse á los frailes declarando que estaba en el purgatorio, y pidió que la desenterraran. No era costumbre desenterrar á los que estaban en el purgatorio; pero creían los franciscanos que Saint-Mesmin evitaría esta afrenta dándoles una importante suma. La petición de que la sacaran de la iglesia aumentó las sospechas de los incrédulos. Creían que las almas se aparecían con frecuencia, pero que no pedían nunca que las desenterraran.

El alma no habló ya más desde entonces. Pero continuó haciendo el duende en el convento y en la iglesia, y los hermanos franciscanos la exorcisaron. El hermano Pedro de Arras la conjuró de un modo torpe, diciéndole: «Si eres el alma de la difunta señora de Saint-Mesmin, da cuatro golpes;» y se oyeron los

cuatro golpes. «Si estás condenada, da seis golpes;» y los seis golpes se oyeron también. «Si sufres mayores tormentos en el infierno por estar tu cuerpo enterrado en tierra santa, da otros seis golpes;» y también se oyeron. «Si desenterramos tu cuerpo, si cesamos de rezar á Dios por tí, ¿será más leve tu condenación? da cinco golpes si respondes afirmativamente;» y el alma respondió afirmativamente dando cinco golpes.

Este interrogatorio que hizo al alma Pedro de Arras, lo firmaron veintidós franciscanos, firmando el primero el reverendo padre provincial, que al día siguiente interrogó del mismo modo al alma, recibiendo las mismas respuestas.

Puede objetarse que habiendo declarado el alma que estaba en el purgatorio, los franciscanos no debían suponer que estaba en el infierno; pero no tengo yo la culpa de que los teólogos se contradigan.

El caballero de Saint-Mesmin presentó al rey una exposición haciendo á los franciscanos los cargos que se merecían; éstos por su parte contestaron, y el rey nombró jueces exprofeso para que juzgaran esta causa. El procurador general pidió que los franciscanos fueran quemados vivos; pero la sentencia de los jueces sólo les condenó á pagar una gran cantidad y á que salieran desterrados del reino. Esta sentencia está fechada el 18 de Febrero de 1534.

Después de referir estas dos visiones, es ya inútil ocuparnos de otras, nacidas todas ellas ó de la bribonería ó de la locura. Las visiones de la primera clase deben caer bajo la jurisdicción de la justicia, y las de la segunda clase son visiones que tienen los locos que están enfermos y los locos que gozan de buena salud. De las primeras debe encargarse la medicina; de las segundas las casas de locos.

VOTOS

Pronunciar un voto para toda la vida es esclavizarse para siempre. ¿Cómo pudo sufrirse la peor de las esclavitudes en el país donde está proscripta la esclavitud?

Prometer á Dios por medio de juramento que seremos desde la edad de quince años hasta que muramos, jacobinos, jesuitas ó capuchinos, es afirmar que tendremos toda la vida la misma idea, y es chocante prometer para toda la vida lo que no estamos seguros de cumplir de hoy á mañana.

¿Cómo han sido los gobiernos bastante enemigos de sí mismos y bastante absurdos para autorizar á los ciudadanos á que enajenen su libertad en la edad en que no les permiten disponer de la parte más insignificante de sus bienes? ¿Cómo es que estando convencidos todos los magistrados de esa extraordina-

ria tontería, no la han suprimido? ¿No es cosa que espanta cuando reflexionamos que haya más frailes que soldados? ¿No nos arrancan lágrimas de despecho descubrir los secretos de los claustros, las liviandades, los tormentos, á los que se sometieron niños desgraciados, que cuando son hombres detestan su situación de forzados, y que se agitan con inútil desesperación para romper las cadenas con que los ató su locura?

Conocí un joven, cuyos padres le obligaron á ser capuchino á los quince años y medio, y que estaba locamente enamorado de una joven que tenía poco más ó menos su edad. En cuanto el desventurado mancebo hizo sus votos á San Francisco de Asis, el diablo le recordó los que había hecho á su novia, y que le había firmado la promesa de matrimonio. Pudo en él el diablo más que San Francisco, y el joven capuchino se escapó del claustro y se presentó en casa de su prometida, donde le participaron que se había encerrado en un convento, y que había profesado también.

El capuchino se presenta en el convento donde había profesado su ex-novia, diciendo que deseaba verla, y le contestan que había muerto allí de desesperación. Al oír esta noticia perdió el conocimiento y cayó en tierra exánime. Lo trasladaron á un convento de frailes inmediatos, no para proporcionarle los socorros que necesitaba, que todo lo más podían salvarle el cuerpo, sino para administrarle la extremaunción antes de morir, que es lo que infaliblemente salva al alma.

El monasterio donde transportaron al desventurado joven desmayado, era casualmente un convento de capuchinos, los que caritativamente le hicieron esperar tres horas á la puerta, hasta que por fortuna le reconoció uno de los reverendos padres por haberle visto en el convento de donde se escapó. Le llevaron á una celda, donde le cuidaron con solicitud, con la idea de santificarlo, haciéndole sufrir saludable penitencia.

En cuanto se restableció, le llevaron maniatado al convento que abandonó, y van á ver mis lectores cómo lo trataron allí. Le hicieron descender á una fosa profunda, bajo de la que había una piedra muy grande, en la que estaba sujeta una cadena de hierro, con cuya cadena le ataron por un pie. Pusieron cerca de él un pan de centeno y un cántaro de agua, y después cerraron la fosa, que se tapaba con una plancha de greda que cerraba la abertura por donde le habían descendido.

Al cabo de tres días le sacaron de la fosa para que compareciera ante el tribunal de los capuchinos, que necesitaba averiguar si tuvo cómplices en su evasión, y para obligarle á que lo declarara, le aplicaron la tortura que acostumbraban en el convento. La tortura preparatoria la hacía sufrir apretando con varias cuerdas los miembros del paciente. Después de sufrir este

tormento, le sentenciaron á estar encerrado en su calabozo durante dos años, saliendo de él tres veces cada semana para recibir completamente desnudo disciplinazos con cadenas de hierro.

Su temperamento resistió dieciséis meses este suplicio, y por fortuna suya pudo salvarse, por una riña tremenda que tuvieron los capuchinos unos con otros, y mientras se daban de palos, el prisionero consiguió escaparse.

Permaneció escondido durante algunas horas entre algunos matorrales, y al anocheecer se decidió á ponerse en camino; pero estaba tan hambriento que apenas podía sostenerse. Un samaritano que pasaba por su lado tuvo compasión de aquel espectro; se lo llevó á su casa y le proporcionó toda clase de auxilios. El mismo desventurado capuchino me refirió todo lo que acabo de referir en presencia de su salvador. He aquí lo que los votos producen.

Sería cuestión muy curiosa estudiar si las atrocidades que se cometen todos los días en los conventos de frailes mendicantes deben indignarnos más que la opulencia perniciosa que adquieren los otros frailes que obligan á muchas familias á mendigar. Unos y otros han hecho voto de vivir á expensas de los demás ciudadanos, de ser una carga para la patria, de perjudicar al aumento de población, de engañar á sus contemporáneos y á la posteridad, y sin embargo toleramos esa institución.

X

[XENOFONTE

(La retirada de los diez mil)

Aunque Xenofonte no tuviera otro mérito que haber sido el amigo del mártir Sócrates, merecería llamar nuestra atención. Pero fué guerrero, filósofo, poeta, historiador y agricultor y amable en sociedad; hubo algunos griegos que reunieron todos esos méritos. ¿Por qué este hombre libre tuvo un ejército griego á sueldo del joven Cosrou, al que los griegos llaman Cyro? Cyro era hermano segundo y vasallo del emperador de Persia Artajerjes, de quien se dice que no olvidaba nunca nada más que las injurias. Cyro intentó asesinar á su hermano en el templo donde se celebraba la ceremonia de su consagración (porque los reyes de Persia fueron los primeros que se consagraron); pero Artajerjes no sólo perdonó á su hermano infame, sino que tuvo la debilidad de dejarle el gobierno absoluto de gran parte del



Asia Menor, que había heredado de su padre, y del que merecía que Artajerjes le hubiera despojado.

En recompensa de tan extraordinaria clemencia, Cyro, desde el país que gobernaba, se sublevó contra su hermano, añadiendo un segundo crimen al primero. Declaró en su manifiesto «que era más digno del trono de Persia que su hermano, por ser mejor mago y por beber más vino que él.»

No creo que esas razones le proporcionaran aliarse con los griegos. Tomó á sueldo trece mil, entre los que se encontraba el joven Xenofonte, que entonces no era más que un aventurero. Cada soldado tuvo al principio una dorica cada mes. La dorica era equivalente á una guinea ó á un luis de oro de los tiempos modernos, como acertadamente dice el caballero de Jaucourt, y no á diez francos, como asegura Rollín.

Cuando Cyro les propuso ponerse en marcha con los demás soldados para batir á su hermano que estaba cerca del Eufrates, le exigieron que les pagara dorica y media, y así lo hizo. Tuvieron, pues, treinta y seis libras cada mes y ésta fué la paga mayor que se dió en aquellos tiempos. Los soldados de César y de Pompeyo sólo cobraban veinte sueldos cada día durante la guerra civil. Además de ese sueldo exorbitante, que se hacían pagar cuatro meses anticipados, Cyro les suministraba cuatrocientos carros cargados de harina y de vino.

Los griegos eran pues precisamente lo que son hoy los helvecios, que alquilan sus servicios y su valor á los príncipes de las cercanías, pero por una suma más módica que el sueldo que recibían los griegos. Dígase lo que quiera, es evidente que no se enteraban de si era ó no justa la causa por la que combatían; se daban por satisfechos con que Cyro les pagase bien. Los lacedemonios constituían la mayor parte de las tropas de dicho caudillo, que de este modo faltaban á los tratados solemnes que habían concertado con el rey de Persia. ¿Qué se hizo la antigua oversión con que los espartanos miraron la plata y el oro? ¿Qué se hizo la antigua buena fe de los tratados? Clearco, hijo de Esparta, era el que mandaba el cuerpo principal de aquellos bravos mercenarios.

Son incomprensibles para mí las maniobras de guerra de Artajerjes y de Cyro; no entiendo por qué Artajerjes, que se presenta ante el enemigo con doscientos mil combatientes, empieza por trazar líneas de doce leguas de extensión entre Cyro y él; no entiendo tampoco el orden de batalla; pero comprendo menos todavía cómo Cyro, seguido sólo por seiscientos soldados de caballería, atacara durante la refriega á los seis mil guardias de á caballo del emperador, á los que además protegía numerosísimo ejército. Pero al fin murió á manos de su hermano Artajerjes que sin duda había bebido menos vino que el

ingrato rebelde, y se batió con más sangre fría que éste. Claro es que ganó completamente la batalla, á pesar del valor y de la resistencia que le opusieron trece mil griegos, á los que Artajerjes intimó que se rindieran, y le contestaron que no querían rendirse, pero que si él como emperador los tomaba á sueldo, se pondrían á su servicio. Les era indiferente defender una causa ú otra, con tal de que les pagasen. Eran, pues, matadores de alquiler.

Mercenarios de esta clase, además de Suiza, los hay en algunas provincias de Alemania. Si les pagan, nada les importa á esos buenos cristianos matar ingleses, franceses ú holandeses, ó morir á manos de éstos ó de aquéllos.

Artajerjes creía firmemente que los referidos griegos eran cómplices de la sublevación de su hermano, y creía la verdad. Le hicieron traición y él los engañó, según refiere Xenofonte: después que uno de los capitanes del emperador les prometió en nombre de éste dejarles libre la retirada y suministrarles víveres; después que Clearco y otros cinco jefes griegos se pusieron en sus manos para organizar la marcha, mandó que los decapitaran, haciendo degollar á todos los griegos que los acompañaron á la entrevista. Este acto real prueba que el maquiavelismo no es nuevo en el mundo. ¿Pero es cierto que Artajerjes prometió perdonar á los jefes mercenarios que se vendieron á su hermano? ¿No le era lícito castigar á los que creyó culpables?

Aquí empieza la famosa retirada de los diez mil. Así como no puedo comprender la batalla, tampoco puedo comprender la retirada. El emperador, antes de que decapitaran á los seis generales griegos y á su acompañamiento, juró permitir que regresara á Grecia el ejército enemigo, que quedó reducido á diez mil hombres. La batalla se libró en el camino del Eufrates; fué, pues, necesario que regresaran los griegos por la Mesopotamia occidental, por la Syria, por el Asia Menor, por la Jonia. Pues no lo hicieron así; les hicieron pasar por Oriente, obligándoles atravesar el Tigris con barcas que les proporcionaron, remontándose en seguida por el camino de la Armenia. Si alguno comprende esta marcha, en la que daban las espaldas á Grecia, me hará un especial favor explicándomela.

No podemos huir de este dilema: ó los griegos se escogieron el camino que habían de seguir, y en este caso no sabían dónde iban ni lo que querían, ó Artajerjes les hizo tomar ese camino contra su voluntad (que es lo más probable), y en este caso, ¿por qué no los exterminó? Sólo podemos explicarnos esta dificultad, suponiendo que el emperador persa sólo se vengó de ellos á medias, dándose por satisfecho con castigar á los principales jefes mercenarios que habían vendido á Cyrc sus tropas griegas; que habiendo empeñado su palabra á los soldados fugi-

tivos, le pareció vergonzoso violarla; que estando seguro que de los griegos errantes morirían una tercera parte en el camino, abandonaba á su mala suerte aquellos desgraciados. No veo otro medio de esclarecer un poco las obscuridades que envuelven la famosa retirada.

Nos sorprende la retirada de los diez mil; pero debe sorprendernos mucho más que Artajerjes, vencedor al frente de doscientos mil combatientes, dejara viajar por el norte de sus vastos Estados diez mil fugitivos, que podía aplastar en cualquiera ciudad, al pasar un río ó un desfiladero, que podía conseguir que murieran de hambre y de miseria. Esto no obstante, les proporcionó siete buques de gran tamaño para que pasaran el Tigris, como si tuviese la intención de conducirlos á las Indias. Desde allí les facilita escolta que los dirija hacia el Norte durante muchos días, llevándolos al desierto que hoy se llama Bagdad. Luego pasan el río Zabate, y allí reciben la orden del emperador de castigar á los jefes. Claro es que pudieron exterminar á los diez mil, lo mismo que castigaron á sus jefes; luego es verosímil suponer que no quisieron. Debemos, pues, creer que los griegos se vieron allí como viajeros perdidos, á los que la bondad del emperador permite terminar el viaje como les sea posible.

Hemos de hacer otra obsevación que parece poco honrosa para el gobierno persa. Era imposible que los griegos no cuestionaran continuamente por los víveres con los pueblos por donde pasaban. Muertes, saqueos y desolaciones eran la consecuencia inevitable de semejantes desórdenes, y tan cierto es que así sucedió, que en un camino de seiscientas leguas, por el que los griegos caminaban á la ventura, no llevando escolta ni siendo perseguidos por ningún cuerpo numeroso de soldados persas, perdieron cuatro mil hombres, que mataron los campesinos ó las enfermedades. ¿Por qué Artajerjes no les dió escolta después que pasaron el río Zabate, como se la dió desde el campo de batalla hasta el mencionado río? ¿Cómo es que un soberano tan bondadoso y prudente cometió tan inexcusable falta? Quizás dictara esa orden; quizás Xenofonte, que es algo declamador, omite el decirlo para no disminuir la importancia de la maravillosa retirada de los diez mil; quizás la escolta se vió obligada siempre á caminar muy lejos de la tropa griega por la dificultad de proporcionarse víveres. De todos modos, Artajerjes fué extremadamente indulgente y los griegos le debieron la vida, que entregaron en sus manos.

La *Enciclopedia*, en el artículo titulado *Retirada*, dice que ésta se realizó al mando de Xenofonte; pero se equivoca; éste no obtuvo nunca el mando superior: únicamente al fin de la marcha fué jefe de una división de mil cuatrocientos hombres.

Esos héroes, después de pasar muchas fatigas, en cuanto llegaron á las riberas del Ponto-Euxinio, se apoderaron á la fuerza de amigos y de enemigos para rehacer sus filas. Xenofonte embarcó en Heraclea su división y fué á venderse con sus soldados á un rey de Thracia, que no conocía, y en vez de auxiliar á su patria, que entonces estaban desolando los espartanos, se vendió á un pequeño déspota extranjero. Confieso que éste le pagó mal; pero esto es también otra razón para deducir que hubiera sido mejor para él socorrer á su patria.

De lo que venimos diciendo resulta que el ateniense Xenofonte, siendo soldado voluntario se alistó á las órdenes de un capitán lacedemonio, uno de los tiranos de Atenas, y se puso al servicio de un rebelde y de un asesino, y que cuando se encontró siendo jefe de mil cuatrocientos hombres, se puso á sueldo y á las órdenes de un bárbaro. Lo peor de ese hecho es que la necesidad no le obligó á realizarlo. Confesó él mismo que había dejado en depósito, en el templo de la famosa Diana de Efeso, gran parte del oro ganado en el servicio de Cyro. Notemos de paso que se exponía á sufrir la última pena, recibiendo la paga de un rey extranjero, si caía en su desgracia. Esto es lo que le sucedió al mayor general Doxat, que se vendió al emperador Carlos VI, y que éste mandó que le decapitaran por entregar á los turcos una plaza que le era imposible defender.

Rollín, ocupándose de la retirada de los diez mil, dice: «Esa feliz jornada consiguió que los pueblos de la Grecia menospreciaran á Artajerjes y que creyeran que su riqueza, su lujo y su numeroso serrallo constituían todo el mérito de ese gran rey.» Rollín no reflexiona que los griegos no podían mirar con desprecio al soberano que con decisiva victoria ganó una batalla; que perdonó como hermano y que venció como héroe; que pudiendo disponer á su antojo de la vida de diez mil griegos, les dejó vivir y regresar á su patria, y que pudiendo tenerlos á sueldo, no se dignó servirse de ellos. Añadid á estas razones que luego venció á los lacedemonios y á sus aliados, imponiéndoles leyes humillantes; añadid que en la guerra que sostuvo contra los scitas, cerca del mar Caspio, soportó como el último soldado todas las fatigas y todos los peligros; que vivió y murió gloriosamente.

Si me atreviera á atacar las preocupaciones de la opinión pública, diría que para mí es preferible la retirada del mariscal de Belle-Isle á la retirada de los diez mil. Se vió bloqueado en Praga por sesenta mil hombres, no teniendo á su mando más que trece mil; dictó con tanta habilidad órdenes tan acertadas, que salió de Praga con su ejército, con sus bagajes, con treinta cañones y sin víveres en un invierno crudo, sin que los sitiadores supieran que había salido de la ciudad, haciendo dos mar-

chas antes de que se apercibieran. Le persigue sin tregua un ejército de treinta mil combatientes durante treinta leguas; le resiste retirándose, y á pesar de estar enfermo, lucha con el frío, con el hambre y con sus enemigos, perdiendo únicamente los soldados que no pueden resistir lo riguroso de la estación.

Z

ZOROASTRO

Si fué Zoroastro el primero que hizo conocer á los hombres esta hermosa máxima: «Cuando dudes si un acto es bueno ó malo, abstente de practicarlo,» Zoroastro fué el primero de los hombres después de Confucio.

Si esta hermosa lección de moral se encontró escrita en las cien Puertas del Sadder, mucho tiempo después de la época de Zoroastro, bendigamos al autor del Sadder. Pueden crearse dogmas y observarse ritos muy ridículos, profesando excelente moral.

¿Quién era Zoroastro? Ese nombre suena á griego, y se cree que era medo. Los parsis actuales le llaman Zerdust, Zerdast ó Zaridast. Se dice que no fué el primero de ese nombre. Háblase de otros dos Zoroastros, uno de los que cuenta nueve mil años de antigüedad, que es mucha para nosotros, aunque sea poca para el mundo. Nosotros sólo conocemos al tercer Zoroastro.

Los viajeros franceses Chardin y Tavernier nos han hecho saber algo de ese gran profeta, del que adquirieron alguna noticia de los guebros ó parsis, que todavía están esparcidos por la India y por la Persia, y que son excesivamente ignorantes; pero el doctor Hyde, profesor de árabe en Oxford, nos ha hecho saber cien veces más de Zoroastro, sin haber salido de su casa. Adivinó desde el Oeste de Inglaterra la lengua que hablaban los persas en la época de Cyro, y la confrontó con la lengua moderna de los adoradores del fuego. A él especialmente debemos las cien Puertas del Sadder, que contienen los principales preceptos de los devotos ignícolas (1).

Las curiosas averiguaciones de Hyde encendieron en el co-

(1) *Ignícolas*: adoradores del fuego.

razón del joven francés Anquetil (1) el deseo de viajar para aprender por sí mismo los dogmas de los guebros.

Viajó por las Indias para ir á aprender en Surate, entre los parsis modernos, la lengua de los antiguos persas, para leer en dicho idioma los libros del famoso Zoroastro, suponiendo que hubiera escrito libros.

Pitágoras, Platón y Apolonio fueron en la antigüedad á Oriente á buscar á la sabiduría, que no estaba allí; pero ningún hombre corrió tras esa divinidad oculta, pasando tantos trabajos ni afrontando tantos peligros, como el susodicho traductor francés de los libros atribuidos á Zoroastro. No le hicieron desistir de su firme propósito ni las enfermedades, ni la guerra, ni la multitud de obstáculos que tuvo que vencer, ni la pobreza, que es el primero y el mayor de los obstáculos.

Es glorioso para Zoroastro que un inglés escribiera su vida muchos siglos después de su época, y que luego un francés la escribiera de un modo diferente; pero es lo más singular que contemos entre los biógrafos antiguos del profeta, dos autores árabes, que cada uno de ellos escribiera una historia distinta, y que las cuatro historias se contradigan maravillosamente, para que nadie sea capaz de conocer la verdad.

El primer historiador árabe, Abu-Mohamed Mustafá, refiere que el padre de Zoroastro se llamaba Espintaman; pero dice también que Espintaman no era su padre, sino su tatarabuelo. Respecto á su madre, no tiene dos opiniones; se llamaba Dogdú, Dodó ó Dodú: era una hermosa gallina de las Indias, que describe muy bien el doctor Hyde.

El segundo historiador árabe, Bundari, cuenta que Zoroastro era judío y que había sido criado de Jeremías; que engañó á su señor, y que éste, por vengarse, le hizo adquirir la enfermedad de la lepra, y que el criado, por quitársela de encima, fué á predicar una nueva religión á la Persia, donde consiguió que adoraran al sol, en vez de adorar á las estrellas.

He aquí lo que el tercer historiador cuenta: El profeta Zoroastro vino del paraíso á predicar su religión en los dominios de Gustaf, rey de Persia, y el rey dijo al profeta: «Dame una prueba para que te crea.» En seguida el profeta hizo crecer ante la puerta del palacio un cedro tan corpulento y tan alto, que ninguna cuerda podía rodearle y alcanzar el remate de su copa. Puso en la cumbre del cedro una hermosa habitación, á la que

(1) Anquetil-Duperron nació el 7 de Diciembre de 1731; fué como soldado voluntario á la India. Salió de París el 7 de Noviembre de 1754. Su *Colección de los libros sagrados de los parsis* la publicó el año 1771. Murió Anquetil-Duperron el año 1803. Era hermano del historiador Anquetil.

ningún hombre podía subir. Asombró de tal modo al rey este milagro, que creyó á Zoroastro.

Cuatro magos, que eran envidiosos y perversos, pidieron al portero real la llave de la habitación del profeta, mientras éste estaba ausente, y pusieron entre los libros de Zoroastro huesos de perros y de gatos, uñas y cabellos de muertos, drogas que, como es sabido, han usado los magos de todos los tiempos. Después se presentaron al rey y acusaron al profeta de ser hechicero y envenenador. El rey mandó al portero que le abriera la susodicha habitación, y encontrando en ella maleficios, sentenció á la horca al enviado del cielo.

Cuando iban á ahorcar á Zoroastro, el caballo más hermoso del rey se puso enfermo; se le metieron en el cuerpo las cuatro piernas de tal modo que no se le veían. En cuanto lo supo el profeta prometió solemnemente curar el caballo, con la condición de que no le ahorcaran. Aceptada esta condición, haciendo salir una pierna del vientre del animal, dijo:—«Señor, no le sacaré la segunda pierna, si no me prometéis abrazar mi religión.—Te lo prometo—le contestó el monarca.» El profeta hizo aparecer la segunda pierna del caballo, y luego exigió que los hijos del rey se afiliaran también á su religión; y se afiliaron. La aparición de las dos piernas restantes consiguió hacer muchos prosélitos en la corte. Ahorcaron á los cuatro malignos magos en vez del profeta; y toda la Persia adoptó la religión de Zoroastro.

El viajero francés refiere poco más ó menos los mismos milagros, pero embellecidos y aumentados. Por ejemplo: la infancia de Zoroastro debió ser milagrosa; se echó á reír cuando nació, según refieren Plinio y Solín. En aquellos tiempos había multitud de magos que eran muy poderosos y que adivinaban que llegaría un día en que Zoroastro sabría más que ellos y que los hundiría. El príncipe de los magos hizo que le llevaran á su casa al niño con la intención de abrirle en canal; pero al ir á practicar esta operación, se le secó la mano. Le arrojaron al fuego para que muriese abrasado, y el fuego se convirtió para él en un baño de agua de rosas. Lo dejaron entre una manada de lobos, y éstos fueron á buscar en seguida dos ovejas que le dieron á mamar toda la noche. Por fin, comprendiendo que no podían acabar con su vida, se lo devolvieron á su madre Dodó, Dogdó ó Lodú, que era la más excelente de todas las mujeres.

De esa clase son en todo el mundo las historias de los tiempos más antiguos; por eso hemos dicho algunas veces que la fábula es la hermana primogénita de la historia.

Quisiera, por recreo y por instrucción, que los grandes profetas de la antigüedad Zoroastro, Mercurio, Trimegisto, Abaris, Numa, volvieran hoy al mundo y cuestionasen con los filósofos

menos sabios de nuestros días, porque indudablemente harían un papel muy ridículo; serían unos pobres charlatanes que no conseguirían vender sus drogas en el Puente Nuevo; pero repito que su moral es buena, porque la moral no es una droga. ¿Cómo pudo Zoroastro mezclar con tantas tonterías el sublime precepto de abstenerse cuando dudamos si obramos bien ó mal? Porque los hombres están llenos de contradicciones.

No se pueden leer dos páginas del abominable fárrago que se atribuye á Zoroastro, sin que nos cause lástima la naturaleza humana. Nostradamus y el médico de los orines son gentes razonables, comparándolos con aquel energúmeno, y sin embargo el mundo se ocupa de él y seguirá ocupándose. Lo singular es que en los tiempos del Zoroastro que conocemos se hubieran instituído ya fórmulas de rezos públicos y particulares. El viajero francés nos los ha traducido. Se conocieron esas fórmulas en la India, y nosotros no las hemos conocido en el *Pentateuco*. Es todavía mas extraordinario que los magos y los bramas conocieran un paraíso, un infierno, una resurrección y un diablo (1). Está demostrado que los judíos no conocían nada de eso. En todo fueron tardíos. Nos convencemos de esta verdad á medida que adelantamos en los conocimientos orientales.

FIN DEL DICCIONARIO FILOSÓFICO

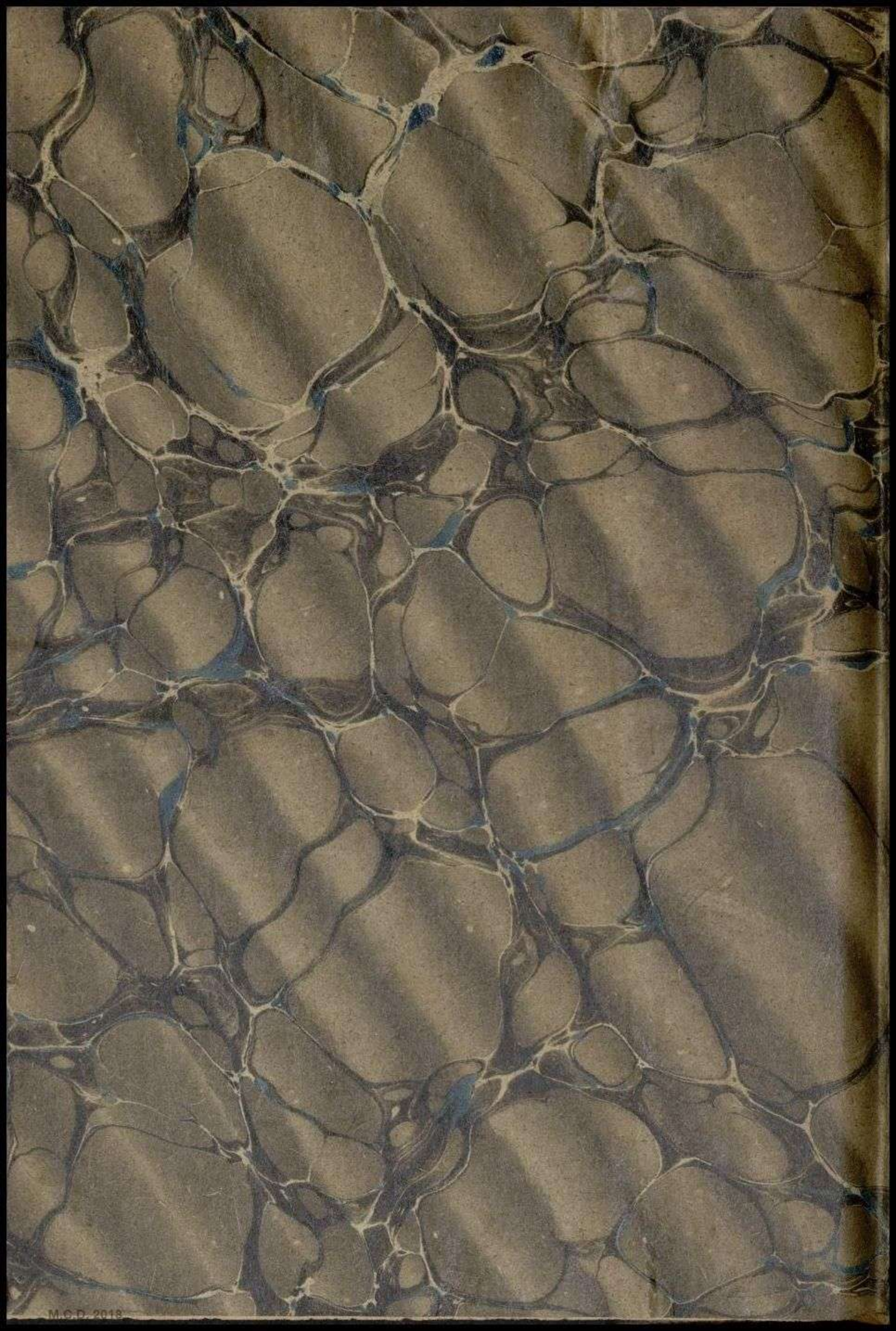
(1) El diablo de Zoroastro se llama *Arimán* ó *Arimanes*, y fué creado. Originariamente no fué príncipe, pero obtuvo esta dignidad con el transcurso del tiempo.

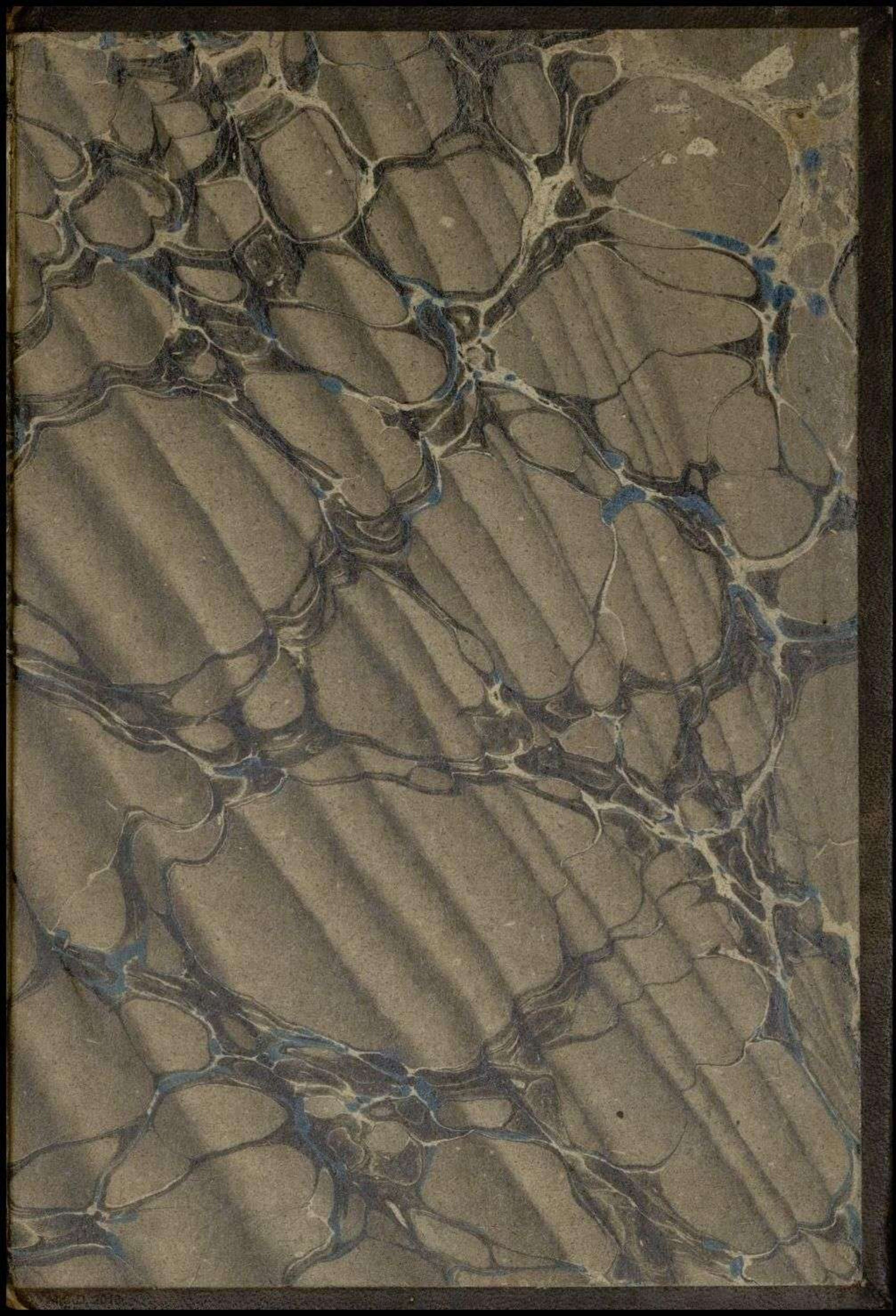


INDICE

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
O		Q	
Obispo.	5	Quákeros.	76
Onán, Onanismo.	6	R	
Opinión.	9	Razón.	78
Oración.	9	Religión.	79
Oráculos.	12	Reliquias.. . . .	92
Oseas.	19	Reloj.	97
Ovidio.	20	Resurrección.	99
P		Ríos.	104
Pablo.	22	Risa.	105
Paraíso.	27	S	
Patria.. . . .	28	Sacerdotes.	106
Pedro.	31	Salomón.	109
Pedro el Grande y J. J.		Sansón.	115
Rousseau.. . . .	35	Secta.	118
Perro.	38	Sentencias de muerte.	120
Plagio.. . . .	40	Sentido común.	122
Platón.. . . .	40	Señor.	123
Plegarias.. . . .	45	Sibila.	125
Poetas.	47	Símbolo ó Credo.	128
Poligamia.	50	Sócrates.	130
Politeísmo.	54	Sonámbulos y sueños.	132
Poseídos.	57	Suicidio.	135
Prejuicios.	58	Superstición.	137
Pruebas.	59	Suplicios.. . . .	142
Profecías.. . . .	63	T	
Profetas.	69	Tabaco.	148
Providencia.	70		
Purgatorio.	72		

	<u>Pags.</u>		<u>Págs.</u>
Tasa.	149	V	
Teocracia.	152		
Teología.	155	Vampiros.	180
Teólogo.	156	Verdad.	183
Testículos.	158	Viaje de San Pedro á	
Theísmo.	160	Roma.	186
Tiranía.	162	Vientres perezosos.	189
Tirano.	162	Vida.	191
Tolerancia.	164	Virtud.	193
Toro.	170	Visión.	194
Tormento.	170	Votos.	196
Tortura.	172	X	
Transustanciación.	173	Xenofonte.	198
Trigo.	174	Z	
Trinidad.	176		
U			
Universidsd.	178	Zoroastro.	203









Voltaire

—
DICCIONARIO
FILOSOFICO

—
6



con graciosa sonrisa, y el suizo le entrega los libros de que era portador. El coadjutor le dice cuatro palabras, y en seguida entró en su carroza, á la que escoltaban cincuenta caballeros. Al subir al carruaje se le cae un estuche á monseñor. Ornik queda sorprendido de ver que el obispo lleva un tintero en su faltriquera. «¿No comprendéis que eso es su puñal? Le dijo el doméstico; todos van ordinariamente con ese puñal al Parlamento.—¡Extraño modo de oficiar! le contestó Ornik;» y salió de allí sorprendido.

Recorrió la Francia, y de ciudad en ciudad quedó cada vez más edificado. Después pasó á Italia; cuando llegó al territorio del Papa encontró uno de esos obispos que tienen mil escudos de renta, que iba á pie. Ornik era un hombre compasivo, y le instó para que ocupara un sitio en su carruaje.—«Venid conmigo, monseñor, ya que sin duda iréis á consolar algún enfermo.—No; iba á casa de mi señor.—¡Vuestro señor! Vuestro señor es Jesucristo.—Es el cardenal Azolín, porque yo soy su limosnero. Me da pocas ganancias; pero me ha prometido colocarme en el palacio de doña Olimpia, que es la cuñada favorita *di nostro signore il Papa*.—¡Vivis á expensas de un cardenal! ¿No sabéis que no había cardenales en la época de Jesucristo y de San Juan?—¡Es posible! exclamó el prelado italiano.—Es cierto; y vos lo habréis leído en el Evangelio.—Nunca lo he leído, replicó el obispo; no sé más que el oficio de Nuestra Señora.—Pues os repito que en aquella época no había cardenales ni obispos; y cuando se crearon los obispos, fueron casi iguales á los demás sacerdotes, como San Gerónimo asegura en muchas partes.—¡Virgen santa! volvió á exclamar el italiano; no sabía nada de eso; ¿y había Papas?—Tampoco.» El buen obispo se persignó, y creyendo que estaba hablando con el espíritu maligno, saltó del carruaje y echó á correr.

ONÁN, ONANISMO

Prometimos en el artículo titulado *Amor socrático* [hablar de Onán y del onanismo, aunque esto no tenga nada de común con el amor socrático, siendo como es un efecto desordenado del amor propio.

La raza de Onán fué muy singular. El patriarca Judá, su padre, se acostó como sabemos con su nuera Thamar la Fenicia en un camino real. Jacob, padre de Judá, había sido al mismo tiempo marido de dos hermanas, hijas de un idólatra, y engañó á su padre y á su suegro. Lot, hermano del abuelo de Jacob, se había acostado con sus dos hijas. Salomón, descendiente de Jacob y de Judá, se casó con Rahab la cananea, que

era prostituta. Booz, hijo de Sa su lecho á Ruth la Madianita, y robó á Bethsabé al capitán Urias dolo asesinar para gozar con má las dos genealogías de Nuestro S otros puntos, pero que son iguale salvador nació de esta multitud y de incestos. Estas singularidad razón humana, para humillar n para convencernos de que son in Providencia.

El reverendo padre Calmet ha pósito del incesto que cometió J de Onán: «La *Biblia*, dice, nos d sentido literal choca á nuestra in ficante; pero el sentido oculto y elevado como parece rastroero e Sin tener poderosas razones para Espiritu Santo que la historia de de Bethsabé se encontraran mezo cristo.»

Sería de desear que Calmet las razones para desvanecer las hombres honrados y timoratos q el Sér eterno, creador de los mun y de una raza de ladrones y de es uno de los más inconcebibles mentarista lo explicara. Ocupém

Averiguado está cuál fué el como se conoce el crimen de los hermanos, cometidos en Sichen triarcas cometidos contra su her cisamente averiguar cuál fué el casado á su hijo primogénito He murió *por haber sido perverso*. E su segundo hijo Onán se casara obedeciendo la antigua ley de esto se llamaba *hacer salir hijos del segundo matrimonio* tenía q difunto de la mujer, y esto es lo su hermano; y por no tener un Her, dícese que *echaba el semen*

Falta saber si era en el acto do engañaba de ese modo á la masturbación eludía los debere lo dice. Actualmente se llama pe

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

